ACLARACIÓN NECESARIA

Esto no es historia: es novela. A excepción del general Eloy Alfaro, del coronel Carlos Concha y del sargento Lastre, ---personajes históricos, nombrados en razón del tiempo en que se desarrolla el relato--- y de la "revolución" de Concha, ---hecho histórico---, todos los demás personajes y acontecimientos son producto de la imaginación. Cualquier semejanza con la realidad es una involuntaria coincidencia.

PROCLAMA DEL CORONEL CARLOS CONCHA

La triste situación en que se encuentra el Ecuador a causa de las insaciables ambiciones del nefando y reducido círculo encabezado por un hombre desnaturalizado y criminal, impone al patriotismo el sagrado deber de volver por los fueros de la dignidad de la patria, restablecer la norma constitucional, evitar la ruina completa que se nos presenta, y sobre todo asegurar la integridad territorial que se encuentra gravemente amenazada.

Don Leonidas Plaza Gutiérrez, actual mandatario está señalado por la opinión universal como el autor principal de crímenes horrendos, y esto solo bastaría para justificar plenamente que el pueblo ecuatoriano se levantase airado para arrojar de las alturas del Poder a tan inicuo personaje, indigno de ostentar insignias de mando, como no sea para escarnio de la moral y la justicia, pero hay más que obliga a tal acto reivindicador.

Esos crímenes fueron el funesto prólogo de una serie de atentados de otro orden que tienen sumido al país en honda postración y que no llevarán irremediablemente a su total ruina, al sacrificio de parte de su territorio y quizás hasta la pérdida de su autonomía.

La ambición de mando está cumplida para el sátrapa que se ha impuesto a la voluntad nacional con una serie no interrumpida de traiciones y con el más penoso atropello de las libertades públicas. Ahora queda por llenar la codicia, la insaciable codicia de este sátrapa y sus adeptos. Y si no sacude a tiempo, bien pronto a costa de la vida de la nación quedarán locupetados de dinero los mercaderes políticos.

Una asquerosa colección de lacayos, dóciles y venales, casi en su mayoría, es la que ha actuado en forma de Congreso, y esa agrupación inmunda de seres abyectos no podía menos que secundar los siniestros planes de quien para el efecto les dio el carácter írrito de representantes del pueblo.

Ante estos jueces, muchos de los cuales son cómplices en estos crímenes, que ha hecho alarde de inocencia el sátrapa, ¡qué sarcasmo y qué cinismo!

Esos degenerados ecuatorianos son los que han corrido un velo hipócrita sobre los misteriosos arreglos combinados con ciertos extranjeros para que vengan a dominar en esta tierra por cuya libertad derramaron su gloriosa sangre nuestros antepasados.

Esos sumidos servidores del tiranuelo son los que después de entregarle al amo cuanto existe en la República, la empeñan todavía por sumas fabulosas que han de enriquecer al déspota y a los suyos y que nos costará el Archipiélago de Cólon seguramente y la pérdida de nuestro carácter de nación autónoma como consecuencia probable.

Agréguese a este cuadro tan verídico como sombrío la burla que se hace de la ley; el desbarajuste administrativo; el robo escandaloso en la mayor parte de las oficinas fiscales; la persecución encarnizada contra los ciudadanos

independientes; las prebendas que se reparten en medio de una deplorable penuria fiscal; el desprecio con que se trata a la sociedad llevando a los puestos públicos a gentes crapulosas e ineptas, y otras muchas prácticas sintomáticas de triste decadencia, y se comprenderá la sobra de razón con que hoy los pueblos se levantan con las armas en la mano, resueltos a poner coto a tanta iniquidad y asegurar el porvenir de la nación al amparo de un Gobierno legítimo y honrado.

Por todos los ámbitos de la República tienen que lanzar el grito de reivindicación de la honra y seguridad nacional, no sólo el verdadero Partido Liberal, sino todos los hombres que no están contaminados por el hálito ponzoñoso de la concupiscencia que domina a los cínicos tiranuelos de la hora presente.

ECUATORIANOS:

Siguiendo el patriótico dictado de mi conciencia y obedeciendo además a la voluntad popular claramente manifestada, abro hoy campaña en esta heroica sección de la República en demanda del honor y la justicia que los pueblos reclaman. La sangrienta tiranía que impera se derrumbará como un castillo de naipes, porque todo criminal se siente cobarde cuando presiente que ha de caer sobre él el rigor de la ley.

La milicia nacional no puede prestar apoyo a las iniquidades de la hora presente, y antes bien hará causa común con las huestes libertadoras que se aprestan a reconquistar los gloriosos timbres de libertad y honra que nos dieron los héroes de la Independencia y que debemos conservar incólumes aún a costa de nuestras vidas.

La causa por la que hoy se levanta la bandera de la Patria es causa evidentemente nacional, y por eso, acuden a sostenerla se sientan animados de patrióticos sentimientos.

Santa misión la que vamos a cumplir con el ánimo exento de odios y venganzas, pero con el firme propósito de establecer el verdadero imperio de las leyes y las libertades que ellas garantizan.

Esmeraldas, campamento de Tachina, septiembre 27 de 1913.

Carlos Concha

> *Plaza llevaba buen camino. Pero adivino, en seguida, una revolución ---la de coronel Carlos Concha, en Esmeraldas, en nombre de reivindicaciones alfaristas---, y todo el dinero destinado para maestros de escuela y mapas y libros de texto, pasó a incrementar los fondos del ejército que debía acaba con esa revolución.*

Mientras tanto, el coronel Carlos Concha, si no pudo derribar al Gobierno del General Plaza, se dio el lujo de mantenerlo en constante alarma. Lujo carísimo y estéril, porque por él la vitalidad económica de la nación sufrió duro quebranto y se perdieron muchas vidas. No fue, la "Campaña de Esmeraldas", siquiera una lucha breve y decisiva, sino una serie de sorpresas de las selvas. Como en toda revuelta sangrientas, verdaderos facinerosos pudieron encubrir con el pretexto político sus delictuosos instintos, y simples tipos de presidio se convirtieron, así, en capitanes y comandantes "revolucionarios".

La agricultura, en la zona de la "campaña", quedó arrasada y perdida, porque cosecheros y sembradores habían sido incluidos en las buenas destinadas a "cercenar, a machetazos, cabezas serranas":

Es éste uno de los episodios más sombríos y odiosos de nuestra turbulencia "política de reivindicaciones".

Oscar Efrén Reyes, ***HISTORIA DE LA REPÚBLICA****.*

CAP. 1

FLORECÍAN

Habían caído las primeras lluvias.

Empezaba a compactarse la tierra, que había estado agrietada por los sofocantes soles del verano. En las calles se levantada el monte lleno de una verde alegría.

En las huertas silbaban las chicharras, puntuales, a las seis de la mañana y a la seis de la tarde.

Subían, a veces, las víboras hasta las casas, y por las noches se escuchaban los gritos de las mujeres y de los niños aterrorizados, cuando las encontraban en las ventanas, en las hamacas, en las esquinas de los cuartos o entre los maceteros de las flores.

Se bañaban los chiquillos en la ducha libre del cielo, y corrían por las calles con sus cuerpos salpicados de lodo, gozosos bajo la lluvia. Después se amontonaban en las bocacalles, a jugar con barquichuelos de papel en las cunetas.

Por debajo de los portales, las aguas metían sus brazos cariñosos y sacaban, como para poner en exhibición el desaseo de los moradores, cáscaras de huevos, trapos y papeles viejos, cucarachas y virutas de madera.

Cuando cesaba la lluvia, los niños se colocaban en cuclillas en las calles para sacar los "coco-chiles", arrancando unas yerbas menudas. Cuando se habían comido los frutos, ---siempre mezclados con lodo---, arrojaban lejos las plantitas.

Empezaban los ríos a crecer. Bajaban matas de plátanos, arrancadas de raíz por la furia de las crecientes, entremezcladas con guadúas, yarumos, higuerones, matas de caña de azúcar, restos de árboles envejecidos y árboles verdes, hacia el mar que estaba poniéndose furioso.

Sonaba el río ronco y amenazador. El mar le replicaba con furia. Por las noches sonaban tan fuertes las olas, que parecía que de un momentos a otro el mar se alzaría para inundar la ciudad. Del fondeadero de los vapores hacia el norte se veía el mar encrespado, como hirviendo.

Pasaban, de tarde, las nubes apenas agarradas al cielo. Empezaban los calores intensos.

En todos los cerros guayacanes celebraban su fiesta de oro. Eternos centinelas de la ciudad en embrión, como agobiadas por la sequía prolongada, daban la impresión de vocear por todos los ámbitos su alegría por la entrada de las aguas.

Toda la tierra parecía una hermosa litografía, mojada aún por la tinta resplandeciente de los talleres.

Era cuando los guayacanes florecían.

Empezaron a llegar los hombres, mozos y viejos, en grupos pequeños, a la aldea. Algunos jadeantes, con pantalones a media rodilla, como muchachos de escuela, y con camisas que fueron blancas y azules y que ahora estaban manchadas de caucho, como si se las hubiera rociado con chocolate. Otros llegaban con pantalones medio arremangados, mostrando las llagas de las pantorrillas. Otros, barrigones a causa de los parásitos. Otros, amarillos, tan amarillos como las peñas de adentro de la selva que bordean los esteros lejanos. Algunos traían temblor de paludismo, y en sus labios portaban el sabor de la mezcla de partir al llamado de la comisión.

Casi todos iban sentándose en los portales o en la pampa, cubierta de una rejuvenecida hierba. El capitán saludaba atentamente a los hombres apenas llegaban, estrechando sus manos.

En los bajos de las casa escogida para la reunión, algunos hablaban ya en voz alta y discutían. Se comprendía fácilmente que estaban emborrachándose.

Había en los portales cercanos y en las pampas, aproximadamente, sesenta hombres cuando llegó el encargado de hacer el llamamiento. Se cuadró frente al capitán y le dijo:

--- Mi capitán, ya están casi todos los hombres. ¡La orden ha sido cumplida!

Sonrió el capitán y dijo:

--- Muy bien, muy bien. Que pasen adentro. Voy a hablarles. ¡Mande, sargento!

--- ¡Ey!, ---grito estentóreamente el sargento, que era un negro de gran estatura y que anda descalzo como todos los hombres que habían acudido a su llamado. Y moviéndose de un lado para otro, añadió: --- ¡Todos adentro! ¡Acá a la tienda, que mi capitán va a hablarles! ¡Ligero!

Fueron entrando poco a poco. Algunos se sentaron sobre rústicos bancos de madera y los restantes se quedaron de pie. El capitán se paró sobre el mostrador.

--- Os he mandado a llamar, ---empezó el capitán, con típico acento guayaquileño---, porque un crimen sin nombre se ha cometido en el país. Un crimen monstruoso, que es una vergüenza para la Patria, que es una mancha que estamos en la obligación de limpiar... ¡Un crimen que solamente puede cometer los pueblos ingratos y criminales! ¡Un crimen horrible! ¡Amigos, valientes esmeraldeños, ---gritó con más fuerza---, han arrastrado, como deben saberlos, a los Alfaro!

Entre los concurrentes se notó un gesto de asombro, aunque muchos de ellos habían oído hablar de aquellos sucesos hacía ya algunos meses.

¡Cuántos de vosotros habrá que habréis guerreado con mi general Alfaro, que habréis entrado victoriosamente a Huigra! ¡Cuántos de vosotros os habréis cubierto de gloria, en los campos de batalla, arrancando al país de las malditas garras del oscurantismo, para que ahora caiga otra vez en manos de los conservadores, de los enemigos que se han bebido, como chacales, la sangre de mi general...!

Empezó a tejerse, entre los campesinos, la madeja de los comentarios:

--- ¡Barajo, los marditos! ¡Cómo lo mataron...!

--- ¡No, no dizque arratrálo...!

--- Como animales...! ¡Y dizque son del pueblo...!

--- ¡Esto no lo hacemo ni nojotros, los de acá de la montaña...!

--- ¡Hermanos! ¡Hombres valientes que amáis la libertad! ¡Hombres que sois el orgullo legítimo del Partido Liberal! ¡esto no se puede quedar así! ¡ustedes saben que cuando alguno comete un asesinato, es condenado y llevado al Panóptico...!

--- ¡Cierto!, ---asintieron algunos.

--- ¡Así es!, ---dijo en voz alta un negro.

--- ... Porque si se mata a un gran hombre, como mi general, y no se castiga a los criminales, entonces quiere decir que no hay ley, que no hay justicia, que no hay garantía pero nadie, que cada uno puede matar a quién le dé la gana. Quiere decir que en cualquier momento nos puede pasar lo mismo. Que pueden matarnos y arrastrarnos por las calles. ¡Ustedes, sobre todo

ustedes, que siempre apoyaron a mi general, están en peligro! ¡Usted más que nadie! Porque muchos de vosotros, seguramente, tomasteis parte en las gloriosas hazañas, gloriosas no sólo para el Ecuador, sino para la América y el mundo…

Terminaba de decir estas palabras cuando entraron a la sala tres hombres: Juan Cagua, hombre de color casi morado, de cara ancha y bronca y de pelo liso, pero áspero; Pedro Tamayo, de cara delgada y color amarillento, conocido más que por su propio nombre con el apodo de "El Mulato"; y Alberto Morcú, un negro flaco, de cabello apretado, el más viejo de los tres.

Llegaron tímidamente, con un temor de siglos. Temor acumulado desde su niñez, desde cuando empezaron a tener uso de razón, o tal vez desde más atrás de lo que pudieran acordarse, que fue desde cuando les dijeron que eran conciertos de doña Jacinta hasta la completa cancelación de las deudas de los padres muertos. Temor enraizado en las profundidades del alma de estos esclavos desde cuando los padres, al borde de la tumba, les entregaron a la "viuda" doña Jacinta por "tinta y papel". Temor venido desde el cementerio, desde donde la sombra de los padres se proyectaba hacia ellos, ordenándoles respeto y obediencia para con la patrona. Temor aumentado bajo los auspicios de la selva, dominada también como ellos para la codicia insaciable de doña Jacinta.

--- ¡Adelante, amigos! ---dijo el capitán al notar la vacilación de los recién llegados---. ¡Adelante!

Los tres hombre sonrieron. Por un instante todos los ojos se clavaron en los tres conciertos.

--- ¡Ey, don Juan!

--- ¡Compadre Tamayo!

--- ¿Cómo está, don Morcú?

El capitán prosiguió, con el objeto de librar a los tres conciertos de las miradas de la concurrencia:

--- Como les iba diciendo, han arrastrado a los Alfaro. ¡Es preciso que nos pongamos en pie todos los ciudadanos liberales, todos los que amamos la libertad, todos los que no hemos nacido para vivir encadenados! ¡Porque de lo contrario, el país volverá a la esclavitud! ¡A los tiempos negros de la dominación de los curas y de las monjas! Vosotros, hijos de una provincia que es el orgullo de la nación… Valientes hasta el sacrificio… Vosotros, los primeros en marchar a la defensa de la frontera… Ustedes… todos ustedes tienen que ayudarnos a vengar la muerte de mi general Alfaro, el ídolo de la nación, el hombre que nos dio esa libertad que todos, sin distinción de razas, estamos ahora gozando…

La concurrencia aplaudió estruendosamente:

--- ¡Viva Esmeraldas!, ---grito entusiasmado.

--- ¡Viva!, ---le contestó la concurrencia.

--- ¡viva el Partido Liberal!

--- ¡viva!

--- ¡Viva el general Eloy Alfaro!

--- ¡Viva!

--- Y ahora, les contaré cómo sucedió esto. Tomaron presos a los Alfaro en Guayaquil, los llevaron presos al panóptico de Quito. Después los sacaron de ahí los conservadores y los arrastraron por las calles de Quito… Después los quemaron en un parque… ¡Si! ¡Los quemaron!…

Los hombres fruncieron el entrecejo. Empezaba a salir a flote la rabia, hábilmente extraída por el capitán. Empezaban los hombres a sentir una sensación de descontento, de angustia, de venganza, pero aún sin un rumbo preciso.

--- ¡Sí! ¡Como fieras se bebieron la sangre de mi general…! Pero aquí estoy yo… Y aquí están ustedes, para gritarles a estos criminales, a estos serranos malditos, que estos criminales, a estos serranos malditos, que este crimen no puede quedar sin castigo… Que pedimos justicia, que ponemos pecho al frente para reclamar nuestros derechos, que no toleraremos el regreso del país a la época de los frailes y de las monjas, que puesto que los tribunales no hacen justicia, como pueblo soberano que somos, nos la haremos nosotros mismos, empuñando las armas. Porque tenemos que castigar con mano de hierro a los serranos que mataron a los generales costeños…

--- ¿Los serranos, dijo?, ---preguntó Alberto Morcú a Juan Cagua.

--- Sí, los serranos dijo, ---le contestó.

Y Alberto Morcú recordó tantas cosas malas que había oído hablar de los serranos. Había oído decir que eran hipócritas, sucios, mezquinos y adulones. Y recordó también un refrán que había oído decir hacía ya mucho tiempo y que decía: "El serrano, cuando no la hace a la entrada, la hace a la salida".

--- Pero, ---prosiguió el capitán--- de vosotros depende todo ahora. Si ustedes quieren, este crimen se quedará ahí y seguirán matando uno… y otro… y otro… hasta acabar con el Partido Liberal… y volveremos a la esclavitud… y todos seremos ni más ni menos que los conciertos de hace cincuenta años atrás… Pero si ustedes lo quieren, vengaremos la muerte de mi general, y la bandera roja del liberalismo flameará nuevamente en el Capitolio, para que nadie se atreva a bajarla jamás… A ver, compañeros de armas, valerosos y gallardos esmeraldeños, ¿qué dicen?

El capitán empezó a observar a todos los hombres. Todos permanecieron en silencio. Se miraban unos a otros, esquivando los ojos del capitán. Otros se ponían a liar sus cigarros. Otros escupían en las esquinas de la sala y escondían la cabeza, como si la saliva tardara mucho tiempo para salirles de la boca.

--- ¿Qué dicen, pues?, ---les inquirió sonriente---. A ver, tú Agapito… Tú, Cipriano… Tú, Angulo…

Continuaban los hombres retorciéndose. Unos salían ya de la sala, a pretexto del calor sofocante. Otros se secaban, en la puerta, el sudor con los dedos y luego los sacudían hasta dejarlos casi secos. Entonces el capitán habló de nuevo:

--- Yo sé de sobra que todos ustedes son valientes. Aquí en esta sala no hay ningún cobarde. Y no los hay sencillamente, porque en esta tierra rebelde no han nacido todavía los cobardes... Porque Esmeraldas es la cuna de la valentía. ¿No es así? ¡Y puesto que han arrastrado al hombre que nos dio la libertad y progreso, sé que hay solamente un camino y que nadie de los de aquí presentes vacilará ni un momento en tomarlo! ¡Ese camino es la revolución...!

Cayó la palabra, grandota y terrible, estallando como una granada en la sala. Se arremolinaron los hombres, se retorcieron casi todos como en una espantosa contorsión de placer y de rabia.

--- ¡La revolución!, ---dijo nuevamente, empinando su voz las voces ya entremezcladas de los hombres. --- ¡Viva la revolución!

--- ¡Viva!, ---contestó la concurrencia con ancha voz.

--- ¡Viva Alfaro!

--- ¡Vivaaaa!

--- ¡Viva Esmeraldas!

--- ¡Viva!

--- ¡Abajo los serranos!

--- ¡Abajo!

--- ¡Ahora tomemos, muchachos, por el triunfo de la revolución!

El capitán bajó del mostrador y ordenó al sargento servir aguardiente. Vasos, tazas y mates fueron apareciendo apresuradamente. Los hombres estaban contentos.

Los tres conciertos, alejados un tantos del resto de la concurrencia, tenían en sus manos sendos vasos de aguardiente. Iban a tomar, aunque sabían y entendían muy pocos, o casi nada, de todo lo que decía el capitán. Pocas veces oyeron hablar del general Alfaro. Alberto Morcú recordaba haber oído decir en cierta ocasión que era un general que se comía a los curas. Por lo demás, al oír al capitán hablar de "los conciertos de hacen cincuenta años atrás", las cosas se les volvían más incomprensibles. ¿Sabría, acaso, tal vez, que ellos eran conciertos, que había cientos de conciertos en la provincia? ¿Era, acaso tan "extranjero" como para no saber lo que pasaba en las haciendas de los contornos, y en las haciendas de los contornos, y en las haciendas de toda la provincia? Sin embargo, presentían en sus almas atormentadas un dulce rumor de tempestad. Como cuando los vientos del norte, entrando por las ventanas grandes de los puertos, traen el mensaje de los aguaceros que pronto llegarán. Presentían que tendrían que ir hacia alguna parte, pero no podía precisar hacía dónde. Querían expresar sus

dudas, explicar su triste condición de esclavos y pedir una aclaración. El capitán decía que había que defender la libertad. Pero, ¿qué libertad habían tenido ellos? Habían vivido ---y continuaban viviendo--- en la perpetua esclavitud. Pero el general Alfaro había dado libertad a todos. Pero ellos fueron conciertos desde muchachos. Fueron como un mueble de la hacienda de doña Jacinta. Crecieron amarrados a la hacienda, pagando las cuentas de los padres muertos. Y pensaban que así tendrían que morir, dejando las deudas a sus hijos, como si una eterna maldición hubiera caído sobre todas sus generaciones. ¿En dónde estaría la libertad dada por el general Alfaro? ¿Acaso la libertad sería una dama, de elegantes ropajes, cuyos pies cubiertos de medias de seda y de zapatos finos, no le permitían entrar al laberinto de la selva tupida, en donde ellos vivían sus vidas desgarradas, sin esperanzas alguna. ¡La libertad! ¡La libertad! ¡Qué extraña les era esta palabra!

El capitán se acercó se acercó a los tres hombres. Algunos se acercaron también.

--- ¿Qué les pasa, muchachos?. ---les pregunto.

--- Nada, capitán, ---le contestó Morcú.

--- 'Tamo observando, ---dijo Juan Cagua.

--- ¿Les gusta esto? ¿Quieren ir a pelear?

--- Vamo a ver..., ---repuso Morcú.

--- Nojotro no podemo ir..., ---dijo Juan Cagua.

--- Nojotro somo... ---intervino el "Mulato".

En este momento se acercó el sargento.

--- ¿Hago la lista, mi capitán?, ---preguntó.

--- ¡Si! ¡Hágala! ---y dirigiéndose a la concurrencia, gritó: ---¡Un momento! ¡Voy a hablarles otra vez!

--- ¡Silencio, que va a hablar mi capitán! ---gritó el sargento.

--- ¡Silenciooo!

--- ¡Silencio, mugres!

El capitán subió nuevamente al mostrador. Esperó un momento. Cuando hubo completo silencio, dijo:

"Puesto que habéis dicho que vengaremos a mi general y puesto que habéis prometido solemnemente ir a la revolución, vamos, pues, a formar un batallón. Cada uno de los que buenamente quiera ir, por su propia voluntad, irá dando su nombre al sargento Mina. El los anotara. Irán a recoger sus cosas y a despedirse de sus familias. Mañana por la noche nos reuniremos aquí otra vez. Les prometo formar un batallón que va a ser orgullo del país. Porque el mejor batallón sólo puede formarse con hombres gallardos, como

ustedes... Bueno, pues, muchachos, a la lista, por la salvación de la República".

Difícilmente podía abrirse paso el sargento Mina.

--- Apunte, sargento. Pedro Ayoví...

--- Apunte, sargento. Manuel Arroyo...

--- Apunte, sargento Juan Quiñones...

--- Pedro Pablo Quiñones...

--- Facundo Quiñones...

--- Toda la familia, ¿no?, ---dijo el capitán, bajando del mostrados.

--- Todos nos vamos por mi general, y si morimo que muramo, pue...

--- ¡Claro!, ---afirmó Facundo.

El sargento Mina iba apuntando en la libreta que portaba.

De repente entro bruscamente doña Jacinta a la sala. Venía vestida de negro con una manta en la cabeza y un paraguas en la mano.

--- ¡Doña Jacinta?, ---dijeron algunos.

--- ¡Doña Jacinta!

--- A ver, ¿quién manda aquí?, ---preguntó enfadada.

--- ¡El capitán Pincay!, ---le contestó el sargento Mina, suspendiendo la anotación.

--- ¡Qué capitán, ni qué Juan capitán! ---grito altaneramente. Y subiendo el tono de la voz y dirigiéndose a los tres concierto añadió: ---A ver Juan, Alberto y Pedro... ¿Qué alborotos son éstos? ¡Ya me ha dicho mi compadre Juan José que se le han alzado dos conciertos! ¿Qué es lo que se creen? ¿Qué vamos a darles plata por la linda cara que tienen?

Silenciosamente, los campesinos empezaron a moverse hacia la puerta. De pronto surgió desde el fondo de la sala la figura desgarbada del capitán Pincay. Se quedaron junto a la puerta.

--- ¿Qué pasa, señora?, ---le preguntó.

--- Son mis conciertos estos tres hombres, ---dijo señalando a los tres campesinos que un momento antes habían estado conversando con él, ---y me los llevo. Eso es lo que pasa, capitán, ---y pronunció esta última palabra con cierta ironía.

--- ¿Conciertos, dice, señora?, ---le preguntó el capitán, llevándose la mano derecha a la barbilla---. Pero, ¿en qué siglo supone usted que estamos viviendo? ¿Conciertos? ¿Es posible? Repítamelo, para saber que no sueño...

Los campesinos fueron rodeándolos, atentos al diálogo que sostenían.

--- ¡Conciertos, he dicho! ¡Al buen entendedor pocas palabras! ¿No sabe?

Los conciertos se retiraron de la puerta.

--- ¡Ey! ---les gritó con rabia el capitán---. ¡Adentro esos tres hombres! ¡Adentro!

Los conciertos regresaron a la sala. Empezaron a preocuparse. ¿Hasta dónde llegaría el poder del capitán? ¿Dónde terminarían el poder de doña Jacinta? ¿Sería verdad, como lo había escuchado de labios del capitán, que el general Alfaro había dado libertad a todos? Si era cierto, ésta era, pues, la ocasión de comprobarlo.

--- Aquí mando yo!, ---gritó encarándose resueltamente con doña Jacinta.

--- ¡Pero no en mis conciertos! ¡Ellos son míos...

--- Señora, ¡usted se calla o la arresto!

--- ¡Viva el capitán Pincay!, ---gritaron estruendosamente dos ebrios.

--- ¡Viva!, ---repitió el resto de la concurrencia.

--- ¡Grosero! ¡Insolente!, ---le increpó doña Jacinta.

--- Señora, ---dijo moderando el tono de su voz, ----¿qué derechos alega usted sobre estos hombres?

--- Son mis conciertos! Los padres no pagaron lo que me debían... Me los entregaron por "tinta y papel" hasta cuando terminen de pagar... ¡La voluntad de los muertos hay que respetarla! ¡Por eso no podrán irse!

--- Señora, los tres hombres se irán conmigo a la revolución, si lo desean... Si no, se quedarán libres, totalmente libres, y no tendrán por qué ir a su hacienda. ¿Me comprende? ¿No sabe que el concertaje está abolido? ¿No sabe que nos hemos batido en los campos de batallas, con mi general Alfaro a la cabeza, por abolir la esclavitud, y la sangre que han derramado los campesinos es el precio que han pagado por su libertad?

--- Le he dicho que están debiendo y no pueden irse por eso... ¿Entiende?

--- Señora, ¡se irán! Y si tanto se opone y no quiere separarse de ellos, usted se irá conmigo, y asunto concluido.

Entonces llamó a los tres concierto. Los abrazó. Con su voz de antes, habló así para todos:

--- ¡Compañeros de armas! La esclavitud terminó hace ya muchos lustros, hace ya muchos años. Parece mentira que no haya llegado hasta acá la obra de mi general Alfaro, y que ahora que ya está muerto, me toque a mí hacer llegar hasta vosotros una parte de su obra bienhechora. Si todavía hay conciertos es porque hemos creído que ya no existían. Pero pueden ir a regar la noticia por los campos: ¡el concertaje ha terminado! ¡Nadie resurgirá el concertaje, a menos que ustedes mismos lo quieran...! ¡Viva la libertad...!

--- ¡Vivaaa! ---se escuchó el sordo bramido de los facciosos.

Doña Jacinta se marchó. Por primera vez en su vida había sido avasallada delante de sus propios peones.

--- Quién ríe último, ríe mejor, ---dijo alejándose.

--- Amigos, ---prosiguió hablando el capitán el capitán Pincay--- cuando termine la revolución vamos a tener muchas cosas buenas. ¡Yo se las ofrezco! ¡Acabaremos con todas estas cosas malas! ¡Vamos a limpiar realmente el país! ¡Porque la revolución que soñó mi general Alfaro tiene que seguir adelante...!

Hizo una pausa. Ordenó servir aguardiente. Continuó:

--- Tomemos por estos tres hombres que libertamos hoy... Por... a ver... ¿Cómo se llaman...?

--- Pedro Tamayo...

--- Juan Cagua...

--- Alberto Morcú...

--- ¡Por ellos...!

Todos bebieron, inclusive los conciertos.

--- Ahora, ---añadió señalando a los tres hombres--- son ustedes libres, completamente libres. ¡Pueden irse a donde les dé la gana! Si quiere, pueden ingresar a mi batallón... Si no, pueden quedarse... Pero acuérdense: a la libertad hay que defenderla en los campos de batalla... Porque si nosotros perdemos, la revolución, la obra de mi general Alfaro, será anulada... El país retrocederá... Y la esclavitud tendrá que venir...

Los campesinos permanecían indecisos aún. No podían creer que una cadena que habían arrastrado desde muchachos se rompiera tan súbitamente. Conocían muy bien a doña Jacinta y sabían todos los recursos de que se valía. Ella se arreglaría, como siempre, con el gobernador, con el intendente, con el alguacil, sobre todo con éste último, quién todos los años, en medio de botellas de aguardiente y cerveza, arreglaba las cuentas, y les decían cuándo le quedaban debiendo. Estaban con temor de que algún castigo fuera a caerles, por aceptar la libertad en esa forma, contrariando la voluntad de los padres muertos. Como si éstos, desde la tumba, les gritaran:

--- ¡No! ¡No! ¡No aceptan esa libertad! ¡Hay que pagar las cuentas!

Viendo su vacilación, el capitán les dijo con énfasis:

--- ¡Son libres! ¡Libres! ¿No me entienden? ¡Libres! ¡Libres!

--- ¡Li... bres...! ¡Li... bres...!, ---dijo Juan Cagua, como masticando esta palabra---. Compadre Alberto, ¡somos libres! ¡Li... bres!, ---gritó estentóreamente y echó a correr desatado, como un loco, por la pampa, desbordada de sol.

--- ¡Libre!, ---murmuró "El Mulato"---. Gracias, capitán.

--- ¡Libre! ¡Libres!, ---exclamó Alberto Morcú, cogiendo entre las suyas las manos del capitán---. ¡Qué tarde que soy libre! Pero, ¿por qué no vino antes a estos montes, capitán? ¿Por qué? ¡Hay conciertos a montones! ¡Nojotros hemos levanta'o todas las haciendas! Y ¿qué tenemos? ¡La esclavitú! Pero mi general Alfaro, ---ya se entía también del Partido Liberal--- ¿no sabía todo esto? ¡Si ya soy como un estorbo...! ¡Pero pelearé! ¡Pelearé por vengar la muerte de mi general! ¡Amigos, ---dijo alzando los brazos--- ¡viva mi general Alfaro...!

--- ¡Viva!, ---le respondieron todos.

--- Capitán, ---dijo bruscamente Morcú, ---Que me apunte mi sargento Mina. ¡Me voy a la revolución! ¡Apunte, Alberto Morcú!

--- ¡Y yo también!, ---exclamó "El Mulato"---. Pedro Tamayo. ¡Apunte mi sargento!

--- ¡Así se hace!, ---dijo el capitán, lleno de gozos.

--- Vamo a recogé nuestras "cacharpas". Mañana de mañana regresamo...

--- Está bien ---y dirigiéndose al sargento Mina, le preguntó:

--- ¿Anotó ya los dos hombres?

--- Ya están, ---le contestó.

Y los dos hombres, de almas abatidas por idéntico infortunio, se fueron para abajo del río.

La tarde caía ya rendida en la ribera.

CAP. 2

UN HOMBRE ENCUENTRA SU CAMINO

Las fuerzas leales al gobierno desalojaron a los facciones de la plaza. Saltaron de un buque por la playa y se abrieron paso a través de un montón de cadáveres.

Los jefes militares, orgullosos del triunfo, se paseaban desafiantes por las calles. No sólo no procuraban conseguir amigos, sino que se encastillaron en su orgullo y cuando enemigos de la revuelta se acercaron a darles informaciones acerca del enemigo, recibieron una fría acogida, una burla grotesca o una sospecha de su sinceridad. Muchos pobladores estaban, pues entre la espada y la pared. Enemigos declarados de los rebeldes y considerados sospechosos por las fuerzas leales ciertamente parecía esperarles un trágico fin.

Los marinos estaban felices, acaso más felices que los mismos soldados. Seguramente porque aquellos pronto se irían en su buque, mientras éstos soportarían los rigores de la campaña que iba a comenzar de veras. No obstante, marinos y soldados encontraron descanso, aguardiente y mujeres esmeraldeñas, de piel de ébano, que pudieron conquistar fácilmente.

Los marinos y los soldados, al parecer con el consentimiento de sus jefes, saquearon la ciudad. Todas las familias pudientes salieron a los campos, abandonando sus casas. Y cuando parecía que el gobierno, por medio de sus fuerzas, restablecería el orden, he aquí que sucedió lo inesperado: las fuerzas leales saquearon la ciudad. Cruzaban las calles, en asombroso desfile, soldados alegres, cargados de utensilios de cocina, máquinas de coser, atados de ropa, planchadas, espejos y toda clase de útiles que se ropa, planchas, espejos y toda clase de útiles que dejaron los habitantes en sus casas abandonadas.

Una mañana el jefe militar dio la orden de cavar trincheras, y como había necesidad de mucho zinc, el mismo jefe ordenó quitar los techos de algunas casas. Todo esto sucedía ante la protesta muda de los pocos esmeraldeños que quedaron en la ciudad.

Los oficiales bebían mucho, y formaban algazaras todas las noches. Los soldados y los marineros perseguían a las mujeres en las noches, y cuando las alcanzaban, las golpeaban, las forzaban y las dejaban tendidas en la tierra.

Esa mañana los soldados leales fueron llamados a formar en el patio. Había bastante polvo y abundante basura. Casi todos los soldados estaban sucios y piojosos. Algunos estaban amarillos: el paludismo había clavado en ellos sus primeras garras. El jefe les arengó desde el balcón:

--- ¡Valientes soldados, defensores de la Patria y de la libertad! Es necesario salir hoy mismo a combatir al enemigo. Apelo a vuestra valentía sin tacha, a vuestro inmaculado honor de soldados, para pediros que aniquiléis de raíz, ---y pasó la mano derecha por el aire, horizontalmente, haciendo un corte veloz---, a esos levantiscos, negros salvajes, enemigos de la civilización, para que la obra de nuestro amado presidente pueda desenvolverse en un ambiente de absoluta tranquilidad, para que pueda haber progreso en toda la Patria... Es preciso escribir con nuestra sangre esta epopeya... ¡Porque estas jornadas que vamos a realizar tendrá un día que recogerlas la historia para grabarlas con letras de oro! ¡Así, pues, arreglar sus equipos cada uno! Soldados, ¡Viva la Patria! ¡Viva la Constitución! ¡Viva la libertad!

--- ¡Vivaaa!, ---se oyo gritar tristemente a los soldados.

Preocupar, sobrecogidos de espanto, fija la mente en la idea de una muerte próxima, rompieron filas. En la tierra sonaron los pasos lúgubremente.

--- ¡Nos acabarán los negros macheteros!

--- ¡Nos cortarán la cabeza!

--- ¡Y nos sacarán el pellejo, para que no nos puedan reconocer...!

--- y si no nos matan los negros, nos matarán las serpientes, ---les dijo a los otros un sargento ya entrado en años.

En una esquina del dormitorio, con la cabeza entre las manos, sentado al borde de su cama de madera, y retardado en el arreglo de su equipo, Gabriel Simbaña, indio metido a soldado de línea por el afán de salir de su aldea de la Sierra y no vivir la vida miserable de los otros, lloraba desconsoladamente. Recordaba que se había enrolado en el ejército, porque no quiso seguir la suerte de su padre, envejecido en la hacienda, casi desnudo y sin alcanzar a pagar jamás la cuenta al patrón. Recordaba el dolor que había sentido, ---¡ah, cómo iba a poder olvidarlo!---, cuando había visto que el látigo inclemente del patrón abría surcos de sangre en la espalda agobiada del viejo, aquel día que el mayordomo descubrió que su padre se había hurtado un saco de maíz. Fue en ese invierno duro y penoso, en que el hambre parecía haberse puesto de acuerdo con el patrón para hacer más amarga la vida de los indios. Recordaba ese loco anhelo de venir a la Costa, de vivir en una tierra distante, a donde no pudiera llegar el látigo ensangrentado del patrón. Vivir lejos de la hacienda, y poseer un pedazo de tierra enteramente suyo, donde edificaría su propia vivienda. Y luego su proyecto: llamar a sus hermanos, trabajar juntos para retornar después a su pueblo y recuperar lo poco que quedaba del viejo, pagando la cuenta al dueño de la hacienda. Recordaba su deseo de vivir medio metido en la selva, viendo correr los ríos grandotes por las llanuras desfiladeros, en su carrera hacia el mar. Por eso se había hecho soldado.

El "clase" lo sorprendió, pero no tuvo para su comportamiento las palabras duras que había tenido en otras ocasiones. Dijo a los compañeros:

--- Vean al Gabriel… ¡llorando como guagua mismo está!

Pero los compañeros no se burlaron de él. Porque Gabriel Simbaña era, en ese instante, la representación de todos ellos, que sabían que marchaban hacia una muerte irremediable, contra la cual rebelarse hubiera sido un delirio de alta traición.

Pero, ¿por qué habría salido de la aldea? Era preferible ---pensaba--- el látigo inmisericorde del patrón antes que esa muerte segura a manos de un negro esmeraldeño, emergido de entre un tupido matorral con los ojos desmesuradamente abiertos, rebosantes de una insaciable sed de sangre. ¿Por qué no se habría quedado en la aldea? ¡Cómo maldecía ahora todos sus deseos! Por un instante creyó que sería un sueño. Pero no era un sueño. Sonaban ya tristemente los pasos de los compañeros al bajar las escaleras. Unos pocos soldados se burlaron de Gabriel Simbaña en el patio, al formar. El sol disipó la tristeza de muchos. Salieron del patio, en marcha hacia la selva, cantando.

Pero Gabriel Simbaña iba triste. Ya no podría retornar a su tierra, pensaba. Ahora entre su aldea, lejana e inalcanzable, y él se interponía, cerrándole el paso, un gruesa muralla de negros sedientos de sangre, con afilados machetes, listos para cortarle la cabeza al primer movimiento, y para seguirlo en caso de que tratara de escapar por las llanuras.

Poco a poco, fueron internándose en la selva. Subían cerros, los bajaban, pasaban riachuelos, lodazales y llanos abiertos. Los mosquitos les salían al

encuentro. Los soldados iban perdiendo el miedo, pues el enemigo no aparecía por parte alguna.

Llegaron a una aldea, cuyas casas salían como con miedo, por entre el espeso follaje de un extenso platanal. Los jefes se instalaron en una casa con techo de zinc, que había sido abandonada por sus ocupantes. Los exploradores revisaron las casas, y como encontraron dos hombres, de color negro, que tenían machetes y escopetas, los condujeron amarrado ante el coronel que comandaba la unidad.

--- Mi coronel, ---dijo uno de ellos--- encontramos estos dos sospechosos. Parecen "conchistas".

El coronel hizo retirar a los soldados que los habían conducido a su presencia. Se quedó con otros oficiales. Los campesinos permanecieron estupefactos.

--- ¿Por qué tienen esas armas?, ---les preguntó el coronel, sin soltarles las amarras con que los habían traído.

Los dos campesinos se miraron el uno al otro, exigiéndose mutuamente la respuesta que solicitaba el coronel. Como no contestaran, insistió:

--- Que por qué tienen esas armas, ¿oyen?

Entonces el mayor de los dos, ---un negro atontado y palúdico, flaco, conocido en la aldea como "Come Jabón", porque le había atacado el vicio de comer este artículo---, se atrevió a decir tímidamente:

--- ¡Señor...! ¡Señor...!

--- Estás tratando con un coronel del ejército ecuatoriano, ---dijo dándole una entonación muy especial a su grado, como para que resaltase de entre sus otras palabras---, y no con un señor...

--- ¡Señor...! ---volvió a decir tímidamente el vicioso.

--- ¡Negro imbécil!, ¡idiota!, ---rugió el coronel---. Di: ¡mi coronel...! ¡Mi co-ro-nel!

--- ¡Mi co-ro-nel! ---dijo el vicioso.

--- ¿Para qué tenían esos machetes y esas escopetas? ¿Se fija usted, capitán Torres?, ---dijo dirigiéndose a uno de los oficiales que presenciaba la escena, al mismo tiempo que pasaba sus dedos por el filo de uno de los machetes de los prisioneros.

--- ¡Sí! ¡Ya lo veo, mi coronel ---le respondió. Y para demostrar su adhesión pasó también sus dedos por el filo del alma.

--- ¿Para qué, pues? ---preguntó otra vez el coronel.

--- Pa' la cacería... pa'l trabajo... mi coronel, ---dijo el vicioso.

Rieron el coronel y los demás oficiales. El capitán Torres habló:

--- Para la cacería, ¿no? ¿Para la cacería? ¡Ja, ja, ja, ja! A ver, ¿por qué le han sacado ese filo? ---y nuevamente pasó las yemas de sus dedos por el filo del machete.

--- Y tú, ¿por qué no hablas?, ---dijo el coronel, dirigiéndose al otro prisionero---. A ver… ¿se te ha comido la lengua? ¿O eres mudo?

--- Así es, ---dijo el oro prisionero---, como dice don Miguel es… Pa' la cacería y pa'l trabajo…

El coronel miró de arriba hacia abajo a los prisioneros. Eran campesinos miserables, vestidos con ropas que llevaban muchos parches. Estaban descalzos y tenían los pies sucios de lodo. Súbitamente, ---como para lograr un éxito por la sorpresa---, les preguntó:

--- Y los "conchistas", ¿por dónde andan?

--- Coronel, nojotro no sabemo nada de esa gente, ---dijo el vicioso.

--- Nada, ---corroboró el otro prisionero.

Siguió después un largo interrogatorio, al finas del cual, viéndose defraudados el coronel y su Estado Mayor, fueron condenados los dos campesinos a cepo y pan y agua durante tres día, para que revelaran el paradero de los "conchistas".

Mientras tantos, los soldados se habían dedicado a revisar todas las casas, sembrando el pánico entre los pocos habitantes que aún permanecían en la aldea. Casi todos regresaban cargados de racimos de plátanos, de gajos de chontaduros, de gallinas, de huevos y de pavos. Otros volvían arreando cerdos en dirección a la casa en donde habían instalado la cocina del batallón.

Debían permanecer tres días en la aldea. Estaban nuevamente gozosos.

Pero la selva recién empezaba a remover su rabia. Aquietaba por algunos años. Sonaba, sonaba ya, ronca, como la piel de un tambor salvaje que anunciara la muerte de un blanco cautivo.

En "El Recodo" se habían quedado solamente muchachos y mujeres que no consideraron ventajoso refugiarse en la selva. Las madres velaban el sueño de sus hijos. En las casas reinaba el silencio completo. Solamente el humo penetrante, oloroso a vega, de las "congolas" y de los cigarros "cura'os" delataba el insomnio de las mujeres de la aldea.

De repente, al pie de la casa de Dolores Cagua, ---la mujer de Miguel Bagüí, el prsionero condenado a cepo y a pan y agua durante tres días para que revelara el paradero de los "conchistas"---, se oyó la carrera atropellada de un pelotón de soldados.

--- ¡Por allá va!, ---lanzó su grito afilado uno de los perseguidores.

--- ¡Allá se escondió!, ---vociferó otro en la oscuridad.

--- ¡Atrás de ese matorral! ¡Breve! ¡Vamos breve!

--- ¡Ajá, amorcito, ---dijo una voz desbordada de alegría---. ¡Te cogí, vidita...!

La muchacha, tierna aún a juzgarse por su voz, trataba desesperadamente de libertarse de las tenazas voluptuosas de los soldados.

--- No, ¡por Dios! ¡Virgencita! ¡Suéltenme...! ¡Yo no sé de esas cosas...!

Las manos vigorosas de los soldados, crecidas en el deseo aumentado por el sopor de la selva, la apretujaban.

--- Ya no te irás, vidita...

--- Dejaraste no más, amorcito....

--- No te haremos daño, prenda...

Sus ropas fueron despedazados. En medio de la oscuridad, debajo de los árboles, en donde había jugado con los amigos que se habían ido adentro de la montaña, fue derribada. Sintió el doloroso galopar de los hombres que la poseyeron por la fuerza. Cinco, seis, siete, ocho.

Cuando un nuevo pelotón llegó atropelladamente, estaba tendida, como muerta. Se había llevado las manos, en un supremo arranque de honestidad, al sexo, florecido en claveles.

--- ¡Y a no sirve!, ---dijo tristemente un soldado, cogiéndole los cabellos.

--- Vamos a esa casa...

--- Tal vez haya alguna guambra...

A oscuras iban metiendose por los pantanos del lugar. Croaban ásperamente unos sapos en los charcos. Subieron a la casa señalada. Preguntaron los nombres de los ocupantes.

--- Dolores Cagua, ---dijo la campesina, encarándose resueltamente con el soldado que se le acercó.

--- ¿Sus hijas?, ---preguntó uno.

--- ¿Qué hijas?, ---inquirió llena de rabia.

--- ¡Sus hijas, pues...!

--- ¡No tengo ninguna! ¡Se habrá visto...! ¡Malditos...! ¡Pero aquí en la montaña la van a pagá...!

--- Ah, usted es...

--- ¡Sí! ¡Yo soy Dolores Caguas, la mujer del prisionero...!

Un soldado le rasgó un fósforo en el rostro. Estaba en camisón.

--- ¿Y...?, ---preguntó.

--- ¡Carguen!, ---ordenó el "clase".

Bajaron a la vieja, a la tienda de la casa. Entre protestas, la desnudaron. Seis hombres. La vieja quedó tendida para siempre. Junto al mostrador, como con miedo de sus marido por haberse dejado vender, parecía por su humildad y su vejez, una hoja seca grande caída sobre la tierra.

El deseo estallaba violentamente en la sangre de estos pobres soldados, llevados al infierno calcinante de la selva. Era el vaho de las tierras bajas. Era el olor de las resinas tropicales desenfrenado de las crecientes. Era el vapor que asciende en las noches sofocantes. Era la pesadilla que atormenta a los hombres que duermen en la selva, que se despiertan y sienten, cuando ha pasado el ardor de las primeras horas, deseos locos de estrechar contra sí una hembra, para poseerla una y varias veces.

Era la tierra, llena de ríos y de sol, indómita, salvaje, lujurienta y diabólica la que había metido el incendio en la sangre de estos pobres soldados.

A la mañana siguiente condujeron otra vez a los dos campesinos ante el coronel. No había tiempo que perder. No podrían permanecer en "El Recodo" los tres día que habían proyectado. Acababa el coronel de recibir una oren de la ciudad. Había que avanzar rápidamente.

Otra vez continuó el interrogatorio. Y otra vez la astucia del coronel y de sus compañeros se estrelló contra la negativa de los campesinos.

--- ¡Montubios imbéciles, ---dijo el coronel coléricamente---, nosotros venimos a libertarlos, a protegerlos de esos bandoleros que son los "conchistas", y ustedes, negros brutos, les ayudan! ¡Comprendan! ¡Animales!

--- Pero, mi coronel, ---se atrevió a decir Miguel Bagüí---, si no sabemos nada.

--- ¡Imbéciles!, --bramó el coronel---. ¡Pero no importa! Los acabaremos a bala a todos ellos, y ya verán lo que haremos con ustedes... Y con su tierra... ¡Tierra maldita, que apesta, tierra de negros salvajes, bubosos y palúdicos...! ¡Les queremos dar la libertad y la rechazan...!

Los prisioneros tuvieron un momento de confusión. Habían oído decir en la primera reunión de los "conchistas" al capitán Pincay que ellos luchaban por la libertad, por traer mejores días para la patria por abolir el concertaje, por traer el progreso hasta los campos apartados. ¿Sería cierto eso? ¡No! ¿Sería cierto lo que decía ahora el coronel? ¡No! Entonces, ¿de cuál lado estaba la verdad? ¡Sí! ¡Sí! Ahora estaba claro todo! La verdad era la que decía el capitán de la revuelta. No cabía duda. El capitán Pincay era costeño. El coronel era serrano. El capitán los atraía a todos con cariño. El coronel era una déspota. Además, se acordaba muy bien de la escena en la cual el capitán Pincay, encarándose con doña Jacinta, había libertado a los tres conciertos. El coronel era un farsante. ¡Mentía! ¡Sí! ¡Mentía! Y por encima de toda otra consideración, ¡cómo iban a creer que venían a libertarlos, si ya se sabía lo que venían haciendo por todos los caminos! Los "conchistas", en cambio, eran buenos. Ellos luchaban por vengar el arrastre del general

Alfaro y para que no subieran al mando los curas y las monjas. ¿Por qué, por qué iban a mandar los curas y las monjas?

Además. ---y esto era lo principal--- eran hombres de su misma clase, de su misma provincia o de otras provincias costeñas, o eran colombianos. Con ellos ---los "conchistas"--- habían jugado desde chicos en el río a la "iguana" y a la "pega". Habían jugado en las pampas, por las noches, la "panda", el "cuche", el "Tío Taitaco". Con ellos habían aprendido a labrar canoas. Con ellos habían aprendido a armar las primeras balsas para bajar el caucho y la tagua. Con ellos habían cazado las primeras tatabras y los primeros venados, y se habían ido adentro, muy adentro de la montaña, a silbar guatines. Habían recibido con ellos las primeras mordeduras de la "equis" y de otras víboras y se habían hecho curar de los curanderos. Con ellos se habían emborrachado la primera vez y las veces siguientes. Habían peleado por hembras de la comarca a machete o a escopeta, y los machetes habían dejadoles su lenguaje imborrable, imperecedero. Habían aprendido a taguar y a cauchar con ellos.

Era la gente de ellos. Era la gente brava, indomable, con el coronel Carlos Concha a la cabeza, peleando sinceramente ---según ellos--- por vengar una infamia y por asegurar la libertad en peligro. Era la gente de los ríos, de las llanuras inmensas y despobladas de adentro de la montaña, de las tierras desligadas por completo del resto de la Patria, peleando de frente contra el Gobierno. ¡Y qué orgullo tan grande para un hombre del monte, pelear contra el Gobierno, sea de la clase que sea! Porque a través de toda la historia, los gobiernos sólo se acordaron de los "negros salvajes" para la recaudación de los impuestos, y para reclutar "hombres rebeldes y valientes" ---en esta vez ya no "negros salvajes" cuando las fronteras de la Patria estuvieron amenazadas por el invasor peruano. Era Eloy Alfaro, era Carlos Concha, era Esmeraldas, era la Libertad.

El coronel encontró culpables a los dos prisioneros. Ordenó:

--- Teniente Cifuentes, ¡a cada uno cien palos...!

--- ¡Por esta cruz, ---dijo haciendo la cruz con la mano--- no sabemo nada...! ¡Por Dos, coronel! ¡No sea injusto!

El vicioso estuvo a punto de lanzarse a besar las botas del coronel.

--- No sabemos nadita, ¡Por la hostia sagrada!, ---juró el otro prisionero.

--- Ya está resuelto, teniente. ¡Cumpla la orden!

Se aterraron los dos prisioneros. Quisieron mentir, decir alguna cosa para calmar la furia del coronel del ejército ecuatoriano, ---el defensor de las libertades--- pero no pudieron. No sabían realmente nada del paradero ni de los planes de los facciosos. Y aún sabiéndolos, tampoco lo habrían dicho, porque no podían traicionarlos: hacía tiempo se habían jurado fidelidad en la selva.

Los condujeron amarrados hasta el sitios en donde se levantaban esbelto un frondoso "pepepán", que había sido descargado por los soldados. A un lado había un montón de excrementos sanguinolentos. Las moscas ennegrecían

el lugar. Los zancudos volaban portando rojas bombas de sangre, recién extraídas a los soldados leales.

--- Por última vez, ---les dijo el teniente Cifuentes, haciéndolos acostar boca abajo, quitada la camisa, con los brazos abiertos, sujetado por tres soldados cada prisionero--- digan lo que saben… ¿Dónde están?

--- No sabemo nada, ¡por mi madre!, ---dijo el viciosos.

--- ¡Por la luz que me alumbra! ---juro el otro.

--- Entonces, Chicaiza y Jiménez, ¡alístense…!

Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta latigazos en las espaldas de los prisioneros. Sintieron horribles dolores al comienzo; pero después soportaron resignadamente el castigo. Acaso, como en todas las cosas desagradables, en el dolor también lo más doloroso es empezar y la tortura continuó.

Quedaron exánimes. Cien latigazos que los hicieron retorcerse cerca de los excrementos sanguinolentos. Pieles rayadas con su propia sangre por las cuales desde ese rato, aunque en medio de crueles sufrimientos, empezaban a brotar manantiales del odio que meses más tarde desembocarían en la vorágine del "conchismo" sanguinario, sordo a las peticiones de clemencia de los soldados rendidos, con una piedra dura por corazón y un norte sombrío: la venganza.

Cuando Miguel Bagüí pudo arrastrarse, al atardecer, hacía su rancho, los soldados leales habían salido ya de "El Recodo". Mujeres y muchachos acudieron a ayudarlo.

Un "guaco" cantaba lúgubremente desde un guabo cercano:

--- Ya.cabó. Ya-cabó.

Echo la vista hacia el lugar de donde procedía el canto del pájaro agorero. Tuvo un estremecimiento de terror. ¿La muerte? ¿Estaría ya venciéndolo la muerte? ¡No! ¡No podía dormir! ¡No moriría!

Pensó: pero el "guaco" nunca se equivoca…

Resplandecieron en el crepúsculo sus ojos de una manera extraña.

--- Vamos a la casa, don Miguel…

--- Cójanlo bien, que no se estropee la rabadilla…

--- Vayan al "pepepán" del "guaco", ---dijo con las hilachas de voz que le quedaban--- ¡Agarren a Rosendo! ¡Lo han dejado allá bien aporreado los marditos…!

Fue un grupo de mujeres y muchachos hacia la dirección indicada. Entre tanto el "guaco" seguía cantando:

--- Ya-cabó. Ya-cabó.

Cuando Miguel Bagüí, ya arriba de su casa, vio que en el centro de la casa estaban velando el cadáver de su mujer, y supo todo lo acontecido, y que esperaban solamente el ataúd para darle sepultura, sintió que la indignación era mucho más grande que su dolor.

Pensó: cierto, el "guaco" nunca se equivoca.

Después de un momento regresaron unas mujeres con Rosendo. Lo conducían en una hamaca cuyos extremos, amarrados a un palo redondo, eran llevados al hombro por dos mujeres ya entradas en años.

Ya acostado en su cama, inmóvil, mientras le preparaban unos remedios del monte, comprendió el vicioso que comía jabón que había encontrado su camino. Su ruta estaba clara. ¡Dejaría el vicio! ¡No comería más jabón! ¡Tenía que vivir! ¡Viviría! Lucharía contra la muerte, y la vencería, porque tenía que luchar después contra los hombres, y vencerlos también.

CAP. 3

LA EMBOSCADA

Después de tres días de marcha forzada por la margen derecha del río Esmeraldas, en persecución de los facciosos, llegaron, cerca del mediodía, a "El Mango", hacienda de propiedad de un agricultor colombiano, llamado Pedro Escalante, quién había construido su casa en el centro de un extenso llano. Los ranchos de los peones estaban diseminados al azar en los contornos. Don Pedro, ---envejecido en el corazón de la selva---, acudió solícito a presentar sus respetuosos saludos a los oficiales apenas los vio salir a la llanura, montados a cabellos y a la cabeza del batallón leal.

--- Buenos días, ---saludó humildemente al coronel.

--- Buenos días, ciudadano, ---le contestó sonriente el jefe militar.

--- Pedro Escalante, para servirlo…

Y fue luego presentándose a todos los oficiales.

Cuando terminó de estrechar las manos de todos ellos, dijo al coronel:

--- Estoy para servirlos… Mi hacienda y mi casa están completamente a sus órdenes, coronel… Pueden quedarse para almorzar… ¿Desea? ---avanzando en dirección a la casa del hacendado, y observando las columnas del batallón que empezaba a llenar la llanura, el coronel le respondió:

--- Muchas gracias. Quisiera seguir, pero en verdad la tropa está agotada por la marcha, y hay que almorzar…

--- Claro ---intervino uno de los oficiales--- hay que hace comer a la tropa… Los hombres están cansados y tienen hambre.

Llegaron al pie de la casa y el coronel primero y los oficiales luego, se apearon. Los ordenanzas acudieron solícitos a hacerse cargo de los animales, y los amarraron en el lugar que les indicó uno de los peones de la hacienda. El coronel dio la orden de acampar en "El Mango". La tropa suspiró gozosa, e hizo asomarse, por el bullicio, a las ventanas y puertas de los ranchos a todos los moradores de la hacienda.

--- ¿Usted es esmeraldeño? ---, le preguntó el coronel a don Pedro Escalante, una vez que estuvieron ya arriba de la casa.

--- No, coronel, yo soy colombiano. Vine muchacho, para el tiempo de la "cauchería", y me quedé. No tuve ganas de volver a mi tierra.

--- ¿Se enraizó entonces?

--- sí, me quedé para siempre. Al fin y al cabo, la patria de todo hombre está donde encuentra la vida… Yo la he encontrado aquí en esta montaña… Por eso digo que mi verdadera patria es esta selva, y señaló con su mano derecha los verdes confines, resplandecientes por el sol canicular del mediodía.

Variando súbitamente la conversación, en tanto se quitaba la casaca para refrescarse, el coronel le preguntó:

--- ¿Y el enemigo? ¿No ha visto a los "conchistas"? ¿No han pasado por aquí?

--- SÍ, ---le respondió---, pasaron río arriba. Deben haberse ido por la montaña, para allá ---y volvió a señalar los confines.

--- ¿Cuándo pasaron?

--- Pasaron a la carrera anoche, como en derrota. Parecía que llevaban algunos heridos.

--- ¿Cuántos serían? ¿Pudo darse cuenta?

--- No sé cuántos, pero me parecían pocos, poquísimos?

--- ¿Y en dónde estarán ahora?

--- Arriba. He oído decir que tienen su cuartel bastante arriba.

--- ¿Muy lejos de aquí?

--- Como a dos días, más o menos.

Encarándose bruscamente al colombiano y colocando su revólver en la mesa de la sala, con el fin de atemorizarlo, el coronel le preguntó:

--- ¿Es cierto todo lo que me dice? ¿Puede jurarlo?

--- ¡Lo juro! ---le contestó el hacendado.

Se levantó del asiento, se acercó a Don Pedro Escalante., lo tomó con sus robustas manos por la pechera de la camisa, y le dijo:

--- ¡Ande con cuidado! Porque si usted llegara a traicionarme pagaría con la vida de usted y de los suyos su delito.

Por un instante tembló el cuerpo escuálido del viejo ante la vitalidad dominante del coronel. Luego éste lo soltó, y entonces el agricultor le dijo:

--- Todo lo que yo le digo es la verdad. No tengo por qué engañarlo. Soy extranjero, y, por lo mismo, soy imparcial.

--- Así es, buen hombre, ---manifestó el coronel, tomando nuevamente asiento---. Usted perdonará que un celo excesivo en el cumplimiento de mi deber me obligue a portarme en la forma en que lo he hecho. Pero ahora veo que usted es un hombre sincero, y le pido me disculpe.

--- Está disculpado, coronel, ---dijo el colombiano, recuperando su tono sereno del comienzo.

--- ¿De modo que podemos quedarnos aquí en su hacienda a pasar la noche, sin peligros?

--- Aquí no hay peligro, coronel, al menos mayor peligro… Pero usted debe comprender que está en la montaña, y hay que cuidarse…

--- ¡Ah, claro que si!

--- Porque la selva es traicionera, coronel. Recuérdelo.

--- Creo que no estaremos expuestos a mayor peligro, porque por la orilla del río avanza otro batallón que tal vez mañana establezca contacto conmigo, para una acción coordinada.

--- Pero ya sabe, mi casa y mi hacienda están a su disposición y me gustaría que todos se quedaran para que mañana reanuden la marcha.

--- Así vamos a hacerlo, don Pedro. Muchas gracias por su hospitalidad y por sus informes.

Se asomó a la ventana, llamó a su ordenanza y le dijo:

--- Dile al comandante Andrade que venga en seguida a la casa.

El comandante y algunos oficiales subieron.

--- Comandante, ---le dijo el coronel---, vamos a pernoctar en esta hacienda. Ordene preparar el almuerzo y la comida. Disponga el alojamiento de los oficiales en las casas vecinas. Usted, el capitán Bahamonde, el capitán Baquero y el teniente Zurita se alojarán aquí en esta casa de nuestro buen amigo Escalante.

--- Esta bien, mi coronel.

--- Y mande para arriba una patrulla.

--- Ya la mandé, mi coronel.

--- Muy bien, muy bien, comandante.

--- Voy a impartir las órdenes, ---dijo, y salió de la sala, dejando a los demás oficiales que habían subido con él a la casa.

Después de un momento se formó una algazara en la pampa. El coronel, don Pedro Escalante y los oficiales se asomaron a la ventana. Los soldados que habían ido a explorar los contornos traían amarrados a tres personas de la hacienda.

--- Son mis peones, coronel, ---dijo el hacendado---. Estaban envasando...

--- ¿Envasado qué cosa?, ---preguntó el coronel.

--- Aguardiente, pues. ¿No se dio cuenta, apenas llegó, de las damajuanas que estaba recibiendo?

Preocupado por su idea de encontrar a los rebeldes para aniquilarlos el coronel no se había dado cuenta a su llegada a la casa del aguardiente fragante, recién destilado, que, envasado en damajuanas, habían estado conduciendo los peones a la bodega de la casa.

--- No, no me di cuenta, don Pedro ---y dirigiéndose al sargento que encabezaba la patrulla añadió: ---Suelten a esos tres hombres. Son peones de nuestro aliado don Pedro Escalante.

--- Muchas gracias, mi coronel, ---dijo sonriente el hacendado.

El coronel evocó entonces el mallorca de barril que empezó a tomar en su pueblo natal, y que después continuó bebiendo en las capitales de las provincias de la Sierra, a las que conocía en su totalidad.

Pensó: ¿por qué no tomar un poco de aguardiente recién destilado, aromático, fragante, provocativo como una mujer voluptuosa? Puesto que el enemigo e ha retirado en desbandada hacia arriba, no hay peligro alguno. ¿Por qué no vamos a olvidarnos un poco de los sinsabores de la marcha y de las cosas dulces que se quedaron lejos? Además el mismo refrán lo dice: "El hombre debe oler a aguardiente, a polvora y a tabaco". Mañana seguiremos adelantes y haremos añicos a estos negros imbéciles, a estos brutos... Don Pedro Escalante salió de la sala y regresó después de un momento acompañado de su mujer. La presentó a todos los militares y después de terminada la ceremonia le dijo que fuera a dirigir la preparación del almuerzo que iba a brindar al coronel y sus oficiales. Cuando la mujer salió los hombres continuaron conversando, y a poco rato reían todos y elogiaban la superior calidad del aguardiente destilando de don Pedro, mientras bebían ávidamente el licor brindado por el hacendado colombiano.

Mientras el coronel envolvía un cigarrillo don Pedro entró a su cuarto y regresó trayendo una "bola" de tabaco. Cortó un pedazo y empezó a hacer un cigarro. Entonces sugirió:

--- Mi coronel, ¿no le parece que debemos brindar un trabajo a la tropa?

--- ¡Qué buen amigo que es usted, don Pedro! ---exclamó gozoso el coronel---. No sé cómo he podido olvidarme de mis soldados. ¡Sí! ¡Sí! Es verdad, ---reafirmó la idea que había tenido desde hacía un momento---, el hombre debe oler a aguardiente, a pólvora, y a tabaco... teniente Zurita, querido "Pollo" Zurita, encárguese de hacer tomar un trago a la tropa... Vaya con don Pedro... y con Dios...

Los oficiales aplaudieron el gesto del coronel. Don Pedro y el Teniente Zurita bajaron de la casa.

De improviso el coronel se asomó a la ventana, llamó al teniente Zurita, y una vez que esté, cuadrándose en la pampa se puso a sus órdenes, le dijo:

--- Advierta a la tropa que es solamente una copa que deben tomar... Que nos da la brinda nuestro aliado don Pedro Escalante... Que pueden estar tranquilos, porque vamos a dormir aquí... Que descansen... que tomen, pero que no se emborraches... Que anden con cuidado...

Y se entró tambaleante, cogido del brazo del capitán Bahamonde.

--- Domitilo ---llamó don Pedro a un peón--- anda a traerme la botella de añejo que tengo en la tienda... Está en la percha... frente al cajón... El añejo ése con las cáscaras de limón... Anda ligero... Toma la llave... Voy a hacerle probar algo bueno al coronel... Y vos, Hipólito, ---dijo dirigiéndose a un campesino que permanecía parado a la entrada de la sala, observando a los militares--- ven acá... Acércate... No tenga miedo... Que el coronel no mata... ¿Verdad, mi coronel?

--- Al menos a la gente buena, no le hago nada, ---dijo el jefe militar, tratando de recobrar su voz habitual---. A ellos no los mato, pero a los otros... a los "conchistas"... a ésos sí los acabaré de raíz, como a plantas malditas...

--- Bueno Hipólito, acércate no más... Anda a la cocina y dile a Cristobalina que también le tuerza el pescuezo al gallo colorado... Y que haga un buen "mazato" para todos los oficiales...

--- ¿Un buen qué? ---le preguntó el capitán Baquero.

--- "Mazato"... Ya verá... algo sabroso... Cuándo a uno le dan un "mazato" bien preparado, ya no puede regresar a su tierra... Se siente como clavado, como un árbol, con raíces... Y no puede alzar el vuelo... La tierra lo ha aprisionado... uno siente que no puede despegarse de ella...

--- ¿A usted le dieron "mazato"? ---le preguntó el coronel.

--- ¡Sí! Por eso no pude volver a Colombia... Me sentí como una parte más de esta montaña... Y sin tener hijos todavía sentí que mis raíces estaban demasiado adentro de esta tierra...

Llegó Domitilo con la botella de añejo. El licor estaba verduzco. En el fondo de la botella había un sedimento pardo. El coronel, los oficiales y don Pedro bebieron. Después los militares se quedaron dormidos en la sala.

Mientras tanto, desparramada en la llanura, la ropa comenzaba a embriagarse.

Gabriel Simbaña había olvidado ya el miedo que tuvo al salir del cuartel de la ciudad. Ahora se burlaba de los negros macheteros que había pensado que le cortarían la cabeza en algún lugar de la selva.

--- ¡Soy un machazo! ---decía en una prueba de amigos que había conseguido una damajuana de aguardiente, de la cual todos bebían---. ¡Soy un machazo! ---vociferaba, golpeándose el pecho descubierto, pues la casaca se la había quitado hacía un momento---. Ya he combatido bastante. Ya soy un… ¿cómo dice, mi sargento?

--- Un héroe ---le ayudó el sargento Moya.

--- ¡Sí! ¡Un héroe…! ¡Un héroe…!

--- Callaraste no más ---le observó un cabo ya entrado en años---. Cuidado estén oyéndote los negros macheteros…

--- O tal vez te esté oyendo la misma muerte ---le dijo un soldado.

--- ¡Soy un machazo! ---continuaba vociferando.

--- Cuidado te maten antes de hora ---le dijo el Sargento Moya.

--- ¿Matarme? ¿A mí?, ---preguntó riendo como un loco---. No ha nacido todavía el hombre que ha de matarme… Y si ha nacido que salga a la pampa… ¡Ya mismo! ¡Ya! ¡Ya!

Y se echó a tierra y apuntó con su fusil hacia el cerro del frente.

--- Está borracho ---dijo el sargento.

Cerca del río humeaban los fogones preparando la comida para la tropa. Unos pocos soldados se bañaban en las turbulentas aguas del río. Muchos se quedaron dormidos debajo de los árboles.

Por la noche salieron cinco patrullas a explorar los contornos. Su trabajo fue infructuoso pues no pudieron localizar a los facciosos. El coronel distribuyó la vigilancia y se acostó. De sobresalto en sobresalto se durmió arrullado por las orquestas nocturnas de la selva.

Una lechuza pasó por encima del techo de la casa graznando horriblemente.

--- ¡La maldita! ---dijo don Pedro Escalante---. Hace más de un mes que pasa por aquí todas las noches… Y siempre haciendo así… Me da miedo… Algo malo va a pasar… Hace diez años atrás fue lo mismo… Pasaba todas las noches… ¡Qué no hice por espantarla…! Le gritabamos duro… Hasta le hice unos disparos… Se perdió por tres noches… Creí que no volvería más, pero a la cuarta noche estuvo aquí… ¡Sí! Algo malo va a pasar ahora… La otra vez fue el incendio… Ahora, ¿qué será? ---acostado en la hamaca continuó fumando su cigarro. La lechuza regresó y la oyo irse graznando sobre el llano de más arriba. Don Pedro sintió deseos de hablar al coronel. Se acercó a la cama que le había cedido, y vió que estaba profundamente dormido. Igualmente dormidos estaban en la sala, en el comedor y en la cocina de la casa los demás oficiales.

Además, pronto el graznido fatal se diluyó en los pliegues de la noches.

Después del desayuno del día siguiente las fuerzas leales reanudaron la marcha. Más allá de la casa de don Pedro la senda empezaba a cerrarse, y los soldados tenían que avanzar en columnas de a uno. Los mosquitos volaban en densas bandadas. Colorados, llenos de sangre, iban prendidos de las orejas y del cuello de los soldados.

Y a cierta distancia, el comandante Andrade le dijo al coronel que consideraba conveniente detener un momento el avance para hacer una exploración. El coronel aceptó la insinuación, y el comandante Andrade y algunos oficiales avanzaron agazapándose tras los matorrales del estrecho sendero. Tres sargentos treparon sendos arbustos. Sin haber observado ningún indicio de las fuerzas facciosas, regresaron, el comandante habló con el coronel, y prosiguió la marcha. Abriendo el camino con las manos, atravesando extensos pantanos, los soldados continuaban avanzando por la margen derecha del río, hacía el corazón siniestro de la selva.

Cerca del mediodía, al desparramarse el batallón en un inmenso llanto, situado al pie de un cerro de escasa elevación, sonaron las primeras descargas de los rebeldes. Se tendieron los soldados ocultándose tras las matas esbeltas del pasto natural que cubría la llanura y tras débiles arbustos. Las cornetas leales dieron la orden de ataque. A lo lejos, como arrastrándose a las plantas de las sonoras cornetas, sonaban broncos, elementales y sin gusto tres "churos" de los montañeros. Disparaban los soldados sin haber localizados al enemigo, que empezaban a diezmarlos. Lejos quedaba el río, y al fondo, como una valla prolongada de verdura, estaba el cerro minúsculo. El coronel, el comandante y los oficiales agazapados en el llano se movían en todas direcciones, pero no podían localizar al enemigo. Aquí era un soldado a quién las municiones le destrozaban lo lejos; cerca de él, otro que veía afluir sus intestinos; allá, otro que describía una trágica pirueta cuando saltaba en busca de una mejor protección; junto a éste, un grupo completo e amigos que se quedaba inmóvil para siempre. El llano fue cubriéndose de cadáveres. Cuando el enemigo fue localizado ya había perecido más de la mitad del batallón. Los soldados leales emprendieron la retirada en dirección a la hacienda de don Pedro Escalante, pero no pudieron avanzar porque los facciosos les habían cerrado el paso. Tuvieron que batirse. ¿Por dónde escapar entonces? ¿Hacia arriba? No conocían el terreno. ¿Hacia el río? Solamente uno pocos que sabían nadar lo hicieron. ¿Hacia el cerro? Era precisamente de allí de dónde venía la muerte. Cuando el batallón leal estuvo casi aniquilado se descorrió del todo la cortina. Una especie nube de negros macheteros, veloces, saltando sobre los matorrales, descendió del cerro. Venían nerviosos, acezantes, sedientos de sangre, con sus machetes resplandecientes en alto, agitándolos como banderas de venganza. Algunos quedaron, describiendo grotescas piruetas, en medio camino. La voz de los pocos oficiales que quedaban con vida retumbó entonces:

--- ¡Carga a la bayoneta!

Pero ya era tarde. Las fuerzas facciosas habían oscurecido casi completamente el llano, y los machetes vengativos, sedientos de sangre, empezaban a derribar las primeras cabezas.

Los hilillos escarlatas fueron haciéndose brazos; los brazos desembocaron en esteros; y los esteros se juntaron para formar un río.

Más debajo de "El Mango", en la margen opuesta, el otro batallón leal que debió prestar auxilio a las fuerzas inmisericordemente diezmadas, se rindió cobardemente a los facciosos, sin pelear.

De súbito tronó en la pampa ensangrentada, con pocos sobrevivientes ya, la voz vigorosa y vengativa de Alberto Morcú. Gritaba:

--- ¡Machete "bolia'o"! ¡Viva Alfaro!

Machete en mano, con una velocidad fantástica, corría terminado de matar a los moribundos soldados de línea, caídos en el llano.

--- Paf, paf, paf ---sonaba su machete partiendo el cráneo de un soldado como si fuera una sandía.

--- Paf, paf, paf ---sonaba su machete atacando a un soldado que forcejeaba con un compañero.

--- Paf, paf, paf ---sonaba su machete sobre la espalda de un soldado que agonizaba de bruces.

--- Paf, paf, paf ---sonaba su machete, dejándolo caer con furia sobre la cabeza de un soldado aterra que le pedía perdón de rodillas.

Así cruzó el llano, veloz e incansable, cercenando cabezas y matando moribundos, presa de una locura infernal, mezclándose con sus compañeros que hacían otro tanto, aunque con menos vehemencia.

Levantaba su machete, como una bandera ensangrentada, apenas la víctima se quedaba inmóvil, y otra vez desplegaba su grito aterrador:

--- ¡Machete "bolia'o"! ¡Viva Alfaro!

Un soldado leal, parapetado tras un arbusto cercano al río hacía fuego aún. Un faccioso levantó su escopeta y le apuntó; pero Alberto Morcú, enloquecido como estaba, se abalanzaba sobre el compañero. Empuñó con sus manos ensangrentadas el cañón de la escopeta, se la arrebato y arrojándola con rabia sobre la tierra, exclamó:

--- ¡Hoy es el día del machete! ¡A ese serrano me lo como yo!

--- ¡Ha matado ya algunos... Es el único... Vea, todos los demás se han rendido...

Efectivamente, bajo un árbol cercano al cerro estaban el coronel, el capitán Bahamonde, el capitán Torres, el teniente Zurita, algunos sargentos y cerca de un centenar de soldados que se habían rendido cuando habían intentado el regreso a la hacienda de don Pedro Escalante.

--- ¡Machete "bolia'o"! ¡Viva Alfaro! ---gritó nuevamente el liberto, al mismo tiempo que velozmente emprendía la carrera en dirección al sito desde donde continuaba disparando el único soldado que aún resistía.

Por un momento, el faccioso a quién Alberto Morcú le había arrebatado su escopeta, se quedó estupefacto. Iba a tomarle nuevamente para disparar al soldado leal en defensa de su compañero de armas, cuando advirtió que aquél calaba su bayoneta. Cuando estuvo frente al soldado, Alberto Morcú le gritó:

--- ¡Bótate a la pampa, serrano maldito!

--- ¡Negro imbécil! ---le replicó el soldado---. ¡Allá voy!

Los dos hombres permanecieron un momento frente a frente, a corta distancia, con los músculos tensos, atentos al menor movimiento, el uno con su machete ensangrentado, y el otro esgrimiendo el rifle con su bayoneta calada.

Un negro quiso disparar al soldado leal, pero el capitán de los facciosos se interpuso, diciéndole:

--- ¡Déjenlos! ¡Son dos machos!

Resplandecían los ojos de los dos contrincantes. El machete y la bayoneta continuaban tocándose, y los dos hombres adelantaban y retrocedían evitando las acometidas. Se oía nítido el sonido de las dos armas al chocar. Los facciosos y los prisioneros espectaban el duelo. A veces parecía que la bayoneta iba pronto a descuartizar a Alberto Morcú; otras, el machete penetraba la defensa del soldado, y daba la impresión de que de un momento a otro se acabaría toda señal de resistencia. De repente, el soldado leal al retroceder para evitar una acometida de Alberto Morcú, se resbaló, y por un instante ---unos pocos segundos--- la culata de su rifle tropezó con la tierra. Cuando intentó recobrar su posición, ya Alberto Morcú le había destrozado el brazo. Y junto al tronco de un árbol de zapate, uno tras otros los machetazos inflexibles del libreto acabaron con el desventurado Gabriel Simbaña.

Hasta cerca del anochecer, los facciosos continuaban removiendo los cadáveres y despojándolos de todo aquello que consideraban de utilidad.

CAP. 4

EN TODAS PARTES ES LO MESMO

Aquella mañana el campo estaba aún aterrado.

La pampa continuaba llena de cadáveres. En algunos sitios la sangre estancada había formado charcos claramente visibles. Los gallinazos empezaban a ennegrecer las cercanías del llano. Se los veía acudir a prisa desde lejos. Volaban sobre la pampa, y luego se situaban en las ramas de los árboles cercanos, esperando el momento propicio para empezar a devorar los cadáveres. Los "conchistas" ---como aves de rapiña--- habían madrugado a despojar a los cadáveres de los soldados leales de todo aquello que consideraban aún de algún valor. Atropelladamente, exhibiendo una codicia jubilosa, iban y venían revolviendo cadáveres.

Arrinconado junto al tronco del zapote en donde cayera la tarde del día anterior, el cadáver de Gabriel Simbaña continuaba aún sin revisar. Un negro corpulento se precipitó hacia él. Introdujo sus manos en los bolsillos del pantalón del muerto buscando dinero, pero encontró solamente unos papeles. Los observó cuidadosamente y luego, decepcionado, los colocó en el sitio en donde los había encontrado. Tomó las manos del muerto entre las suyas, las miró con cuidado, y las dejó caer sobre la tierra ensangrentada: no tenía anillos. Sonrió el cadáver haciendo una mueca espantosa. Nuevamente lo soltó: no tenía dientes de oro: una dentadura incompleta hacía una macabra sonrisa. Entonces despojó al cadáver de su casaca. Luego le quitó los zapatos. Los ojos del negro brillaron de gozo. Ya tendría calzado. Si le resultaban pequeños, los cambiaría con los de alguno que hubiera conseguido más grandes. Se los midió. No le quedaron bien. El muerto había tenido pies pequeños. Decepcionado, los amarró delos cordones y los colocó junto a la casaca. Empezaba a quitarle el pantalón cuando escuchó el ruido de algunos pasos. Alzó los ojos y vió a Alberto Morcú, al "Pelacara" y al curandero. Se sorprendió. Miró fijamente por un instante a Alberto Morcú, bajó avergonzado la vista y sin decir una palabra tomó apresuradamente la casaca y los zapatos, y se marchó. Los tres hombres se acercaron silenciosamente al muerto. Estaba boca arriba y sonreía.

Entre tanto, los "conchistas" empezaban a cargar cadáveres desnudos y semidesnudos, hacía el río. Allí los arrojaban, y la corriente los bajaba a prisa. Entonces las gallinazas volaban desde los árboles jhacia los cadáveres, se paraban en ellos y empezaban a devorarlos.

--- ¡Ah, serrano, ---dijo Alberto Morcú poniendo su pie derecho sobre la barriga del cadáver de Gabriel Simbaña--- vos disque venías a ayudá a esclavizarme…! ¡Ja, ja, ja, ja, ja…! ¡Yo ya no seré más concierto!

"El Pelacara" y el curandero sonrieron. Por curiosidad ---pues en aquel instante no primaba en Alberto Morcú la idea del despojo--- introdujo las manos en los bolsillos del pantalón del muerto. De uno de ellos extrajo los papeles que antes había rechazado el negro que se habla marchado llevándose la casaca y los zapatos de Gabriel Simbaña. Los miró de uno y otro lado, y luego se los extendió a sus dos acompañantes para que los leyeran, pero ninguno de ellos sabía leer.

--- ¿Qué dirán estos papeles? Parecen cartas, ---dijo.

--- ¡Qué van a decir! ---exclamó el "Pelacara", bajando la cabeza.

--- Hay que guardarlos, ---opinó el curandero.

--- ¡Cierto! ---dijo Alberto Morcú---. Los voy a guardar. Después vemos a alguno que sepa leer. Estoy pica'o de curiosidad…

Guardó los papeles en sus bolsillos. Llamaron en ese instante a todos a cargar a los muertos hacia la orilla. El curandero se fue. Alberto Morcú y el "Pelacara" condujeron el cadáver de Gabriel Simbaña. En la orilla lo tomaron de brazos y piernas, lo balancearon tomando impulso y luego lo lanzaron lejos. Salpicó mucha agua, dio una vuelte, tomó estabilidad y siguió aguas abajo. Cinco gallinazos cayeron inmediatamente sobre el cadáver.

--- Buena comida van a tené los gallinazos ---dijo un "conchista".

--- Banquete dirás ---le corrigió otro.

--- ¿Qué dirán ahora en el pueblo viendo tanto muerto que baja?

--- Uhum… Que digan lo que quieran… Si no les gusta que vengan pa' acá…

Los "conchistas" iban y venían afanosamente conduciendo los muertos.

De regreso de la orilla. Alberto Morcú y el "Pelacara" continuaron conversando.

--- Me dijo el sargento Castro que todo lo que recojamos cuando hay jaleo es la paga que nos dan… y la ración en carne…

--- Entonces, ¿no nos pagan plata, no nos pagan sueldo? ---inquirió Morcú.

--- No… Por eso hay que asegurarse… Hay que madrugá a la rebusca, porque al que madruga Dios lo ayuda…

--- Yo creía que pronto nos iban a pagar… Hoy cogí algo de plata… Topé con uno que parece había sido sargento… Tengo que mandarle plata a la Joaquina pa' un remedio del Crespín… 'Tá anémico el muchacho.

--- ¿Tenés más hijos?

--- No. Es el único. Tenía otro… Era más menor… Se murió con el vicio. Le había dado por comer ceniza. Apenas la mamá se descuidaba, ya estaba comiendo ceniza… Yo lo agarré por las buenas, pero no pude corregirlo. Entonces lo cogí por las malas. Lo latiguée bastante, le dí trompón limpio, pero nada… Y me daba pena verlo que cada día se ia poniendo más amarillo, como flor de muerto… Y yo lo quería bastante y por eso quería que no se juera a morí, y por eso le daba duro, pa' corregilo… Se iba de la casa a escondidas y comía ceniza que pedía en las casas vecinas… Decía que la mamá les mandaba a decí que le regalaran un poco de ceniza, lo pandaba en una hoja pa' hacé creé que en verdá lo llevaba a la casa, se metía adentrito del camino pa' la ceja del monte, y se comía el panda'o… Cómo yo no podía está en la casa todo el día, no lo pude corregí… Se jue poniendo amarillo, amarillo.

--- ¡Barajo, el muchacho! ---exclamó el "Pelacara".

--- Ya no había remedio con el condena'o... Se levantaba de noche, cuando estábamos dormidos, se iba al fogón, escarbaba la ceniza y se la comía... De velo ya tan mal, un día le pedí plata a doña Jacinta pa' llevarlo al pueblo a hacerlo curá... Pero me dijo que no tenía, que estaba "con Don Juan en la nuca", que esperara pa' la Noche Buena que íbamo al pueblo llevando tres balsas de tagua...

--- ¿Y jueron?

--- Claro que juimos. Es que lo quería bastante al muchacho... To'avía me da pena cuando me acuerdo... Pero ya estaba muy amarillo... como muerto... No podía casi ni caminá... barrigón... la barriga bien soplada. Así ---y se llevó las manos al vientre como haciendo una bomba grandota---. El médico lo vio y me dijo: "¡Lo has traído muy tarde! ¿Cuándo dejarán ustedes de ser imbéciles? ¿Por quñe no lo has has traído antes? ¡Ahora ya no hay remedio! ¡Llévatelo!". Lo dejé en la casa de un tío en Barrio Caliente. Como a los quince días de habé regresa'o a la hacienda, me escribió el tío diciéndome que se había muerto...

--- ¡Barajo! ¡La suerte del pobre es así!

Llegaron al sitio en donde quedaban todavía algunos cadáveres. Tomaron otro en la misma forma que habían hecho con Gabriel Simbaña y regresaron a la orilla. En el trayecto reiniciaron la conversación...

--- Se murió, pué...

--- No lo supieron curá...

--- ¡Cuándo no hicimo...! Una vez pa' ve si así dejaba el vicio, porque me habían dicho que con eso se curaba, le hice este remedio. Lo llamé y le dije: "Bueno. ¡Ahora te olvidas del vicio, o te mato!"

>--- ¡Papá, papá ---dijo llorando a mis pies--- no lo voy a hace más! ¡Por Dios y la luz que alumbra!" Mientras tanto yo como que si no oía, seguía cargando una escopeta que me habían empresta'o... No le hacía caso. El chico me tenía agarradas las rodillas y forcejeaba. Le dije: "¡Por vicioso te voy a matá...! ¡No te creo...! ¡Ya me habís engaña'o bastante!". El me prometió: "¡Por Dios, Papá, ya no lo volveré a hacé más...! ¡Pero no me mataré!". Me lo creé, las palabras y el llanto del muchacho se me clavaban como puñales... Por Dios, no te miento...! Pero lo quería bastante y comprendí que tenía que sé malo pa' que él juera bueno... Como ya era convenido, la mamá se hacía como que lloraba... Pero me acerqué ya con la escopeta cargada, y vide que efectivamente 'taba llorando de veras... Lo amarramo, lo metimo en una canasto grande, lo colgamo del centro de la cocina, encima de la talanquera... "¡No, papá, no! ¡No me mate, por Dios!", seguía diciendo mientras lloraba y forcejeaba prisionero. Pues le hice el disparo, echando la escopeta en otra dirección, por la ventana... Sacamo al muchacho desmaya'o... Después de un rato volvió... Yo pensé: se curó... De esta manera no vuelve al vicio... Pero después de tres días siguió con la ceniza... No había remedio...

--- ¿Ni con todo eso?

--- Ni con todo eso... Y eso que después del tiro otra vez quise curarlo... Lo metimo en un canasto y lo amenazamo con ahogarlo... Lo echamos al cantil amarra'o el canasto de un cabo juerte... Lo tuvimos un raro... Lo sacamo y de nuevo siguió con el vicio...

--- ¡Pobre muchacho! ---exclamó el "Pelacara" con una voz cargada de tristeza.

Habían llegado ya el filo del río. Como la vez anterior agitaron en el aire el cadáver y lo arrojaron lejos.

Terminada la faena, dejando a la pampa sin cadáveres. Algunos nadaban ágilmente hasta bastante lejos de la orilla. Otros, empujaban los cadáveres que se habían quedado enredados en las palizadas. Alberto Morcú y el "Pelacara" se bañaban juntos. Se acercó el curandero.

--- Barajo, ---dijo Morcú, mientras se jabonaba la cabeza--- sigo con la curiosidad... Quiero sabé lo que dicen los papeles del serrano...

--- Ahora que saltemos, ---intervino el curandero--- vamo a ve alguno que sepa leé...

--- ¡Maldita suerte la de uno!

--- Esa es la vida del pobre, ---dijo el "Pelacara", mientras recibía el jabón de manos de alberto morcú.

--- Si. Cierto, ---exclamó el exconcierto sumergiéndose, y volviéndo a la superficie prosiguió: ---¿Saben lo que vide el año pasado?

--- ¿Qué? ---preguntó el curandero con mucha curiosidad.

--- Verán... Hace dos años vino el nieto de doña Jacinta... 'Taba aprendiendo las primeras letras, según dijo... ¿Saben?, ---les preguntó con entusiasmo, como si se tratara de algo propio---. Pues el año pasa'o vino y ya sabía leé... Le leía los periódicos a doña Jacinta... Yo la vía y no lo creía... Estaba "maltoncito" to'avía... ¿Qué les parece? Era vivo, padecía una ardilla de lo inquieto. La mama era la niña Maruja, una hija de doña Jacinta... El taita era un gringo, un alemán, que se jue dejándola "empreñada"... ¡Qué gusto que me daba oyéndolo leé! ¡Cómo lo envidiaba!

--- ¿El de los ojos "zarcos"? ---le preguntó un "conchista" que se bañaba junto a ellos y que había estado siguiendo la conversación.

--- ¡El mesmo! ---dijo Alberto Morcú, y, al igual que sus dos compañeros, giró la cabeza para mirar al que había hablado. Lo reconoció.

--- Compadre Facundo, ¿cómo ha estado?

--- Aquí ya ve... Sin novedá...

--- Hemos esta'o de a buenas...

--- Sí, pero tenemos algunos heridos... y algunos muertos...

--- Pero en comparación con lo que hemos hecho ---intervino el "Pelacara"--- no hemos sufrido nada…

El curandero nadó hacia afuera.

--- Volviendo a lo del nieto de doña Jacinta, ---prosiguiendo Alberto Morcú--- me da pena de los hijos de nojotros… No saben leé… Ni nojotros. ---Y acordándose de los papeles que había encontrado en el bolsillo de Gabriel Simbaña, le preguntó:

--- ¿Usté sabe leé, compadre?

--- No, compadre, ---dijo don Facundo al mismo tiempo que saltó para vestirse. Alberto Morcú y el "Pelacara lo siguieron. Quedaban en el río numerosos "conchistas" bañándose. El curandero subió también a la orilla y se vistió.

--- Compadre, ---le dijo mientras se vestían--- necesitamo uno que sepa leé…

--- ¿Por qué? ---le preguntó don Facundo.

--- Es que tengo unos papeles que le saqué del bolsillo al serrano que maté al último… y estoy pica'o por sabé que dicen…

--- Bueno, ahora vemo alguno por ahí…

--- Pues volviendo a lo que no sabemo leé, ---continuó Alberto Morcú--- tenemos que pedirle al Gobierno que nos ponga escuelas acá arriba porque se eduquen nuestros hijos. Pa' que apriendan a leé y escrebí. Pa' que no sean inorantes como los taitas ¿no le parece, compadre?

--- Claro, compadre, así debe ser.

--- Por eso hacemos bien en guerreá… Porque al juin y al cabo nojotro vamo ya pa' la otra… Pero ellos son de ésta…

--- Así es ---aprobó el curandero.

Los cuatro hombres se encaminaron hacia adentro, por un estrecho sendero.

--- ¡Hombre!, ---dijo Don Facundo llevándose la mano derechaa la cabeza, como iluminado repentinamente por una idea luminosa--- oí decir que el "Manaba" sabía leer…

--- ¿Cuál "Manaba"?, ---le preguntó Alberto Morcú.

--- El "Manaba" Mendoza… Voy a verlo… Vayan despacio… Ya mesmo vuelvo. ---Deshizo el corto trayecto que había andado con los tres compañeros. Después de un momento regresó trayendo al "Manaba" Mendoza.

--- ¡Si sabe leer!, ---les dijo.

--- ¡Ajá ---dijo Alberto Morcú---. Vea, don Mendoza, léame estos papeles que tenía muerto… No sabemos leer y tenemos curiosidad de saber lo que dicen.

--- ¡Ajá!, ---dijo Mendoza, tomando los papeles que extendió Alberto Morcú. Empezó a examinarlos---. Esto no vale nada, ---dijo separando uno--- es un pedazo de periódico. A ver... este sí... ---cogió uno de los papeles con visible interés--- parece una carta... Vamos a ver...

Le devolvió los otros papeles. Alberto Morcú los guardó otra vez en el bolsillo el pantalón. El "Manaba" desdobló el papel que venía entre sus manos.

--- ¡Sí! ¡Es una carta! ¡Vamos a leerla! Pero salgamos a la luz... Esto está oscuro y hay mucha plaga.

Los cinco hombres salieron al llano. Había bastante sol. Los "conchistas", iban y venían por los alrededores. Se sentaron en las ramas de un árbol recién derribado y el "Manaba" leyó:

Chillogallo, 15 de diciembre de 1913

Señor Don

Gabriel Simbaña

Esmeraldas

Querido hijo:

No hemos recibido ninguna carta tuya desde la primera que nos escribiste de allá y en la que nos decías que estabas bien y pronto iban a salir a la montaña a combatir a los "conchistas". Avísame si ya recibiste la encomienda que te mandamos y dirigida al batallón. Quiera Dios que no te pase nada en la montaña y regreses bueno a la ciudad. Como me decías en tu carta, ojalá que consigas después la baja y te quedes allá trabajando, o regreses a Guayaquil. Eso me parece muy bien pensado. No pienses en ningún momento volver acá. Esto se está poniendo peor cada día, y todos nosotros te envidiamos por la suerte que has tenido de salir de aquí. El patrón grande murió el 8 de este mes, de pulmonía. Se lo llevaron a Quito y no volvió. En su reemplazo ha vendo a hacerse cargo de la hacienda, el hijo mayor, don Rodrigo, del que seguramente te acordarás que lo mandaron al extranjero. El nuevo patrón es peor que el mismo don Alfonso. Nos insulta por todo, porque todo lo encuentra malo. Se queja de todos nosotros y, dice que lamenta la desgracia de tener que vivir entre tanto indio. Anteayer cogió a Rafico, lo hizo amarrar en el patio de su casa y él mismo lo latigueó hasta cansarse, porque dijo que había robado unas papas. El muchacho llegó llorando a la casa, casi al anochecer. Entonces nos contó lo que le había pasado. Ahora estamos haciéndole remedio y creo que gracias a Dios pronto estará bueno y podrá caminar.

El nuevo patrón anda atrás de la Rosa, le persigue y no la deja estar tranquila en ninguna parte. Ella lo quiere a Daniel Sigcha y piensan casarse después de dos meses. El teniente político quiere obligarme a que se la

mande al nuevo patrón de "Huasicama". Pero Daniel se opone, y no se cómo vaya a terminar esto.

Te contaré que mi deuda sigue aumentando, y que no tengo esperanza de pagar. Ojalá que tú consigas algo por allá y me mandes, porque sé muy bien que mi fin se acerca y no quisiera morir de concierto.

Todos nosotros te envidiamos, porque siquiera tú andas libre por allá, mientras nosotros estamos cada día peor.

Te mandan saludos todos los de casa y los amigos. Tu mamá dice que no te olvides de mandarle el encargo.

Recibe la bendición de tu padre.

(F) Manuel A. Simbaña.

Mendoza le devolvió la carta a Alberto Morcú. Le dijo:

--- ¡Bonita letra! ¡Y bien escrita la carta! ¡Parece letra de mujer!

--- Gracias ---le dijo Alberto Morcú, guardando la carta en el bolsillo del pantalón. Y pensó para sí: "¿Cómo conocerá el "Manaba" que la letra es de mujer? ¿Será brujo Mendoza? Pero… pero…". Se sintió confundido.

El "Manaba" se levantó y se marchó. Los cuatro hombres se quedaron sentados en las ramas del árbol.

--- Compadre, ---le dijo don Facundo--- parece que el taita del serrano también es concierto…

--- No es que parece, ---le corrigió el "Pelacara"--- la carta lo dice. ¿No oyeron bien?

--- Si, ---intervino el curandero---. La carta lo dice. ¡Pobre muchacho!

--- No sé cómo sea esto, ---dijo Alberto Morcú con una voz llena de indecisión---. Yo creía que sólo aquí había conciertos… Que todos los soldados del gobierno venían a esclavizarnos…

--- Hombre, ---le dijo el "Pelacara" liando un cigarro--- así es la vida de pobre… En todas partes es lo mesmo… En todas partes el peje grande se come al peje chico…

--- ¿Así que el padre del serrano también es concierto?, ---inquirió Alberto Morcú, tratando de salir de la confusión que la había producido la lectura de la carta del padre del hombre que victimara en la tarde del día anterior.

--- Sí ---le contestó el curandero---. ¿No oyó la carta?

--- Sí… sí la oí… Pero no puede ser… Nojotros estamos peleando por nuestra libertad… Los serranos vienen a esclavizarnos… Vienen forzando a las mujeres por los caminos… Vienen saqueando… Si no lo mato al serrano, me

mata él a mí... ¿No era así? ¿No lo vieron? ¿O querían que me hubiera dejado matar?

--- ¡Claro! ---dijo el "Pelacara"--- pero eso no es lo que estamos diciendo. Hay que matar, porque pa' eso es la revuelta... El que no sirve pa' matar sirve pa' que lo maten...

--- Y se queda en su casa ---añadió el curandero.

La corneta llamó a formación. Se levantaron.

En el camino Alberto Morcú iba absorto, pensando:

"¡Cómo han sido las casas! ¡Cómo iba a imaginarme! ¡Yo creía que solamente nojotros éramos los conciertos! Pero es como dice el "Pelacara" en todas partes es lo mesmo... Es la ignorancia... No sabemos nada... Somos brutos como animales del monte..."

Repentinamente se dirigió a los compañeros:

--- ¡La escuela! ¡La escuela! ¡Tenemos que pedir la escuela! ¡Pa' que nuestros hijos no sean brutos como nosotros...!

--- Sí ---le contestó don Facundo, sin comprender por qué nuevamente volvía con aquella idea.

El "Pelacara se acercó al curandero y le dijo al oído:

--- ¡Volvió con lo de la escuela! ¡Como que estuviera "toca'o"..!

--- Creo que ha quedado trastorna'o, ---le dijo el curandero---. Ha cogido el tema de la escuela.

Pero no pudieron continuar conversando. Los demás facciosos estaban ya formado en la pampa, en filas torcidas. Casi todos lucían zapatos, fusiles y casacas del ejército ecuatoriano.

Adentro, del otro lado del cerro minúsculo, casi a flor de tierra abrieron las tumbas. El terreno estaba recién desbrozado. Claramente se advertía que después de pocos días otra vez la maleza ocuparía el sitio del cual había sido desalojada. Los "conchistas" que habían caídos en el combate del día anterior iban a recibir sepultura. Estaba tendidos allí, boca arriba, con las heridas mortales en la cabeza en la espalda, en el vientre, en el pecho. Gruesas nubes de moscas volaban sobre los cadáveres. Los "conchistas" que vieron en formación desde el llano estaban junto a los muertos, esperando la orden de proceder a darles sepultura. Los oficiales facciosos conversaban en un grupo. Un hombre alto, de color blanco, de ojos azules y que llevaba puesto en la cabeza un sombrero manabita de anchas alas, dio la orden.

Los "conchistas" empezaron a colocar los cadáveres en las tumbas. Luego con unas pocas palas y con las manos empezaron a cubrir con tierra los despojos de los compañeros caídos. El ruido de la tierra removida, que cayendo sobre los cadáveres buscaba nuevamente su sitio, y los adioses ---

algunos conmovedores--- dados por los facciosos, entremezclándose formaron un lóbrego rumor. Cuando terminaron, el jefe que había dado la orden de proceder a dar sepultura a los cadáveres, se preparó para tomar la palabra.

--- Es el comandante González ---dijo uno que estaba al lado de Alberto Morcú.

--- No estuvo aquí, ---le dijo Morcú.

--- Llegó esta mañana de Camarones. Dio un cruce.

Sonó la corneta y el comandante habló:

--- ¡Compañeros de armas, valientes soldados...! He llegado recién esta mañana, un poco tarde, como para no haber peleado junto a ustedes y para no darme cuenta del heroico comportamiento de cada uno en el instante mismo del combate. Pero he llegado a tiempo para conocer el resultado de lo que han hecho. El enemigo ha sido derrotado. Habéis realizado una hazaña que pasará a la historia como una de las mayores proezas del heroísmo de los esmeraldeños. Cuando se escriba la historia de todo esto, el combate de "El Mango" figurará como una acción legendaria. Os habéis portado como esmeraldeños verdaderos, como valientes, como leones. Para todos los que han quedado con vida, mis felicitaciones... Espero en el futuro mejores acciones para sentirme más orgulloso de ser vuestro jefe... Para los muertos, paz eterna... Tengámoslos presentes y que su recuerdo nos guíe a través de los otros combates que tenemos que librar por la justicia, por la justicia y por mi general Alfaro... He dicho...

La tropa permaneció en silencio. Luego tomó la palabra el capitán Pincay.

--- Compañeros ---dijo--- gloria eterna a los héroes que cubiertos de gloria cayeron ayer en este mismo capo. También quiero decirles que me encuentro orgulloso de haberos comandado. Habéis superado todos mis cálculos. Habéis resultado más valientes de lo que yo me había imaginado. La Patria os recompensará. Habéis conquistado gloria eterna. Habéis peleado como dignos descendientes de ese gran liberal que fue el coronel Luis Vargas Torres, ese gran esmeraldeño a quién los conservadores fusilaron en Cuenca por ser amante de la libertad... Vosotros sois ahora el orgullo de la revolución...

Hizo una pausa. Prosiguió:

--- Os digo mi palabra de soldado, de compañero de armas... Os hago solemnemente esta promesa: cuando pase todo esto, vamos a hacer de nuestra patria atormentada un nuevo Ecuador. Un país en donde imperen la libertad y la justicia y la igualdad, y no la ley del más fuerte... Donde vivamos todos como hermanos... Vamos a poner escuelas en los campos, acá en la montaña, para que los niños se eduquen y sepan lo que deben saber... Porque no hay razón, para que ustedes, que son tan ecuatorianos como nosotros, vean crecer a sus hijos en la ignorancia mientras hay escuelas en los campos de otras provincias... Pero la culpa es de ellos de los

serranos que han mandado siempre y se han olvidado de que Esmeraldas es también un pedazo del Ecuador... He dicho...

De regreso al llano, dijo Alberto Morcú al curandero:

--- Tenemos que pelear hasta el último por las escuelas...

--- Y por la ayuda pa' los agricultores ---añadió el curandero.

--- ¡Lástima que no podamos ir nojotros a la escuela!, ---dijo el "Pelacara".

--- Pero irán nuestros hijos... ¡Por ellos estamos guerreando! ¿Qué más?

--- Es que me hubiera gusta'o a mí también aprender a leer. Leer los libros y los periódicos... Poder leer la historia de Bertoldo, que he oído leer a don Asisclo, allá en Ostiones ---dijo el "Pelacara".

--- A mí también me hubiera gustado aprende, ---manifestó Alberto Morcú---. Pero puede ser... Si vivimos, podemos pagarle al maestro pa' que nos enseñe...

--- ¿Qué dirán los muchachos? ---preguntó don Facundo---. Apuesto que se nos burlan... tal vez ya somos viejos, muy viejos...

--- Y eso, ¡qué importa! ¿No han oído decir que nunca es tarde para aprender? ---le rebatió con aplomo Alberto Morcú.

Regresaron al llano. Iba a ser ya mediodía.

CAP. 5

EL PELACARA

El "Llama'o" estuvo bueno. Seis reses fueron despostadas para los facciosos que junto con algunos curiosos venidos de los contornos, ---especialmente

de la hacienda "El Mango"---, no pasaban de cuatrocientos. Los "conchistas" lucían ya fusiles, quitados a los cadáveres de los soldados caídos.

Don Pedro Escalante también acudió. Llegó casi al mediodía con varios peones que trajeron algunas damajuanas de aguardiente.

A media tarde la mayoría de los "conchistas" dormía bajo la sombra de árboles. Unos pocos se bañaban en el río.

Alberto Morcú, el "Pelacara" y el curandero acostaron bajó la sombra de un chíparo, casi al filo del barranco. La creciente continuaba fuerte. El "Pelacara" sacó de su morral una botella de aguardiente, y los tres se pusieron a beber. Ya en tragos, Alberto Morcú empezó a contarles su desventuradas vida de concierto. A poco, se quedó dormido el curandero. Solamente continuaron charlando los dos hombres.

Cuando Morcú hubo terminado, el "Pelacara" empezó a contarle su vida allá en las trochas de Limones, de donde había venido.

--- Hermano, ---le dijo mientras bebía un trago de la botella--- en todas partes el pobre vive frega'o... Aquí... allá en Limones... más allá... El negro vive al plan... El blanco lo aplasta... A mí me ha pasa'o otro tanto...

--- Sí, ---le contestó Alberto Morcú--- así es. Pero ahora tal vez las cosas van a cambiá...

--- ¡Quién sabe!, ---dijo dudoso el "Pelacara".

--- ¡No!, ---replico con todo optimista---. ¡No! ¡Por tanto 'tamos guerreando!

--- Uhum... Ojalá... No vaya a sé que a la puerta del horno se queme el pan...

--- ¡No! ¡No será!, ---le contradijo, lleno de entusiasmo.

Cuando la botella del "Pelacara" se hubo terminado, Morcú extrajo la suya. Y Ercilio Sánchez, "Pelacara" de Limones, prófugo de la justicia, convertido en soldado "conchista" por obra de la casualidad, le contó su vida en Limones.

No recordaba exactamente desde cuándo había empezado a ver correr la sangre. Eran recuerdos borrosos, oscurecidos por los años. Se acordaba, sí, claramente de aquella noche de menguante en que su padre le dijo:

--- Ercilio, tené listos los canaletes, el hacha y el arpón... cuida bien el potro. Andá a velo de una vez...

Habían terminado de comer el "tapao" de pescado. Ercilio se sentía lleno y pesado. Balanceándo por el peso de los dos platos "pujinches" que había devorado, bajó al "paso". Allí estaba la canoa de pulgante, dejándose acariciar por la corriente. Un cabo de piquingua la unía a un árbol de calabazos. Cuando subió de la orilla, el padre le dijo:

--- ¡'Tate listo! Después de un rato nos vamos...

--- ¿Pa' onde, taita?

--- ¿Pa' onde? ¡Só preguntón! ¡Vamos a la trocha!

--- ¡A qué? ¡Ya vas a ve a qué!...

El muchacho sintió un estremecimiento de terror. Sabía ya que se iba a ese lugar para cazar alguna persona. Sabía que había que permanecer en acecho, silenciosamente, durante algunas horas. Luego había que arponear la víctima. También sabía el resto.

--- No, taita, no quiero í pa' allá...

--- ¿Por qué?, ---le preguntó colérico colérico el viejo Sánchez.

--- Taita, tengo miedo... Me da miedo, taita...

--- ¿Miedo?, ---le preguntó contrayendo horriblemente su labio inferior.

--- Sí, taita, tengo miedo...

--- ¡Pues pa' que te hagas hombre te llevo...! Pa' que no seas un flojo... Ningún Sánchez ha sido flojo... Tenés que aprendé...

--- No, taita, yo no quiero aprendé eso...

--- ¡Puñetero, ---le gritó abalanzándose---, tenés que aprendé! ¡Mardito!

Le dio un puñetazo que lo hizo rodar por el piso de pambil del rancho. Al escándalo, producido por la caída y el llanto de Ercilio y por las palabras del viejo, salió la madre. El muchacho buscó el refugio maternal. La negro lo abrazó.

--- ¿Por qué le pegas a Ercilio?, ---le preguntó doña Eulalia.

--- ¡Pa' que no sea flojo... pa' que aprienda a sé hombre! ¡Ningún Sánchez ha sido cobarde! ¡Esa es nuestra honra!

--- No, mamá, ---dijo sollozando--- yo no quiero aprendé eso... ¡Yo quiero sé herrero! ¡No quiero sé como mi taita!

El viejo rugió:

--- ¡Tenés que sé como yo soy! ¡Yo soy lo que jue mi taita! ¡El muchacho 'ta corrompido! ¡En el mundo un herrero es un estropajo! ¡Lo aporrean los de arriba y lo aporrean los de abajo! ¿No oíste lo que contó el "franchimán" que pasó en la Semana Santa? Al herrero lo aplastan todos... y muere tísico...

Doña Eulalia permanecía en silencio. Ercilio miraba con rencor a su padre.

--- No, taita, ---dijo volviendo a llorar--- yo no quiero í pa' allá...

--- ¡Ya te lo he dicho! ¡'Tate listo! ¡Hay que salí después de un rato! ¡Antes que salgan lo que van a "mariscá"!

--- no quiero que lo lleves a Ercilio ---dijo doña Eulalia--- ¿Siempre no has ido con tu primo Jortunato?

--- ¡Mardita sea! ---grito el viejo---. En esta casa, ¿mando yo o vos? ¿Querés que te dé otra "planiza", y que haga lo mesmo con Ercilio?

Doña Eulalia recordó entonces las terribles "planizas" que sin mayores motivos le daba siempre el viejo. Ercilio también las recordó. El viejo, furioso

por cualquier cosa que le parecía mala, desenvainaba su "peinilla", y diez, quince o más veces azotaba el cuerpo envejecido de la negra.

--- ¡Haceme unos cigarros! ---le ordenó el viejo. Doña Eulalia y Ercilio entraron al cuarto. El viejo quedó solo. Se asomó a la ventana. Cuando, al cabo de un rato, doña Eulalia le entregó los cigarros, el viejo encendió uno y guardó los otros en el bolsillo de la camisa.

Después de un rato partieron.

La negra se asomó a la ventana y estuvo viendo la canoa hasta cuando se perdió en una curva del estero.

Se acordaba Ercilio que durante todo el trayecto había ido pensando en la fuga. Cuando empezaron a brotar las estrellas en el cielo, creyó que había llegado el momento esperado. Veía claramente las orillas. Conocía perfectamente los caminos. Pero su padre iba en la popa de la canoa. ¿No sería capaz de arponearlo apenas se arrojara de la canoa? Si había matado a tantos otros, ¡qué le importaba matar a uno más! Pero sentía deseos de arrojarse al estero, nadar hasta la orilla, meterse por los matorrales y perderse por entre los manglares. Se iría para Esmeraldas. Y después se iría por la playa para Guayaquil, como sabían lo había hecho ya otros muchachos. En Guayaquil entraría de "oficial" a un taller, y con el andar del tiempo se hería "maestro". Pero su padre iba en la popa. El piloteaba la canoa. No tendría compasión. Habría que esperar. Sería mejor. Como por el descuido bogaba haciendo un poco de ruido, golpeando el canalete contra la canoa, el viejo le dijo:

--- ¡Bogá bien! ¡El "criollo" no hacé soná el canalete! ¿No lo sabés?

--- Bueno, ---replicó de mal humor.

--- ¡Cómo odiaba entonces a su padre! ¡Cómo deseaba que algo grave ocurriera! ¡Cómo habría agradecido al cielo si la canoa se hubiera volcado! Y tal vez si alguien hubiera matado a su padre en ese instante, dejándolo en libertad para que pudiera escoger su destino, antes de que estuviera manchado, también se lo habría agradecido.

La canoa recibía ya las caricias de las olas que entraban por el brazo. Se internaron luego por una estrecha trocha casi cerrada. Había un remanso completo. Arriba, los manglares de uno y otro lado tocaban sus ramajes, como besándose. El viento silbaba alegremente. Unas pocas estrellas estaban caídas en el fondo tranquilo de otra trocha cerrada por una pequeña paralizada. Se veía resplandeciente la cinta de la trocha por la cual avanzaban. Bogaban sin dirigirse la palabra, como dos extraños. Al llegar a un mangle corpulento el viejo le dijo:

--- Ahí en esa caletita meté el "potro". Yo me salto aquí. Después te venís pa' aca. No hagás bulla… Pasame el arpón y el hacha…

Cumplida la orden, Ercilio volvió.

--- Aquí aguardamo… No hay que hacé bulla… 'Tate quedito… Ya no más debe pasá…

El viejo se agazapó en cuclillas tras el mangle, observando la cinta plomiza de la trocha. El muchacho, de mal modo, después de un rato hizo lo mismo. Hundidos los pies en el terreno fangoso, mortificados por nubes densas de "mantas", "clavos" y zancudos, esperaron largo tiempo. Ercilio, cansado ya, se movió.

--- 'Tate quieto, como muerto ---le advirtió el viejo---. No seás bobo. ¡Si nos cogen aquí, nos mandan al "panáutico"! ¡Allá en Quito nos "encarga" el fríio! ¡No te movés!

Ercilio sintió sacudón de terror. El "Panáutico, para él y para muchos, era peor que el infierno. Allá el fríio mataba a los presos. Los guardianes perversos les molían a palos el cuerpo a los negros. A media noche los había trotar desnudos en el patio, hasta dejarlos muertos en el suelo. La comida era dada con bala en boca. Y de repente, cuando alguno iba ya en camino de la fuga, las balas certeras de los guardianes lo mataban. Así lo había contado en la comarca "Mata con Cabo" ---su tío--- que fue cogido en la frontera por la policía y conducido al "panáutico" del que, sin embargo, había logrado fugarse. Y eso que su tío no era un verdadero "Pelacara", pues que solo mataba con el cabo de su hacha ---de allí su apodo--- y luego arrojaba sus víctimas al mar.

Ercilio estaba ya rendido por lo forzado de la posición en que había permanecido cuando el viejo le dijo al oído:

--- ¡Ahí como que viene uno! ¡'Tate listo!

Ercilio se levantó. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué debía hacer? No lo sabía. El viejo lo tomó de la pretina.

--- No te movés... Espera..., ---le dijo irguiéndose lentamente.

Observó. Luego el viejo y el muchacho se encuclillaron nuevamente.

Una canoa avanzaba en la trocha. Se percibía ya el rumor de las olas que empujaba al avanzar. La cinta plomiza de la trocha empezaba a quebrarse. El ruido del canalete seguí creciendo. Luego se hizo grande. Ya no cabía duda. La canoa estaba frente a ellos, a pocos pasos de distancia. Agazapados, inmóviles como si fueran piedras, pegados al mangle como una parte del árbol, permanecieron. Era un hombre solo. Lo vieron claramente. Pasaba.

¿Cuánto tiempo duró esto?

Ercilio no pudo calcularlo nunca. Para él fue una eternidad. Sentía como si el corazón fuera a saltársele del pecho. Era como un reloj grande, que hubiera enloquecido.

Cuando el hombre de la canoa pasó el mangle el viejo tomó rápidamente el arpón. Dejando de bogar, el hombre de la canoa, sorprendido por el ruido que debió hacer el viejo Sánchez, echó la vista hacia el mangle. Pero fue tarde. El arpón estaba ya clavado en el costado derecho del viajero. Quiso forcejear. El viejo, metidos ya los pies en el agua, arrastraba el cuerpo del herido hacia tierra. Cayó de la canoa. Entonces el viejo le dijo a Ercilio:

--- ¡Apurá! ¡Dale con el hacha! ¡Duro!

Recordaba Ercilio que no quería asestarle hachazos, en principio, al moribundo. Pero recordaba también que el viejo le había dicho:

--- ¡Apurá, si no querés que nos agarren!

Después recordaba con qué gozo había extraído el viejo el pañuelo colorado del difunto con el "balón" de billetes y "plata blanca". Y después la escena, aún más dura, que había presenciado y en la cual hubo de intervenir, pues había que proceder con rapidez ante el peligro de ser sorprendidos: aquella en que, ocultos en la trocha, pelaron la cara del muerto, a fin de que no abrieron el vientre, y, por último, como lo habían arrojado al mar para que se hundiera: con dos enormes piedras amarradas. Y aquel regreso ensangrentado, casi al amanecer, cuando estuvieron a punto de ser descubiertos por unos hombres que andaban atarrayando. Y la desesperación de su madre cuando salió a recibirlos a la sala del rancho, con el candil encendido. Y cómo la vieja al decir:

--- ¡"Mi hijo! ¡"Mi hijo! ¡Tas mancha'o!", ---de había desvanecido sobre el piso de pambil. Y aquella oscuridad en que se vieron envueltos en seguida, como si hubieran caído en las profundidades del infierno por el crimen que acababan de cometer. Y aquella mañana, ---la siguiente--- cuando la madre lloraba amargamente, mientras el viejo sobresaltado, sin haber podido dormir un instante, se hacía pasar por enfermo, y lo mandaba colérico a comprarle un litro de aguardiente.

Le comentaba también de otras hazañas que había estado en la obligación de realizar ante la voluntad de hierro de su padre.

Le refería que en otra ocasión, a la salida de la trocha, habían matado a otro hombre, asimismo con arpón, creyendo que llevaba dinero, y lo único que le encontraron fue un corte de pantalón. De este muerto dijo en casa el viejo Sánchez, lleno de indignación:

--- ¡Nos ha salido caro! ¡Más jue el costo que la ganancia!

Y arrojó con desdén el corte de pantalón sobre el petate de totora.

Le contaba también de aquella ocasión en que persiguieron, como quién nada malo anda haciendo, a un hombre en la trocha, pero el perseguido los alumbró con un foco y les dijo:

--- Ey, ¿qué quieren? ¿Quieran bala?

--- Andamo pescando, vea… No somo gente mala… ---dijo el viejo.

--- Yo creía que eran "pelacaras", ---dijo el hombre con voz áspera---. Entonces, no hay para qué…

Y lanzó dos disparos en el aire, que repercutieron en todos los islotes. Estaban ya saliendo de la trocha.

--- Se me escaparon esos dos tiros… Estos rifles nuevos son así.

--- ¡Ajá! ¡Cierto! ---dijo turbado el viejo Sánchez.

Se alejaron rápidamente. El hombre del rifle se diluyó, en las tinieblas. Cuando estuvieron ya lejos, el viejo le dijo a Ercilio:

--- Era pa' alvertirnos que llevaba rifle. No creas que se le escaparon los disparos.

Ercilio no dijo nada en ese instante. Después de un rato, como adueñándose otra vez de sí mismo, le contestó:

--- Ajá...

Y regresaron tarde a la casa, muertos de frío, porque un aguacero torrencial con truenos y rayos ---a estos últimos se los veía claramente escribir en el cielo sus fugaces garabatos--- se desató cuando estaban en medio camino.

Le contaban también de aquella ocasión en que se fue huido de madrugada de la casa, con miedo de que lo cogieran preso, pero con la resolución de no volver para no continuar ayudando a su padre a matar gente inocente.

Y cuando llegaron a este punto, Alberto Morcú le preguntó:

--- Y entonces, ¿no regresaste, y te hiciste herrero?

--- No hombre ---le contestó con acento triste, tomando otro trago---. Llegué hasta Manabí. Pero la mala fama de los Sánchez estaba regada por todas partes... Me llamaban "Pelacara" por donde iba... No me dejaban tranquilo ni los muchachos pequeñitos... Yo 'taba ya jovenciando... No peliaba, porque nadie quería peliá conmigo... Y si hubiera pelia'o, me habrían hecho "gavilla"... Me tenían miedo... odio... desprecio... ¡qué sé yo! Desprecio más que otra cosa... Comprendí que estaba demás en todas partes. Y me dí cuenta que la única parte onde podía viví era en los manglares y en las trochas, junto a mi taita...

--- ¿Y volví, entonce?

--- ¡Claro, hombre! Volví. Pedí perdón a mi taita. Él me recibió bien. Esa misma noche salimo pa' la trocha. Yo iba casi contento. Todo el mundo me odiaba... ¿Qué más podía hacé? Esa noche matamo al mayordomo de la hacienda "El Maracumbo"... Llevaba plata pa' pagá a los peones... Cogimo buena "mascada"... Lo echamos también al mar...

--- ¡Barajo! ---dijo tristemente Morcú.

--- Pero, ¿qué más podía hacé? Todos me despreciaban... Hasta las hembra... Entonces compriendí que yo también 'taba en la obligación de despreciá a los demás... Y vide las cosas como las vía mi taita...

--- ¿Y después?

--- Mi taita se murió... lo atacó un buen paludismo... Murió aloca'o por la fiebre... En la agonía quiso levantarse de la cama, y no pudo... y me gritó: "¡Mardito! ¡Mardito! ¡Huye de aquí! ¡Todos ustedes son unos malditos! ¡Vos habís manchado estos manglares! ¡Ándate, que por vos no puedo morí tranquilo!". Mi mamá vino entonce. Tomo juerza y le gritó: "¡Perra! ¡Mardita! ¿Pa' que me has servido? ¿Por qué no me corregiste? ¡Qué venga ligero el diablo y me cargue! Al juin y al cabo he vivido entre "júdalos", y el infierno

no me asusta. ¡Todos los Sánchez somos machos...!". Mi madre 'taba asustado, llorando pegada a la puerta... Y después preguntó si la marea 'taba subiendo o vaciando, le contesté que taba vaciando, y se murió... La gente empezó después a decí que mi taita penaba en la trocha... que lo veían ahí todas las noches, como buscando algo, como escarbando... Me dio miedo. ¡Por qué lo voy a negá! Me acordaba que me había dicho al morí que yo había mancha¡o los manglares... Y que me había mardeci'o... No seguí ya de "pelacara"... ¡Por Dios...!

--- ¿Y tu mamá? ---le preguntó Morcú.

--- Como al año murió... Entonces me ví solo y me juí a Colombia, onde parientes... Vine el año pasa'o... Así es el mundo... La tierra de uno tiene un imán... Onde esté... Cuando llegué andaba una escolta de la polecía buscando a todos los "pelacaras"... Tuve que meterme a la montaña... Me vine pa' acá... Acá me cogió la revolución... y me metí de solda'o.

--- ¡Qué vida! ---exclamó Alberto Morcú.

--- ¡Yo mesmo me almiro!

Alberto Morcú creyó adivinar las causas de las desventuras del "Pelacara". Le preguntó:

--- ¿Sabés leé?

--- ¡No!

--- Y tu taita, ¿sabía leé?

--- ¡Tampoco!

--- ¿Y tu mamá?

--- ¡Peor!

--- Los dos 'tamos iguales... Por eso guerreo... Pa' que abran escuelas... Acá y en todas partes del monte... Pa' que nuestros hijos no sean brutos como nojotros... Como dijo el capitán pondrán escuelas acá en el monte... Pa' que sean honra'os... Para que no sean criminales... Pa' que la escuela los haga buenos... Pa' que los enderiece... Pa' que los maestros les enseñen el buen camino... Pero ---se sintió súbitamente agobiado por un pesado desconsuelo--- si no tengo a nadie en el mundo... ¡Que estaba diciendo! ¡Qué cosas! ¿Estaré jumo? Si ni siquiera tengo un hijo...

--- ¿No tenés hijo, de a cierto?

--- No, hombre...

--- Yo sí tengo uno... Por él guerreo... También guerreo por el general Alfaro, porque hay que vengá su arrastre... Y por mi coronel Carlos Concha... Y por los hijos de los otros pobres, como yo... Porque después de esta guerra tienen que vení las escuelas...

--- Guerriemos por tu hijo... Porque no sea un concierto... como el taita...

--- ¡No será concierto! ---le replicó Morcú.

--- Por el... Guerriemos y tomemos por él..., ---dijo el "Pelacara" cogiendo la botella.

Después bebió Morcú.

Sonaron de pronto unos disparos procedentes del cerro del frente. Había ya pocos hombres en el lugar en donde se encontraban. Despertaron rápidamente al curandero. Se restregó los ojos.

--- ¿Qué pasa? ---preguntó sorprendido.

--- Allá, ---dijo Morcú, señalándole el cerro---. Nos están disparando.

Se tendieron rápidamente, parapetándose detrás de un árbol derribado. Los pocos facciosos que estaban en la pampa corrieron a ocultarse tras unos árboles gigantescos. Acudieron otros "conchistas". Buscaron protección en los arbustos cercanos. Comenzaron a disparar.

--- ¡Por tu hijo! ---exclamo el "Pelacara haciendo fuego hacia el cerro y mirando de reojo a Alberto Morcú---. Y por…

Pero no pudo continuar. Una bala leal le destrozó el cráneo. La camisa de Alberto Morcú quedó salpicada de sangre. El exconcierto lo miró. Al recibir el impacto se había inclinado hacia él y le habia estirado el fusil, como encomendándoselo. Observó el cráneo destrozado, convertido ya en un surtidos de sangre. Codeó al curandero, y le dijo:

--- ¡Lo mataron al "Pelacara"!

--- ¿Cuándo?

--- Altualito… Véalo…

El curandero se acercó arrastrándose tras el tronco del árbol. Lo tocó.

El fuego era ya intenso.

--- ¡'Ta muerto! ---dijo apenado.

--- ¡Marditos! ---exclamó Alberto Morcú empuñando con rabia el fusil y apuntando hacia el cerro---. ¡Por las escuelas!, ---añadió. Y continuó disparando, como un loco.

--- ¡Por las escuelas! ---repitió el curandero, ocupando el puesto del compañero caído.

CAP. 6

MUCHA SANGRE

En la lancha "El Cisne" venían río abajo algunos médicos y enfermos de la Cruz Roja trayendo varios heridos recogidos arriba, después del combate de "El Guayabo". La pequeña embarcación iba pasando frente a Chinica cuando desde la orilla de esta aldea gritó el sargento Mina:

--- ¡Alto esa lancha!

Un cerro, a la distancia, devolvió el eco con acento lóbrego. No obstante el grito dado desde la orilla la lancha intentó pasar, pero sufrió un ligero desperfecto que le hizo perder el gobierno y se abalanzó contra una palizada. Un piquete de soldados "conchistas", con sus machetes desenvainados, daba a la orilla un aspecto sombrío y aterrador. En la diminuta embarcación temblaban de espanto los tripulantes, el personal de la Cruz Roja y los heridos.

El sargento Mina dio la orden:

--- ¡A bordo, muchachos!

Los soldados facciosos se embarcaron precipitadamente en algunas canoas de la orilla y se lanzaron al abordaje de la lancha.

Miguel Bagüí se había quedado retrasado en la orilla. No encontraron ya la canoa, se quitó la camisa y el pantalón, quedándose sólo en calzoncillo, y se arrojó al río, nadando en dirección a la lancha, llevando en la mano derecha en alto su machete. Llegó a la lancha cuando las súplicas y las lamentaciones de los hombres de a bordo empezaban a apagarse ante los golpes de los machetes enfurecidos. Dos tripulantes de la embarcación lograron salvarse echándose al río en el momento del abordaje. Aunque desde la orilla les hicieron numerosos disparos no fueron tocados, porque los protegió una curva del río. Por la noche, casi muertos por el cansancio y por el frío, llegaron a la ciudad y dieron el parte al comando del batallón leal. Al día siguiente, dándose de golpes contra las paredes del río, sin gobierno y con una tripulación macabra, llegó la lancha a la ciudad. Los únicos guías eran los gallinazos que ennegrecían la lancha, disputándose la masa informe y pestilente a que habían quedado reducidos los médicos, los enfermos, los tripulantes y los heridos.

Una mano sola, completamente separada, estaba en la cubierta de la lancha: su dueño intentó arrojarse al río, pero había sido detenido inesperadamente.

Una cabeza yacía queriendo en vano echar su última mirada al cielo: los ojos habían sido devorados por los gallinazos ávidos, pero las cuencas inmóviles y nostálgicas seguían, no obstante, dirigidas hacia lo alto. Las insignias de la Cruz Roja, pisoteadas y bañadas de sangre, emergían, sin embargo, triunfales de aquel holocausto: y cubriendo una gran parte de aquella masa putrefacta proclamaban el más abominable crimen de los secuales del coronel Carlos Concha Torres.

Otra vez, la barbarie empezó en San Mateo.

Era una mañana fresca y el sol empezaba recién a echar sobre la tierra sombría de los árboles. Los huertos de la aldea estaban llenos de naranjas caídas que los muchachos evacuados de la ciudad estaban recogiendo.

Frente a un grupo de civiles que habían evacuado la ciudad y que había sido apresados aquella mañana, el sargento Lastre ordenó a un destacamento de facciosos:

--- ¡Embárquenlos! ¡Llévenlos a Tontavaca…!

--- Pero, sargento, ---se atrevió a decir uno de los detenidos--- si yo no me muero… ¡Por mi madre…! ¡Por la Virgen…!

--- ¡Qué mama, ni qué virgen! ---vociferó el sargento---. ¡Llévenlos… y si protestan métanles machete…!

--- Sargento, ---dijo arrodillándosele otro detenido, cuya cara sin sangre, como una papaya verde, delataba un grave paludismo--- si yo estoy enfermo… ¿No me ves?

Apiadándose del palúdico, ordenó:

--- Bueno, dejen a ése, ---señaló al enfermo--- pero a los demás llévenlos a la isla… ¡Bagüí…!

--- ¡Ordene, mi sargento! ---dijo Miguel Bagüí, cuadrándose.

--- ¡Usted se hace cargo de los cinco presos y los lleva a la isla, ahora mismo! Los entrega allá al teniente Rentería que ya sabe…

--- Está bien, mi sargento.

Luego el sargento Lastre se encaminó hacia el campamento de los facciosos, situado atrás de la aldea.

Cuando se hubo perdido de vista el temible sargento, acudieron llorando desesperadamente algunos niños y las mujeres de los prisioneros. Una de ellas, creyendo ablandar el corazón de Miguel Bagüi, se acercó y, arrodillada, le rogó:

--- Por lo que más quiera, no mande a mi marido… ¡Es inocente…!

Un niño, hijo de la mujer que arrodillaba imploraba compasión para su marido, se acercó a Miguel Bagüí y echándose los brazos a la cintura, le dijo:

--- ¡Mi papacito…! ¡Perdónelo, sargento…!

Pero Miguel Bagüí no había dispuesto el viaje por que era un soldado raso. Además tenía ahora un corazón muy duro. Se acordó de que a su mujer la habían matada los leales después de haberla forzado, y de que a él mismo y a Rosendo los habían flagelado hasta dejarlos tendidos como muertos. Habló consigo mismo así:

--- Miguel, ahora tienes que ser enérgico: no te apiades de nadie. Hay que eliminar toda posibilidad, por remota que sea, de que los malditos vuelvan a cometer lo mismo desafueros. Ahora hay que matar a todos los que parezcan sospechoso, y hay que obedecer todo lo que ordene el sargento Lastre… ¡Tú también puedes llegar a sargento…! ¡Claro hombre…! Sí puedes… ¿Qué tiene Lastre que no tengas tú…? Miguel, Miguel, déjate de boberas…

Con rabia arrancó al niño de su cintura y como quisiera juntársele de nuevo, lo lanzó lejos contra un guayabo en la orilla. El niño, como enloquecido, continuaba gritando en el suelo:

--- ¡Mi papacito…! ¡Mi papacito…!

La madre del niño golpeado seguí arrodillada pidiendo perdón para su marido. Con desprecio ---¡ah, cómo gozó Miguel Bagüí viendo de rodillas ante él a una mujer blanca!--- ordenó a sus compañeros:

--- ¡Embárquelos ligero…! ¡ya saben la orden…!

Aterradas las mujeres continuaban llorando en la orilla. Algunas se lanzaron a abrazar a sus maridos, pero fueron detenidas por los soldados facciosos.

Mientras se llevaba a cabo el embarque de los prisioneros. Juan Cagua se acercó a Alberto Morcú y le dijo:

--- Ya no me está gustando todo esto. Se esta derramando mucha sangre…

---Cierto, compadre ---asintió Alberto Morcú---. Esto se está poniendo feo…

--- Me parece que estamos manchando la causa con la sangre de los inocentes, como los de ahora.

Cuando pasó junto a ellos Miguel Bagüí, Juan Cagua lo tomó del brazo y le dijo:

--- Oye, Miguel, no me está gustando esto ya… No hay que matar a los inocentes…

--- Mandado no es culpado… Pero, ¿dijiste inocentes?... ¡Hay que acabar con todos los sospechosos! ¿O quieres que volvamos al tiempo de antes? Se ve que vos no has sufrido. Yo he sufrido con los malditos y por eso sé lo que son… A mí me tuvieron a pan y agua y me dejaron solamente porque me creyeron muerto… A mi mujer la forzaron y la mataron… A Rosendo también

lo dejaron de la paliza... Tenemos que golpear duro en todas partes... ¿O quieres volver a ser concierto?

Pero Juan Cagua y Alberto Morcú no estaban ya de acuerdo con el hombre que comía jabón antes de la revuelta. Lo dejaron solo y se marcharon por el mismo camino que había seguido momentos antes el sargento Lastre.

Después Miguel Bagüí se embarcó en la canoa y colocándose en la popa, a fin de poder vigilar mejor a los prisioneros, ordenó a los bogas:

--- ¡Ligero, muchachos! ¡Tontavaca está aquí cerca...!

Luego la canoa torció hacia abajo.

En la orilla un gran número de mujeres y de niños continuaba llorando inconsolablemente.

En la isla Tontavaca los recibió el teniente Rentería, ---un hombre alto, flaco y de color moreno--- con un piquete de soldados facciosos. El teniente Rentería ya sabía lo que debía hacer con los prisioneros. Apenas desembarcaron los hizo conducir al potrero, en donde fueron amarrados de pies y manos. Luego llamó a cinco negros armados de machetes, hizo colocar uno frente a cada prisionero y les dijo:

--- ¡Desenvainen...! ¡Uno pa' cada uno...! ¡Viva Alfaro...!

--- ¡Viva! ---gritaron los facciosos al mismo tiempo que desenvainaban sus machetes; luego los alzaron con furia y los descargaron sobre las cabezas de los aterrorizados prisionero que cayeron sobre las altas matas de yerba. Luego el teniente Rentería y sus soldados se marcharon del sitio.

Uno de los prisioneros, tal vez por compasión del encargado de su ejecución, quedó con un resto de vida. Permaneció durante todo el día acostado junto a los cuatro cadáveres de su compañeros, y a la noche, cuando todo estuvo en silencio se levantó de entre los muertos y arrastrándose pudo llegar al borde de la isla. Contempló por un momento el río oscurecido y turbulento, calculó las energías que áun le quedaban y se lanzó al nado. Ganó la orilla y mojado, ensangrentado y tambaleante se internó por el bosque en tinieblas. Agónico, yéndose de bruces contra el monte apretado, lleno de garrapatas, caminando sigilosamente anduvo durante dos días tratando de llegar a alguna parte en donde encontrara un corazón amigo. Empezó a sentir una comezón insoportable en la cabeza. Hundía tenazmente sus uñas en ella, pensando encontrar alivio. Fue entonces cuando enloquecido se decidió a salir a la orilla. Haciendo supremo esfuerzo por alcanzar a llegar, cayendo y levantándose, salió tímidamente por entre el verde follaje de un cañaveral que casi ocultaba una choza con techo de paja. Allí vivía doña Patricia, cuyo hijo, llamado Norberto, era el moribundo, cayendo de bruces al pie de la escalera de la choza mientras los perros empezaban a ladrar. Doña Patricia salió a la puerta, contempló al herido y salió corriendo precipitadamente hacia la orilla del río.

Miguel Bagüí llegó con Juan Cagua y Alberto Morcú. Los recién llegados y doña Patricia rodearon al agonizante.

--- ¿Cómo es esto? ---preguntó Miguel Bagüí, asombrado de que aún estuviera con vida un hombre que suponía muerto.

--- ¡Misericordia, sargento! ---dijo el moribundo levantando la cara hacia Miguel Bagüí.

Sus ojos opacos brillaron por un instante con el resplandor de la esperanza.

Miguel Bagüí alzó su machete y rugió:

--- ¡Hasta cuándo friegas, so maldito!

Del cuerpo virulento del hombre caído y de la tierra, el machete enfurecido de Miguel Bagüí hizo una macabra mezcla.

Cuando volvían a la orilla los dos libertos se quedaron retrasados y dejaron adelante por el estrecho sendero a Miguel Bagüí.

--- Este ya no es el mesmo de antes, ---dijo Juan Cagua.

--- Se ha dañado mucho ---manifestó Alberto Morcú.

--- Se está manchando la libertá.

--- Así es.

--- Me están entrando malos deseos… Oiga, compadre…

Juan Cagua tomó del brazo a su compañero, le dijo algo al oído, Alberto Morcú hizo una negativa con la cabeza y siguieron adelante.

A su regreso al campamento de San Mateo, Miguel Bagüí fue ascendido a sargento.

Era un domingo de pascuas.

En Limones los buques leales habían desembarcado dos batallones que luego fueron transportados a La Tola, de donde partieron por la playa, con dirección a la capital de la provincia, tratando de aniquilar a los facciosos en sus guaridas. A lo largo de todo el trayecto los revoltosos les habían presentado escaramuzas, con el objeto de atraerlos hacia el lugar escogido por ellos para librar el combate.

El cielo estaba despejado y dolía el sol como una espina en la cabeza. Antes de pasar un estero, los facciosos, ocultos tras los arbustos del cerro, empezaron a atacar con mayor violencia a los soldados leales que en la playa, sin protección alguna, constituian un blanco ideal. Se tendieron los soldados leales en la playa, llena de conchas marinas, y abrieron fuego en dirección del cerro. Durante casi tres horas rugió intenso el tiroteo y cuando los jefes leales vieron que la mayor parte de sus fuerzas había sido aniquilada, ordenaron la retirado, en dirección al norte. Pero ya era tarde, pues las fuerzas de la retaguardia se habían rendido a los facciosos y sólo tenían por delante la alternativa de morir o matar. Los jefes leales decidieron pelear. Recobró su intensidad el combate, y aunque los soldados se tendieron en la playa y se protegieron en las dunas y en los troncos

envejecidos de árboles que las crecientes del río Esmeraldas habían arrancado de raíz y llevado al mar y que éste había devuelto después, los revoltosos continuaron causándoles estragos. El coronel Vélez, jefe de las fuerzas leales expedicionarias, cayó derribado.

Cuando de las fuerzas del gobierno no quedaban sino pocos soldados, retumbó la voz estentórea del sargento Bagüí:

--- ¡Carga el machete!

Emergieron entonces las figuras siniestras del sargento Bagüí y de sus hombres de entre los matorrales del cerro de escasa elevación y cercano a la playa. Saltaron veloces la pendiente y alguno de ellos quedaron a medio camino, describiendo en el aire horribles movimientos con sus machetes afilados. Viendo acercarse a los facciosos, sedientos de sangre y con sus machetes en alto, como una bandera metálica, empezaron a huir los soldados de línea. Arrojando sus equipos se internaban en el mar hasta cuando el agua empezaba a ocultarlos. Otros eran devueltos a la playa por las olas, y algunos que no sabían nada no atinaban qué hacer. Afuera un buque leal permanecía extraño al desastre de las fuerzas del gobierno. Un coronel y unos pocos soldados pudieron llegar a nado hasta el buque. Ya no sonaba disparo alguno y solamente se escuchaba el golpe de los machetes y los gritos de perdón de los soldados que se rendían, pero que no obstante esto eran asesinados. Cuando ya no quedaron soldados leales en la playa, los facciosos se lanzaron al mar, a ultimar a los que con el agua al cuello esperaban la llegada de los botes del buque. Recién en ese instante el buque empezó a bombardear la playa y algunos botes fueron echados al mar a recoger los pocos sobrevivientes.

En las últimas horas de la tarde los cadáveres de los soldados y jefes de la fuerzas leales eran golpeados por la marejadas. El buque de guerra del gobierno habían alzado anclas y los facciosos regresaron apresurados a la playa a despojar a los cadáveres de sus ropas y de todo consideraban de valor, y a recoger el armamento.

Esa noche, celebrando la victoria el sargento Bagüí decía:

--- Hoy he comido bien. ¡Me dolía el brazo ya de matar tanto serrano!

Juan Cagua, Alberto Morcú y el curandero se alejaron de la casa en donde se celebraba el paile del triunfo, y con sus botellas de aguardiente se dirigieron a un palmar, en donde comenzaron a beber.

--- ¡Ya no me está gustando! ¡Mucha sangre! ---dijo Alberto Morcú.

--- ¡Ni a yo!, ---dijo Juan Cagua.

--- Yo no creía que hubiera cristiano como Miguel, ---manifestó el curandero--- ¡Qué hombre tan malo! ¡No tiene alma!

Y después se fueron a caminar silenciosamente por la playa, protegidas por la negrura de la noche.

En tanto, las olas seguían obstinadamente empujando hacia la playa los numerosos cadáveres.

CAP. 7

EL CURANDERO

Tal vez con el propósito de aparecer superior ante sus compañeros, el curandero Rómulo Charcopa les contaba ---por repetidas veces-- los percances que le había sucedido en el recinto Ostiones, en donde había aprendido a curar a las personas mordidas por víboras y de donde partiera para engrosar las filas de la asomada.

Los tres exconciertos, con quienes el curandero había entablado una estrecha amistad, escuchaban al principio con mucha atención las narraciones del ostioneño, por parecerles, algunas, verdaderamente extraordinarias; pero poco a poco, a fuerza de oírlas tantas veces, empezaron a considerarlas como algo ordinario y sin mayor importancia.

Al principio dudaron mucha de la capacidad de Charcopa como curandero, pues les contaba algunas cosas que ellos consideraban inverosímiles; pero un día tuvieron que reconocer que el ostioneño era curandero, y de los buenos.

Sucedió esto pocos días después del asalto por los facciosos a la lancha "El Cisne" en que bajaba por el río la Cruz Roja. El curandero, los tres exconciertos y otros "conchistas" estaban sentados a la orilla del río. Como era su tema predilecto, Charcopa comenzó a hablarles de las culebras y sus "contras".

--- ¡Tanta palabra ---le dijo fastidiado Pedro Tamayo--- ya me tiene cansa'o!

--- ¡Oímos y oímos día y noche y no vemos nada!, ---añadió Alberto Morcú.

--- Bueno, ---dijo sonriendo el curandero, como considerando que había llegado el momento de probar toda su sabiduría--- ahora les voy a demostrar si soy o no soy curandero. ¡Aguárdenme aquí!

--- ¡Así se habla!, ---dijo Juan Cagua---. Por fin vamos a ver algo!

El curandero se internó por un estrecho sendero, apartando con sus manos las malezas y caminando en dirección al cerro. Los demás se quedaron comentando la decisión de Charcopa.

A poco rato volvió. Venía sonriente. Claramente te veía desde la salida del estrecho sendero su dentadura íntegra, emergiendo de su cara amoratada y barrosa. Los facciosos le hicieron un círculo. Entonces les dijo gozoso:

--- ¡Ahora van a ver si soy o no soy curandero!

Los "conchistas" permanecieron observándolo con suma atención, pendientes de los movimientos del curandero. Unos pocos se retiraron, rompiendo el círculo. El curandero dio una vuelta, observando a todos los espectadores. Súbitamente les dijo:

--- ¡Tomen! ---y extrajo con su mano derecha una equis de regular tamaño del bolsillo de su casaca---. ¡Ahora vean! ¿Quién de ustedes hace lo mismo? ¿Quién?

Cambió la víbora de la mano derecha a la izquierda; la equis levantó la cabeza, abrió la boca, sacó la lengua y luego regresó a la mano derecha del curandero. El círculo de espectadores se deshizo y sólo unos pocos facciosos quedaron cerca de Charcopa.

--- ¡Se habrá visto...! ---dijo un "conchista" mientras se alejaba el grupo---. ¡Parece brujo!

--- ¡Cierto que sabes! ---le dijo Juan Cagua, que junto con los otros dos exconciertos continuaban junto al curandero.

--- ¡Parece mentira... pero ya me convenciste que sos bueno! ---le manifestó Pedro Tamayo.

--- Yo creía que vos eras solamente un conversión ---añadió Alberto Morcú.

Luego Charcopa colocó la equis en su hombro izquierdo y la hizo que se diera una vuelta en su cuello, como si fuera un collar. Cuando hubo terminado su exhibición, les dijo:

--- Ahora ya han visto... Me la llevo... Vámonos mija... ---dijo dirigiéndose a la víbora e internándose por el estrecho sendero por donde había salido.

Una noche, en plena oscuridad, estando de centinelas, el curandero volvió a relatarles algunos de sus hechos más notables.

--- ¿Lo de la verrugosa que me picó, les he conta'o?

--- No, hombre. ¿Cómo jué? ---preguntó Miguel Bagüí con mucho interes.

--- Eso lo ha contado ya más de cien veces ---dijo Juan Cagua mientras se acostaba junto al tronco de un gigantesco matapalo.

--- Pero yo no lo he oído, ---alegó Miguel Bagüí--- ¡Contálo!

--- Verán ustedes... Esto me pasó cuando me estaba ensaeñando a curar el maestro Olave. Yo conocía ya algunas "contras" y sabía conocer por la picada la culebra que había mordido... El viejo me llevó a un estero, me mostró unas "contras" ahí cerquita en la ceja del monte, y me dijo: "¡Ahora voy a silbar una culebra y te vaya hacé picar...!". Y me dio miedo, bastante miedo, aunque sabía que con el maestro no me iba a morir... Silbó la culebra... esperó un rato... silbó otra vez... nada... volvió a silbar; y ¡Pum! Que sale una verrugosa como de dos varas de largo... Venía arrastrándose, haciendo sonar la hojarasca, con la lengua casi ajuera... Era vieja... El pellejo estaba como manchado de cal, como moteado... ¡Qué juea que era la diabla ésa...! Y ahí tienen que el maestro dijo a la verrugosa: "¡Pícale!", y la verrugosa me picó... Sentí el picotazo y empecé a temblar... La sangre me salía abundante el pie... El viejo se quedó callado... Le dijo a la verrugosa que juera... y se jue... La vi perderse por los matorrales, tumbando a su paso las matas de montes pequeños... Entonces me dijo: "Ahora da tres pasos pa' atrás... reculá, echá las manos pa' atrás de la espalda y cogé con las dos manos los montes que topes..." ¡Esas serán las "contras...!" ¿Cómo?, pensé yo. ¿Las "contras"? Pero, ¿cogidas al azar? ¡No! ¡no podía ser! Pero retrocedí, cogí los montes reculando como le dijo, y vide que no eran las "contras" de la verrugosa, y sentí miedo otra vez, y vide que el viejo estaba riéndose... Ya empezaba a dolerme el pie... El viejo me amarró una liga en la pierna... Me dijo: "Ahora vamos pa' la casa... Vos mesmo te ponés las "contras" y verás que te sanás..." y juimos a la casa, y me puse las contras que había cogido al azar, y me curé...

--- Ese Olave tal vez era brujo, ---dijo Miguel Bagüí---. ¿No era colombiano?

--- Era de Saijas... Curandero famoso en toda Colombia ---le contestó Charcopa.

--- ¿Lo de la equis puesta en la chuspa de tabaco, les he contado?

--- Yo lo he oído como veinte veces, ---dijo Pedro Tamayo.

--- Pero contálo ---dijo Juan Cagua.

--- Entonces se las voy a echar de nuevo... Verán ustedes... Una tarde llegó el maestro Olave de adentro del monte... Había andado montiando, pero no había agarrado nada... Venía malhumorado... Subimos juntos a su rancho... Ya arriba le dije que si tenía tabaco me diera para hacer un cigarro, me dijo que "sí" que cogiera de la chuspa que la había puesto ya en la sala, que ahí tenía un pite... Yo metí la mano, inocentemente, y verán que salió... Palabra que no van a creer...

--- Bueno, ¿pero que salió? ---preguntó un faccioso que había seguido con interés el relato del curandero y que, al parecer, no lo había escuchado antes.

--- Una equis tabaquera... Cuando saqué la mano, la equis estaba enrollada, se me había dado vuelta en la mano... ¿Comprenden? El viejo Olave y la Luz María reían divertidos, viéndome asustado.. Yo no sabía que hacer... El viejo me dijo entonces:

>---"No la soltés, ni le hagás juerza, porque te pica..." Y la equis se me daba vuelta en la mano, y yo no sabía en dónde me encontraba, por el medio que tenía... Después de un rato, que me parece que jue un año, el viejo Olave se acercó, y dirigiéndose a la equis, le dijo:

>--- Vení pa' acá... ñata... ñatita..." Y la culebra se jue a la mano de él...

--- ¿Y el cigarro? ---inquirió Alberto Morcú, riendo a carcajadas.

--- Ya no estuve para cigarro... Le dije:

>--- "Don Olave, ¿la mato? Aquí tengo un buen palo" y me acerqué mostrándole una raja de leña. Estaba listo para acabarla... "No seas bobo, ---me contestó---. Yo mesmo la he puesto ahí... Ahí la cargo pa' que naidie se meta en mis cosas y pa' hacé asustá a los flojos... Pero no puedo matala... Un curandero no puede matá una culebra nunca... nunca... Así es la ley...". Y llevó otra véz la culebra a la chuspa y la puso ahí y sacó el tabaco, pero yo ya no tenía ganas de fumar... "¡Gracias!", ---le dije y me despedí... Y yendo para mi casa iba pensando si tambien no pondría alguna culebra en la escalera para que nadie subiera a la casa en la escalera para que nadie subiera a la casa y no fueran a robársela a la Luz María, que se estaba poniendo "maltoncita"...

--- ¿Lo de la prueba grande, les he contado?

--- Ya lo habis contado, pero contálo no más...

--- Verán... verán ustedes... El viejo Olave me estaba enseñando a curar... El viejo estaba contento de mí. Tal vez porque secretamente pensaba que me podría hacer casar con la Luz María, o tal vez porque como mi mamá habia quedado viuda y él también había quedado viudo, pensaba que enseñándome a curar mi mama lo aceptaría... Cuando ya conocía todas las "contras", silbar a las culebras, cono cer la culebra que había picado y otras brujerías más, me dijo:

>--- "Vení mañana temprano... Mañana te someto a la prueba grande...". ¿Y cuál es esa?, ---le pregunté. Y me dijo:

>--- "Eso lo sabrás mañana en el propio terreno..." Y yo jui a la mañana siguiente... Juera lo que juera sabía que no me iba a pasar nada... Pero sabía por unos amigos que muchos curanderos no habían podido pasar la prueba grande y se habían quedado atascados... Eso era lo que me preocupaba... Pero yo me hice como que no sabía que si no pasaba la prueba grande no pasaba la prueba grande no podría llegar a ser curandero... Además, ya empezaba la Luz María atraerme como si juera un imán... No podía quedar como un flojo ante ella... Estaba la mañana clara, clarita, como recién lavada, como la ropa vieja cuando la ponen a secar en la pampa... Atravesamos algunos guandales, pasamos algunos "guaycos"... Monte adentro... Caminar, andar y caminar... Caminar, andar y caminar... Llegamos a un llano... Había una sombra completa, pero era un día de sol... Estaba oscuro, pero a lo lejos resplandecían los cerros, como incendiándose... Silbaba el viento arriba en los árboles y algunos pájaros cantaban, como si estuvieran enfiestados... Un estero sonaba por ahí

cerca... La selva... ¿comprenden? Habían bonitas flores que se habían trepado en las ramas de los árboles grande... El viejo Olave descargó su machete sobre unos bejucos y limpió un pedazo completamente... Entonces me dijo:

>--- "Ya que querés sé curandero, esta es la prueba grande... Si la pasás podés llegar a sé curandero... Si no, no... Acostáte ahí... Sacate la camisa... Ponete boca abajo... Me señaló el pedazo limpio. Me temblaba todo el cuerpo, a algunos pasos de distancia... Añadió:

>--- 'Tate quieto... Como si jueras una peña... Pase lo que pase... ¿Entendés...? Y empezó a silbar... ¡Aha!, yo conocía ya esos silbos... Silbó una vez, dos veces, tres veces, silbó muchas veces... El viejo se ocultó detrás de un roble grandote... Me dijo:

>--- "Ahora sí... Ya viene... ¡'Tate listo...!" Y vino la equis, se acercó, me olió pasó por mi espalda, volvió a pasar, me caminó a lo largo hasta la correa del pantalón... y se jué... Y el viejo siguió silbando... Y vino la capitana, y me pasó y me repasó como la equis... Y vino la coral, y vino la papagallo, y vino la verrugosa, y vino la pastilla, y vino la pichindé, y se pasearon lo que quisieren encima de mi espalda y se jueron... Y por último vino el mialo... Y se jue... Y yo estaba cansado cuando el viejo me dijo:

>--- "¡Levántate! ¡Ahora sos curandero! ¡Dame la mano!". Y nos dimos la mano, y vide que el viejo estaba como llorando del gusto... Y de regreso por el camino, el viejo me iba diciendo:

>--- "Acordate de lo que te he enseña'o... Pero acordate más que nada de la ley... La ley está antes que cualesquiera de nojotros... La ley vale más que todos nojotros juntos, ¿comprendés?" "¡Si, maestro, ---le contesté--- la ley vale más que todos nojotros juntos! La ley está por encima de todo y de todos".

>--- "Así me gusta ---dijo--- ojalá que no vayas a portarte ingrato... Acordate que un curandero no puede matá nunca una culebra... Ni en dejuensa propia... Acordate que aquí en Ostiones no podés curar sin mi permiso... Acordate que cuando yo tapé mis "cañutos" no deberá "contra" que valga..." Ya habíamos llegado a su rancho. Subimos y la Luz María nos sirvió un mazato bien echo... Y acordándome de lo que me había dicho en el trayecto, le dije:

>--- "Maestro, pero no me ha dicho nada de los "cañutos"... ¿Cómo puedo hacer mis "cañutos"? ¿No se ha olvida'o...?"

>--- "No, no me he olvida'o... ---me contestó---. Pero si te enseño todo, vos en cualesquier momento me podés "rebajá"... ¿No lo habís pensado?"

>--- "No, maestro ---le contradije--- yo nunca lo "rebajaré"... a usted... ¡Nunca, se lo juro...!" Y por más que le dije no hubo cómo, y sólo conseguí que me dijera: "Según cómo te portés, te enseño a formá tus "cañutos" y la curación con la liga..." Y ya al despedirme, volvió a decirme: "Rómulo, no te olvides... La ley está más antes que uno... la ley vale más que todos

nojotros... Y acordate que cuando tape mis "cañutos", no haberá "contra" que valga... Pa' nadie... Más que sea el rey del mundo tendrá que morí..."

--- Y lo del cantero con las cuidadoras, ¿les he contado?

--- Contá, pués, ---le dijo Alberto Morcú--- pero dame primero un cigarro que ya me estoy encangando del frío.

--- Hombre, ---le advirtió Miguel Bagüí--- no hay que fumar... El sargento Mina lo ordenó... La candela en la noche se ve en la distancia...

--- Cierto... Es que oyéndolo a don Charcopa le he olvidado de todo, hasta de que estamos guerreando... Bueno, pasa entonces la botella...

Y después de haber tomado cada uno su trago, Charcopa prosiguió:

--- Verán ustedes... El maestro Olave tenía un cantero bien bonito... No molía todavía, pero algunos puebleños vagabundos llegaban por ahí y sin pedir a nadie, como la caña que querían... Y un día, el maestro Olave, disgustado por los abusos de los puebleños, me dijo:

>--- "Ya se les va a acabá el dulce... Voy a poné unas cuidadoras..." Y jue al monte y trajo cuatro nupas grandotas... Una la trajo en la mano y las otras tres lo venían siguiendo como perros... Bueno, esto no es cosa... ¿No vieron lo que yo hice con la equis? Y la nupa es culebra boba, la nupa no hace nada... Un día jue un puebleño y creyendo que no había nadie, entró al cantero, sacó su machete y echó el machetazo a una mata de caña... Y el que había dado el machetazo, cuando echa la vista al suelo y ve una tremenda nupa que se le está engarzando a la pierna... Reculó y salió a oda carrera... Ese puebleño les contó a los demás "robacañas" lo que había en el cantero... Y para convencerse vinieron algunos y no encontraron ya una sino cuatro cuidadoras... Desde entonces ya nadie se metió al cantero del viejo... Entonces él me dijo:

>--- "Así es en Saijas, en mi tierra... Vos subís por el río y ves ¡qué bonitas frutas! De la'o y la'o del río, cuelgan como ofreciéndose, meciéndose en las ramas... Pero no toqués nada, sin pedí o compra... Porque la gente no es miserable... Pero no les gusta el abuso... Detrás de cada mata hay una cuidadora..."

>--- "En Saijas dizque son brujos ---le dije. "En Saijas, ---me afirmó--- son brujos... Pero no son gente mala... Si vos ves a un enfermo con carate, con buba o con lo que sea, no te burles ni le hagas asco... Porque al asquiento no lo aguantan... Y si algún enjuermo, esté con lo que esté, te brinda algo, cogelo y cómetelo, sin escrúpulo... No te vayas a reí. Porque en seguida sin que te des cuenta te pasa la mesma enjuermedá"...

--- Lo de Cuchucho ¿les he contado?

--- Sí, hombre, pero contálo otra vez...

--- Verán ustedes... Montiando, Cuchucho llegó bien adentro del estero... Ahí las aguas eran escasas... Casi no había agua... La caleta estaba llena de piedras... El estero casi no se veía... ¿Han visto dónde nace un estero... digo dónde comienza? Si no lo han visto, no han visto cosa bonita... ¡Por Dios! Allá adentro empezaba a salir agua de los barrancos, como si jueran piedras de filtrar... El agua brotaba como si los barrancos estuvieran sudando... Arriba, a un lado estaba la cueva... "¡La guanta!" ---dijo Cuchucho, y metió un palo encendido para jugarla y hacerla salir... Y estuvo jurga que jurga... jurga que jurga... Y nada... Y se regresó a su rancho... Camina que camina... Camina que camina... Comió un buen "tapao" de peje que la mujer le tenía listo... Se puso a fumar su cachimba en la ventana... Luego se acostó. Después se acostó su mujer y bajó el toldo de zaraza... Era una zaraza gruesa, buena, que había comprado en la tienda de los alemanes... Como a las dos de la mañana se despertó sobresaltado... Tenía los pies envueltos en una frazada gruesa que había traído del pueblo, también comprada donde los alemanes, y sentía que le estaban dando unos cabezazos en los pies... Le habló a su mujer... Se levantaron... En puntillas... Prendieron el mechero... Vieron ahí donde le habían estado dando los cabezazos a Cuchucho... ¿Y qué creen que estaba ahí? ¿Qué creen? A ver, ¿quién adivina...?

--- ¿Qué? ---preguntó otro de los facciosos que estaba con ellos.

--- Pues ahí estaba una tremenda verrugosa, como de cuatro varas de largo... Cuchucho echó mano a su machete y la hizo picadillo... Me mandó a llamá con un primo y cuando llegué estaba la verrugosa despedazada en la tierra... "No sé cómo ha sido esto", me dijo. "¿No lo sabes?" ---le pregunte. Y me contó entonces todo lo que había hecho en la cueva. Entonces le dije:

>--- "Está clarito... La cueva no era de guanta... La cueva era de la verrugosa... Y te ha venido siguiendo desde allá... ¡Eso es todo!"

>--- "Así va a sé ---me dijo---. ¡No había caído en cuenta...! Cierto que es así". Y recogió en una lata los pedazos de la víbora y los arrojó al río...

--- Yo he oído decir algunas cosas parecidas, ---dijo Pedro Tamayo---. Acá arriba había un buen curandero... ¿Se acuerda, don Miguel?

--- Sí ---dijo Miguel Bagüí--- me acuerdo. Era don Salomón.

--- Sí lo he oído nombrar ---intervino Juan Cagua.

--- Pero por acá arriba ---dijo volviendo a tomar la palabra el curandero--- saben muy poco de todo esto... ¿Saben que una mujer empeñada no deja curar un picado de culebra...?

--- Claro que sabemos ---dijo Miguel Bagüí.

--- La mujer empreñada, ---añadió el curandero--- despide un ácido, un no sé qué que no deja curar... A la mujer empreñada no le pica nunca una culebra... Parece que tuviera la "contra"... Yo vi a una culebra que le cayó en todo el hombro a una mujer empreñada y no le hizo nada... Y le picó a otra mujer que no estaba así... Ahí mesmo...

--- Bueno, contá ahora lo que te pasó en Esmeraldas con los médicos, ---le dijo Alberto Morcú.

--- Bueno, verán ustedes... Una vez un ricachón de Esmeraldas fue picado por una pudridora... ¡Por una pudridora! ¡Barajo! ¡Si yo me río cada vez que me acuerdo de todo esto! ¡Porque una picada de pudridora la cura hasta un muchacho de teta en mi tierra! ¡Por Dios...! ¿Por qué los médicos son tan pretenciosos? Se cierran y dicen: "¡No! ¡No! ¡No!", y están viendo las cosas. ¡Niegan la luz y la están viendo...! Bueno... me mandaron a ver en lancha... Yo ya era de fama... ¡Nadie me había rebajado todavía en Ostiones...! ¡Nadie...! Entré con orgullo a la ciudad... En la calle se apiñaron algunos puebleños encorbados para verme pasar... Pero yo me hice como que ni los veía... Cuando subí a la casa del enfermo, la gente no cabía... Oí que una mujer que parecía la cocinera dijo:

>--- "Lo que es éste lo levanta al patrón mañana mesmo... ¡Este les va a poné plana a los doctores...!" Yo me hice como que no oí... Pero oyendo todo estaba, porque tengo oído de culebra... Entré al cuarto... Vi al enfermo... Le había picado una pudridora... Ya estaba grande la chanda... Estaba inflamada con su ciencia... Me dieron ganas de decirles a los de la familia del picado:

--- ¿Por qué han dejado que estos brutos lo pongan así al señor? Pero ahí en la sala estaban. Y verán lo desgraciados que son... Al salir del cuarto se me acercó uno y me dijo, como me burlándose:

>--- "Doctor, ¿qué es lo que tiene don Casimiro?". Yo comprendí la burla, porque no soy ningún tonto, y le dije con todo aplomo. "¡Está picado!" "¿De veras, doctor?", me dijo con burla que se la vi patente en las palabras... "Sí, ---le confirmé--- y ahora que ya sabe lo que tiene, ¡cúrelo...!" Estando ahí presente la esposa del picado, me encaré y le dije:

>--- "Señora, escoja... los doctores ---y le rasgué con desprecio esta palabra--- o yo... ¡No podemos trabajar juntos! ¡Somos encontrados, como el agua y la candela!... La señora vaciló... Pero de adentro del cuarto el viejo que habia estado escuchando, pegados los oídos a la pared, gritó:

>--- "Ya le he dicho. Charcopa, quiero que usted me cure... Ya me tienen aburrido con los lavados, con la curarina de Fuentes, con el suero... y con todas sus mojigangas... Y no me hacen ningún bien... ¡Quédese usted, Charcopa, y que se vayan los doctores!"... ¡Yo me quedé viéndoles la cara! ¡Cómo estaba de orgullosos, ahí en la mesma ciudad! ¡Era como un combate! Los había derrotado. Los dos médicos tomaron sus sombreros y se bajaron disgustados,, sin despedirse. Bajé después de un rato, alcé la vista al cielo, miré a un cerro que estaba para adentro y dirigiéndome a la esposa del picado que permanecía en la ventana, asomada, contemplándome, como con pena se habían marchado disgustado los médicos, le dije:

>--- "¡Ya mesmo regreso!" Y juí al cerro, y ahí abajito no más estaba la contra, y la cogí y regresé, a la casa de don Casimiro y lo curé en menos de ocho días... ¿Por qué los médicos serán tan brutos? Se las dan de grandes cosas, y vayan a vé...

--- ¡Son unos pretenciosos toditos ellos! ---dijo Alberto Morcú, recordando la forma cómo lo había tratado el médico que había atendido a su hijo, el viciosos que comía ceniza cuando lo llevó al pueblo en busca de curación---. ¡Hay que ver cómo tratan al pobre! ¡Les da asco atender a un pobre! ¡Y si es negro, peor...!

Siguieron repartiéndose el aguardiente que tenían en sus botellas.. Después de un rato empezaron a cantar los gallos. Miguel Bagüí se envolvió de pies a cabeza en su frazada de lana, y se quedó dormido. Los otros continuaron conversando.

---¿Y lo de la muerte del maestro Olave, ¿quieren oír otra vez?

--- Sí, hombre, yo no he oído eso ---dijo Juan Cagua.

--- Ya lo he oído, compadre ---le contradijo---. ¿La muerte del viejo Olave? ¡No! ¡No!

Y Rómulo Charcopa volvió a contarles el trágico fin del curandero que había venido del sur de Colombia.

--- Verán ustedes... La cosa pasó así... Bueno, hay que convenir que el destino del hombre está escrito... Nadie puede cambiarlo... ¿No han oído decir que el general Alfaro decía: "No mata la bala, sino el destino"? Sí, hombre, la vida es así... el destino del hombre está escrito... ¿No han oído contar lo del hijo del millonario? Los adivinos le dijeron que tal día debía morir y el taita no quiso creer al principio... Le dijeron:

>--- "Esto está escrito. Nadie lo puede cambiar..." "Entonces guardó a su hijo en la casa... No lo dejaba salir para nada... Sólo vivía metido, como sumergido, ¿entiende? Y no contento el taita con todo eso empezó a tomar toda clase de precauciones... Aumentó los pajes de la casa... Hizo buscar perros cuidadores que no dormían ni un segundo por la noche... El mismo vigilaba con su escopeta toda la noche... Y la fecha se acercaba... Y se acercaba ligero... Porque el tiempo es así... Cuándo uno quiere que pase ligero se demora, como que se atasca... Y cuando quiere que no pase, se va como un pájaro, sin dejar ni rastro... ¿Verdad? Y cuando faltaba ya pocos días para que se cumpliera el anuncio de los adivinos, mandó a hacer un cajón grandote de fierro... Y el día fijado, lo metió ahí... Todos los pajes estaban regados en la casa... Los perros cuidaban la entrada al cuarto del muchacho... El viejo aceitaba su escopeta... Y cuando llegó la hora señalada estando ahí el taita, sonó en trueno, y cayó un rayo, y atravesó el fierro, y el viejo jue a ver al hijo, y estaba muerto... ¿Vean Ustedes? El destino del hombre es una cosa que no se puede cambiar... El destino del hombre está escrito...

--- Eso es puro cuento ---argumentó Juan Cagua, tomando un trago---. El destino del hombre pobre, ése es el único destino que esta escrito... Será siempre pobre... El destino del hombre rico lo escribe él mismo...

--- El peje grande se come al peje chico ---dijo Alberto Morcú---. Así es en todas partes... Así lo decía el "Pelacara", ¿se acuerdan?

--- ¡Yo llegué cuando el "Pelacara" había muerto! ---dijo Pedro Tamayo.

--- Yo también ---añadió Juan Cagua---. Pero usted, compadre, me lo ha contado tantas veces que es como si lo hubiera oído yo mesmo...

--- Bueno, ---continuó Charcopa--- voy a seguir contándoles lo de la muerte del maestro Olave... Verán ustedes... Por asuntos de linderos empezaron a pelear Olave y un viejo de apellido Cheme... Olave le había comprado una franja de terreno a un tal Quintero que se jue para la Costa abajo... Cheme decía que el lindero de su finca con la de Olave era arriba de un "guayco" y Olave que no... Quintero ya hacía tiempo que se había ido... Unos puercos de Cheme se metían a la finca del viejo Olave y le hacían daño... Disgustaron muchas veces... Se insultaron bastante... La cosa no tenía arreglo... Un día lo desafió el viejo Cheme... "¡Si sos hombre, salí a la pampa rasa!" ---le dijo... "¡Manganzón ---le gritó el viejo Olave, ---yo soy hombre el cualesquier terreno! ¡Allá voy...!"

Y bajó con su machete... Jue en vano que la Luz María tratara de evitarlo... El viejo Olave la empujó y salió, como un relámpago, a la pampa... Cheme estaba esperándolo... Y se cogieron a machetearse y se dieron duro, como berracos... El viejo Olave salió con un brazo cortado y con una oreja casi volada... Cheme quedó cortado un hombro... Olave quedó con la "puya" adentro... y tenía que desquitarse... Porque una "puya" no lo deja a uno ni dormir... ¿Verdad? ¿No les ha pasado eso a ustedes? ¡Ah... bueno...! A los pocos días de esto, a Cheme le picó una equis en una pierna cuando estaba reposando en la cama... Los hijos se alarmaron... No había más curanderos por ahí que el viejo Olave y yo... En La Tola estaba don Graniano, pero estaba lejos... Entonces se acordaron de mí. Claro, yo vivía ahí mesmo... Pero ya les he dicho que era discípulo del viejo Olave y que no podía curar sin su permiso... Ellos lo sabían... Con todo vinieron a buscarme... Entonces yo les dije:

>--- "Esperen un rato. Voy a ver si el maestro Olave me da permiso. Jui a la casa, le conté lo que estaba pasando y me dijo:

>--- "Rómulo no te metás... No te doy permiso... y lo sabe de una vez: "¡he tapa'o mis "cañutos" y no haberá "contra" que valga! ¡Más que juera el rey del mundo tendrá que morir! ¿Sabés? ¡Acordáte de mi advertencia...!" Y bebió aguardiente de una botella que tenía sobre la mesa de la sala. Le dije:

>--- "¡No maestro! ¡No me voy a meter! La gratitud es primero que nada, ¿verdad?" "Así me gusta, Rómulo, ---me dijo contento---. No había cambia'o nada. No sos ingrato. ¡Acordate que la ley está más antes que uno mesmo!". Regresé y les dije a los hijos del pica'o:

>--- "Es la ley de nojotros... La ley de los curanderos, ¿sabe? Lo siento mucho, me duele como le duele a usted y a los demás, pero las leyes así... No puedo curar sin el permiso del maestro" lo oí que lanzó una maldición contra la ley, bajó de la casa atropelladamente a la gente, jue al potrero, enlazó el caballo, lo ensilló y montó. "¿Pa' onde vás?", le preguntó al más mayor... "Voy a La Tola ---le contestó---, voy a traerlo a don Gratiniano. ¡Y que se vaya a la punta don Charcopa con su ley...! Y partió levantando polvo el condenado... Pererés... pererés... pererés... pererés... pererés... sonaba su caballo destapado por el llanto... Y se perdió a la vuelta del camino... Yo

tenía mucha simpatía por los Chemes... Hubiera querido meter la mano, pero cuando el maestro Olave me dijo que había tapado sus "cañutos" comprendí que era una culebra "puesta" la que le había picado al viejo Cheme... Cuando llegaron el curandero y el muchacho, el viejo Cheme sangraba ya por todo el cuerpo. El veneno se le había regado y todos los poros parecían una piedra que filtraba sangre... ¿Entienden? El curandero les dijo:

>--- "Ya es tarde. El veneno se le ha subido a la cabeza". Y el viejo Cheme murió.

Y al llegar aquí, Alberto Morcú no pudo contener su indignación y le dijo:

--- ¿Y vos le dejaste morir, siendo tu amigo? ¿Te parece bien? ¡Si yo hubiera sido doliente de don Cheme, por Dios que te mato!

El curandero le replicó:

--- Ellos sabían la lay... Las leyes así... La ley está por encima de uno... Uno le ha jurado al hacerse curandero... Y el hombre no jura en vano... Así juera quien juera, la ley tenía que cumplirse... Aunque me hubieran matado, la ley tenía que triunfar... Cuando el más menor de los Chemes se me encaró, yo esperé que me hiciera algo... En el fondo de mi corazón estaba con él... En el fondo de mi corazón lo palmoteaba... Y tal vez si me hubiera matado, también lo habría aplaudido... Porque si yo atacaba una ley, él actuaba en dejuensa de una ley más grande que la ley del veneno... Pero verán ustedes lo que pasó y cómo terminaron las cosas. En el velorio del difunto los dolientes le contaron a Don Gratiniano todos los pormenores del suceso... Desde su comienzo hasta la picada... El curandero les dijo entonces:

>--- "Jue una culebra "puesta". ¡Olave se la puso! ¡Estos colombianos son así! ¿No será de Saijas...?" "De allí dicen que es", le respondió uno de los hijos del difunto... Al día siguiente casi a la oración lo enterraron... Cuando volvimos del panteón el más menor de los Chemes cogió su caballo y lo ensilló. Mandó con un peón a preguntar a la casa si ahí estaba el viejo Olave, y la Luz María que no sabían para qué era, le contestó que no estaba que se había ido al mediodía a la bocana... Montó y se jue para afuera. Ya estaba entrando la noche. Tardecido de la noche se regó la noticia... Que lo han tirado al curandero Olave en "El Ceibo..." Que no se sabe quién es... A mí que no me la metieron. Desde el comienzo pensé: lo ha tirado el más menor de los Chemes. Y lo aplaudí.... Y sentí también la muerte del maestro Olave... Después de unos días fue una comisión de la policía de Esmeraldas y cogieron al muchacho. Lo llevaron amarrado. Dos hermanos vinieron cuidándolo. En el pueblo dicen que le metieron palo y más palo y lo hicieron vomitar sangre y confesó que él lo había tirado al viejo Olave porque le había puesto una culebra al taita... Y dicen que lo mandaron al panáutico.

--- ¿Y después? ---peguntó Pedro Tamayo.

--- Después me hice dueño de la Luz María... La cogí de mujer... no tuve hijos en ella... Entonces me dice dueño de los "cañutos" del viejo, y desde entonces no tuve que pedirle permiso a nadie para curar...

--- ¿Y cómo es eso de los "cañutos"? ---le preguntó Alberto Morcú.

--- Verán ustedes... Los "cañutos"...

Pero en ese rato llegó el pelotón que venía a relevarlos. Despertaron a Miguel Bagüí. Prendieron sus cigarros y con sus fusiles terciados a la espalda y sus frazadas echadas al hombro se marcharon por un camino extraviado en las sombras, en busca del sueño.

CAP. 8

DESALIENTO

Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, hombre de sangre azul y cuyos antepasados, según él lo pregonaba, habían venido desde España, era, a pesar de su nobleza, un ciudadano de arraigada convicción democrática. Era muy amante de la libertad y partidario de la pureza del sufragio, sin intervención del Gobierno. Saludaba y sonreía con el mismo afecto a grandes y pequeños, a blancos y negros. En muchas calles se lo vió algunas veces caminando de brazo, como si se tratara de hermanos o de íntimos amigos suyos, con algunos negros esmeraldeños, que sintieron por ello más grandes que no recibieron tal distinción. No era político. Era un modesto empleado fiscal y había venido de Guayaquil con un solo propósitos, según propia confesión: abrirse paso. Abrirse paso, para don Rodrigo Medrano de

Pereira y Quezada, significaba conseguir una envidiable fortuna que le diera cierto prestigio y predominio en la provincia. No había tenido mayor suerte hasta entonces. Casado con una bella mujer guayaquileña, de familia noble como la suya, su situación era, sin embargo, la de un modesto empleado fiscal. Amanuense de la Policía Nacional de Guayaquil, consiguió que el Gobierno lo nombrara, en plena revolución conchista, ayudante del habilitado del batallón de línea acantonado en la ciudad. Así vino de Guayaquil, en un buque leal, acompañado de su esposa, doña Emperatriz Espinoza Tejada de Acevedo de las Vegas. Dejó a su hija Mercedes, al cuidado de un hermano suyo, estudiando en el Colegio de la Providencia, de Guayaquil.

Su trabajo en Esmeraldas con el habilitado, un militar serrano muy amante de la bebida, no era mayor. Formulaban las listas del personal de los batallones de la provincia y una vez recibidos los valores correspondientes a cada decena efectuaban los pagos. Esta tarea no siempre era puntual, pues en muchas ocasiones no habían dinero en la ciudad y debían esperar que llegara de Guayaquil en algún buque. Por esta circunstancia en algunas ocasiones se les debía a los soldados hasta dos meses de sueldo. Había el agravante de que muchos soldados partían a diferentes frentes y no volvían. No había en ese tiempo por parte del Gobierno mayor control ---o mejor dicho no existía ninguno--- de tal manera que muchos soldados y clases ya muertos seguían constando en las listas de pagos como existentes. Sus haberes eran repartidos entre le jefe del Batallón acantonado en la ciudad, el habilitado y el señor Medrano de Pereira y Quezada. No se trataba, hay que aclararlo ---de acuerdo con el testimonio de los informados al respecto--- de un reparto en cantidades iguales. El jefe del Batallón dizque tenía derecho a la mitad de los haberes de los combatientes muertos; e habilitado recibía las tres cuartas partes del sobrante, y el resto le correspondía a don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada.

Cuando don Rodrigo tuvo "algunos realitos" ---sus palabras textuales--- se separó del cargo y se dedicó a la agricultura. Sus amigos trataron de disuadirlo haciéndole ver que era una locura intentar trabajar en la agricultura cuando no había brazos para el trabajo en los campos, pues casi todos los hombres estaban en armas y en la mayor parte de las aldeas el monte estaba ya tapando las casas. Pero Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada era un hombre de clara inteligencia, de entusiasmo a toda prueba y poseedor de una gran sagacidad. El jefe del Batallón y el habilitado trataron por los medios a su alcance de retenerlo en el cargo. Pero pese a sus insistentes requerimientos en el cargo. Pero pese a sus insistentes requerimientos y a su oferta de una más equitativa distribución de las utilidades de "nuestra sociedad" ---palabras textuales del jefe---, don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada se fue al campo. Adquirió un terreno que como casi todos los terrenos de Esmeraldas en aquella época estaba casi perdido. Consiguió, no obstante la escases de brazos, hacer algunas cuadras de pasto. Luego compró con fondos provenientes de sus ahorros algunas cabezas de ganado vacuno. Poco a poco fue ensanchando su propiedad, en plena revuelta. Su finca a la que le dio el nombre de "La

Cascada" estaba situada en la ribera izquierda del río Esmeraldas, hacia el norte de la desembocadura.

Cuando estaba recién formando los pastizales, don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada salía en las tardes a pasear por su propiedad acompañando de su esposa, y ambos se regocijaban viendo cómo la hierba verde crecía abundante, y cómo el viento sacudía las débiles matas. Y cuando el "sol del venado" se veía en algún cerro lejano, don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada tomaba pudorosa mente a su mujer por el talles, le daba un beso en la frente y los dos volvían felices a su casa.

Ya formada su fina, llegaban a veces los revoltosos a "La Cascada", pero como don Rodrigo era íntimo amigo de algunos jefes facciosos había conseguido un salvoconducto, que protegía su vida, la de los suyos y todo lo que hubiere en su propiedad. Las malas lenguas de esa época decían --- según testimonios de sobrevivientes de la campaña--- que la esposa de Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, es decir la señora Emperatriz Espinoza Tejada de Acevedo de las Vegas, tenía sobrados derechos para añadir algunos otros apellidos a su largo nombre. Dicho más claramente, y sujetándose a lo que aún sostienen las malas lenguas de la época, la esposa de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada no le era del todo fiel a su bien amado esposo.

Algún tiempo después de haber ensanchado notablemente "La Cascada", don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada entró en tratos con el sargento "conchista" Miguel Bagüí. Habían hecho arreglos, según se decía insistentemente en los campamentos facciosos, por medio de los cuales don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada recibía en depósito fuertes partidas de ganado vacuno que le enviaba el sargento Miguel Bagüí para conservarlas en "La Cascada", hasta cuando llegara el momento de hacer el reparto, que debería efectuarse por partes iguales una vez que hubiere llegado a su fin la asonada. La fecha del reparto y forma cómo debería efectuarse éste pueden haber sido verídicas o no; pero es indispensable según confesiones de algunos combatientes de la revuelta, que fueron muchos los individuos que en varias ocasiones llevaron lotes de ganado a "La Cascada". Tomando en cuenta estas confesiones y por las declaraciones de algunos hacendados de esa misma zona puede decirse que a su debido tiempo estas maniobras fueron completamente aclaradas y que se estableció el origen nada limpio de la fortuna de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada.

Los soldados facciosos empezaron a darse cuenta de que se sacaba de algunas haciendas mayores cantidades de ganado que las necesarias para el consumo de las tropas.

En cierta ocasión fueron Alberto Morcú, Juan Cagua, Pedro Tamayo, Domingo Quiñones alias "Culebra Ciega", Mardoqueo Angulo, Mártir Caicedo y Mamerto Bone a una hacienda de Rio Verde, sacaron más de cincuenta reses, firmaron un recibo que fue entregado al dueño del fundo y regresaron a la bocana con el ganado. En un rancho de la bocana estaba el sargento Bagüí, esperando el resultado de la comisión. Cuando Alberto Morcú le dijo

que la orden había sido cumplida sin novedad y que el ganado estaba listo, el sargento Bagüí le contestó que estaba bien. Y como Alberto Morcú encontró de buen humor al sargento creyó oportuno el momento para aclarar ciertas dudas, y le preguntó:

--- ¿Pa' que tanto gana'o. Miguel?

--- ¡Mi sargento pa' otra ocasión! ¡No puedes aprender to'avía! ¡Hay que ser disciplinado! ¡Yo puedo ser amigo de todos ustedes, pero tengo mi grado! ¡Hay que reconocerlo! ¡Soy sargento! Cuando me hablen, que me llamen: mi sargento...

Alberto Morcú dijo para sus adentros: ¡Caramba el negro ya se ha olvidado que somos iguales! ¡Ya se subió a las nubes! Pero en verdad, que no somos iguales, porque yo no soy n vicioso, yo nunca he comido jabón... ¿Será que ya no se acuerda? ¡Ahora se cree la gran cosa! ¡Se cree grande! ¡Tal vez hasta se cree blanco! ¡Ya no somos nada pa' él! ¡Qué prosa que echa! Pero eso no importa, ¡yo tengo que averiguar lo de las vacas...! ¡Eso es lo que me importa!

Volviéndose a Miguel Bagüí, le dijo, como si saliera de un sueño:

--- Mi sargento, digo que pa' qué tanto ganado. No hay necesidad...

--- Soldado Morcú, ---le dijo Miguel procurando que el raso comprendiera bien la distancia que ya mediaba entre los dedos--- esas cosas no son de su importancia... ¡No hay que ser metido!...

--- ¡Mi sargento ---continuó Alberto Morcú, no dándose por vencido--- yo soy soldado y tengo derecho! ¡Pregunto que pa' qué tanto ganado! ¡No creo que sea malo...!

--- ¿Pa' qué? ---le dijo con tono sarcástico---. ¿Pa' qué? ¡Bruto! ¡Pa' que haiga escasez! ¡Río verda ya mesmo cae en manos del Gobierno! ¡Nos van a sitiar! ¡Aquí habrá que pelear duro! ¡Ojalá entonces ocupes el puesto que te toque! ¡Con bastante carne se pelea mejor y se aguanta! ¿No crees eso?

--- Está bien ---contestó Alberto Morcú y se alejó en busca de sus compañeros.

Juan Cagua, de acuerdo con la orden recibida del sargento Miguel Bagüí, había seleccionado a los hombres que con el debían conducir el lote de ganado a media noche a "La Cascada". Alberto Morcú, según lo dispuesto por el sargento, no fue.

Cuando estuvieron listos, el sargento les dio la orden de partida y se pusieron en marcha. Juan Cagua, Pedro Tamayo, el curandero y seis soldados facciosos más, montados a caballo, arrearían el ganado hasta dejarlo en la hacienda de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada.

--- Hasta mañana, mi sargento ---le dijo irónicamente Juan Cagua.

--- Hasta mañana ---le correspondió Miguel Bagüí, lleno de alegría---. Mucho silencio... No hagan bulla. Den el cruce por onde les dije. Aquí mesmo los aguardo.

--- Bueno, mi sargento, ---le dijo Juan Cagua con una voz mezclada al ruido producido por la marcha del ganado y por los gritos de los vaqueros.

--- ¡Oye Juan...! ---gritó el sargento.

--- ¿Qué pasa?

--- ¡Regresa! ¡Me olvidaba...!

Juan Cagua se volvió de galope. Sus otros compañeros iban ya bastante adelante.

--- No te olvides... Le dices a Don Rodrigo que ahí le mando esas cincuenta reses pa' que las asegure... ¿No son cincuenta?

--- Cincuenta y tres son...

--- Bueno. Que ahí le mando esas cincuenta y tres reses... Que las manda el sargento Bagüí... Vayan con cuidado... Mucho silencio...

--- Esta bien, mi sargento...

Partió nuevamente y se incorporó al bullicio que avanzaba alarmando a la noche y remeciendo los estrechos senderos.

Cuando salieron a un llano, antes de subir un cerro tras el cual quedaba "La Cascada", un centinela gritó:

--- ¡Alto! ¿Quién vive?

Los hombres que iban a la cabeza pararon a raya a sus caballos. Las reses siguieron avanzando, desperdigándose por el llano ennegrecido.

--- ¡Hay que contestar, ---le dijo Pedro Tamayo a Juan Cagua.

--- No. Me recomendó silencio...

--- Hombre, hay que...

--- ¿Quién vive? ---rugió otra vez el centinela.

--- Si no vas a contestar, contesto yo...

--- ¿Quién vive, ---volvió a preguntar el centinela.

--- ¡Alfaro!, ---contestó Juan Cagua.

--- ¡Alto ahí!

El centinela emergió de entre las espesas tinieblas, fusil en mano, listo para disparar.

--- ¿Qué llevan?, ---les preguntó.

--- Cincuenta y tres reses, ---respondió Juan Cagua, acercándosele.

--- ¿Para dónde van?

--- Pa' "La Cascada"...

--- ¿Quién manda ese ganado?

--- Mi sargento Bagüí.

--- ¡Alto ahí! ¡Nadie se mueva! ¿Entienden? Voy a hablar con mi capitán…

--- Bueno, ---le dijo Juan Cagua.

El centinela se diluyó en la noche. Los soldados facciosos se juntaron y empezaron a comentar el percance, creyendo que algo grave les sucedería. Después de un momento regresó el centinela trayendo al capitán.

--- ¿Quién dice que manda ese ganado? ---interrogó el superior, que venía con un capote negro.

Su voz era débil y enronquecida, como si estuviera padeciendo un resfriado. Se podía asentir aún en aquella espesa niebla el esfuerzo que hacía para levantar sus palabras.

--- Mi sargento Miguel Bagüí, ---le contestó Juan Cagua, apeándose del caballo.

--- ¿Para dónde van?

--- Pa' "La Cascada"

--- ¿Para qué mandaría ese ganado, y a esta hora? ---le preguntó el capitán, llevándose la mano derecha a la barbilla.

--- Me dijo que le dijera a don Rodrigo que lo manda pa' que lo asegure en su finca.

--- ¡Para asegurarlo! ---dijo con una voz que trató de elevarse un poco, pero que resultó igual a su voz apagada del comienzo---. ¡Para asegurarlo…!

--- Así me dijo, capitán…

Pedro Tamayo, el curandero y los otros facciosos espolearon sus caballos y partieron para evitar que los animales se alejaron demasiado, dejando a Juan Cagua con el capitán y el centinela.

--- ¿De dónde sacaron este ganado? ---continuó interrogando el capitán.

--- De una hacienda de arriba de Rio Verde.

--- ¿Cuándo?

--- Esta mañana.

--- ¿Quién los mandó?

--- Mi sargento Bagüí. Nos dio un recibo y se lo dejamos al dueño de la finca.

El capitán tosió y escupió con rabia en la pampa. Volviéndose súbitamente al centinela le dijo, tomándolo del brazo:

--- ¿Te fijas? ¿Ves que es cierto lo que te digo?

--- Sí, mi capitán, ---respondió el centinela---. Así es.

--- ¿Así es qué? ---preguntó Juan Cagua.

Mientras tanto los demás facciosos gritaban tratando de reunir reses desperdigadas. Sus gritos potentes eran como afilados puñales que se clavaban en el pecho desnudo del silencio.

--- ¿Podemos seguir? ---preguntó Juan Cagua.

--- Sí, pueden seguir. Al regreso díganle al sargento Bagüí que yo lo sé toda ----le dijo el capitán.

Les brindó cigarrillos al centinela y a Juan Cagua y él tomó uno se los llevó a la boca. El centinela se quitó la gorra y se la acercó al rostro del capitán para que protegido contra el viento pudiera encender el cigarrillo. A iluminar el fósforo el rostro del capitán, Juan Cagua fue sacudido por un estremecimiento de júbilo. Pero, ¿realmente sería el mismo? Sus facciones estaban gastadas y parecía que alguien le había chupado la sangre del rostro. Daba la impresión de una cara tallada en madera, insensible a toda emoción. Y su voz ahora lo había identificado Juan Cagua era escuálida, como el esqueleto de aquella potente voz que un día les había dicho a él, a Alberto Morcú ya Pedro Tamayo: "Ahora son ustedes libres, completamente". Era el capitán Pincay. No cabía duda.

--- Mi capitán ---le dijo acercando su voz emocionada--- ¿no es usté mi capitán Pincay?

--- El mismo ---repuso secamente el oficial colocando su mano izquierda sobre la crin sudada del caballo de Juan Cagua.

--- ¿Se acuerda de mi… de Pedro Tamayo… de Alberto Morcú?

--- No, no me acuerdo ---le respondió retirando su mano de la crin del caballo.

--- ¿No se acuerda que nos libertó cuando éramos conciertos de doña Jacinta?

--- ¡Ah…! Sí, sí me acuerdo ---respondió como evocando su sueño---. ¡Sí…! ¡Sí…!

Y un acceso de tos paralizó por un instante el diálogo.

--- Hacía tiempo que no lo veíamos mi capitán.

--- He estado un poco enfermo… Creo que estoy mal…

--- ¿Qué tiene mi capitán?

--- Algo grave, algo malo, muy malo. Una enfermedad incurable…

--- ¿Qué enfermedad, mi capitán?

Desviando su mirada hacia el cerro, haciendo un gran esfuerzo, le contestó con una voz que era como un postrer resplandor de su vigorosa voz de antes:

--- ¡Tisis…! ¡Tisis…! ¡Estoy tísico…!

Y al decir eso pareció como que el oficial tratara de sacudir la tristeza que estaba nublando sus palabras. Juan Cagua se sintió avergonzado. Un nuevo acceso de tos sacudió el cuerpo escuálido del oficial.

Cuando éste hubo pasado, volvió a hablar.

--- ¿No sabes para qué manda el sargento Bagüí ese ganado a "La Cascada"?

--- No, mi capitán.

--- Debería decírtelo, pero no… Es mejor que no lo sepas…

--- No, mi capitán ---intervino el centinela--- debe decírselo…

--- No, mejor será que no lo sepa. Este hombre, ---dijo señalando a Juan Cagua y dirigiéndose al centinela--- pelea por la libertad… Él y otros hombres verdaderamente patriotas van a salvar el prestigio de la causa que se está manchando… Bueno, ---añadió dirigiéndose a Juan Cagua--- el centinela tiene razón… Pero la verdad es muy triste… ¡Este ganado lo manda el sargento Miguel Bagüí, robándoselo! ¡Robándoselo! ¡Son unos ladrones! ¡Él y otros están enriqueciéndose a la sombra de una causa que debió ser un orgullo para todos! ¡Nos están engañando! ¡Nos están engañando!

--- ¿Nos están engañando? ¿Nos están engañando? ---preguntó Juan Cagua con voz insegura.

--- Esa es la verdad, la triste verdad. A la sombra del nombre de Alfaro, ¡cómo se están levantando las fortunas! ¡Las fortunas de la revolución, las fortunas que surgen ensangrentadas, manchadas con la sangre de los incautos que confian todavía en que estamos peleando por un ideal! ¡Casi todos los jefes son unos bandido! ¡Maldita sea! ¡Y haberme enfermado de esta enfermedad incurable solamente para ser un escalón de ladrones, y nada más…!

Otro acceso de tos paralizó la indignación del capitán.

Dejando al cuidado del curandero y de los otros facciosos el ganado que nuevamente habían logrado reunir, llegó fatigado Pedro Tamayo.

--- ¡Estamos listos! ¿Seguimos? ---le preguntó a Juan Cagua.

--- Uhum… No sé… Este…

--- Sigan… sigan… ---dijo el capitán---. Y cuando regresen, díganle al sargento Baguí que el capitán Pincay lo sabe todo.

Dicho esto, se regresó por el camino por donde había venido.

Juan Cagua le contó a Pedro Tamayo el resultado de la conversación que había sostenido con el capitán, y cómo había descubierto que éste era el que los había libertado del concertaje. Pedro Tamayo se apeó. Ambos siguieron a carrera por el camino que había tomado el capitán, dejando a sus caballos junto al centinela que permaneció indiferente.

Cuando lo hubieron alcanzado los dos libertos, Pedro Tamayo tomándolo del brazo, le dijo:

--- Mi capitán, ya lo sé todo… Don Juan me lo ha contado todo…

--- Me dio pena decirselo, ---le manifestó el capitán, deteniéndose--- pero a mi me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino…

Pedro Tamayo lo soltó del brazo. Juan Cagua le dijo entonces:

--- A usté, mi capitán, le debemos todo, hasta la vida… Usté nos libertó… Mande ahora lo que usté quiera y será obedecido… ¿Quiere que no llevemos el ganado?

--- No, no, eso no ---le contestó sencillamente.

--- De órdenes, mi capitán ---dijo Pedro Tamayo---. Su orden será cumplida, pase lo que pase…

--- No hay orden ahora…

--- Pero, mi capitán, ---alegó Juan Cagua--- no es posible. Nos están engañando y no hacemos nada…

--- Eso es, nos están engañando. ¡Los vivos están negociando con nosotros y con nuestros muertos… y con nuestro ideal que… ---volvió a darle un acceso de tos--- debió flamear con el orgullo de una bandera sin manchas! ¡Cómo me duelen nuestros muertos!

--- ¿Así que están negociando con nuestros muertos? ---le interrogó Pedro Tamayo.

--- Sí, esa es la verdad…

--- Mi capitán, ¿por qué no matamos a los ladrones?

--- Es imposible. Son muchos. Muchísimos. El sargento Bagüí no es sino uno… uno de los muchos bribones…

--- Entonces, ---expresó Pedro Tamayo con énfasis--- no llevemos ese ganado… Yo no quiero ser cómplice de ningún bellaco…

--- ¡Llévenlo no más! ¡Esa es la orden que les doy! ¡Cúmplanla! ¡En marcha!

En vano su voz trató de levantarse y recobrar su perdida esbeltez. En la oscuridad los dos libertos se tocaron las manos, interrogándose. El capitán se alejó.

Regresaron cabizbajos, convencidos. Junto al centinela los esperaba el curandero. Montaron los tres y fueron a juntarse con los demás facciosos para proseguir la marcha hacia "La Cascada".

Tenuemente se filtraba por las rendijas del bosque, chorreando, desde lo alto de los cerros, la claridad lechosa del día nuevo. Cantaban las guacharacas su canción, como agitando guasás:

Andá a trabajá...

Andá a trabajá...

Andá a trabajá...

Y otras replicaban:

¿Para qué...?

¿Para qué...?

¿Para qué...?

Y las primeras respondían:

Para tus hijos...

Para tus hijos...

Para tus hijos...

Empezaban los montes a despertar. Lentamente hecho tiras, iba cayéndose el velo que los cubría. Los árboles emergían borrosos, con indecisos contornos, sacudiéndose las sombras. Por todas partes la luz lijaba la corteza bronca de la mañana.

Por el camino iban gritando los vaqueros:

--- ¡La'o!

--- ¡La'o!

--- ¡La'o! ¡Ey...!

Cuando el sol empezaba a encandilarles los ojos, descendieron el cerro. Allí, al pie, estaba "La Cascada", la hacienda de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada. Dejando a Pedro Tamayo, al curandero y a los otros hombres al cuidado del ganado. Juan Cagua se adelantó, abrió la puerta de golpe del potrero y avanzó hasta un palmar, dentro del cual, como encerrada, quedaba la casa del dueño de la hacienda. Salió un peón a recibirlo.

--- ¿Qué quiere? ¿A quién busca?

--- De parte de mi sargento Bagüí quiero hablar con don Rodrigo.

--- No está, sólo estoy yo.

--- El recado es pa' él...

--- ¿De parte de quién dijo?

--- De mi sargento Bagüí.

--- Voy a ver si habrá llegado ---dijo y entró a la casa.

El ganado se desparramó por los potreros.

A poco regresó el peón acompañado de un hombre blanco y gordo. Juan Cagua se apeó y amarró su bestia a un puntal de la casa.

--- ¿Qué dice, buen señor? ---le preguntó sonriente el hombre blanco y gordo que había salido de la casa acompañado del peón.

--- Vengo, ---le contestó Juan Cagua--- de parte de mi sargento Bagüí pa' hablar con don Rodrigo…

--- Yo soy don Rodrigo ---dijo volviendo a sonreír y acomodándose los tirantes.

--- Bueno, entoces, mi sargento Bagüí le manda ahí ese ganado pa' que lo asegure ---y le señaló el lote de reses que se había metido ya a un corral.

--- ¿Cuántas reses son?

--- Cincuenta y tres.

Don Rodrigo echó su mirada hacia el corral. Volvió a sonreír y le dijo a Juan Cagua:

--- El sargento Bagüí es un hombre bueno y valiente, ¿verdad? Y muy honrado, ¿verdad?

--- Así será ---le respondió Juan Cagua, con tono de aburrimiento.

--- ¡Así es! ¡Imagínese usted que manda ese ganado para que lo asegure en mi propiedad! ¿Se da cuenta? Lo manda a asegurar porque sabe que por la sequía y la falta de cuidados en las haciendas que están ahora abandonadas pronto habrá una escasez de ganado tal que no van a tener qué comer ni los grandes ni los chicos, ni los blancos ni los negro. Depositando este lote de ganado aquí en mi modesta propiedad, el sargento Bagüí asegura la comida de todos sus soldados. ¡No tendrá hambre su tropa! ¡No señor! ¡Y usted comprende, que sin comida no se puede pelear!

--- Así será ---murmuró Juan Cagua.

--- Deben dar gracias a la Divina Providencia de tener un jefe como el sargento Bagüí. Es un buen patriota, es un soldado, y su talento los pone a salvo de las calamidades que vendrán, quiero decir especialmente el hambre. Porque si no tuvieran comida, ¿cómo podrían seguir peleando?

--- Sí, así es…

El curandero gritó desde afuera:

--- ¿Dejamos el ganado o no? ¡Hay que volver temprano! ¡Apúrese, don Juan!

--- ¡Ya voy! ---le dijo el exconcierto.

Hablaron don Rodrigo y el liberto, luego abrieron la puerta de golpe y salieron al potrero. Se acercaron luego al corral en donde estaba encerrado el ganado que habían traído y junto al cual estaban montados en sus caballos Pedro Tamayo, el curandero y los otros conchistas.

--- Buenos días, señores ---los saludó don Rodrigo.

--- Buenos días, señor ---le contestaron algunos.

--- Bueno, ---le dijo Juan Cagua--- le entrego el ganado. Puede contarlo.

--- No, no hay necesidad, entre caballeros no hay desconfianza, ¿entienden? Díganle al sargento Bagüí que han entregado conforme todo el ganado, y que lo mando a saludar.

--- Hasta otro día, don Rodrigo…

--- Hasta otro día, buen hombre…

--- Hasta otro día…

--- Hasta otro día, ciudadanos…

De regreso, Juan Cagua, Pedro Tamayo y el curandero se quedaron retrasados mientras se adelantaban los otros facciosos. Iban despacio.

--- ¿Ya le contó a don Rómulo lo que nos dijo el capitán Pincay del sargento Bagüi? ---le preguntó Juan Cagua a Pedro Tamayo.

--- Ya, ---respondió el curandero---. ¡Ya me lo contó!

--- ¿Y saben lo que me dijo don Rodrigo del sargento?

--- ¿Qué? ---preguntó precipitadamente Pedro Tamayo.

--- Que el sargento es un buen hombre… lo puso por las nubes… que es un patriota… que se preocupa de la tropa… que va a haber hambre y que por eso es que manda el ganado a la finca de él… porque sin carne no se puede pelear… En fin…

--- ¡Barajo, ---dijo el curandero--- como si nojotros juéramos tan cangrejos pa' no saber la verdad…! Y usté, ¿por qué no le dijo que nojotros sabemos todo? ¿Por qué?

--- ¿Pa' qué le iba a decir eso?

--- ¡Cierto es! ¿Pa' qué?

--- Lo malo, ---intervino Pedro Tamayo--- es que el capitán no quiere que hagamos nada con los pícaros…

--- ¿No quiere? ---inquirió el curandero.

--- ¡No! ¡No quiere! Pero nojotros no somos el capitán. ¿Por qué no lo tiramos a tal sargento… a Miguel, al vicioso "Come jabón"…? ¿Por qué? ---preguntó Juan Cagua.

Los otros vaqueros se perdieron de vista. Los dos libretos y el curandero continuaban al peso de sus caballos.

--- Claro, ---dijo el curandero--- el capitán es el capitán…

--- A él, ¿qué le importa nuestra suerte? ---preguntó Juan Cagua.

--- ¿Se olvida, don Juan, ---le recordó Pedro Tamayo--- que fue él el que nos liberto? No hay que ser malagradecidos… De malagradecidos está el infierno lleno…

--- Así será ---le refutó Juan Cagua--- pero como van las cosas cualesquier día nos obligan a volver de conciertos onde la vieja ésa…

--- ¡Primero la mato a la vieja maldita, ---dijo Pedro Tamayo--- antes que volver de concierto a su finca!

Iban llegando ya a la cresta del cerro.

--- Me dan ganas, ---dijo el curandero--- de tirarlo al tal sargento… Yo sé onde se va de noche… Tiene una hembra arriba de la bocana…

Cambiando de parecer, Juan Cagua les dijo:

--- Es cierto… Confiemos en el capitán… El nos libertó… El sabe más que nojotros… Él ha leído…

--- Sí, ---asintió el curandero--- nojotros no sabemos nada… ni la letra a… Ni onde estamos parados. Sabemos que estamos peleando por vengar el arrastre de los Alfaros… pero mañana, cuando ganemos la revolución, ¿qué va a ser de nojotros? Volveremos a desperdigarnos por nuestros montes, mientras los jefes se van pa' arriba, se hacen ricos y se soplan de orgullo…

--- Ciertos, ---exclamó Juan Cagua entristecido--- cuando me pongo a pensar en esto me da no sé qué…

--- Así es, ---dijo el curandero--- a mí me pasa lo propio… ¡El pobre no debe pensar…! ¡Mejor no pensemos en estas cosas…! ¡Nos hemos quedado atrás!

--- ¡Avancemos que tengo hambre…!

Espolearon sus caballos y emprendieron una carrera veloz.

No obstante, sentían cómo la rabia empezaba a subirles en agitados oleajes, y cómo el desaliento principiaba ya a doblar sus voluntades, verticales hasta la noche anterior.

CAP. 9

LA NIÑA MERCEDES

Aunque don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada era un caballero sin hacha, al decir de quienes aseguraban conocerlo a fondo, el sargento Miguel Bagüí creyó conveniente, en guarda de su intereses y valiéndose de un

pretexto, enviar a casa del hacendado guayaquileño a su sobrino Cipriano, un negro que tenía, aproximadamente, quince años. Convinieron entre los dos socios en que el muchacho iría a "La Cascada" para ayudar a los sirvientes de don Rodrigo en las faenas de la casa.

Cipriano era hijo de un hermano menor del sargento Bagüí que había muerto en el combate de Camarones. El muchacho era "guáchara", pues su madre había muerto antes, atacada de "pasmo". Cuando el padre de Cipriano estuvo agonizando, a consecuencia de un balazo que recibiera en el pecho en el combate, mandó a llamar al sargento y le dijo:

--- Recogelo a Cipriano... Hacelo Hombre... No lo desamparés...

--- Lo recogeré... ¡Pierde cuidado...! ---le manifestó Miguel...

Al día siguiente del combate, el sargento Bagüí mandó a Alberto Morcú a la Tola a traer al huérfano que vivía en casa de la madrastra. Llovía torrencialmente cuando llegaron el soldado faccioso y el huérfano. El muchacho trajo su ropa envuelta en un pedazo viejo de damajuana. El sargento lo recibió cariñosamente, lo abrazó, lo presentó a algunos soldados facciosos del campamento y por la noche se puso a pensar en el porvenir de Cipriano. ¿Qué iba a hacer con él? No podía ponerlo en la escuela, pues escuelas no había en ese tiempo en la ciudad ni en los campos. ¿Meterlo a la tropa? ¡No! El mismo estaba hastiado de una guerra que ya le parecía demasiado larga. Un año y meses de rudo batallar en los campos habían enfriado el ardoroso entusiasmo de las primeras jornadas. Además, el sargento pensaba ---y acaso esto era lo verdaderamente importante para él--- que cuando terminara la revuelta no debería ser el hombre miserable del comienzo. Por eso había constituido su "sociedad" con don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada. A fuerza de tanto pensar, se le ocurrió una idea que consideró la más acertad. Mandaría a Cipriano a casa de don Rodrigo con el pretexto de que lo tuviera en su casa hasta cuando terminara la revuelta, pero con la verdadera finalidad de que su sobrino lo tuviera debidamente informado de cuando ocurriera en "La Cascada". Tal vez don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada comprendió lo propósitos del sargento; pero haciéndoles muy buena cara, como correspondía a su prestigio de caballero sin tacha, aceptó gustoso la llegada del muchacho.

Como todos los peones de "La Cascada", excepto tres manabitas apellidados Vera, Moreira y Rivera, eran esmeraldeños, Cipriano se hizo muy amigo de todos desde el primer día de su llegada.

Los envíos de ganado por parte del sargento Bagüí a la "La Cascada" continuaron. Todas las reses eran marcadas después de pocos días de llegadas con el fierro de don Rodrigo que consistía en una estrella, dentro de la cual quedaban las letras P. Y. O. Cipriano les mandaba siempre las noticias de la hacienda a su tío con los "conchistas" que íban a dejar las partidas de ganaditos.

Otras veces venía el sargento Bagüí, hablaba largamente con don Rodrigo, luego hablaba a solas con Cipriano y después se iba montado en su caballo blanco, levantando espesas nubes de polvo por el camino. Cipriano seguía

con la vista a su tío, con todo cariño, hasta cuando se perdía en la curva del sendero, con dirección del campamento.

Cuando don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada llegó a su hacienda una oscura mañana del mes de enero de 1915, llevando a su hija Mercedes ---la Miche como le decían cariñosamente los padres--- a pasar las vacaciones en la "La Cascada", doña Emperatriz lloró de alegría al estrechar a la niña entre sus brazos. Pero después de un momento, ya en el cuarto grande de la casa, una seria preocupación opacó su alborozo.

--- Yo te lo dije, Rodrigo. No debías haberla traído todavía. ¡Fíjate cómo están de alevosos los negros! ¿Has oído decir lo del sargento Lastre?

--- Déjate de preocupaciones tontas, mujer ---le respondió don Rodrigo; y como sintiera curiosidad por lo que había dicho su mujer acerca de Lastre, le preguntó:

--- ¿Y qué es lo que ha dicho Lastre?

--- Pues ha dicho que apenas ganen la revolución él coge a todas las mujeres blancas y las reparte entre los negros…

--- ¡Virgen Santísima! ---exclamó la niña Mercedes, presa de pavor.

--- ¿Y tú crees esas tonterías? ¿Crees que van a ganar los "conchistas"? ¡Si ya están próximos al derrumbe…! Yo vengo hablando con lo jefes militares de la ciudad, y lo sé todo. Ya no salen a perseguirlos. Esperan que ataquen. Ya los del gobierno no son tan bobos, como al comienzo, para salir a perseguirlos por las montañas… ¿Te acuerdas, Miche, del coronel que nos acompañó hasta anteayer cuando paseábamos en la calle central?

La niña Miche contestó afirmativamente con la cabeza. Don Rodrigo prosiguió:

--- El mono en la pampa es nadie, dice el refrán. Así están ahora los "conchistas". Además, y esto te lo cuento en reserva, después de poco van a coger al cabecilla. Ya están arreglando casi todo… Lo van a coger, y esa es la victoria que van a tener. ¡Lo siento, porque el coronel Concha es macho!

Un poco tranquilizada por las palabras de su esposo, doña Emperatriz le preguntó:

--- Bueno, ¿entonces qué va a ser de la "sociedad" con el sargento? ¡Ah, megro más presumido no he visto! ¡Y la prosa que echa! ¡Si ya se cree igual a nosotros! ¡No sabe que aunque la mona se vista de seda, mona se queda!....

--- ¿Quién es ese de quién habla, mamá? ---le preguntó la niña Mercedes.

--- Un sargento "conchista"… Un tal Miguel Bagüí, un negro repugnante… --- le contestó doña Emperatriz.

Doña Emperatriz y la niña Mercedes salieron a las otras piezas de la casa y don Rodrigo se quedó solo en el cuarto meditando en la pregunta que le había hecho su mujer.

--- ¿La "sociedad"? ¿La "sociedad"? ---empezó a hablar consigo mismo---. Pues ciertamente que no había pensado mayor cosa sobre este asunto... Hay que estudiarlo detenidamente... Hay que encontrarle una solución... Porque después de todo, si los "conchistas" pierden de veras, ¿quién puede obligarme a portarme como me portaría si ellos salieran victoriosos? ¿Qué comprobantes tiene el negro ése de que me ha entregado casi doscientas reses? En fin, hay que pensar el asunto...

Salió del cuarto, acariciándose la barbilla, como tratando de desperezar la inteligencia.

Entre tanto, algunos peones que remendaban una parte de la cerca de alambre que quedaba justamente frente a la casa, comentaban la llegada de la niña Mercedes.

--- ¡Qué bonita que es! ---exclamó el viejo Facundo, mientras ponía tabaco a su cachimbo.

--- ¡Hasta el nombre es bonito! ---dijo entusiasmado el manabita Moreira---. ¿Saben? ¡Se llama Mercedes...!

--- Es bonita como la mamá ---comentó un negro.

--- ¡Qué va a ser, hombre! ---le contradijo Tiburcio---. ¿Vos sabés lo que estás diciendo? ¿Por onde se va a parecer a la mama? ¡No seas tan bruto!

El negro, avergonzado por su error, se calló.

--- Bien bonita es la blanca ---dijo el viejo Facundo, saboreando su cachimba---. ¿Pa' quién irá a ser ese caramelo?

--- ¡Pa' algún puebleño mangajo! ---dijo el manabita Moreira, con desprecio.

--- ¡Quién sabe! ---le rebatió el viejo Facundo---. ¡Quién sabe!. ¿No han oído decir que el puerco más ruin se come la mejor guayaba? Yo conocí una vez a la niña Blanca, a la niña Blanca Rodríguez... ¿Les he contado lo de la niña Blanca que cayó en Teaone con el peón de la hacienda del taita?

--- Sí... sí lo ha contado ---se apresuró a decirle Tiburcio.

Y como apareciera ante ellos el patrón, se pusieron a continuar el trabajo que momentáneamente habían interrumpido para comentar la llegada de la niña Mercedes, abstraído como iba en la búsqueda de la solución a su problema, don Rodrigo no se dio cuenta de la sorpresa de los peones al pasar junto a ellos. Cuando don Rodrigo se alejó un poco, prosiguieron la charla. Se asomó a la ventana la niña Mercedes y por un rato permaneció contemplando la vastedad de la hacienda. Era blanca la tez. Sus cabellos eran rubios, y el sol de la mañana encendía en ellos, gozoso, su fogata. Todos los peones de la hacienda se quedaron extasiados contemplándola. A poco rato se asomó junto a ella doña Emperatriz. Los peones prosiguieron su labor.

--- Ahora que están ahí las dos juntas, Cirilo, ---dijo Tiburcio--- ¡muestra en qué se parece la niña a la vieja! ¡Uno no habla de lo que no entiende, pedazo de manganzón!

Cirilo volvió a sentirse avergonzado. Tratando de terminar el asunto, habló así:

--- De veras es... Me había parecido... Pero no se parecen en nada...

--- ¡Claro, ---intervino Cipriano que había permanecido callado--- no se parecen en nada! ¡Ajo, que es bonita la niña Mercedes!

--- ¡Agua que no has de beber, ---le dijo el viejo Facundo mientras clavaba unas grapas sobre la estaca de la cerca qué estaban remendando--- déjala correr!

--- ¿Usté mesmo no dijo, ---le refutó Cipriano--- que el puerco más ruin se come la mejor guayaba?

--- ¡Se habrá visto! ---exclamó el manabita Moreira, poseído de rabia---. ¡Quién se atreve a decir eso! ¡Cipriano cree, ---dijo dirigiéndose a los demás y como no tomando en cuenta la presencia del aludido--- que a una mujer blanca se la conquista como a una mujer cualquiera! ¡Pa' conseguir una mujer blanca, hay que sudar la gota...!

--- ¡Y hay que ser blanco!, ---intervino Tiburcio---. Pero eso no le hace, porque, Cipriano, puedes echarte una mano de pintura blanca y ya quedas como el manaba ---y señaló Moreira.

Las carcajadas de los peones, celebrando la ocurrencia de Tiburcio, apagaron la réplica del "manaba".

Llegó el mayordomo de la hacienda, don Teodoro Monteverde, retó a los peones por la lentitud con que estaban efectuando el trabajo, y se olvidaron por ese rato de la charla anterior para dedicarse de lleno a la faena que estaban realizando.

Los peones de la hacienda empezaron a notar la transformación que estaba experimentado Cipriano. El muchacho estaba mucho más servicial que antes, y todas las tarea que le recomendaba don Rodrigo las hacía tan bien que el patrón quedaba siempre satisfecho. Contrariamente a lo que sucedía antes de la llegada de la niña Mercedes, se había dedicado de la llegada ahora a permanecer casi solamente dentro de la casa del patrón y a veces por momentos estaba con los peones. Además; se lo veía siempre lleno de alegría.

Pero su alegría llegaba al máximo cuando contemplaba de cerca a la niña Mercedes. Sentía dentro de sí mismo una extraña sensación. Hubiera querido en algunas ocasiones arrodillarse ante ella, sin precisar para qué. ¿Era solamente bonita por su color blanco? ¿Era bonita por su cabellera, por sus senos enhiestos, o, simplemente era bonita por ser tan buena? Cipriano no lo podía precisar. Un sentimiento confuso empezaba a trastornarlo. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué ese extraño temblor y ese como nudo a la garganta que sentía cuando estaba cerca de la niña Mercedes? Muchas

veces estuvo con la tentación de cogerle las manos y de abrazarla, pero algo lo detuvo.

Bajo el dominio de extraños impulsos fue formándose en el alma de Cipriano un deseo sin dirección precisa. ¿Qué quería? ¿Qué podía aspirar él de ella? ¡Si! Ya lo comprendía: ¡estaba enamorado! ¡No cabía duda! Si acaso él hubiera sido blanco, la cosa sería distinta; pero siendo negro estaba de por medio, como una gruesa e insalvable muralla, el color. ¿Por qué no habría nacido blanco? ¿Por qué habría tenido la mala suerte de nacer negro? Bueno, ¿y por qué los negros no podían enamorarse de las blancas? ¿Acaso no eran gentes como ellas? ¡Pero en qué estaba pensando! ¿Qué era todo aquello? ¡Qué brutalidad! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Todo era mentira! ¿La niña Miche? ¡No! ¡No! ¡No podía ser! Pero si no era así como él pensaba, ¿por qué entonces ella misma iba a buscarlo, le leía en su libro de lectura del colegio, y repedía que le llevara siempre esas flores que conseguía con tantas dificultades tras los linderos distantes de la hacienda extensa, pasando por espineros peligrosos? ¿Y por qué entonces se ponía en las cabezas esas flores durante todo el día? ¿Y por qué le ayudaba con tanto cariño a desgranar el maíz para las gallinas? Era, sencillamente, porque era buena. Pero, ¿por qué, entonces cuando se bañaban los dos en el estero ella se zambullía y le pedía que se sumergiera también y la buscara bajo el agua? ¿Por qué cuando ese día se fueron a la playa los padres y le recomendaron que no saliera de su cuarto, había empezado a enseñarle las primeras letras, con tanto cariño? ¿Por qué le había preguntado si tenía enamorada y si pensaba casarse? ¿Por qué, por qué sería todo eso?

Un día el viejo Facundo le advirtió:

--- Andá con cuidado, Cipriano, la niña Miche te está toreando.

--- ¿Cómo, cómo dice, don Facundo? ---le preguntó con curiosidad, esperando una respuesta que diera una sólida base a su sospecha.

--- La niña Miche te está enamorando, ¿no lo habís notado?

--- No, don Facundo…

--- No te hagas, vos lo sabés más que yo.

--- No, don Facundo, no lo sé. ¿Cómo lo sabe usté?

--- Porque a una doncella enamorada se la conoce hasta en la manera de caminar. Todos nojotros nos hemos dado cuenta de que ella misma te busca. ¿No la llevás todos los días a bañar al estero? Pues ahí decíle, preguntale y si no lo sabés todavía, lo sabrás.

--- Mañana se lo pregunto, cuando la lleve al baño… ¿Pero usté cree que ella que es blanca, que es tan bonita, se va a enamorar de un negro?

--- Cipriano, ---le dijo cariñosamente el viejo--- perro viejo late sentado… ¡Pa'l amor no hay barrera! Cuando una mujer quiere, no hay cerca alta… No hay tranca que valga. Así mesmo, cuando la mujer no quiere, más que sea el rey no le hace caso… Y una doncella es siempre alocada… Se enamora de cualesquier cosa…

Sin tomar en cuenta las últimas palabras del viejo, Cipriano se alejó gozoso. Por el camino iba pensando. No cabía duda ya. ¡La oscuridad se había despejado! ¡La niña Miche estaba enamorada de él, y él también estaba enamorado de ella! Pero, ¿sería posible? ¿No sería, por desgracia, solamente un sueño? ¿Una niña blanca, que era doncella y era bonita, enamorada de él? ¿La hija del patrón del patrón, enamorada de un negro? ¿El color negro, no era realmente una barrera infranqueable? Pero, don Facundo el peón más viejo de la hacienda, lo había dicho ya: "Cuando la mujer quiere, no hay cerca alta... No hay tranca que valga..." ¡Todo era verdad! ¡Había hablado la sabiduría bronca de la tierra! ¡La niña Miche lo estaba toreando...!

Antes de llegar a la casa de don Rodrigo se encontró con Cirilo.

--- Hombre, ---le dijo, con voz de reproche--- ya vos ni hablas... Como te sentís dueño de la hacienda, ya no mirás a los que estamos por el suelo... Ya no mirás a tu gente...

--- ¿Por qué? ---le preguntó---. ¿Por qué decís que me siento dueño de la hacienda?

--- ¿No te vas a casar con la niña Miche? --le preguntó, soltando una carcajada y alejándose.

Cipriano se quedó parado por un rato midiéndolo de arriba para abajo y de abajo para arriba, hasta cuando se le perdió de vista tras un pequeño cañaveral.

Muy por la mañana, a la vista de algunos peones de la hacienda que comentaban los sucesos, pasaron la niña Mercedes y Cipriano con dirección al estero, a donde todos los días, por disposición de don Rodrigo, el muchacho la llevaba para que tomara el baño.

--- Barajo, ---dijo Cirilo--- lo que es la niña está alocada.... ¡Está bien enamorada!

--- ¡Y el muchacho casi no se ha dado cuenta! ---manifestó el viejo Facundo.

--- ¡Qué va a estar enamorada! ---dijo Moreira---. ¡Acaso va a tener gusto de perra!

--- ¿Vos no sabés, ---le replicó el viejo--- que la mujer a veces deja de comer pan por comer tierra?

--- Así es, pero eso es solamente algunas veces...

--- Vos no sabés mucho de la vida. Debés saber que la mujer es siempre mujer.

--- Y que el hombre es siempre hombre ---dijo Moreira, con burla.

--- No entendés lo que te quiero decir. Al decirte que la mujer es siempre mujer, quiero decirte que la mujer tiene su debilidad... sea lo que sea... Lo

único es que hay que saber conocer esa debilidad... Pero toda mujer la tiene... Si no la tuviera... no sería mujer...

--- Y al decirte que el hombre siempre es hombre. Quiero decirte que el hombre siempre sabe ser macho.

--- No... no siempre ---le rebatió con calma el viejo---. No todos los hombres son machos, y los que más dicen son los que menos lo son. Algunos creen que son machos porque matan a traición, o porque le pegan al más débil... O porque matan a un inocente... Esos no son hombres, peor van a ser machos... Son peor que el tigre... Peor que el tigre... Están como dos grados más abajo del perro...

--- Viejo, ---le dijo el manabita clavándole los ojos--- todo lo que mata, sea como sea, es macho... Porque sólo los machos matan... ---y notando que el viejo había dicho algo que era como un reproche, añadió: --- ¿Y por qué me dice esas cosas a mi? ¿Usté sabe que yo he matado a traición? ¡A mí no me ande con indirectas, y cuando tenga que decirme algo, dígamelo por derecha!

--- Oye, "manaba", ---le dijo el viejo--- aquí no estamos peleando... Estamos conversando... Y a mí no me gustan las indirectas... Yo soy franco y sé decir las cosas por sus propios nombres...

--- Es que yo creía...

--- Ese murió hace tiempo ---dijo riendo Cirilo.

--- Te has olvidado, "manaba", estamos hablando de la niña Mercedes y de Cipriano...

--- Es que no me gusta su modo de hablar, ¿sabe?

--- ¿Y por qué, pues?

--- Porque tiene su lengua, su lengua que hace daño...

--- ¿No es cierto lo que digo de la niña Miche?

--- ¡Calumnia! ¡Miente!

--- Hombre, --intervino Cirilo--- ¡qué cosa más curiosa que es ésta! ¡Más se afana el velón que el dueño de la olla!

--- Vos no te metas ---le replicó Moreira---. ¿Quién te ha tirado hueso?

--- ¡Yo hablo onde me da mi gana! ¡Pa' eso soy hombre! ¡Al que le gusta, bien, y al que no le gusta, que reclame!

--- Viejo, ---dijo Moreira, dirigiéndose a Facundo, haciendo más ostensible su desprecio para Cirilo--- con vos converso al bagazo, poco caso, y al carbón poca atención... Pero tu lengua, viejo, no te va a dejar morir tranquilo...

--- Ya he vivido lo que tenía que vivir. Lo muerte no me asusta. Puede venir ahora mismo o más luego. Tengo la seguridá de que sabré morir, porque he sabido vivir. He vivido en paz con todos. No he hecho daño a nadie. No he

matado. No me ha gustado ver correr la sangre. Por eso no me he ido a la revolución. Si hay cielo, tengo que ir allá…

--- ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ---rió el manabita---. ¿Cielo, dijo? ¿Cielo? ¡Todo eso es mentira! ¡Aquí! ---golpeó indignado la tierra--- aquí está todo! ¡Cielo, infierno y purgatorio! ¡Diablos, ángeles, vírgenes y santos! ¡Así me lo dijo un doctor en mi tierra…!

--- Sí, así puede ser, pero no hay seguridá. Por eso digo, si hay cielo… Si no hay, me quedo aquí, y también tranquilo.

--- Pero, viejo, ¿tú sigues creyendo en esas mentiras? ¡No hay cielo, no hay infierno, no hay purgatorio! ¡Todo eso es cuento para asustar a los pobres! Un doctor en mí tierra me lo dijo. Era un hombre que estudiaba bastante, leía mucho, hasta la madrugada casi todas las noches… Sabía hablar bien… Daba unos discursos que a uno lo dejaba con la boca abierta.

--- Yo quisiera, ---volvió a hablar Cirilo--- que no hubiera cielo, ni allá ni aquí… Porque el cielo no se ha hecho cielo, ni allá ni aquí… Porque el cielo no se ha hecho pa'l negro… El cielo se ha hechosolamente pa' los blancos. En todas partes está siempre al plan. ¿Por qué? ¿Por qué estamos solamente adebajo?

--- No está adebajo el negro por ser negro, ---dijo el viejo--- el negro está adebajo porque es pobre. La plata hace todo, hasta el color. Si vos llegás a tener plata, ya no sos un cualesquiera… Ya casi sos un blanco… Lo malo es la pobreza, no la color… Tenelo presente…

Fueron después a desayunar.

El manabita empezaba a odiar al viejo.

Con dirección a "La Cascada", conduciendo otra partida de ganado enviaba por el sargento enviada por el sargento Miguel Bagüí, junto con otros conchistas, iba Juan Cagua, Alberto Morcú y un soldado faccioso venido de Limones.

--- Barajo ---dijo Alberto Morcú, mientras avanzaban--- ¡cómo es el mundo! Nojotros hacemos la revolución dizque por la libertá… y vean cómo son las cosas!

--- Cierto ---asintió Juan Cagua---. El "Pelacara" tenía razón: en todas partes es lo mesmo. El peje grande se traga al peje chico…

--- ¿Pa' qué estamos peleando? ¿Pa' qué ha muerto tanta gente? ¡Pa' que unos vivos se hagan ricos a costa de la sangre de los bobos! ¿Y nojotros?

--- ¿Nojotros? ---preguntó Juan Cagua con amargura---. Nojotros estaremos mal hoy, mañana, pasado mañana… Somos el peje chico…

Alberto Morcú les brindó cigarros a Juan Cagua y al limoneño, mientras los otros facciosos seguían adelante arreando el ganado. Cuándo encendieron los cigarros, Juan Cagua le dijo al limoneño:

--- ¿Y vos no decís nada? ¿Serás qué?

Respondió:

--- ¡Estamos guerreando por mi general Alfaro! ¡Y por mi coronel Concha! Seguro que mi coronel no sabe todo esto. ¿Por qué no le avisan?

--- ¡Cómo le vamos a avisar! ¿Quién sabe onde estará? ¿Y vos creés que estamos luchando por Alfaro? ¡Estamos luchando por el sargento Bagüí, por don Rodrigo Medrano y por otros que no sacan la cara, pero que se están aprovechando y que se están haciendo ricos a costa de nuestra gente...! Cualesquier día nos matan los serranos...

--- Tal vez eso estarán deseando algunos, como el sargento...

--- ¿Y por qué?

--- Porque no les conviene que queden testigos de sus fechoría. Mañana nojotros podemos decir cómo se levantaron algunas fortunas... Podemos decir que el fulano de tal se hizo rico robando...

--- ¡Claro! ---aprobó Alberto Morcú.

--- Así como van las cosas, ---continuó Juan Cagua cualesquier día volvemos a la conciertez. Con las mesmas armas que estamos empuñando ahora, mañana nos pueden obligar a volver onde doña Jacinta...

--- Compadre, ---dije Alberto Morcú--- cierto que todo está dañado: ya ve lo que le ha pasado a Pedro Tamayo.

--- ¿Qué le ha pasado? ---preguntó el limoneño.

--- Lo mandaron a Esmeraldas, dizque en secreto. Lo cogieron, lo metieron en el cepo, le dieron palo y le obligaron a declarar quién era... Tuvo que confesar... Ahora lo han mandado al panáutico...

--- ¿Al panáutico? ---interrogó, lleno de asombro, el limoneño.

--- Al panáutico, como estás oyendo... ---le diijo Juan Cagua---. Allá los centinelas no les desprenden la vista ni un rato y los guardianes de los calabozos solamente les dan los desperdicios como comida. De noche los hacen trotar en el patio a los prisioneros, y casi todos quedan ahí tendidos, encargados por el frío... ¿Por qué llevan a los soldados al panáutico? ¿Creen que así se va a acabar la revolución? La revolución no se acabará... Y como iba diciendo a los prisioneros, a los que quedan con vida, los hacen bañar... ¿Quién va a aguantar eso? ¿Por qué serán tan malos los serranos con nojotros, los costeños?

--- ¿Y nojotros, ---le preguntó el limoneño--- acaso somos buenos con los serranos?

Iban acercándose ya a "La Cascada". Algunas reses se habían desperdigado y los otros hacían esfuerzos por reunirlas. El limoneño se alejó de los dos libertos. Juan Cagua, al paso de su caballo permaneció largo rato en silencio pensando en la pregunta que le había hecho el limoneño.

--- Compadre, ---le dijo Alberto Morcú, como rescatándolo de un sueño--- tenemos que sufrir bastante. ¡Pa' eso somos machos! ¡Pa' eso somos esmeraldeños! ¡Acuerdese, compadre, la libertá la hemos ganado a bala, y a bala la tenemos que sostener…!

--- ¿Y lo que dijo el limoneño? ¿Oyó?

--- Sí oí, pero eso no vale la pena…

Afable,, como siempre, los recibió don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada. Efectuada la entrega del ganado, Juan Cagua y Alberto Morcú encontraron al viejo Facundo y Cipriano remendando una puerta y se desmontaron de sus caballos para conversar.

--- ¿Qué hay de nuevo por aquí? ---le preguntó Juan Cagua al viejo.

--- Cuéntese algo, don Facundo ---le dijo Alberto Morcú, extendiéndole un cigarro---. Y vos, ---dijo dirigiéndose a Cipriano--- ¿cómo estás? ¿Cómo te va recibiendo la hacienda?

--- Estoy bien… muy bien… No me puedo quejar…

--- Por aquí, ---dijo el viejo--- no hay nada de nuevo… Lo mesmo de siempre… ¿Y cómo anda esa revolución?

--- Lo mesmo. Ya casi no hay nada. La gente está cansada. Ya no hay medecina pa' naidie, ni qué comer, ni ropa. ¡Sólo hay carne en abundancia!

--- He oído decir al patrón que la revolución puede terminar pronto. Dice que le han contado en el pueblo, ahora que ha estado allá, que la revolución está casi perdida…

--- ¿Cierto? ---preguntaron simultáneamente y con asombro los dos libertos…

--- ¡Cierto! ¡Anden con cuidado!

Los dos libertos se miraron mutuamente, como interrogándose. ¿Sería cierto? ¿No estaría mintiendo el viejo? ¿Y la libertad? ¿Qué iba a ser de la suerte de ellos, si la revolución era vencida? ¿Perdida la revolución, volvería la esclavitud? ¿Sería así? Pero, no. No podía ser. La revolución tenía que triunfar. Y mo avergonzado de haberse preocupado por lo que les había dicho el viejo Facundo, dejaron de mirarse. El viejo les dijo:

--- Lo único de nuevo aquí es que, ---sonrió señalando a Cipriano--- la niña Mercedes está alocada por éste.

--- ¿Qué niña Mercedes? ---le preguntó Alberto Morcú.

--- Pues la hija de don Rodrigo. ¿No sabían ustedes…? Llegó hace unos quince días, de Guayaquil.

Cipriano empezó a sentirse fastidiado por la charla del viejo. Llamó aparte a Juan Cagua, le habló en secreto, y se alejó en dirección a la casa. Un poco distante, volteando la cara le dijo:

---No se olvide… Así dígale a mi tío, apenas llegue…

--- No, hombre, ---le contestó Juan Cagua--- no me olvidaré.

Regresó Juan Cagua y el viejo continuó la conversación.

--- Pues verán ustedes, la niña Mercedes está loquita por Cipriano... Que Cipriano pa' arriba, que Cipriano pa' abajo, que Cipriano pa' adentro, que Cipriano pa' afuera... Los taitas no se dan cuenta... o no lo toman en cuenta a Cipriano. Tal vez creerían que un negro no es un hombre. Pa' mí que digo: cualesquier día Cipriano la prende a la doncella. Ahí va a haber la del diablo si lo descubren...

--- ¿Y donde está ella? ---inquirió Juan Cagua.

--- Aquí en la casa. Tal vez ahora mesmo se asoma... Ya la verán... No demora... Es blanca y es bonita... Pa' mi dije: ¡El puerco más ruin se come la mejor guayaba! Porque ella mesma lo está toreando...

--- Y los taitas, ¿no se dan cuenta? ---le interrogó Alberto Morcú.

--- No, hombre, ahí está lo malo... o lo bueno... Ellos mesmos se la dan pa' que le lleve a bañar al estero... Tanto va el cantaro al agua hasta que al fin se rompe... Y la mujer es más blanda to'avía que un cántaro...

--- Bueno, pues, ---dijo Juan Cagua--- pa' eso es mujer...

--- Claro, ---dijo sonriendo el viejo--- eso mesmo pieso yo. ¡Acaso sería la primera mujer que cae? Verán ustedes. Un día, por pura broma, le dije que le iba a dar un consejo. Le dije: si la niña Mercedes no te quiere por las buenas, dale la "querendona". Pero le dije de pura broma, porque yo y todos nos hemos dado cuenta de que es la niña la que lo enamora... Más bien parece que ella le hubiera hecho brujería... La conté lo que me había pasado con un hembra pretensiosa de la bocana. Yo la enamoraba. Le ofrecía todo, hasta matrimonio, ¿saben? Sólo porque era un penco de hembra, y era de calorcito, y al negro le gusta la pierna blanca, ¿verdá? Pues, como les iba contando, la hembra no quería... No, señor, no quería... Un día me ofendió. Me dijo: "¿Vos crees que yo como arroz sin manteca? ¡Yo no nací pa' ser mujer de un cualquiera! ¡Yo seré mujer de un hombre decente! ¡Busca tu caucho!". Sentí la ofensa bien adentro... Nunca me había ofendido así una mujer. Le conté a mi primo Baudilio lo que me había pasado, y él me dijo: "¡Barajo, que vos sos bobo! ¡Se habrá visto! ¡Andá onde doña Isidora y decile que te prepare la "querendona" pa' dársela a una hembra que no quiere hacerte caso. Se la das y me venís a contar". Yo le pregunté: "¿Cierto? ¿No me mentís?". Y él me contestó: "¡Yo no miento! ¡A mí me ha pasado casi lo mesmo! Te lo juro por la luz que alumbra que con la "querendona" las torres mas altas se van por los suelos. ¡Anda y probá!". Pues pa' no alargarles el cuento, fui y le dije. Me costó un sucre. Le hice dar en la comida valiéndome de una amiga. Como a la semana, la hembra era mía. Cuando ya fue mi mujer, no quería dejarme por nada, porque la tenía enyerbada. Pero yo lo la quería. La odiaba por dentro. Y eso que la había encontrado doncella. Pedro no me podía olvidar lo que me había dicho. Un día, ya cansado le dije:

>--- "¡Hoy se acaba todo! ¡Ya no te quiero! ¡Andate! Búscate otro ¡marchante!" "¡No quiero verte nunca más!" "¿Y por qué?" ---me preguntó---. Yo le dije enonces que me había ofendido cuando me había dicho que ella era pa' mujer de un hombre decente... Que yo no era decente... que buscara otro que fuera decente... No quería dejarme... Así que busqué un pretexto, la patié y me fui... Así, don Juan y don Alberto... La "querendona" nunca falla... Buena, como les dije, le conté esto a Cipriano y se me puso bravo... Casi me pega... Me dijo que la niña Mercedes no era como la que yo le había contado... Que él quería conseguirla por las buenas y que se quería casar con ella... Yo contuve la risotada... Si me río, capaz que me mata...

--- ¿Casarse? ---le preguntó Alberto Morcú, riendo a carcajadas---. ¿Casarse con la hija de don Rodrigo?

--- Casarse, así como lo oyen... Bueno, y ya que les he contado lo de la "querendona", ¿saben lo de la "liga"? Cuando una mujer lo liga a uno, está perdido... La mujer hace lo que quiere... Uno no la puede dejar por nada del mundo... La hembra lo cornea, se acuesta con el que quiere y uno no siente nada... Está embobado... Le cuentan los amigos, y uno no cree... Es el "daño"...

--- Bueno, ---dijo Juan Cagua que empezaba a sentir ya cierto fastidio por la charla del viejo--- ¿de modo que el patrón mesmo se lo contó?

--- Qué ---inquirió sorprendido---. ¿Lo de la "liga"?

--- No, lo de la revolución... Que la revolución está casi perdida...

--- ¡Ah!, ---dijo como hablando de algo distante y olvidando--- sí... él lo dijo... ¡Hombre!, ---añadió gozoso, señalando con su índice derecho a la ventana de la casa--- miren ahí... Esa es la niña Mercedes...

Efectivamente, estaba asomada la niña Mercedes, mostrando todo el esplendor de su belleza. Tenía en la cabellera una flor. Los libertos se quedaron extasiados contemplándola.

Después llamó don Rodrigo a Juan Cagua, le entregó una carta para el sargento Bagüí, montaron todos los vaqueros y se fueron remeciendo el camino.

CAP. 10

LA LIBERTAD NO PUEDE MORIR

Corría el mes de febrero de 1915.

La estrella de la asonada estaba opacándose ya. De algunos lugares los facciosos habían sido desalojados, dejando en su retirada muchos muertos y heridos.

En la ciudad y en los campos dominados por los leales la situación tampoco era agradable. Escaseaban la comida y los medicamentos. Las familias pudientes había salido de la ciudad, yéndose a los campos o a otras provincias de la costa. Los pocos habitantes sufrían calamidades sin cuento. Muchos hombres, a fuerza de permanecer en las trincheras que habían tenido que construir en sus propias casa, estaban ahora atacados de beriberi. Los niños, a más de haber perdido las escuelas, crecían escuálidos por la angustiosa falta de alimentos.

En los campos los sembríos estaban totalmente perdidos, y el monte había subido altanero a muchas casa, tapándolas por completo.

Los facciosos empezaban a sentir cansancio. Habían soportado un año largo de duro batallar, tiempo en el que se habían batido con un enemigo superior en número, en armamento y en capacidad, haciendo derroche de valor y en muchas acciones dando al traste con la lógica de las academias militares.

Los leales experimentados ahora, no los perseguían por las montañas, como al comienzo, y ellos ---los facciosos--- sabían muy bien que "el mono en la pampa es nadie".

Una tarde estalló el escándalo en la casa de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada. Doña Emperatriz lloraba desconsoladamente y alzaba las manos implorando la caridad celestial. Don Rodrigo trataba de consolar a su atribulada esposa, al mismo tiempo que retaba y amenazaba a la niña Miche, exprimiéndole la confesión. Cipriano permanecía allí en el cuarto, atontado, perdida la noción de todo lo que había hecho.

Había sucedido lo que el viejo Facundo sospechara.

Cuando don Rodrigo, en medio de su crecida indignación, escuchó la confesión de su hija Mercedes, la arrojó lejos de sí, diciéndole:

--- ¡Estás perdida! ¡Estás sin honra! ¡Dios Mío! ¡Preferiría verte muerta antes que así!

La madre la levantó, mientras llorando decía:

--- ¡Y haber caído con un negro! Pero, ¿qué le viste a ese maldito? ¡Pobre de mí! ¡Qué pena! ¡Estás perdida, hija de mi alma...!

Cipriano, recobrada la serenidad que perdió en los primeros momentos, buscaba un lugar donde escapar. Súbitamente, don Rodrigo se abalanzó hacia él, gritándole:

--- ¡Negro maldito! ¡Perro! ¡has deshonrado a mi hija!

Lo derribó de un puntapié y continuó atacándolo en el suelo. Después cogió un látigo y lo flageló. Cipriano quiso levantarse y correr, pero un nuevo puntapié lo derribó. Don Rodrigo tenía ya los cabellos en desorden y rota la pechera de su camisa.

--- ¡Negro imbécil, ---continuó insultándolo--- ahora vas a ver el precio que tiene lo que has hecho...! ¡Tu crimen, maldito....!

Cipriano quería escapar. Sentía que a pesar del dura castigo que había soportado le quedaban energías para correr. Pero, ¿por dónde? La puerta estaba cerrada. Además, al primer movimiento que hiciera, don Rodrigo lo derribaría de otro puntapié. Caído, vio que su sangre corría en hilillos por las tablas del piso. Sintió que estaba a punto de quedarse ahí tendido para siempre. ¿La muerte? ¿Sería acaso, la muerte? ¿La misma niña Miche no le había confesado ya don Rodrigo que ella lo había mandado a llamar a su cuarto? Sacando fuerzas gritó:

--- ¡Tío Miguel! ¡Tío Miguel! ¡Auxilio...!

--- ¡Qué tío Miguel, ni qué nada! ---bufó don Rodrigo---. Ahora sí vas a pagar todo el daño que has hecho! ¡Ahora te voy a matar!

Extrajo su revólver. Temblo Cipriano. Viendo correr derribada su sangre, comprendió que no debía morír así, porque los Bagüí sabían morir como hombres, y los hombres no reciben la muerte tumbados en el suelo. Su padre había muerto en el combate de Camarones, y su tío José Antonio

había caído en el combate de "La Propicia". Su tío Miguel estaba mandando ahora en el campamento cercano. Un Bagüí debía morir bien. Se levantó.

--- ¡Negro infame! ¡Maldito! ¡Esta será una macha que limpia! ---gritó don Rodrigo apuntándole.

Pero doña Emperatriz se abalanzó hacia él, diciéndole:

--- ¿Qué vas a hacer? ¡No te hagas desgraciado! ¡Dame ese revólver! ¡Qué será de todos nosotros si lo matas...!

La reflexión derribó el orgulloso castillo de su cólera.

--- Don Facundo, ---le dijo Tiburcio al viejo, ya en el crepúsculo--- no me está gustando esto... No regresa Cipriano... Ya era hora...

--- ¡Cierto! ---dijo don Facundo, fumando su cachimba---. ¡Si habrá gato encerrado...!

--- ¡Ya era hora! ¿Por qué lo mandaron pa' adentro con el "manaba"? ¡Mandarlo así aporreado como estaba...! En eso está metido el otro "manaba"...

--- ¿Cuál?

--- Rivera... Lo he visto conversando ahora con don Rodrigo, y señalando pa' adentro... No me gusta ese Rivera... Peor, Moreira... Una noche en el baile de las Carmen me contó que él era bien macho, que por macho había tenido que venirse de su tierra... El mesmo me lo contó... Estaba bien jumo...

--- A mí tampoco me gusta... No me gusta nadita, nadita...

--- Es un hombre malo ---dijo Tiburcio, mientras clavaba sus ojos en el cerro turbio, al que el crepúsculo estaba echándole manotadas de sombras---. El patrón de él peleaba con otro hacendado por cuestión de linderos. Moreira lo esperó un día en un camino, bien escondido, le apuró y le tumbó del caballo. Después casi lo cogen, pero el patrón le dio bastante plata y le arregló la salida de Manabí. Los hijos del difunto vinieron persiguiéndolo hasta acá. Después se les hizo humo, y ellos se volvieron pa' su tierra.

Después dizque un hijo del muerto mató al patrón que tenía el "manaba"... Pero estaba tan jumo que él no se acuerda que me ha contado esto...

--- Así es ---dijo el viejo---. Yo siempre había pensado: este gallo tiene una pepa... Por eso anda solo y no le gusta divertirse, como los demás... Ya ves, Tiburcio, perro viejo late sentado...

La noche llegaba a prisa. Volaron algunos comejenes y se les posaron en sus remendados vestidos. Tiburcio empezó a matar algunos que estaban caminando en su cara.

--- Cuando el comején cría alas, morir quiere ---dijo el viejo---. ¡Si habrá sido ése el destino de Cipriano!

Chupó su cachimba y se encaminó hacia el rancho. Tiburcio tomó otro camino.

Más allá de media noche llegó el "manaba" Moreira, medio jumo. Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, que había estado esperándolo, apenas sintió las pisadas abrió sigilosamente la puerta de su cuarto, y salió. Había bastante claridad. La luna alumbraba los potreros, el palmar y llegaba hasta adentro de la casa.

Ya en el comedor, don Rodrigo le preguntó:

--- Y ¿qué fue?

--- Ya sabe, patrón, ---le contestó Moreira--- yo nunca le quedo mal.

--- No hablés fuerte ---le insinuó mientras encendía el candil del comedor que había quedado sobre la tapa de la piedra de filtrar agua.

--- Estese tranquilo, patrón, no se preocupe de nada... No tenga miedo, que hasta que Moreira viva no habrá peligro para usted... Sépalo... ¡Yo soy Moreira... y de las buenos...!

Se sentó sobre una silla y colocó un paquete debajo de la mesa. Don Rodrigo permaneció de pie.

--- No hagas bulla... Yo ya sé... Tú eres de los buenos... y de los que saben ser amigo...

--- Patrón, sépalo, yo no le tengo miedo a ninguno de estos esmeraldeños... Ni al viejo ese que se las da de que todo lo sabe y que es un bruto... ¡A nadie! ¡Donde yo me paro, no se para otro hombre! Yo soy fiel como un perro con usted, don Rodrigo... Usted don Rodrigo, ya lo sabe... ¿Verdad?

Sacó una botella de aguardiente que llevaba en el bolsillo del pantalón, bebió un trago, y luego lo colocó sobre la mesa.

--- Bueno. ---volvió a insinuarle don Rodrigo--- No hables tan fuerte... Pueden oírnos... ¿O quieres que nos oigan? ¿A que viene esa bulla?

--- Así es patrón, usted tiene razón...

Bebió otro trago de la botella, metió la mano debajo de la mesa, alzó el paquete que había colocado allí a su llegada y lo extendió a don Rodrigo, diciéndole:

--- Ahí tiene, patrón, su encargo... Lo enterré donde me dijo... Ya puede dormir tranquilo... Lo hice... ¿sabe?... No por la plata... sino porque me gusta la niña Miche, y me dolió en el alma que la malograra un negro...

Don Rodrigo tomó el paquete con sus manos y lo colocó sobre la mesa. Era un paquete alargado que tenía por cubierta una hoja fresca de plátano. Por un instante lo contempló nerviosamente. Abrió una ventana, echó una ojeada a los potreros iluminados por la luna, y volvió a cerrarla. Luego abrió la puerta del comedor, lo observó detenidamente, y la cerró también. Se

colocó junto a la mesa y empezó a abrir el paquete. Extendió completamente la verde hoja de plátano y miró con satisfacción el contenido. Allí sobre la hoja lechosa estaba la mano escuálida y nostálgica de Cipriano Bagüí. Don Rodrigo la contempló durante un instante, retirando sus manos de la mesa. Luego la cogió, la observó cuidadosamente, la levantó, lleno de un inmenso júbilo como si fuera un trofeo, la retornó a su sitio, y tomó un trago de aguardiente de la botella del "manaba". Moreira sonrió.

Rehizo el paquete y se lo entregó a Moreira, encargándole que al día siguiente enterrara la mano en cierto sitio. Se lavó cuidadosamente las manos, se encaminó a su dormitorio y se acostó junto a doña Emperatriz. Trató de dormir, pero no pudo. Muchas ideas, sin principio ni fin, al parecer sin conexión alguna, empezaron a cruzar por su mente en alocado tropel. Su mujer lo notó, pero no quiso decirle nada. Mejor era dejarlo tranquilo. Ya lo conocía.

Don Rodrigo pensaba:

--- ¿Qué haría el sargento Bagüí si supiera todo esto? ¿Lo sabía? ¿Alguna vez llegará a saberlo? No lo sabrá, porque no habrá quién se lo diga. Negaré todo, hasta lo de la Miche con el maldito negro, si el sargento llegara a decirme algo al respecto. ¿No lo sabrán ya algunos peones? ¡Seguramente que no lo saben, ni lo sabrán! Pero mejor hubiera sido no hacer semejante escándalo anteayer... ¿Por qué no se me ocurrió algo mejor que la violencia? ¿Por qué lo pateé y flagelé al maldito negro? Si hubiera obrado con tranquilidad, la cosa habría resultado mejor... Pero no pude... Ningún padre obrar con serenidad en un caso así... Porque el padre es el centinela de la honra de la familia... Claro que si hubiera obrado con serenidad, la cosa habría resultado mejor... Lo habría mandado a matar, como ahora, con Moreira... Y todo estaría en paz, sin que nadie pudiera sospechar... Pero Emperatriz tuvo la culpa... Tanto aspaviento, tanta bulla que me turbaron... ¿Matar? ¿Matar, dije...? ¿No me habría oído alguien...? No, no, ya todos están dormidos. Pero esta mujer tuvo la culpa... Bueno, pero ella tiene razón... Una madre tiene toda la razón en un caso como éste.... ¡Tiene hasta derecho a matar...! Pero ¿para qué sirven todas estas cosas inútiles que los hombres hemos creado, sino para tormento de nosotros mismos? ¿Vale acaso realmente el estado en que se encuentra una mujer antes del matrimonio? ¿Por qué seremos tan estúpidos que creemos que la honra de una mujer, y, a veces, de una familia radica en una frágil membrana? ¿Vale aquella tanto como creemos? No, no vale, ese es la verdad. Lo que importa es la comprensión, la armonía, la fidelidad. Una perdida prostituta, levantada del fango, puede ser mas fiel y hacer más feliz a su marido que la más inmaculada de las mujeres que van íntegras al matrimonio... Una mujer golpeada por la vida puede resultar mejor que una niña... Si me tocara casarme nuevamente, tal vez lo mismo me daría tomar por esposa a una doncella que a una mujer del arroyo, purificada a través del sufrimiento... Entonces, ¿A dónde se te fue la cabeza...? Fue principalmente el llanto de Emperatriz... No, no fue eso, Rodrigo... Fue otra cosa más grande... Pero,

¿qué estás diciendo? ¡Ah...! ¡Sí...! ¡Sí...! Es cuestión del aguardiente... ¡No! No puede ser... ¿Una mujer perdida, digo una prostituta, ser fiel? ¡No! ¡No puede ser...! Tal vez... pero que se case con otro... Yo preferiría una mujer que no hubiera sido besada por ningún hombre... Porque así no me atormentaría el recuerdo doloroso de los hombres que pasaron antes que yo, de los que, a veces, van llevándose aquello que no puede rescatarse jamás... La honra... la honra... ¡claro que vale...! Pero nadie me ha oído... Todos están dormidos... ¿Y esto que suena...? A ver, ¿qué es? ¡Rodrigo, Rodrigo...! ¡Es tu pecho, eres tú mismo...! ¿Qué te pasa que no sabes ahora ni siquiera donde están tus límites...? ¡Soy yo mismo...! ¡Que cosa...! Lo principal es enterrar la mano... Bueno, de esto no han de darse cuenta... Además, ¿Qué tanta cosa es una mano...? Pero a Cipriano no lo descubrirán jamás, porque debe haberlo enterrado donde yo le dije... Claro que ahora de día que no lo vean, van a sospechar... Pero yo puedo decir que se ha huído... Que se ha ido donde el tío... Que Moreira me ha dicho que se le desapareció de un momento a otro... Mandaré algunos peones para que lo busquen... Riego la noticia... ¿Cómo van a encontrarlo...? ¿A dónde...? Ni rastros... Bueno, pero hay que ponerse en todos los casos... Hay que prevenir... Supongamos... Rodrigo, duerme, ya es tarde... ¿Hasta cuándo vas a estar despierto...? Tengo que pensar bien, detenidamente todo... Ya voy, ya mismo me dormiré... Supongamos... El sargento lo sabe... ¡Moreira no lo dice! ¡No! ¡Moriría primero...! Pero si alguno se lo dice... supongamos que lo sabe... ¿se vengará? Claro que se vengará, y con razón, porque Cipriano era de su misma sangre... Pero, Rodrigo no te enredes... Piensa bien... Duerme... necesitas descanso... ¡Negro hediondo...! ¡Si ya me da asco tolerarlo en mi casa...! Ya se cree igual a mí... Si se acabara la revolución... esta maldita revolución... ahora... en estos día... eso sería lo bueno, ¡resultaría colosal...! ¿no te parece...? Tal vez resulte... Ambos son buenos... machos... Entonces... Eso hago... Pero, ¿otra vez? Rodrigo, Rodrigo, no lo hagas... No está bien... Eso hago... Lo mando a tirar con Moreira... Aquí en la montaña sólo pueden sobrevivir los más aptos... Es la teoría de un sabio... ¿Cómo se llamaba? No recuerdo... pero ese, ¿qué tiene que ver con mi asunto...? La ciencia está buena para los colegios... Toda fortuna, para ser grande... Rodrigo ¿qué estás diciendo? Muerto el sargento yo me quedo con todo... Nadie sabe para quién trabaja... Bueno, aquí hemos trabajado ambos... Él ha mandado el ganado... Pero todas las reses están con mi fierro... Cipriano lo sabía, pero ya está muerto... También lo saben los peones... pero ¿vales algo los peones...? ¿La honradez...? Pero, ¿hay acaso un hombre verdaderamente honrado...? ¡No hay ninguno completamente honrado sobre la tierra...! Así como tampoco hay mujer completamente fiel... ¡Esa es la verdad...! Cada uno es honrado hasta cuando llega su hora... La honradez en el hombre es como la doncellez en las mujeres... Por eso, ¿qué tanto importa lo de la Miche...? Pero, ¿otra vez lo mismo? ¿Por qué esta noche todos los caminos me conducen a una misma parte, a un callejón oscuro y sin salida...? Moreira... Eso es... Moreira y Rivera... Lo mando a llamar al campamento... (Se levantó, luego volvió a acostarse). Viene... Mejor dicho cree que viene... Entonces... no hay "sociedad"... ¿La deshonra de mi hija...? ¡No ha existido...! ¡No habérseme ocurrido antes...! ¡Ahora sí a dormir...! Ya está arreglado todo... ¿Las

manos...? ¡Sí! Están limpias, me las lavé dos veces... ¿Más sangre...? ¡Asesino...! ¡A dormir! ¡Criminal...! ¡A dormir!

En vano intentó conciliar el sueño.

Montados en sus caballos iban lentamente por el sendero lodos. Era ya bastante entrada la mañana. Hacía un sol fuerte y el cielo estaba completamente azul. El sargento Bagüí se sintió propenso al trato afable con su antiguo amigo. Le habló con voz acongojada:

--- Como te dije al salir del campamento, lo han matado a Cipriano...

--- Pero, ¿será cierto? ---le preguntó Juan Cagua---. ¿No se habrá huído?

--- No, Juan. No te lo dije a la salida, pero te lo digo ahora. Fue por la hija de don Rodrigo. Ella mesma lo buscaba a Cipriano, y Cipriano se la comió... Don Rodrigo lo supo... Se ha desquitado... ¡Mi "socio"...! ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

--- Pero, ¿cómo lo sabe?

--- Un "manaba" de la hacienda de don Rodrigo me lo vino a decir ahora de mañanita... Ha peleado con el patrón, y por eso lo divulga... Ahora voy a arreglar cuentas... ¡Voy a vengarlo a Cipriano...!

Juan Cagua cotinuaba odiando con todas sus fuerzas al sargento, pues ya sabía de sobra que era uno de los dos que estaba aprovechándose de la revuelta para enriquecerse, mientras la libertad, que era una de las aspiraciones por las cuales él combatía, empezaba a sentirse amenazada. ¿No acababa de llamar "mi socio" a don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada? ¿Era, acaso, una involuntaria confesión? No obstante todo esto, Juan Cagua, que había visto morir al padre de Cipriano en el combate de Camarones del sargento. "¡Voy a vengarlo a Cipriano...!" se hubieran quedado repercutiendo en él, dijo de pronto resueltamente:

--- ¡Vamos a vengarlo a Cipriano...!

--- ¿Vamos? ---le preguntó el sargento, casi sorprendido.

--- ¡Vamos! ---le confirmó---. ¡Los dos...!

Continuaron avanzando lentamente por el estrecho sendero, guardando silencio. Acaso el sargento iba terminando la elaboración de su plan. De pronto una descarga venida del lado de la playa rompió el silencio del paraje. Las bestias se pararon a raya. El caballo que montaba el sargento alzó la ceba y relinchó asustado. Juan Cagua, que venía atrás, apeado ya del caballo, se acercó arrastrándose. El sargento yacía ensangrentado al pie de su animal. El tiro le había dado en la cabeza. Juan Cagua lo tomó entre sus brazos. El sargento le dijo con voz entrecortada:

--- Ahora me doy cuenta... Fue una trampa... Y caí... como ratón... El maldito "manaba" que me trajo... la noticia... fue mandado... ¿Lo conociste?...

--- Sí... Era Moreira, porque lo ví llegar cuando todavía estaba oscuro...

--- El mesmo... Seguí, vozs, Juan... Seguí... ---le señaló la playa--- por ahí... Aquí en el monte naidie... nos... ga... na...

El sargento enmudeció para siempre. Juan Cagua arreó los dos caballos hacia el campamento, y él se perdió por los matorrales del camino estrecho. Llevaba su rifle listo para disparar. De la cintura pendía su machete. Ahora estaba más claro que antes su camino. Tenía que vengar a Cipriano. Pero, ¿sería posible? Bueno, lo importante era vengar por lo pronto al sargento. Tomo por otro camino y se alejó del sitio en donde había quedado muerto el oficial. En el lugar en donde se juntaba otro camino con el que habían seguido en principio se agazapó y esperó. ¿Cuánto tiempo sería? Estuvo allí inmóvil, pegado a la tierra mojada, como si fuera una parte de ella. De repente crujieron unas ramas, y el ruido fue creciendo lentamente. Eran pisadas. Luego el ruido se apagó por completo. Seguramente el que avanzaba se creyó descubierto y se tendió como él. Después del fondo del silencio emergió nuevamente el ruido. Las pisadas sonaban claras en el camino fangoso. Por un momento, al pasar frente a él, a pocos pasos de distancia, el ruido tomó sus dimensiones máximas. Haciendo esfuerzos contuvo sus respiración y su mano. Cuando vio alejarse al hombre, veloz y mirando hacia todos los contornos, Juan Cagua comprendió que el sargento estaba en lo cierto cuando le dijo en la agonía: "Aquí en el monte naidie nos gana", porque el hombre que había pasado junto a él era el mismo que, salpicado de sombras, había visto llegar al campamento antes de las seis de la mañana. Juan Cagua siguió tras él, saltando de mogote en mogote. Más adelante el "manaba" se detuvo un momento en una quebrada, silbó y salió otro hombre con una escopeta en la mano. Ambos miraron hacia todos los lados y partieron veloces, ocultándose tras los arbustos del camino. Juan Cagua continuó avanzando, ocultándose también. Cuando llegaron a un lugar en donde el camino que seguían se cruzaba con otro, Juan Cagua disparó. El hombre que llevaba la escopeta cayó, y el otro quiso echar a correr, pero Juan Cagua lo detuvo con voz estentórea:

--- ¡Alto ahí, desgraciado! ---le gritó---. ¡Traicionero! ¡Nojotros no matamos así! ¡Coge la escopeta del muerto y pelea si sos hombre...!

Juan Cagua esperó serenamente. El "manaba" echó una mirada al muerto y emprendió la carrera. El liberto alzó nuevamente su rifle, hizo dos disparos y el fugitivo quedó caído, ensangrentando las enredaderas del camino. Juan Cagua emprendió luego el regreso al campamento.

Cuando los soldados facciosos con una camilla a recoger el cadáver del sargento Bagüí, guiados por Juan Cagua avanzaron hasta el lugar en donde se encontraban los cadáveres de los dos manabitas. Don conchistas que afirmaron conocerlos, dijeron, poniéndoles los rostros hacia el sol:

--- Este es Moreira

--- Y este otro es Rivera...

--- "Tronqueros" de Manabí...

--- ¿Los recogemos?

--- ¡Quién va a recoger a estos perros! ---dijo Juan Cagua con voz llena de desprecio.

--- ¡Que se pudran ahí! ---sugirió Alberto Morcú---. ¡Vámonos!

Regresaron al campamento, llevando en la camilla el cadáver del sargento Miguel Bagüí.

Por la noche, mientras velaban en el piso alto de una casa de paja el cadáver del sargento, empezaron a desparramarse por todo el campamento las noticias de la derrota. Se decía que un posta había llegado de Chinca al terminar la tarde. No obstante que el teniente Ordoñez, llegado apresuradamente de laTola al saber la muerte del sargento Bagüí, contestaba negativamente las preguntas que algunos soldados facciosos le hacían al respecto, se deducía que algo grave estaba sucediendo, pues el sargento Castro había venido desde Teaone dando un cruce por Tachina y había llegado en las primeras horas de la noche.

Corrían los rumores de que el coronel Carlos Concha, jefe de la asonada, había sido tomado prisionero en Teaone, por unos campesinos de apellido Bodero que habían ido al mando de Benicio Reyes. Que una vez capturado el coronel Concha había lanzado su última proclama ordenando a sus partidarios de poner las armas, lo que había sido rechazado de plano por el sargento Lastre y otros jefes de la revuelta. Que a la entrada a la ciudad de Esmeraldas, trayendo preso al coronel Concha, el pueblo había aclamado a Benicio Reyes y de algunas ventanas le habían arrojado verdaderas lluvias de flores. Que en Esmeraldas habían querido linchar al coronel. Que el coronel se había entregado voluntariamente.

--- ¡Compadre, ---le dijo Juan Cagua a Alberto Morcú--- si habremos guerreado en vano...!

--- No... no... ---le replicó Alberto Morcú, mientras bebía un jarro de aguardiente---. No puede ser... Compadre, no tenga miedo... No habremos peleado en vano...

--- ¡Quién sabe, compadre! ---suspiró Juan Cagua con acento de derrota.

--- ¡Pa' algo hemos mata'o tanto serrano! ¡No! ¡No puede ser! ¡Beba, compadre! ¡Bebamos por el difunto! ¡Fue un macho...!

--- Compadre, no puedo.... Tengo una espina adentro... Me parece que vamos a volver a la esclavitú...

--- ¿Y usté se va a dejar llevar, compadre? ¡No sea bobo...! ¡Sírvase...! ¡Alfaro ha muerto... el sargento Bagüí ha muerto... pero la libertad no puede morir...! ¡No morirá! ¡Acuerdese! ¡La hemps ganado a bala en estos montes... y a bala la sostendremos...! ¡Pa' eso somos machos...! Cuando la esclavitú venga, la encaramos.... Tome un trago, compadre...

A la madrugada, los hombres que estaban en la casa del velorio, los que se habían quedado en el portal y aun los centinelas del campamento estaban ebrios y faltaba poco para que el difunto fuera declarado un santo.

CAP. 11

LOS GUSANOS EN EL CHARCO

Firmada el acta de capitulación de las fuerzas facciosas, el gobierno se dedicó con toda energía consolidar la paz en la provincia. Las autoridades civiles y militares fueron investidas de amplios poderes para reprimir cualquier brote de descontento y para eliminar todo vestigio de oposición.

Temerosos de las represalias, los derrotados tomaron distintos caminos. Algunos jefes se quedaron en los campos y se dedicaron a la agricultura, en espera de que al tiempo fuera poco a poco cubriendo el recuerdo de sus acciones; otros salieron de la provincia. La mayor parte de los soldados facciosos se dedicó a rehacer sus perdidos sembríos.

Juan Cagua y Alberto Morcú se radicaron en Quinindé. Construyeron sus ranchos muy cerca del Pedro Pablo Molina, un soldado faccioso que había abandonado sus terrenos para enlodarse en las huestes "conchistas". Después de pocas semanas Alberto Morcú, desoyendo las advertencias de Juan Cagua, bajó en canoa a Esmeraldas, llevando a su mujer para someterla a tratamiento médico, y aunque en principio su determinación fue la de permanecer pocos días en la ciudad capital de la provincia, se quedó definitivamente en ella.

Cerca de un año después de suscrita la capitulación el Gobierno nombró gobernador de la provincia a don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, quién se trasladó a la ciudad con su familia, dejando su hacienda al cuidado de un hermano llegado de Guayaquil. Intendente general de Policía fue nombrado don Gervasio Carabalí, conocido en la ciudad más que por su propio nombre por el apodo de "El Gavilán", y que durante la asonada "conchista" había permanecido en Guayaquil. Con motivo de esta designación se levantó en Esmeraldas una ola de descontento general. Era bien conocido de todos que "El Gavilán" tenía la costumbre de abusar de sus hijas. Antes de la revuelta tuvo relaciones incestuosas con la mayor de ellas,

apodada "La Bonga", en razón de la deformidad de su cuerpo. Precisamente pocas semanas antes de efectuarse su nombramiento, la menor, llamada Violeta había caído víctima de la voracidad incestuosa de su padre, según ingenuamente declaró la menor cuando fue llevada por su madre al consultorio del dosctor Perlaza, facultativo guayaquileño, para que le examinara. En unas elecciones , que el Gobierno llamó libres y en las que votaron todos los policías y soldados dos y tres veces cada uno, obtuvo el triunfo la lista de concejales encabezada por don Luis Toapanta, un comerciante oriundo de Cotacachi, llegado a Esmeraldas a raíz de la terminación de la revuelta "conchista", propietario de un establecimiento comercial situado en la misma manzana en que se encontraba el almacén de Petterson Bros. & Cia. Don Luis Toapanta había llegado con su mujer y con sus dos hijastras que tenían relaciones maritales con su padrastro, según se hizo público a los pocos meses de arribados a Esmeraldas, debido a un fuerte altercado entre los dos hermanas que obstinadamente se disputaban un corazón que no les pertenecía y a raíz del cual la mayor de ellas, que estaba a punto de ser madre, tuvo que abandonar la casa. Don Luis Toapanta había sido estudiante de uno de los colegios religiosos de la capital de la República siedo éste el motivo para que el poco tiempo de arribado a Esmeraldas fuera conocido como "El Bachiller". Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, don Grevasio Carablí y don Luis Toapanta recibieron facultades extraordinarias para la completa pacificación de la todavía convulsa provincia de Esmeraldas.

Pocos meses después de haber sido designado "El Bachiller" presidente del Concejo inauguraba, con asistencia del párroco de la ciudad, su botica "La Vida", anexa a su almacén de tejidos y abarrote. "La Vida" se conviertió, desde sus principales autoridades y sus partidarios.

Una vez en la Intendencia General de Policía, "El Gavilán" empezó a gestionar ante el Gobierno la expedición de un decreto por el cual pretendía despojar a numerosos campesinos que durante muchos años habían ocupado terrenos colindantes con su predida propiedad denominada "La Nacedera". Justamente alarmados los campesinos que iban a ser víctimas del despojo enviaron a la ciudad a un comisionado para que se entrevistara la justicia que les asistía; pero don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada acusó de "conchista" al comisionado y lo condenó a dos meses de prisión.

Por su parte, don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada consiguió el despojo de algunos campesinos que ocupaban terrenos cercanos a "La Cascada" mediante la amenaza de un destacamiento armado que fue enviado a su propiedad por "El Gavilán". Además una regular cantidad de policías fue enviada a trabajar en si hacienda, percibiendo estipendios pagados por el Estado.

El fraude electoral consumado en los comisios para elegir concejales, todos los cuales, excepto solamente uno, eran ciudadanos venidos de otras provincias; la prisión de pacíficos ciudadanos que protestaron por los abusos que empezaron a cometer las flamantes autoridades; los nombramientos de funcionarios que sistemáticamente fueron recayendo en personas sin mayores raigambres en la opinión pública, sin prestigio ni capacidad, y , a

veces, consideradas como la escoria de Esmeraldas; la "importación" de una considerable cantidad de manabitas e interioranos para el desempeño de modestos cargos que pudieron ser ejercidos por esmeraldeños; todo esto y muchos más, llevado a cabo bajo el signo de la pacificación, engendró el descontento.

Las censuras y las protestas, disgregadas al comienzo, fueron influyendo hasta dar nacimiento a una potente voz: la de la provincia aun ensangrentada que anhelaba seguir por nuevos senderos y que se oponía a una nueva devastación, acaso tan funesta como la que habían consumado las fuerzas leales y facciosas.

Domitilo González, sensible como esmeraldeño a la nueva tragedia que veía avecinarse, comprendió que se acercaba otra era de amargura y de peligros; pero que, como hombres de Esmeraldas, estaba en la obligación patrióticas de luchar contra lo que, acomodados en los cargos públicos, empezaban a devastar otra vez la provincia, mientras hablaban cínicamente de la pacificación y de la consolidación de las conquistas de Alfaro. Adquirió una vieja imprenta que durante los años de la revulta permaneció abandonada por su propietario, y empezó a editar "El Pueblo", un seminario que, en algunas ocasiones, fue una tribuna en donde los jóvenes esmeraldeños expusieron los problemas provinciales, especialmente aquellos derivados de la terminación de la asonada; y en otras, un grito enardecido de protestas por los abusos de que estaban siendo víctimas humildes campesinos, perseguidos en la nueva era por el delito de haberse enrolado en las huestes que pesaron vengar el arrastre del general Alfaro.

Junto con Domitilo González se alistaron y lucharon en primera fila contra el grupo del Gobierno, encargado de la pacificación, el comandante Balladares, militar retirado oriundo de la provincia del Carchi, y Jacinto Montesdeoca, maestro de escuela, llegado de Guayaquil.

En cierto edición de "El Pueblo" Domitilo González publicó una poesía política, cuya estrofa substancial decía:

Os alzáis orgullosos en medio de la escoria

Y vivís del miasma que filtran los pantanos.

Por eso yo le pido reverente a la historia

Que olvide vuestros nombres y os designe gusanos

Pronto la estrofa de esta poesía se popularizó en todas las capas de la población, y desde entonces el apodo de "Gusanos" sirvió para designar a todos los elementos degenerados y corrompidos de Esmeraldas.

--- ¡Tagua! ---gritó un día el cable con ancha voz venida desde las tierras gringas.

--- ¡Tagua! ---rugían desde desconocidas lejanías las factorías con sus fauces abiertas, sus entrañas voraces y sus tentáculos de hierro alargándose hacia el trópico verde y calcinante.

--- ¡Tagua! ---exclamaban los agentes de las firmas compradoras de marfil vegetal con voces henchidas de alegría, presintiendo la riqueza que traería la prosperidad comercial.

--- ¡Tagua! ---coreaban los comerciantes de la ciudad , con los ojos dirigidos durante todo el día hacia arriba del río, por donde venían veloces, como potros sin freno, las balsas cargadas que atropelladamente eran amarradas con gruesos bejucos a los muelles, plantados en medio de espumantes remolinos.

--- ¡Tagua! ---decían con cierta tristeza las mujeres peladoras que se dedicaban a la dura tarea de sacar la corteza de las pepas con machetes y "tambos", y que a lo largo del día, desde el amanecer hasta la sombra, hacían sonar con sus primitivas herramientas de trabajo una música cristalina y agorera y que al terminar la jornada se iban a sus ranchos de paja a preparar el "tapao", o se iban por "El Pampón" a comprar algún marisco para reponer las energías perdidas bajo soles inclementes.

--- ¡Tagua! ---voceaba alegremente la población montubia, derramándose como un cántaro inmenso sobre las selvas tupidas, recolectando las pepas y amontonándolas en determinados lugares para sacarlas cuando hubieren reunido regulares cantidades. Era una algarabía removiendo las entrañas misteriosas del trópico, en busca del codicias producto, llevando por delante la alegría crecida de los montubios bebedores de vinos medicinales a falta de aguardiente. Algarabía de los tagüeros, ---¡ah, goce total de la libertad!--- sacudiendo la selva verde, tupida, fragante y caliente, en donde las pisadas de los hombres se acompasan con el cauteloso deslizarse de la víboras de mordeduras mortales. Algarabía de los tagüeros que se van con sus canastos echados a la espalda por senderos que sólo ellos conocen, descifrando el jeroglífico de la selva, mientras el tigre va olfateando su huellas.

--- ¡Tagua! ---arecía que bramaban las peñas fatales ---"Corriente Grande", "Barquito", "La Peña Rea"--- formando enormes remolinos, como tirabuzones macabros, por los cuales sorbían matas de plátanos, gigantescos árboles o restos de ranchos arrancados de las vegas por la furia de las crecientes. Algunas veces los tagüeros eran impotentes para contener el desvío siniestro de las balsas cargadas, y éstas se precipitaban en los remolino de las peñas, desapareciendo los hombres para siempre, mientras las balsas retorcidas eran devueltas vacías más debajo de aquellos sitios peligrosos.

--- ¡Tagua! ---decían gozosos los tagüeros, tubiendo el río en sus canoas, llenas de compras, mientras iban clavando sus palancas con regatones en las paredes rocosas de las orillas espumantes. Sudaban copiosamente, se ponían tensos y vibrantes sus músculos, encogían el cuerpo al clavar las palancas o al pilotear, encogían el cuerpo al clavar las palancas o al pilotear las canoas con los canales, y poco a poco, a veces bajo la lluvia incesante,

desbaratando palizadas, iban acercándose a sus chozas enclavadas en las profundidades de la selva.

--- ¡Tagua! ---aullaban los barcos de dos chimeneas, cuando arribaban orgullosos al puerto, pitaban insistentemente, dejaban trescientos o cuatrocientos fardos de mercaderías de toda clase, y se iban agachados, humillados, oculta su esbeltez bajo el peso de centenares de quintares.

Había un movimiento febril de lanchas, lanchones y canoas, y la Aduana trabajaba hasta la madrugada arreglando los documentos para exportación de los cargamentos.

Los cuadrilleros recibían en las particiones setenta, ochenta y hasta cien sucre, lo que eran colocados en las tablas de los portales sucios de las casas exportadoras por el capataz, quién iba llamando uno por uno a sus compañeros de trabajo, para hacerles la entrega.

Los tagüeros recibían bastante dinero por la tagua vendida. A veces el quintal se cotizaba a veinte sucres; otras, a veintidos, y llegó al precio de veinticinco sucres el quintal. Los tagüeros se cruzaban en número considerable en las calles, llevando bajo el brazo sus paquetes de compras. Adquirían cortes de riles, camisas, corbatas, cobijas, ropa interior extranjera, pañuelos, polvos para la cara, conservas, jabones y perfumes. De éstos el de su predilección era el llamado "Lotión Pompeia". Cuando se agotaban las existencias de aguardiente bebían vinos medicinales, que algunos adquirían por cajas. Se paseaban alegres por las calles, con zapatos chillones y que algunos, a poco rato de llevarlos puestos, se los quitaban porque les producían dolores y ardores en los pies, y, amarrados de los cordones, se los echaban al hombro. Casi todos usaban sombreros de "pajilla", los barboquejos se los agarraban de los ojales de las camisas con pechera. La selva había volcado su población en la ciudad. Los tagüeros llenaban las tiendas y las niñas decentes de la ciudad no podían salir de comprar sino cuando mermaba la afluencia de los clientes montubios. Algunas señoras preguntaban a sus maridos si sus hijos no nacerían "naundados" de tagüeros, y sentían náuseas al tropezarse con ellos en las calles.

Ciertamente hedían los tagüeros. Pasaban por las calles fumando sus cachimbas "curadas", o las dejaban, mientras efectuaban sus comprar, sobre los mostradores de los almacenes. Eran diminutos y grotescas cachimbas de barro con carrizos de ají, que los habían acompañado durante la pobreza en sus chozas de la montaña, y que ahora en la prosperidad no querían cambiarlas, porque se habían encariñado con ellas, y porque comprendían que al abandonarlas se desprenderían de una gran porción de sí mismos. También hedían cuando fumaban sus cigarros "curados", que dejaban caer un liquido color café, esencia del tabaco puro, no desvirtuado por la química de los trusts extranjeros. También hedían por el mar olor de sus cuerpos retostados, especialmente cuando recién bajaban de la montaña y traían simultáneamente el hedor y la fragancia del trópico al que había dominado. También hedían por los esfuerzos que hacían cuando las balsas no podían ser amarradas a los muelles por la violencia de las crecientes o por la debilidad de los bejucos, y se venían algunos de ellos por

tierra, con los pantalones arremangados y con sus machetes al cinto, corriendo atropelladamente, abarrajando a los transeúntes, ---¡qué les importaba a ellos otra cosa que no fuera su tagua!--- pidiendo a gritos estentóreos la "tira" y profiriendo malas palabras, sin percatarse de que pasaban frente al despacho de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, el flamante gobernador de la provincia.

Era corriente escuchar en esos días por los barrancos:

--- ¡Echa la "tira", atipla'o!

--- ¡Cuidado, la palizada!

--- ¡Agarra dura la bayona! ¡Otra juerte pa' adentro!

--- ¡Aguanten la "retenida"...!

Los vapores permanecían fondeados en el puerto dos y tres días hasta recibir los cargamentos. Unas veces los "vaporinos" venían a tierra a beber en las cantinas, y otras, los agentes de los vapores los invitaban a comer y a bailar en sus casas. Sacaban entonces, como cosas raras y valiosas, a sus hijas para mostrarlas a los visitantes extranjeros. En otras ocasiones los agentes invitaban a señoritas y matronas a bailar a bordo de los barcos fondeados. Las muchachas se divertían mucho con los gringos, quienes se emborrachaban siempre, mientras los winches, salpicados de sueño, extraían pesadamente de los lanchones manotadas de sacos de tagua para llenar las bodegas de los barcos. A veces algunas chicas se sentaban sobre las piernas fornidas de los gringos, y fumaban con ellos un mismo cigarrillo y bebían de una misma copa. La mayoría de los cuadrilleros, burlando la vigilancia del capataz, como por turno, se escapaban del lugar de la cubierta en donde se efectuaba el trasbordo y se acercaban a los salones iluminados, llevando por delante una sonrisa para conquistarse la simpatía de los "vaporinos", pero eran recibidos con potentes "¡Get out, son of a bitch!". El grito del guarda de Aduana, encargado del chequeo de la carga, relevado dos o tres veces, se alargaba, como un brazos que pidiera socorro, hasta la madrugada, y se notaba que a la voz también iba lentamente derribándola el sueño. El cuadrillero que daba la señal al winchero continuaba agitando pesadamente los brazos. Y al amanecer, ingenuas muchachas regresaban de novias a la ciudad, y esperaban desde entonces la llegada de los "vaporinos" que vendrían en el próximo viaje del buque a casarse y a radicarse definitivamente en tierra, para llenar, para orgullo de sus familias, las casas de gringuitos.

Cuando Juan Cagua, dejando a sus compañeros llamados Pedro Pablo Mina y Otoniei Valverde al cuidado de la balsa amarrada, subía el muelle de Petterson Bros. & Cia y se dirigía a dicho establecido a informarse del precio de la tagua, vio dirigirse hacia a él un mozo vestido elegantemente, que llevaba tirantes relucientes y una corbata de vistosos colores que el viento obstinadamente echaba sobre su hombro. Cuando estuvo frente a Juan Cagua, cerrándole el paso, le dijo:

--- ¡Un momento! ¡Tengo que examinar esa tagua!

--- ¿Por qué? ---le preguntó sorprendido Juan Cagua.

--- ¡Tenemos en la Comisaría la denuncia de doña Jacinta…! ¡Un momento…! ---y dirigiéndose a un negró que estaba sentado al borde del barranco, añadió:

--- ¡Sindulfo, ven acá! ¡Esta parece la balsa que viene de los terrenos de doña Jacinta! ¡Vamos a examinarla!

--- ¡Allá voy, "joven" Pompo ---le contestó el negro levantándose y dirigiéndose hacia el muelle.

Ante el asombro de Juan Cagua, de Pedro Pablo Mina y de Otoniel Valverde el "joven" Pompo y Sindulfo bajaron a la balsa cargada. Tomaron luego algunas pepas de tagua entre sus manos, las golpearon entre sí, luego se fueron a la popa de la balsa, hablaron algo en voz baja y subieron al muelle.

--- ¿Qué pasa, señor? ---le preguntó Juan Cagua.

--- ¡Qué pasa! ---le repitió el "joven" Pompo, con marcado desprecio--- ¡Todavía te atreves a preguntar qué pasa! ¡Pues lo que pasa es que esa tagua viene de los terrenos de doña Jacinta, y es que ahora mismo vas preso, so ladrón…!

--- ¡Cómo! ---le replicó Juan Cagua---. ¡Esta tagua la hemos sacado de adentro de Quinindé! ¡Usté está equivocado….!

--- ¿Equivocado? ¡Anda a hacerte el vivo con otro, pero no conmigo?

Los curiosos empezaron a aglomerarse en el muelle, y Pedro Pablo Mina y Otoniel Valverde abandonaron rápidamente la balsa, y subieron.

--- ¡Ey, Sindulfo, ---dijo el "joven" Pompo--- anda a ver a tres "números"…!

El negro subió rápidamente, y se perdió en el malecón en busca de los tres gendarmes solicitados por el "joven" Pompo.

--- ¿Qué es lo que pasa? ---preguntó Pedro Pablo Mina, abriéndose campo y poniéndose frente al "joven" Pompo.

--- Dice, ---le contestó Juan Cagua--- que la tagua que hemos bajado es de los terrenos de doña Jacinta, y que nos va a mandar presos por ladrones…

--- ¿Presos? ---preguntó Otoniel Valverde…

--- Es orden superior ---dijo el "joven" Pompo, con una voz en que se notaba el temor de ser agredido por Pedro Pablo Mina. Se distanció un poco de éste, se dirigió al borde del muelle, y, observando la balsa, añadió: --- ¡Es orden superior…!

--- ¿Orden superior? ---le preguntó Pedro Pablo Mina, acercándosele. Contrajo horriblemente su labio inferior, levantó su mano derecha y de un puñetazo arrojó al "joven" Pompo al río, diciendo: ---¡Esta es orden más superior…!--- El "joven" Pompo se hundió en las aguas turbulentas del río, y por un momento algunos espectadores temieron un serio desenlace. Más

abajo del muelle surgió, y entonces los curiosos que habían presenciado la escena prorrumpieron en aplausos y en carcajadas jubilosas.

--- ¡Berraco muchacho…!

--- ¡Así se hace con estos pícaros futres!

--- ¡Por fin salió el taita del guagua!

--- ¡Anda a la montaña, si querés tagua! ---le gritó un hombre que había permanecido en el barranco.

Un poco más abajo, por el muelle de la Gobernación, saltó. Después de un momento llegó precipitadamente con seis gendarmes armados. Juan Cagua y sus dos compañeros, rodeados de cuadrilleros, permanecían aún en el muelle de Petterson Bros. & Cia.

Señaló a los tagüeros y ordenó a los gendarmes:

--- ¡Cójanlos! ¡Esos son los tres forajidos!

Los tres campesinos permanecieron impasibles. Los gendarmes les ordenaron seguir. Subieron el muelle, y al cruzar la primera bocacalle el "joven" Pompo, aún con sus ropas mojadas, se acercó a un gendarme, y los tes se lanzaron sobre Pedro Pablo Mina. Lo estropearon malamente y cuando pudo establecerse el orden, la cara de Pedro Pablo Mina era una masa ensangrentada y deforme, de la cual, no obstante, emergía una sonrisa triunfal.

Al tumulto producido por la conducción de los tagüeros acudió Domitilo González. Preguntó a un hombre ya entrando en años que, como él, seguía al grupo, acerca de lo que sucedía, y aquel le contestó:

--- Lo de todos los días. Lo que pasa es esto. Hay que ser francos. El "joven" Pompo se va a casar con la señorita Mercedes, la hija del gobernador. Como va a ser yerno, el gobernador lo ayuda para que haga todas estas picardías. Ahora está casi todo el día en la orilla, y balsa grande que llega es balsa con tagua de los terrenos de doña Jacinta… Como que no hubiera otros terrenos con tagua , o como si la tagua de doña Jacinta estuviera marcada… Coge las balsas, las vende, y dizque la una mitad es para la iglesia para mejoras que van a hacer en el templo, y la otra mitad, para la Policía, para comprender los calabozos de los presos, según lo ha dispuesto doña Jacinta…

--- ¿Le consta todo esto? ---le preguntó Domitilo González, mientras avanzaban.

--- ¿Qué si me consta? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ---rió el viejo---. ¿A quién no le consta? En la semana pasada cogió la balsa de mi compadre Fortunato, porque dijo que venía de allá. En la semana de más abajo cogió la balsa de unos tales Micoltas… Y cuando ve una balsa grande, con bastante tagua, se le abre la "agalla"… ¡Maldito…!

--- ¿Y las autoridades? ---le preguntó Domitilo González con el objeto de conocer la opinión del viejo.

--- ¿Las autoridades? ¿Ya no le digo que el gobiernador va a ser el suegro del "joven" Pompo? ¿No sabe que de intendente está ahora "El Gavilán"?

--- ¡Sí! ¡Sí! ---dijo Domitilo González como ausente, mientras continuaba avanzando. Luego dejó atrás al viejo, y se perdió en el tumulto.

Juan Cagua, Pedro Pablo Mina y Otoniel Valverde fueron conducidos al cuartel general de Policía y metidos a los emparedados. Al segundo día los sacaron de allí y los dejaron en el patio, junto con los otros reclusos. A la noche los encerraron, como a los otros detenidos, en los calabozos.

Una mañana fueron llevados al despacho del comisario, quién les manifestó que estaban detenidos bajo la acusación de haber robado tagua de los terrenos de doña Jacinta, y les dijo que si tenían testigos que probaran lo contrario, debían presentarlos. Los campesinos le manifestaron que allí mismo en la cárcel había tres detenidos a quienes ellos conocían, pero que estaban acusados del mismo delito. El "joven" Pompo se levantó indignado de su silla, dijo que no podían ser admitidos por ser también ladrones, y recordó al comisario el "deber patriótico de conseguir la paz, orden y tranquilidad, eliminando los últimos vestigios del bandolerismo conchista". Leyó un artículo del Código Penal y el comisario dictó la sentencia condenando a Juan Cagua y a Otoniel Valverde a un mes de prisión, y a Pedro Pablo Mina, a dos meses. En cuanto a la tagua, dispuso a la tagua, dispuso que fuera decomisada y que el producto que arrojara fuera distribuido en partes iguales entre la Iglesia, para las mejoras que había proyectado el párraco, y la Intendencia, para las reparaciones que en los calabozos de los presos debía llevar a cabo "El Gavilán", de acuerdo con lo dispuesto por la piadosa doña Jacinta.

CAP. 12

LA LORA DEJARÁ DE CANTAR

Desde sus primeras ediciones "El Pueblo" se convirtió en el azote de los "gusanos". Comentando los sucesos provinciales el periódico arrojo mucha luz sobre los oscuros caminos de la época y logró movilizar la opinión pública de Esmeraldas. El despojo de que se pretendía hacer víctimas a los campesinos cercanos a los abandonados terrenos de "El Gavilán"; el despojo, consumado ya, de modestos agricultores vecinos a "La Cascada"; la prisión de Juan Cagua, de Pedro Pablo Mina, de Otoniel Valverde y de otros tagueros, y otros incidentes, denunciados y criticados duramente desde las columnas de "El Pueblo", pusieron en claro los siniestros propósitos de los "gusanos".

En un artículo titulado "El "joven" Pompo, de Cuerpo Entero", se leía:

La ciudadanía ha visto con asombro cómo el llamado "joven" Pompo, en vez de dedicarse a cumplir sus obligaciones de Amanuence de la Comisaría Nacional de Policía, permanece casi todo el día en las orillas del río, decomisado, a su voluntad, las balsas cargadas de tagua que bajan de la montaña, a pretexto de ser procedentes de los terrenos de propiedad de la señora Jacinta, viuda de Echeverría. Aunque según lo dispuesto por la mencionada señora el producto de las taguas decomisadas deben ser distribuído equitativamente entre la Intendencia y la Iglesia, a juzgar por la diligencia del "joven" Pompo en las orillas, parecer ser el mayor beneficiado. El "joven" Pompo se ha convertido en el azote de los tagüeros, sin que las autoridades hayan puesto freno a sus delictuosos y censurables manejos, hasta hoy. La conducta de este despreciable sujeto, convertido hoy en el "dandy" esmeraldeño y el mejor cliente de las cantinas locales, pese a su bajo sueldo de Amanuense de la Comisaria Nacional de Policía, parece más bien ser auspiciada por las principales autoridades, pues de otro manera nadie puede explicarse por qué hasta hoy no ha sido detenido en sus desmanes. Sujeto estúpido y fatuo, que tiene la estulticia de llamar despectivamente negros a todos los redactores de este periódico ---como si la palabra negro cosntituyera una afrenta--- sin acordarse de que andan por las calles de la ciudad tíos y primas suyos que pregonan una ascendencia no precisamente de blancos, y que por vanagloriarse de grandeza ---que no sabemos en que pueda fundamentarla--- llegó a afirmar hace poco a un

recién llegado que en Esmeraldas había solamente una familia distinguida ---"Mi familia es la única una familia distinguida con que puede contarse en Esmeraldas", fueron sus palabras textuales---, debe ser castigado, a falta de una autoridad que lo sanciones, en la forma valiente que lo hizo el tagüero Pedro Pablo Mina, que ya es del dominio público y de la cual informamos ampliamente en nuestra edición anterior.

Este artículo produjo indignación en el "joven" Pompo, quién visiblemente mortificado se vio obligado a mermar sus actividades en las orillas del río. Don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada se sintió muy ofendido con esta publicación, pues no podía permitir que se tratara así a su futuro yerno. Realmente el gobierno estaba más deseoso que Mercedes Medrano del matrimonio de ella con el "joven" Pompo. Dos incidentes más, acaecidos casi simultáneamente en esos días, dieron lugar a encendidas crónicas en "El Pueblo". Uno de estos fue el naufragio del que dijeron las principales autoridades ---y se hicieron creer el Gobierno--- había sido víctima un velero que aseguraron fue despachado a la isla de Muisne, con un valioso cargamento de sal, aguardiente y fósforo. La verdad denunciada oportunamente por el corresponsal de "El Pueblo" en Muisne, fue que el velero no sufrió percance alguno y siguió indemne a la vecina provincia de Manabí. Posteriormente llegó a saberse que los artículos que se dijo habían sido enviados y que se habían perdido en razón del naufragio, fueron vendidos en la mismas oficinas fiscales y su producto fue distribuido entre los jefes de los "gusanos". El otro incidente fue la desaparición de las oficinas de correo de un cuantioso cargamento de billetes deteriorados, que debían ser remitidos a Quito para su incineración. Faltando dos días para que los paquetes fueran enviados a Quito, desaparecieron una noche de la caja de seguridad del correo, en donde se encontraban depositados, sin que la caja presentara huellas de violación. Únicamente habían sido fracturados los candados de la puerta principal. "El Pueblo" denunció esta desaparición y pidió que fueran detenidos el tesorero de hacienda, que había entregado los billetes, y el administrador de correos, de cuya caja habían desaparecido. Las investigaciones realizadas para esclarecer esta pérdida no dieron resultado alguno, y quedó, para el Gobierno, sumida en el misterio. Esto era natural si se recuerda que el tesorero de hacienda era don Bolívar Carabalí primo-hermano de "El Gavilán", y que administrador de correos era un amigo de don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, venido hacia poco de Guayaquil en busca de empleo.

En el bando de los "gusanos" empezó a fermentar el odio hacia "El Pueblo". Domitilo González fue citado a la gobernación de la provincia, donde don Rodrigo Medrano de Pereira Y Quezada le pidió que laborara por la unión de la familia esmeraldeña, y le advirtió que no podría asegurarle las garantías necesarias si el periódico continuaba sembrando la intranquilidad, y fomentando la conspiración. Por su parte, "el "joven" Pompo amenazó públicamente a Jacinto Montesdeoca con hacer apresar en breve.

Empezó a hablarse en la ciudad de una posible clausura de "El Pueblo", de un destierro de Domitilo González y de una conspiración que se dijo estaba tramando la oposición.

Pero en el bajo fondo en donde se agitaban los "gusanos" empezó a susurrarse de un próximo asalto a la imprenta para silenciarla definitivamente.

Una tarde lluvia y fría, cuando las calles de la ciudad eran lodazales y el agua corría derribando los matorrales, Albero Morcú, recién levantando de la cama en donde había permanecido cerca de un mes atacado de paludismo, se presentó a la botica "La Vida". Venía pálido y mojado, vistiendo un pantalón de "puebla", descolorido y parchado, y una camisa remendada. Tenía enferma desde hacía días ---tal vez eran meses, tal vez eran años--- a su mujer. "El Bachiller" lo recibió afablemente, recordando que Alberto Morcú le había conseguido muchos votos para las elecciones de concejales, en las cuales la lista que él encabezaba había obtenido una abrumadora mayoría sobre la presentada por la "oposición".

Después de saludarlo, le dijo:

--- Patrón, quiero que me fíe unas medicinas pa' la curación de mi mujer… Tengo la receta del médico, paro ahora no tengo plata…

--- Hombre, ---le manifestó "El Bachiller"--- ahora no se puede. La situación está mala, y toda la venta se hace al contado. No fío…

--- Pero fíjese, patrón, mi mujer se muere…

--- No, no se puede fíar. Si me pongo a fíar todo lo que tengo ahora, ¿con qué pago a mis acreedores? Fíjate, ahora no se vende nada…

Y abrió el cajón donde colocaba las ventas diarias, y Alberto Morcú observó que realmente estaba vació.

--- Pero, patrón, tenga compasión…

--- No, no puedo. Ya te he dicho. Pero ---y como si hubiera sido súbitamente iluminado por una idea magistral, lo tomo del brazo--- tengo un trabajito que puedo hacerlo esta noche. ¿Quieres trabajar?

--- ¡Con tal que pueda!

--- ¡Claro que puedes!

--- ¡Es que como he estado en cama!

--- No es mucho. ¡Ya verás! ¿quieres?

--- Bueno. Veamos…

"El Bachiller" lo tomó del brazo y conversaron largamente en el portal de "La Vida". Después de un rato entraron a la botica, y "El Bachiller" ordenó al farmacéutico:

--- Proaño, despache esta receta que trae este caballero. Y además dele un buen reconstituyente para él... ¡El paludismo le ha dejado fregado! ¡Dele lo mejor que tengamos!

--- Gracias, patrón ---dijo Alberto Morcú, extendiendo la receta al farmacéutico. Cuando la receta estuvo preparada, "El Bachiller" se acercó a Alberto Morcú y le dijo:

--- Entonces, ¡trato hecho!

--- ¡Trato hecho, patrón! ---le confirmó Alberto Morcú.

--- Así me gusta. Siempre he dicho que Esmeraldas es la tierra de los hombres valientes y rebeldes. ¡Por algo es la cuna del ínclito Varga Torres!

"El Bachillller" extendió la mano y retiró de una percha una botella de aguardiente. Luego cogió un vaso que tenía colocado sobre su escritorio, vertió aguardiente en él hasta dejarlo medio lleno y se lo ofreció al liberto, quien lo bebió de un trago. "El Bachiller" sacó su pañuelo, se limpió las manos y se retocó el lazo de la corbata.

--- Proaño, ---dijo dirigiéndose al empleado--- ¿le dio el reconstituyente que le dije?

--- No, don Luchito ---le contestó el farmacéutico.

--- Entonces, ¡déselo en seguida! Anda ---añadió dirigiéndose al antiguo concierto--- recibe el frasco.

El farmacéutico le extendió un tónico; Alberto Morcú lo miró de uno y otro lado. Luego dijo:

--- Gracias, muchas gracias, patrón.

--- Entonces, te espero a la nueve de la noche, ¿no?

--- Claro, pero necesito un suplidito en plata, patrón. No he podido trabajar como un mes.

--- Bueno, no hay incovenientes. Siempre le sido y seré bueno con la gente honrada.

Le dio veinte sucres que el liberto guardó en su bolsillo.

--- Ya sabes, te espero a la hora convenida. Duermes aquí un rato. Te vas a eso de la una. Voy a averiguar quién estará de ronda, para arreglar con él.

--- ¿No hay peligro, patrón?

--- ¡De ninguna clase!

--- Bueno, ¿pero si me cogieran?

--- Es que no te van a coger. Pero suponiendo que eso suceda, tengo a mi compadre Ordóñez, un buen abogado, para que te defienda. Pero no habrá necesidad. Anda y vuelve. Y que se mejore la enferma. Ya sabes, siempre estoy a tus órdenes.

Le extendió su mano huesuda y torcida como una gancho, y Alberto Morcú se la estrechó fuertemente. Luego salió el liberto y se encaminó rápidamente hacia su rancho, muy contento porque llevaba el remedio que médico había receto para su mujer.

Arreció nuevamente la lluvia. Zumbaban en el rancho los zancudos y los "clavos". Afuera, la candelillas y los cocuyos rayaban el pizarrón de la noche.

--- ¡Maldita sea! ---dijo para sus adentros---. ¡No quiero ir! ¡por Dios, que no quiero ir! ¿Qué me pasó que dí mi palabra de ir?

Sacó un "pocho" que tenía guardado en la esquina del comedor, allí donde la ahumada pared de guadúa era recordada por una retorcida por una retorcida varenga de bejuquillo. La fragancia del tabajo se desparramó por todo el rancho. La Joaquina, que la habia estado dormida, se despertó cuando Alberto Morcú, por introducir precipitadamente su machete en un costal, lo dejó caer en el piso.

--- Alberto, ¿sos vos? ---le preguntó con voz apagada.

--- Si, yo mesmo.

--- ¿Qué sonó altualito?

--- Nada, estoy fumando.

--- Vení, acostate ya.

Entró al cuarto con la bebida que le había dado "El Bachiller", y poniéndola sobre una mesa, le dijo:

--- Ya está la bebida que te recetó el médico, pero tengo que salir ahora a ver el otro remedio.

--- No te vayas ahora, tengo frío y miedo.

--- No. Es que tengo que ir a ver el otro remedio.

--- Déjalo para mañana. Está lloviendo.

--- No. Es que también tengo que salir porque tengo que ir al muelle a asegurar una balsa de tagua de don Filiberto Caicedo. Él río está bien crecido. Parece que no es Río Grande, sino Teaone porque está echando mucho palo por el lado de acá.

--- Alberto, no vayas esta noche, déjalo pa' mañana.

--- No. Es que si no voy ahora mesmo, tal vez alguno me madruga este "camarón". No se vayan a romper las tiras… Tengo que asegurar la balsar… Don Filiberto me la ha entregado…

--- No, Alberto, vos me estás mintiendo. Vos vas a otra parte.

--- No, voy allá. ¿Qué me crees?

--- No, Alberto, vení y veme la cara. Sentate. Pícaro... ---dijo queriendo halagarlo.

Pero Alberto Morcú había salido ya del cuarto. Luego partió de la casa, llevando al hombro un costado tal con su machete, llevando al hombro un costal con su machete, y se fue por los escasos portales de las casas del arrabal, evitando la lluvia la lluvia. En una esquina un farol de arrojó a la cara su luz vacilante. En un zaguán vio a un gendarme agarrando por la cintura a una sirvienta. Por el camino iba pensando:

--- ¡Gringos ladrones! ¡El diamante de "Caña Parada" se lo robo don Petterson! El hijo me lo contó. Lo toparon en la playa, cuando bajaban de madrugada de Matilde, en canoa. Brillaba como piedra fina que era. Los joyeros lo examinaron... ¡Diamante!, le dijeron todos. El gringo, aprovechando que "Caña Parada" trabajaba de cuadrillero en su casa, se la quiso comprar barata... Los hijos de "Caña Brava" no se lo dejaron vender... El gringo se la llevó a Neuyor dizque pa' hacerla examinar... Allá la vendió... Vino a decirle que era piedra runa, que no valía nada, pero no se la devolvió... El negro bobo se hizo loco... El gringo se hizo rico... ¡Ja, ja, ja, ja, ja...! La Joaquina con el hígado...

Entró a una camisa y pidió aguardiente. Bebió y salió. Continuaba incesante la lluvia. En el portal alzó los ojos hacia el cielo, luego prosiguió su camino, enterrando sus pies en el fango.

--- Aquí estoy, patrón ---le dijo a "El Bachiller", ya en el almacén de éste.

--- Ya veo que ers de palabra y honrado. Así deben ser los hombres. La honradez es la base de todo negocio.

--- Deme un trago, patrón, pa' calentar el cuerpo.

Se quitó la camisa, la estrujó completamente un vaso a medio llenar.

--- ¿Usté creyó que yo era flojo, patrón?

--- No, ¡cómo voy a creer semejante barbaridad! ¡Aquí en Esmeraldas he visto a los hombres más valientes! ¡Eso lo se desde mi colegio, cuando estudiaba Historia del Ecuador! ¡Hombres valientes lo hay solamente aquí! Vargas Torres, por ejemplo, fue un macho... ¡Murió por la liberta...!

--- Yo también pelié por la libertad, como Vargas Torres... Yo era concierto antes de la revolución... De que soy valiente, lo soy, pero eso sí no me voy a dejar matar por nadie... Yo soy macho, ¿sabe? ---y se golpeó fuertemente el pecho con la mano derecha.

"El Bachiller" estaba contento. Mente hacía cálculos sobre las ganancias que obtendría. Como en ocasiones anteriores con otros sujetos ---ya era experto en esta clase de operaciones--- pagaría a Morcú un precio bajo por las mercaderías que le trajera de la cercana bodega de los Petterson, y si no quería recibir el valor, bastaría con hacerle creer que la policía estaba sobre la pista, que había peligro, y que por eso había reuelto no comprarlas. Alberto Morcú continuó bebiendo. Nuevamente surgió en su mente la figura del gringo Petterson.

--- ¿Sabe usté lo del diamante de "Caña Parada!? ---le preguntó.

--- Algo he oído--- le contestó "El Bachiller", desde su silla.

Se recostó sobre un cajón y continuó:

--- El gringo Petterson se lo robó... El viejo "Caña Parada" se lo topó bajando de Mútilde... de madrugada... en la playa... El gringo se lo llevó a Nueyor pa¡ hacerlo examinar... Lo "envolvió" al cuadrillero... Al regreso le dijo que era una piedra cualesquiera y que no valía nada... Pero, ¿por qué no se la devolvió? ¡Porque era diamante...! ¡Diamante! Los joyeros de aquí lo habían dicho... ¿Qué le parece, patrón?

--- ¡No tiene nada de raro! Todos esos gringos son unos ladrones! ¡Cuánto ganan en la tagua, y sin embargo pagan unos precios que son una piltrafas! ¡Todos ellos son unos ladrones y todo lo quieren para sí!

--- ¡Claro, ---dijo, tomando cuerpo en su mente aquella idea--- don Petterson es un ladrón! ¡Todos los gringos son ladrones! ¡Los italianos, los alemanes! ¡Todos!

Continuó bebiendo:

--- Robarle a un ladrón, ---le dijo "El Bachiller"--- no es un pecado. Es simplemente la compensación equitativa que establece el reparto en la economía política contemporánea.

Alberto Morcú miro fijamente a "El Bachiller", como interrogándolo acerca del significado de sus últimas palabras que le resultaron incomprensibles,

Luego gritó:

--- ¡Ladrones!

--- No hagas tanto escándalo. ¡Prudencia! ¿Sabes? ---le preguntó acercándose al oído---. He hablado ya con el policía de ronda. No hay peligro de ninguna naturaleza.

--- Bueno, patrón.

Pero ahora otros pensamientos llenaban la menta abochornada del liberto.

El robo en sí, convencido ya de que era algo justo, no le importaba mucho. El alcohol estaba poniendo a flote recuerdos hundidos en las profundidades de sí mismo. "El Bachiller" tomo nuevamente asiento.

--- ¿Sabe usté lo del arrastre del sargento Lastre?

--- No, hombre, no he sabido sino muy poco. Casi nada.

--- Pues yo sí. ¿Sabe? ¡Yo pelié en la revolución de Concha! ¡Yo! ¡Yo! ¡Y que me agarren ahora por eso! Yo ---y se golpeó fuertemente el pecho con la mano derecha--- era concierto, ¿sabe? ¡Pero la revolución me libertó! ¡La revolución nos libertó a muchos conciertos! ¡Dejamos la esclavitú y nos fuimos a la guerra, y matamos muchos serranos! ¡En las playas y en el monte dejábamos siempre al serrano que hacía tumbo...! Pero volviendo al sargento Lastre, ¡hombre verraco era! ¡Y qué mujerera, el maldito! Por una

hembra blanca daba la vida. Bueno, el refrán dice: "Al negro le gusta la pierna blanca". A hembra que le ponía el ojo era hembra de él, por las buenas o por las malas. Figúrese que…

--- Habla más despacio ---le sugirió "El Bachiller".

--- Figúrese ---y bebió otro trago--- que cuando lo cogieron en Daule estaba en una casa donde vivía con dos hermanas.

"El Bachiller" pensó: Lo mesmo que yo. ¡Y yo le gano! ¿Qué erar es eso? ¡Claro que yo le gano! ¡Yo he tenido aquí en esta casa a dos hermanas y a la madre!

--- ¿Y después? ---le pregunto "El Bachiller".

--- Bueno, cuando perdimos a don Carlos, porque lo cogieron los del Gobierno al mando de don Benicio Reyes, ya nos desmoralizamos. La revolución siguió, paro ya no tenía el empaje del comienzo. Cuando Lastre se había casi retirado de la revolución, porque no estaba de acuerdo con el nuevo jefe, fue una comisión a cogerlo. Lo cogieron de sorpresa, le "susunguearon" a bala la casa y le hirieron una pierna… Después lo bajaron y lo arrastraron hasta la playa… ¡Malditos serranos! ("El Bachiller" se estremeció de terror) ¡Lo hicieron picadillo! ¡Maldita sea! ¡Así no se mata a un hombre!

"El Bachiller" consideró oportuno cambiar el tema de la conversación.

--- ¿Y cómo está la tagua ahora? ---le preguntó.

--- Está a buen precio, pero toda tagua que baja la quitan porque dicen que es tagua robada de los terrenos de doña Jacinta.

--- ¡Ah! ¡Si! Algo he oído de eso.

--- Pero eso no es cierto. Es la picardía de los ociosos de aquí de acuerdo con las autoridades.

Tomó otro trago y dijo:

--- ¡Cuando habrá otra "chamusca" como la que hicimos con el coronel Concha! ¡Hace falta ya! ¡Pero, maldita sea, ya no hay con quien contar! ¡Todos los de este tiempo son cobardes! ¡Este es un tiempo sin hombres!

Comenzó a darle sueño. Tomó su costal, dentro del cual tenía el machete, y se acostó junto a una pared. "El Bachiller" le dijo que le hablaría a la una de la madrugada. Cerró las puertas del almacén y de la botica, apagó las lámparas y subió a la casa.

En la planta alta del Cuartel General de Policía en presencia de "El Gavilán", del jefe de Investigación y de un grupo de gendarmes empezó el tirabuzón de la tortura a extraerle la verdad. Quitada la camisa y echados los brazos hacia atrás le amarraron con piolas los dedos pulgares; luego unieron los dedos amarrados a un cabo extremo libre fue pasado por encima de una varenga, y a la orden del jefe de Investigaciones tres gendarmes tiraron de

la cuerda del liberto. Crujió el cuerpo de Alberto Morcú y descubrió en el espacio una grotesca contorsión. El cabo del cual pendía seguía siendo tirado por los tres gendarmes y Alberto Morcú ascendía hacia el cielo raso inconcluso. Sentía como que sus manos fueran a arrancársele y en vano se esforzaba por mantener su posición natural.

--- ¡Sinvergüenza! ¡Confiesa ahora! ---le gritó "El Gavilán".

--- ¡Pícaro! ¿Dónde está la mercadería robada anoche donde los gringos? --- le preguntó el jefe de Investigaciones.

--- No sé, yo no soy ---dijo esforzándose.

--- ¡Entonces, ---ordenó "El Gavilán" a los gendarmes--- amarren la punta del cabo y dejenlo colgado! ¡Vamos a ver si confiesa o no el boquiduro!

Los gendarmes obedecieron. Al cabo de algunos minutos ante las obstinada actitud del liberto, "El Gavilán" ordenó:

--- ¡Bajen un poco y preparen los rejos!

Aflojaron la cuerda y lo descendieron hasta dejarlo suspendido a corta altura. Dos gendarmes tomaron los cueros, treparon a una mesa y empezaron a azotar la desnuda espalda de Alberto Morcú. El liberto comenzó a girar como un trompo. Luego, derribadas las últimas murallas de su resistencia, dijo con una voz que apenas podía levantarse sobre el ruido bronco de los látigos enfurecidos:

--- ¡Por Dios, no me maten! ¡Yo soy…!

--- Bueno, ---ordenó riendo "El Gavilán"--- no le den más! ¡Ya se le aflojó la lengua! ¿Dónde está la mercadería?

Alberto Morcú estaba distante de todos ellos y de si mismo, y las palabras de sus torturadores le llegaban débiles, perdida toda su energía al recorrer el largo camino de su sufrimiento, detenido en su movimiento giratorio, dijo con voz entrecortada:

--- La tiene don Lucho… Don Lucho Toapanta… Yo… no… quería ir…

--- ¡Calumniador! ¡Cínico! ¡Miserable! ---le increpó "El Gavilán"---. ¡Cometes el robo y te atreves a manchar la reputación de don Lucho! ¡Degenerado! ¡Repite tu infamia para ordenar que te maten!

Perdida la noción de sí mismo, creyendo que al ratificarse el castigo serís meno duro, repitió haciendo esfuerzos supremos:

--- ¡Si…! La tiene don Lucho…! ¡Pero suéltenme, que ya no aguanto más!

El jefe de Investigaciones ordenó que lo descendieran, y, ya en el suelo, los gendarmes le quitaron las amarras.

Le ordenaron seguir en medio de dos gendarmes armados al almacén de "El Bachiller". Llevaba puesta su camisa. Su pantalón mostraba muchas manchas de sangre. Atrás seguían "El Gavilán", el jefe de Investigaciones, el

comisario Nacional de Policía, el gringo Petterson y algunos curiosos. "El Bachiller" los recibió amablemente. Aparentó no ver a Morcú.

--- ¡Cuánto gusto, señor Intendente! Buenas tardes, mister Petterson. Pasen ustedes... señor comisario... ¿A qué debo tanto honor?

Después de estrechar las manos de todos ellos, les preguntó:

--- ¿En qué puedo servirles?

--- Venimos ---habló "El Gavilán"--- porque este ratero ---señaló a Morcú--- dice que ha dejado aquí en su almacén, en calidad de depósito nada más, un lote de mercaderías que se ha sustraído anoche del almacén de nister Petterson. Probablemente usted se habrá enterado del robo de anoche...

--- Sí, cómo no. Me enteré por mi chico esta mañana... Pero, ¿cómo dice?

--- Entendemos ---dijo "El Gavilán"--- que todo eso es una vil calumnia... Pero usted comprende, la labor investigadora ---le guiñó el ojo al descuido de miser Petterson--- exige todo eso... Porque estoy dispuesto a castigar con mano de hierro a todos los rateros... quiero sanear a Esmeraldas de ladrones...

--- Eso ser bueno --aprobó sonriente míster Petterson.

--- ¿Así que este ratero, ---les preguntó "El Bachiller", clavando sus ojos resplandecientes de furia en el liberto torturado--- dice que ha dejado el producto de su robo en mi establecimiento? Hombre, ¿qué creerá míster Petterson que soy?

--- ¡Mi no creer nada! ¡Nada! ---exclamó el gringo.

--- ¿No estarás loco? ---le preguntó "El Bachiller"--- ¿Estás en tus cinco sentidos? ¿O eres un calumniador mandado por mis enemigo? Pero, ¿no conocen a este delincuente, degenerado y repugnante, que cumple en su desventurado ser la inevitable ley del atavismo? Creo que bastará con decirle que lo conozco como un concierto que fue libertado por la revuelta criminal de Concha, y que he sabido, por personas que merecen todo crédito, que se jactan de haber matado a muchos soldados de los batallones del gobierno cuando ya se habían rendido... Eso es aquella piltrafa humana, ---señaló al liberto--- pregón de los malos instintos, y expresión palpable de la criminalidad "conchista", que, felizmente, el supremo gobierno por medio de sus dignas autoridades ha empezado a castigar en forma ejemplarizadora...

--- Lo conocemos de sobra, ---manifestó "El Gavilán"--- pero en nuestro afán de probar a míster Petterson la inocencia y pulcritud de usted, nos hemos visto obligados a molestarle.

Alberto Morcú, con la espalda encorvada por el flagelamiento y con los dedos pulgares crecidos y desobedientes, como si no le pertenecieran, escuchaba con asombro las palabras de "El Bachiller".

--- Bueno, ---dijo-- pueden pasar. Señor intendente, señor comisario, señor jefe de Investigaciones, míster Petterson, ésta es su casa. Busquen sin

recelo... Tengan la seguridad de que no me incomodaré. Por el contrario, acepto complacido la investigación, para que pueda resplandecer mi honradez... ¡Y tú, entre depravado, ---dijo dirigiéndose a Alberto Morcú--- enseña el lugar en donde pusiste la mercadería...! ¡Anda y sácala...! ¡Miserable...!

En la puerta del almacén de "El Bachiller" comentaban algunos curiosos:

--- No es la primera vez...

--- Por eso ha hecho plata a la carrera...

--- Y siempre sale bien...

--- ¡Claro! Si se "aconchaba" con el Gavilán, ¿cómo no van a salir bien?

Y mientras "El Gavilán", el comisario, el jefe de Investigaciones y Alberto Morcú se dirigían al interior de la bótica. "El Bachiller" cerró las puertas de su almacén, diciendo a los curiosos:

--- ¡Esto no es teatro!

Asombrado de no haber encontrado ni rastros de las mercaderías que había dejado en la bodega en la madrugada de ese día, arrepentido de haber delatado a don Luis Toapanta y temeroso del castigo que le esperaba, Alberto Morcú salió cabizbajo en medio de los dos gendarmes que, rifle en mano, le ordenaron regresar al Cuartel General de Policía.

"El Gavilán", el comisario, el jefe de Investigaciones y el viejo Míster Petterson presentaron su excusas a "El Bachiller" por la Investigación que se habían visto obligados a practicar en su establecimiento. Míster Petterson se dirigió a su almacén, y los funcionarios de policía siguieron tras el detenido. "El Gavilán" se quedó conversando con "El Bachiller".

--- En buenas me puso el negro ese ---le dijo---. Si no hubiera obrado aprisa, habría pasado grandes calores...

--- Pero ya sabe que cuenta en la Intendencia General de Policía con un amigo a prueba de bombas ---le dijo "El Gavilán"---. ¡Cuente siempre conmigo!

--- Lo que ahora me preocupa es el escándalo que va a formar el negro González en su periodicucho... Ya verá...

--- Déjelo no más, bachillercito, que se dé gusto... Estoy madurando un plan... Dentro de poco la lora dejará de cantar...

--- ¿Cierto?

--- Ya verá. Espere. Esta noche conversaremos largamente.

--- Bueno. Lo espero sin falta.

--- Hasta luego.

--- Hasta luego.

CAP. 13

LA CONSPIRACIÓN

Después de pasar por una manzana sin edificios y con ínfulas de parque, lo condujeron nuevamente al Cuartel General de Policía. El carcelero abrió una puerta que quedaba en el centro de un enrejado hecho con varillas de hierro, y los gendarmes lo arrojaron violentamente al patio de los reclusos.

--- ¡Pícaro! ¡Desgraciado! ---le gritó uno de los policías, empujándolo con el cañón de su rifle.

--- ¡Ahora si que te pudres ahí! ---le dijo el otro.

El carcelero cerró la puerta con candado, y se marchó; luego siguieron tras él los dos gendarmes.

Alberto Morcú avanzó y entró en un pequeño cuarto, oscuro y caluroso, que estaba desocupado y quedaba junto a la puerta del enrejado. El piso del cuarto había sido antes de madera, pero ahora estaba reducido a fragmentos de tablas: los reclusos lo habían destruido poco a poco en su afán de conseguir leña para conocer sus alimentos, Alberto Morcú se sentó en el piso del cuarto, junnto a la puerta de entrada, y empezó a contemplarse los dedos crecidos y sangrantes. Haciendo gran esfuerzo pudo echarse las manos para atrás y empezó a tocarse la espalda ensangrentada. Le fastidiaba la poca luz que entrada por la puerta, y hubiera deseado refugiarse en algún sitio en donde la oscuridad fuera tan espesa que lo protegiera de los ojos de los demás. Escuchó molesto el rumor de algunos reclusos que se acercaban cautelosamente.

--- ¡No quiere agua, hermano! ---le preguntó, desde la puerta, un viejo que llevaba un pañuelo dado la vuelta en la cabeza.

--- No, no quiero nada ---dijo sin cambiar de posición.

--- Tome no más ---volvió a decirle al viejo---. Si quiere árnica, también tengo.

--- Es lo mejor que hay pa' los golpes ---dijo otro detenido---. No hay como la árnica.

Alberto Morcú alzó la cabeza y observó a los reclusos que empezaban a llenar la puerta del cuarto. Casi todos estaban cubiertos con harapos que alguna vez fueron vestidos. Todos ellos estaban flacos, amarillos y barrigones, y claramente se comprendía al observarlos detenidamente que estaban muriéndose lentamente. Uno se acercó más que los otros al nuevo detenido, lo miró fijamente un momento y de pronto exclamó:

--- Compadre Alberto, ¿usté es?

--- ¿Quién es? ---preguntó el torturado, refregándose los ojos con los dedos ensangrentados.

--- ¡Compadre! ---dijo Juan Cagua inclinándose y tomándolo entre sus brazos.

--- Pero, ¿qué es lo que ha pasado, compadre?

Albero Morcú permaneció por un momento contemplando a su antiguo compañero. Juan Cagua tomó entre las suyas las manos ensangrentadas de Alberto Morcú, las observó cuidadosamente, luego se sentó junto a él y le dijo a los demás reclusos que estaban junto a la puerta:

--- ¡Si es mi compadre Alberto! ¡Vengan! ¡Lo han estropeado malamente!

Los otros hombres se acercaron y observaron detenidamente al nuevo recluso. El viejo que llevaba el pañuelo en la cabeza le quitó la camisa, y todos observaron con indignación la espalda azotada de Alberto Morcú.

--- Pero, ¿Qué es lo que le ha pasado, compadre?

--- ¡Agua! ---dijo con voz desfalleciente---. ¡Demen agua!

--- ¡Un mate de agua! ---ordenó Juan Cagua.

El viejo salió del cuarto y volvió a poco rato trayendo un tarro lleno de agua. Apagada la sed, Alberto Morcú, dijo:

--- ¡Estoy fregado, compadre! Vea los dedos... vea la espalda... ¡Creo que me han aporreado mucho los malditos...!

--- Compadre, ¿Qué es lo que le ha pasado? ---volvió a preguntarle Juan Cagua.

--- Voy a traer yodo y unos trapos pa' curarlo ---dijo el viejo, y salió llevándose el tarro vacío.

--- ¡Que bueno que es don Cayetano! ---dijo Juan Cagua.

--- ¡Buen hombre! ---dijo Alberto Morcú.

--- Pero, compadre cuente...

--- Verá, compadre. Fui a robar anoche donde míster Patterson... Anoche... Me han pillado... Yo dejé la mercadería onde don Lucho Toapanta... ¡No! ¡No estoy transcuerdo! ¡Ahí lo dejé! Yo fui porque él me dio unas medicinas que

necesitaba pa' mi muer, y un suplido en plata... ¡Sí! ¡Por Dios y Cristo que ahí la dejé! ¡Usté no cree, verdá, que no la dejé ahí.

--- No ---le respondió Juan Cagua, sin comprender por qué su antiguo compañero quería que le desvaneciera aquella duda.

--- Sí compadre, ahí la dejé.

--- Claro, ---intervino otro detenido--- no es la primera vez que pasa esto. ¿Sabe? Con un paisano hizo lo mesmo que con usté. Eso lo hace siempre. El mesmo manda a robar onde los gringos, pero unas veces se traga a los que manda a robar, y se queda con todo sin que le cueste ni un solo centavo. Niega todo, traspone la mercadería, y como aquí no hay a quién reclamar, al que ha mandado a robar lo hace meter a la cárcel. Ordena a "El Gavilán" que lo cojan, y lo cogen... ¡Pero a él no hay quién le haga nada!

El que hablo así era un recluso, de nacionalidad colombiana, que había ingresado a la cárcel hacía ya algunas semanas, acusado de haber estafado a un agricultor a quién había despojado de todos sus ahorros a pretexto e enseñarle a falsificar billetes de banco. Pero no había podido cumplir su promesa, aun cuando por adelantado se había apoderado de todos los billetes que el agricultor conservaba en su caja, porque cuando comenzó la lección y ya iba a salir el primer billete falsificado, llamó un hombre a la puerta, y, ante el peligro de ser descubierto, por fugar había derribado la mesa en donde realizaba el trabajo y los "caidos", que no podían ser conseguidos sino en Colombia, se habían derramado sobre el piso del cuarto.

Regresó el viejo trayendo un pequeño frasco de yodo y unos trapos. Abrió el envase, empapó un pedazo de trapo y empezó a ponerle el líquido en los dedos y en la espalda. Cuando el viejo ubo terminado la curación, Alberto Morcú le agradeció, y habló para todos:

--- Me cogieron en mi casa esta tarde. Me trajeron directamente allá arriba ---y señaló levantando pesadamente su mano derecha el piso alto de la prisión---. Me colgaron y después me dieron rejo y más rejo. ¿Oyeron ustedes?

--- Sí ---asintieron algo los detenidos.

--- Era yo ---prosiguió---; me hicieron "vomitar"... Tuve que confesar todo... Porque parecía que los dedos se me iban a arrancar... Y porque cuando empezaron a darme rejo, la cabeza se me turbó portado ingrato... No debí portarme así, porque don Lucho me había fiado la receta que él médico me dio pa' la Joaquina... Pero no aguantaba más... Después me llevaron a la tienda de don Lucho... y tuve que sostener lo que había dicho... No podía echarme pa' atrás... Pero busqué la mercadería en la bodega, donde la había dejado, y ni rastros...! ¡Se había hecho humo...!

--- ¡Qué iba a estar! ---dijo otro detenido, de color negro y apodado "Primo-Hermano"--- ¿Cree usté, hermano, que don Lucho es bobo, como nojotros? ¿Cree que iba a dejar ahí en su tienda, pa' que usted fuera y la encontrara. La saca después de mucho tiempo, cuando ha comprado onde lo mesmo

gringos de las mesmas casas que ha hecho robar, pa' hacerle creer a los Petterson que vende solamente lo que ellos le han vendido...

--- ¡Ah! Así ---dijo Juan Cagua, lleno de asombro---. ¿Así es don Lucho?

--- ¡Claro! ---le afirmó "Primo-Hermano"---; ¡Yo sé por qué lo digo! Lo que dijo don Cirilo ---y señaló al falsificador colombiano--- es la verdá... El paisano tuvo que hacerse llevar en canoa a Tumaco... Salió de la noche de "La Boca", y casi... casisito que lo agarran...

--- ¿Así es don Lucho? ---volvió a preguntar Juan Cagua, como esperando una respuesta para levantar sobre ella algo que todavía le era confuso.

--- ¡Así es! ---le respondió el falsificador---. ¡Yo soy colombiano, pero maldita sea...! ¡De repente me dan ganas de salirme de aquí y matarlo a don Lucho! ¡Y eso que conmigo directamente no se ha metido! ¡Pero me duele lo que hace con los "Socios"! ¡El hombre no debe ser traicionero!

--- ¡Eso mismo digo yo! ---aprobó "Primo-Hermano".

--- ¡Claro! ---dijo Juan Cagua---. En eso estaba pensando. El traicionero no debe vivir. La venganza dicen que es mala, pero hay muchas cosas malas que se hacen todos los días.

--- ¡La venganza! ---dijo "Primo-Hermano"---. ¡Esa es la justicia!

--- ¡La venganza! ---asintieron algunos detenidos.

--- Si yo pudiera salir de aquí, ---dijo Alberto Morcú--- así postrado como estoy sacaría fuerzas de onde no tengo, y ¡Por Dios!, que me lo comía... ¡Si ustedes hubieran visto cómo me trató en presencia de las autoridades, después de haberme ofrecido hasta abogado...! ¡El mesmo me ha hundido, cuando pudo salvarme! ¡Pero ahora estoy preso, y no puedo! ¡Qué estaba diciendo...! Bueno, ---añadió, dirigiéndose a Juan Cagua--- y ¿por qué lo agarraron a usté, compadre?

--- Por nada vea. Bajamos una balsa de tagua con Pedro Pablo y Otoniel, que ahora los cargan llenando agua, y nos quitaron porque dijeron que era tagua robada de onde doña Jacinta. ¡Figúrese, de la mesma hacienda onde éramos conciertos...! ¡Como si no hubiera otras tierras onde uno puede ir a taguar.

--- ¡Barajo, ---intervino el falsificador--- esos paisanos de ustedes son unos condenados! ¡Les roban a ustedes sus productos, y los meten a la cárcel! ¡Los mandan a robar, se quedan con todo y meten a los socios a la cárcel...! ¡No! ¡Estas cosas no pueden quedar así!

--- ¿Y que podemos hacer? ---le interrogó Juan Cagua---. ¿No vió lo que pasó con nojotros?

Entraron en ese momento Pedro Pablo Mina y Otoniel Valverde. Ambos se inclinaron y abrazaron a Alberto Morcú, y después de conocer los motivos de su prisión, prosiguió la charla interrumpida...

--- No hay quién le haga caso al pobre ---dijo el "Primo-Hermano"---. Esto es en todas partes, ¿o quiere decir que en Colombia es distinto? ---preguntó al falsificador.

--- Más o menos es así mesmo ---le respondió el colombiano. Pero cuando a uno no le hacen justicia, uno debe hacerse la justicia por su propia cuenta, con sus propias manos. ¿Me entienden? Si hubiera habido alguno que le plante el macho a don Lucho, apuesto que no seguía haciendo lo mesmo. Pero, ¿por qué lo hace y lo seguirá haciendo? ¡Porque todos los que han caído en sus manos son unos grandísimos flojos! Todos trabajan como esclavos, pa' que él, se enriquezca. Y cuando pueden hacer algo, digo pueden desquitarse, digo cuando pueden tomar venganza, se ponen como el perro que corre con el rabo entre las piernas... El hombre debe saber ser hombre, y el que no es hombre debe ponerse calzonaria...

--- Yo creo que es así, como dice don Cirilo. ¡Pero mi compadre Alberto es macho! ¡Con él ha peleado en la revolución de Concha, y nunca tembló...!

--- ¡Nunca, compadre! ---dijo el torturado, acostándose.

--- ¡Los ecuatorianos somos machos! ---dijo Pedro Pablo Mina, encolerizado--- ¡A nojotros no nos insulta ningún colombiano! ¡Y si usted cree que debemos usar calzonaria, salga a la pampa rasa, pa' que vea...!

Pedro Pablo Mina se abalanzó hacia el falsificador, pero el viejo se interpuso entre los dos hombres, diciéndoles:

--- ¡Calma! ¡Calma! ¡Que la cólera no separe lo que el infinito ha juntado!

--- No estoy insultando a nadie ---dijo el falsificador, distanciándose de Pedro Pablo Mina---. ¡Yo no hablo de ustedes! ¡Yo hablo es de todos!

--- Entre esos todos estamos nojotros ---alegó "Primo-Hermano"---. Modere esa lengua si quiere salir vivo de aquí.

--- No vamos a pelear por eso. Tal vez me expliqué mal. Pero deben saber que entre nojotros no debemos pelear. Nuestros enemigos están afuera. No aquí. ¿Me entienden?

--- ¡Así es! ---dijo Alberto Morcú---. Pero cuando salga de aquí me lo como a don Lucho... Digo, si es que no me saca como me ofreció.

--- ¿Sacarlo? ---le ofreció el falsificador, riéndose---. ¿Sacarlo de aquí? ¡No espere eso, hermano! Lo hundirá lo más que pueda. ¡Creamelo! ¿Cree usté que a él le conviene que lo sueltan? ¡No espera que lo saque!

--- Vamos a ver... Tengo que esperar...

--- Pero las tiene que pagar ---dijo el viejo--- tarde o temprano. Si no lo castigan los hombres, Dios lo castigará con todo rigor desde lo alto.

--- ¿Dios? ---le preguntó riéndose el falsificador---. ¡Dios castiga solamente a los pobres, y el cielo se ha hecho sólo pa' los ricos, aunque los curas digan lo contrario en sus sermones! ¡Muestreme algun rico que haya sido castigado! ¿Hay aquí algún rico?

--- Dios no está con los ricos ---le refutó el viejo---. ¡Dios está con los pobres!

Algunos reclusos comenzaron a salir del cuarto para preparar la merienda. A la noche varios detenidos le llevaron a Alberto Morcú una parte de su ración.

Después de una noche a oscuras, en que no hubo alumbrado por haberse agotado, según se dijo, el kerosene en la plaza, despertó el pueblo alborotado.

Aun cuando estaba oscuro todavía, se había formado ya un numeroso grupo frente a los destruidos talleres de "El Pueblo". Algunos circunstantes examinaban el piso del edificio y el cesped de la calle, manchados de tinta de imprenta. Otros recogían algunos tipos regados en el polvo de la bocacalle. En el interior del local muchos papeles habían quedado revueltos, y un poco lejos algunos ejemplares de "El Pueblo" habían sido abandonados a medio quemar. Llegó apresuradamente Domitilo González y fue recibido por una demostración de afecto.

--- ¡Viva "El Pueblo" ---gritó un hombre del grupo.

--- ¡Viva! ---le replicaron todos.

--- ¡Abajo los "gusanos"!

--- ¡Abajo!

Domitilo González penetró al local.

--- Esto ya es el colmo ---dijo un hombre del grupo---. ¡Destruyen la imprenta para matar la voz de Esmeraldas!

--- ¿Y quiénes seran? ---le preguntó una mujer del vecindario.

--- ¿Quiénes van a ser sino los "gusanos"?

Luego llegó Jacinto Montesdeoca, penetró al local y con Domitilo González y algunos curiosos empezó a observar los objetos destruidos.

En ese momento se vió venir tambaleante hacia el grupo al sastre guayaquileño Vera, por la parte de la calle "Sucre". Se acercó, se echó hacia atrás la melena que le caía sobre la fuente, y con voz zigzageante como él, exclamó:

--- ¡Viva Alfaro! ¡Viva la libertad!

Se introdujo prontamente en el grupo, como una cuña, y prosiguió:

--- ¡Yo lo he visto todo! ¡Yo se quienes son los autores de esta salvajada! ¡Son ellos! ¡Los he visto con estos ojos que han de volverse polvo!

Tambaleándose más aún dio una vuelta llevando hacia atrás su mano derecha, y después de mucho trabajo, arrimandose a uno de los presentes, extrajo una botella de aguardiente. Levantó la botella, bebió y continuó:

--- ¡Yo los conozco! ¡Son ellos! ¡Viva la libertad!

Agitaba la botella en el aire tan peligrosamente, que los circunstantes evitando ser agredidos por el beodo, se distanciaron un poco. Quedó en el centro del grupo, concentrando la atención general en su figura desgarbada y en su voz entrecortada. Yéndose de un lado para otro, prosiguió:

--- ¡Son ellos! ¿No saben? ¡Yo los señalaré ante la Justicia y ante la Historia...! ¡Viva Alfaro...! ¡Viva el Viejo Luchador...! Pero, ¿no los conocen? Esperen... ¡Voy a decírselo...! Pero no se lo van a contar a ningún pesquisa, porque me matan... ¡Dejenme tomar otro trago...! ¡No... no me voy...! ¡Se lo juro...!

Bebió nuevamente, y, al observar que la botella estaba vacía, la arrojó lejos, por encima de las cabezas de algunos hombres, y continuó:

--- ¡Son ellos! ¡Los enemigos de la libertad de pensamiento...! ¡Los falsos liberales...! ¡Los que han tomado el nombre de Alfaro para traicionar al pueblo...! ¡Malditos...! ¡Viva "El Pueblo"...! Pero prometan que no van a dejar que me maten... ¡No...! ¡No me dejen matar...! ¡Son ellos...!

--- ¿Quiénes? ---le preguntó don José Manuel Quiroz, cuya casa quebrada frente al edificio en donde funcionaba la imprenta.

--- ¡Ellos...! ¡Ellos...! ---y señaló con su dedo índice una casa situada en la misma calle y en donde continuaba todavía un baile que había sido ofrecido a las principales autoridades por una maestra que trabajaba en la escuela de niñas "La Patria", cuya directora era Carmela Campos, novia de Domitilo González.

--- Pero, ¿quiénes son ellos? ---le preguntó impaciente ya don José Manuel Quiroz

--- ¡Ellos! ¡Ellos...! ¡Los "gusanos"...! ¡Yo lo he visto toda esta madrugada! ¡Cerraron el tráfico con cordones de policías para que nadie pasara...! ¡Pero yo los he visto...! ¡Fueron los policías mandados por los "gusanos"! ¡Pero andaban de civiles...! Para que no los conociera nadie... "El Bachiller"... "El Gavilán"... El Gobernador... todos ellos dirigían la ofensiva... ¡Ellos son...! Los del bote perdido con aguardiente... con sal y con fósforos... pero que no llevaba nada... Los de los veinte mil sucres en billetes viejos, desaparecidos de la caja de correo, sin que la caja tuviera ningun daño... Los que estan mandado a los policías a sus haciendas... Los que están quitando la tagua a los campesinos... Ellos, lo que han hecho unas elecciones en que han votado los policías y los soldados dos y tres veces... Quisieron matar la voz de Esmeraldas. ¡Ja, ja, ja, ja, aj...! Pero no matarán... ¡Domitilo, ---gritó estentóreamente--- sigue adelante, muchacho, como yo...! ¡Como yo...!

La concurrencia prorrumpió en estrepitosas carcajadas, el sastre rió también. Luego añadió:

--- Ya se los dije... ¿Qué más quieren? ¡Viva Alfaro! ¡Viva Domitilo! ¡Viva el sueño! ¡Abajo... el trabajo...!

Dio un traspié y cayó de bruces sobre la yerba ennegrecida por la tinta de imprenta; se llevó las manos a la cara, como queriendo taparse los ojos para evitar la luz del sol que empezaba a dorar la mañana y exclamó:

--- El patíbulo al mártir no le afrenta ni... el trago... le amedrenta...

Y se quedó tendido, callado e inmóvil, como algo inútil en aquel turbulento amanecer.

Acompañdo de algunos gendarmes llegó después "El Gavilán", penetró al locar, saludó cortesmente y presentó a Domitilo González su condolencia por los destrozos de que había sido víctima la imprenta. Ya al despedirse le dijo desde la puerta:

--- Tenga usted la plena seguridad de que descubriré y castigaré con mano de hierro a los autores de este salvaje atentado contra la libertad de pensamiento...

Pocas horas después algunos hombres y muchachos extraían del fondo del río, frente al parque "Vargas Torres", la prensa despedazada de "El Pueblo".

Desde las primeras horas de la tarde empezó a circular en la población una diminuta hoja volante, escrita en máquina, de decía:

¡PUEBLO ESMERALDEÑO, DE PIE!

A todos los hombres de Esmeraldas se los invita para una manifestación que se llevará a cabo hoy, a las 5 de la tarde, para protestar por el salvaje atropello de que ha sido víctima, por parte de los "GUSANOS", el periódico "EL PUEBLO". Hombres libres de Esmeraldas: ¡De pie contra la fuerza bruta, que pretende destruír las conquistas legadas por Alfaro!

Lugar de reunión: Casa del señor Jose Manuel Quiroz, frente a los talleres de "EL PUEBLO"

La comisión.

El permiso solicitado a la intendencia general de policía por la comisión para efectuar la manifestación fue negado por "El Gavilán", con el fin, según dijo en la comunicación enviada a los dirigentes, de "evitar atropellos por parte de la ciudadanía". Pero aun cuando la resolución del intendente fue conocida en seguida, desde horas anteriores a la señalada la mayor parte de la población ---hombres, mujeres y hasta niños--- se volcó en la calle "Sucre", formando un tumulto frente a los talleres arrasados por la furia de los policías dirigidos por los "gusanos". La caballería y pelotones de policías armados, ---descalzos y llevando uniformes descoloridos y parchados--- empezaron a recorrer la calle, tratando de dispersar la multitud que se hacía más numerosa a cada instante. Don José Manuel Quiroz, dueño de la casa señalada como lugar de reunión, gritó:

--- ¡Vamos mejor al patio!

--- ¡Vamos! ---rugieron muchas voces entremezcladas.

La muchedumbre empezó a ocupar el patio, y en ese instante se vió venir flameando veloz una bandera verde, que al sol de la tarde volvía

resplandeciente. La agitaba Carmela Campos, nerviosa, pero alegre y sonriente.

Luego la bandera fue colocada, en medio de atronadores aplausos, en el corredor de la casa, y junto a ella algunos oradores tomaron la palabra para condenar el atentado. Después el comandante Balladares dio las instrucciones para el recorrido, y cuando hubo terminado, dando estruendosos vivas, la multitud comenzó a salir precipitadamente del patio. Los gendarmes trataron en vano de contenerlos. Desbordándose, como los ríos crecidos que en invierno se trepan a las vegas y a su paso van arrasando cuando encuentran, la muchedumbre salió destrozando las puertas de Carmela, flameó la bandera verde. Al doblar la esquina la insignia se colocó a la cabeza del desfile. Ya en plena calle "Bolívar", ---la calle central de la población--- la manifestación había crecido extraordinariamente, y era como una gigantesca ola que pronto inundaría toda la ciudad. La caballería y los gendarmes a pie, incapaces, la seguía.

--- ¡Viva la libertad!

--- ¡Viva!

--- ¡Viva Alfaro!

--- ¡Viva!

--- ¡Abajo los "gusanos"!

--- ¡Abajo!

--- ¡Que mueran los "gusanos"!

--- ¡Que mueran!

Antes de llegar a la botica "La Vida" los manifestantes que iban a la cabeza vieron venir hacia ellos un pelotón de policías armados. Avanzaron en grupo hasta la bocacalle y luego se separaron, tomando posición de ataque. Varios se tendieron en una cuneta y armaron una ametralladora; otros se parapetaron tras los macizos puntales de guayacan de la casa situada en la esquina y restrillaron sus fusiles. La multitud se detuvo vacilante, pero el comandante Balladares, temeroso del fracaso de la manifestación, gritó con voz potente:

--- ¡Nadie retrocedes!

Domitilo González, Jacinto Montesdeoca, Carmela Campos con la bandera en alto, el doctor Perlaza, don José Manuel Quiroz y otros estaban en primera fila. Y como la muchedumbre empezaba a retorcerse ante el despliegue de la fuerzo amenazante, insistió:

--- ¡Nadie retrocede! ¡El pueblo unido es vencible!

Entusiasmado Jacinto Montesdeoca gritó:

--- ¡Abajo los "gusanos"!

La caballería y los gendarmes que habían avanzado entremezclados con la multitud, como solidarizándose con ella, empezaron a moverse de un lado para otro. Frente a la cabeza de la manifestación, con la faz descompuesta y mirando hacia todos los lados, "El Gavilán" escuchaba lo que le decía el capitán Ruales, jefe de la Policía Nacional. El comandante Balladares gritó:

--- ¡Adelante!

Desprendiéndose del grueso de la multitud, avanzaron Carmela Camps, Domitilo González, Jacinto Montesdeoca, el doctor Perlaza y el comandante Balladares. La muchedumbre permaneció inmóvil.

--- ¡Un paso más, ---gritó "El Gavilán", separado por una corta distancia--- y ordeno abrir fuego!

El capitán Ruales corrió velozmente y se tendió junto a los gendarmes de la ametralladora. Los cuatro hombres y Carmela se quedaron firmes. Súbitamente, flameando la bandera verde y dirigiéndose al resto del pueblo, Carmela gritó:

--- ¿Qué esperamos? ¡Adelante! ¡Que nos maten por la libertad!

--- ¡Viva la libertad! ---gritó el doctor Perlaza con ancha voz y levantando su puño crispado.

Y Carmela y los cuatro hombres avanzaron impertérritos, y la ola contenida recobró su ímpetu inicial. Como los gendarmes y la caballería que habían avanzado confundidos con la multitud quisieron interponerse, algunos manifestantes se precipitaron sobre ellos y empezaron a arrebatarles los fusiles. Sonaron lasprimeras descargas.

--- ¡Al comandante Balladares! ---gritó "El Gavilán", retrocediendo.

--- ¡Cójanlo! ---pero fue imposible cumplir su orden: un grueso círculo lo había envuelto, y ya tenía en sus manos un fúsil. Por encima del tumulto, sorda a los disparos y a los golpes cruzados entre los hombres del pueblo y los gendarmes, la bandera verde, esbelta y triunfal, continuaba flameando.

Después de un momento, don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada bajó precipitadamente de los altos del almacén de "El Bachiller" y logró restablecer el orden.

Ya entrada la noche, el comandante Balladares, el doctor Perlaza, Domitilo González y Jacinto Montesdeoca fueron detenidos y conducidos al cuartel general de Policía. Los dos primeros llevaban los rostros ensangrentados

La mañana siguiente, cuando Carmela estaba en el patio de la escuela "La Patria" vigilando a las niñas de su grado que estaban en recreo, se acercó a ella un gendarme y le entregó un sobre. Nerviosa, ante las miradas curiosas de las demás compañeras que con la profesora que había brindado el baile a las principales autoridades en la noche del asalto a "El Pueblo" estaban en el lado opuesto del patio lo abrió y leyó:

Dirección de Estudios.

Esmeraldas

Oficio Nº 176

Esmeraldas, 28 de septiembre de 1917

Señorita,

Carmen Campos

Ciudad

Comunico a usted que en vista de su censurable conducta que tuvo su lógica culminación el día de ayer, en que, olvidando de dar buenos ejemplos a la niñez que constituye la esperanza de la Patria, se puso al frente de una conspiración que felizmente fue sofocada a tiempo, y en uso de las atribuciones de que me hallo investido, he cancelado a usted en el cargo que venía desempeñando

Patria y libertad.

(F) Jacobo Guzmán Medrano

Director de Estudios

Dos días después "El Bachiller" fue a visitar a "El Gavilán, y luego se dirigió al patio de la prisión. Permaneció un momento frente al enrejado. Al verlo, Alberto Morcú se acercó.

--- ¡Bien hecho, sátrapa! ---fueron las palabras con que lo recibió--- ¡Gaznápiro!

--- ¿Cómo? ---exclamó poseído de asombro---. Pero, patrón, ¿no me va a sacar de aquí?

Algunos reclusos se acercaron al enrejado.

--- ¿Yo? ---le preguntó "El Bachiller" llevándose la mano al pecho…

--- Pero, patrón, ¿usté mesmo no me prometió? Trato es trato.

--- ¿Trato de qué? ¿Estás loco?

--- ¡Patrón! ---dijo con voz suplicante, alargándola a través de las rejas como un brazo que pidiera limosna.

--- ¿Patrón? ¿Patrón? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ---rió "El Bachiller"

Alberto Morcú se estremeció rebosante de cólera. Se acordó, no obstante, de su mujer enferma, y le dijo:

--- Pero a la Joaquina no me la deje morir. Súplamela.

--- ¿Yo? ---le preguntó, llevándose nuevamente la mano al pecho---. ¿Yo? Tú y toda tu familia deben extinguirse, porque son la escoria putrefacta de la humanidad. ¿Entiendes, ente despreciable?

--- Súplamela, patrón… No sea malo ---le insistió el detenido.

--- ¡Canalla! ¡Calumniador! ---echó una mirada hacia atrás y no viendo persona alguna le increpó:--- ¡Traidor! ¡Ahora me apestas!

Le lanzó un salivazo al rostro. Alberto Morcú sintió un ronco bramido en su sangre. Remeció los pesados barrotes, y los reclusos que permanecían junto a la puerta y un poco más lejos de ella hicieron lo mismo. Dos gendarmes se acercaron veloces, rastrillando sus fusiles. Gritó uno de ellos:

--- ¡Todos adentro! ¡Lejos de las rejas!

Los reclusos se retiraron temerosos.

--- ¡Maldito! ¡Pícaro encorbatado! ---le gritó Alberto Morcú desde el interior del patio con una voz que debió haberle ardido como un latigazo.

"El Bachiller" se retiró del enrejado, abrazó en la puerta de entrada del edificio a "El Gavilán" y se encaminó luego a la gobernación de la provincia.

Al día siguiente, antes del almuerzo, cuando estaba jugando "quelmis" con otros reclusos, lo llamaron al enrejado. Había ganado el "punto" y le tocaba voltear las monedas que, colocadas una sobre otras, estaban sobre la tierra. Portando la "cacha" se acercó, mientras los compañeros de juego quedaban impacientes.

--- ¿Qué pasa, tío Macario?

--- Murió la Joaquina… Altualito…

--- ¿Cierto, tío? ---le preguntó con voz angustiosa.

--- Sí, hombre, murió la pobre ---le confirmó, bajando la cabeza.

--- ¡Qué suerte, maldita sea! ¿Y Crispín ya bajó?

--- Todavía no.

--- ¿Cómo hago ahora?

Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, y extrajo de uno de ellos unas pocas monedas. Se tocó los bolsillos de la camisa. Apretó la "cacha" que tenía en la mano, y la arrojó lejos, con furia, por encima de la muralla de concreto que lo separaba de la libertad.

--- Tome, tío… Es todo lo que tengo ---le dijo extendiéndole las monedas que había encontrado en el bolsillo del pantalón.

--- No te preocupes ---le dijo el tío Macario, rechazándolas---. Yo voy a arreglar todo. Mi compadre Luis Cuero me va a fiar la caja. Mañana le damos sepultura… Hasta luego…

El hombre que le había traído la mala noticia se marchó.

--- ¿Qué pasa? ---le preguntó uno de los compañeros de juego, acercándose al sitio donde Alberto Morcú permanecía como una estaca clavada.

--- Nada ---dijo volviéndose hacia el compañero---. No juego más. Sigan ustedes.

Se marchó cabizbajo hacia su calabozo. Se recostó contra la pared, encendió su cachimba, sacó luego un pañuelo y se restregó los ojos.

Cuando a la tarde fue a la Prevención a pedir permiso para salir por la noche al velorio de su mujer, el oficial de guardia ---un negro corpulento, de rostro labrado por la viruela--- le gritó:

--- ¿Qué crees que es la cárcel, pedazo de ladrón? ¡Lárgate!

Bajó la cabeza, metió su dolor en lo más profundo de si mismo, y salió. Enel patio algunos compañeros continuaban jugando. Otros asaban plátanos y pedazos de carne sobre brasas colocadas en la tierra mojada por la lluvia de la noche anterior, dos cerdos hozaban el lodo mezclado con excrementos sanguinolentos, cáscaras de plátanos y tusas de maíz. Unas piezas de ropa, completamente descoloridas, colgadas en una piola, eran batidas por la brisa. Un negro tullido, de quién se decía que había matado a su madre, por lo que esperaba una condena extraordinaria, recogía un poco de sol tendido sobre una estera vieja en el centro del patio. Juan Cagua acudió, lo tomó del brazo y ambos se dirigieron hacia el calabozo.

CAP. 14

LOS FRUTOS DE LA PAZ

Deseosa de que las mejoras del templo se llevaran a cabo cuanto antes, y en vista de las quejas que le presentara el párraco, quien le dijo que a pasar de haber sido decomisadas algunas balsas de tagua no le había sido entregada la parte que le correspondía a la Iglesia, doña Jacinta se dirigió a la Intendencia, en donde fue recibida muy cortésmente por "El Gavilán".

Después de saludarla y brindarle asiendo, "El Gavilán" le preguntó:

--- ¿En qué puedo serle útil, señora Jacinta? Ya sabe que estoy completamente a su mandar.

--- Vengo, ---le dijo--- porque el padrecito acaba de decirme que parece han olvidado de que el convenio era de partir el producto de las taguas robadas de mi finca entre la Policía, para las mejoras de los calabozos de los presos, y la Iglesia, para las reparaciones y adelantos que el padrecito quiere hacer. Como usted bien lo sabe, tenemos un templo que no corresponde a la categoría de Esmeraldas, todos estamos en la obligación de contribuir para su mejoramiento.

--- Claro, estamos perfectamente de acuerdo en eso. Pero no es cierto que nos hayamos olvidado…

--- Pero, ---le interrumpió doña Jacinta--- han sido quitadas algunas balsas de tagua que venían de mis terrenos, y no se le ha dado la parte al señor cura… ¿Qué ha pasado, don Gervasio?

--- Señora Jacinta, si bien es cierto que sus palabras lesionan mi reputación, mi obligación como funcionario es aclararse las cosas completamente.

Taguas de su hacienda no hemos decomisado sino recién hace unos pocos días la que trajo un montubio. Esa balsa es la única decomisada.

--- Pero, a pesar de lo que me dice, he sabido que el "joven" Pompo ha decomisado algunas…

--- No, señora Jacinta, le han mentido. ¡Créamelo! Si hubiera decomisado algunas balsas, habría ordenado hacer la partición. Usted sabe muy bien, yo soy muy amante del progreso de mi pueblo, me considero como un soldado del progreso, y he aceptado este cargo solamente por contribuir con mi modesto grano de arena para el resurgimiento de la provincia. Sé muy bien el valor que una iglesia tiene para un pueblo, para un pueblo degenerado y corrompido sobre todo. La iglesia es el baluarte contra la ola creciente de corrupción que desgraciadamente aumenta cada día en forma alarmante. Yo, que estoy al frente de la institución encargada del orden y la seguridad, me doy cuenta más que nadie de la tremenda falta de una iglesia, y, sobre todo, del perjuicio que sufre la sociedad porque las enseñanzas de Cristo no son difundidas en una forma sistemática y constante…

--- Me alegro oirlo, don Gervasio. Yo creía que usted, como liberal, era un ateo.

--- No, señora Jacinta, se equivoca. Yo soy liberal de pura cepa, pero soy respetuoso como el que más de la religión. Soy ciudadano amante de las buenas costumbres, y lucharé incansablemente aquí y fuera de aquí para grandes y chicos. Usted sabe muy bien que hoy más que nunca la inmoralidad amenaza a las familias por la corrupción de los jovencitos, de la juventud que se levanta, como dicen ellos mismos, tan pomposamente. Créamelo, a mí me parece que estuvieramos viviendo en un mundo distinto al nuestro. Pero yo lucharé tenazmente porque volvamos a las buenas costumbres y combatiré la inmoralidad, tanto en la ciudad como en los campos…

--- Así debe ser, don Gervasio ---dijo doña Jacinta, satisfecha de haber oído hablar así a "El Gavilán"---. Pero, ¿entonces, no es cierto que hayan sido decomisadas algunas balsas de tagua?

--- Sólo hace unos tres días decomisamos la primera balsas. Fue la que trajo un montubio… un tal Cagua… que vino acompañado de un tal Valverde y de uno de los Mina de Quinindé. Todos están presos, cumpliendo la sentencia que les impuse. Los dos primeros están condenados a un mes de prisión. A Mina tuve que condenarlo a dos meses, porque cuando el "joven" Pompo cumplía su obligación ayudando a vigilar la orilla y haciendo el control, lo atacó y lo arrojó al río de una trompada. ¡El faltamiento a la autoridad es inadmisible! ¡Tenemos que combatir enérgicamente el cuatrerismo y reprimirlo con mano de hierro! Pero de esta tagua decomisada, que no ha sido vendida aún, y que está depositada solamente en la bodega de míster Petterson, la Iglesia recibirá su parte… Puede usted estar segura, doña Jacinta…

--- No se puede esperar otra cosa de usted, don Gervasio ---dijo doña Jacinta, convencida ya de que el párroco había sido engañado---. Al padrecito le han mentido, y por eso he venido yo a reclamarle.

Y recordando que le había oído decir que uno de los detenidos era de apellido Cagua, le preguntó:

--- ¿Cómo dijo que se llamaba el ladrón?

--- El cabecilla es un tal Cagua, de Quinindé.

--- ¿No será Juan Cagua? ---le inquirió doña Jacinta, recordando a uno de sus conciertos libertados en los comienzos de la revuelta.

--- Exactamente, señora Jacinta, Juan Cagua se llama. Pero, ¿por qué? ---le preguntó con nerviosidad.

--- ¡Juan Cagua! ¡Juan Cagua! ---repitió doña Jacinta, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo y viceversa---. Es que Juan Cagua se llama uno que era mi concierto antes de la revolución. Nunca lo olvidaré... Un capitán lo libertó, diciéndole que no estaba en la obligación de pagarme la cuenta, que la revolución no reconocía el concertaje y miles de tonterías...

¡Imagínese! ¡Cómo si yo debía perder mi plata, que de buenos apuros dos conciertos míos también, y ahora, ¡vea cómo ha caído preso...! ¡Por robar tagua de mi hacienda! ¡Qué cosas tiene el mundo...!

--- Entonces, ¿Juan Cagua es un "conchista"?

--- Claro, peleó en la revolución. ¿No le digo que se "solevó"?

--- ¡Ah! ---dijo llevándose la mano a la barbilla---. ¡Un "conchista"...! ¿Y era su concierto también?

--- ¡Claro, era mi concierto!

--- Bueno, se me ocurre una idea. Si era su concierto, ahora puedo obligarlo a pagar la cuenta que le debía, o puedo ordenar que lo regresen a su hacienda. ¿Qué le parece?

--- ¿Pagar la deuda? ¿Con qué, si está preso?

--- Entonces puedo obligarlo a que regrese a su hacienda. Yo estoy investido de facultades extraordinarias para reprimir el banderolismo en los campos, porque el gobierno quiere paz, tranquilidad y trabajo. Estoy resuelto a imponer orden, disciplina y moralidad. El progreso solamente puede hacerse a base de paz absoluta. Cuente conmigo. Si usted desea que Juan Cagua regrese, lo hago regresar... ¿Me comprende?

--- Bueno, me gustaría que lo haga regresar a la hacienda... ¿Dice usted que está preso...? ¿No podríamos verlo...?

--- ¡Cómo! ¡Vamos, doña Jacinta...!

Salieron del despacho de "El Gavilán" y fueron a ver a los reclusos. "El Gavilán", parándose frente al enrejado, ordenó al carcelero:

--- ¡El preso Juan Cagua que se presente a la reja!

Después de un momento apareció tras las rejas el detenido. Sorprendido saludó a doña Jacinta. Ella le preguntó:

--- ¿Y qué te ha pasado? ¿Por qué te han cogido, Juan?

--- Por nada, vea. Dijeron que…

"El Gavilán" no lo dejó continuar. Dijo, dirigiéndose a doña Jacinta:

--- ¡Todos son inocentes! ¡Ninguno ha hecho nada! ¡Pregúnteles a todos, y todos le dirán lo mismo…! ¿Crees, ---dijo dirigiéndose al campesino--- que no es nada robar tagua de la hacienda de la señora Jacinta, de tu patrona que durante algunos años te tuvo en su hacienda por humanidad…?

--- ¡Es que yo no he robado! ---le contradijo Juan Cagua---. ¡Eso no es cierto…!

--- ¿Cómo? ¡Insolente! ¿Te atreves a desmentirme, después de haber aceptado, según consta en el acta, que has cometido el robo…?

--- ¡Así son todos! ---añadió volviéndose hacia doña Jacinta.

Algunos reclusos se acercaron al enrejado. Doña Jacinta reconoció a Alberto Morcú.

--- Buenas tardes, señora Jacinta ---le saludó el antiguo concierto.

--- Buenas tardes, Alberto.

--- ¡Ah! ---le dijo "El Gavilán"---. ¿También conoce a este?

--- Sí, ---le respondió--- también era mi concierto. También se me "alzó" como Juan, para la revolución.

--- ¿También éste? Lo hemos cogido por ladrón. ¡Vea de lo que les ha servido la revolución! ¡Eran honrados, vivían bien, y ahora han terminado de ladrones! ¡Claro! Creen que la revolución no ha terminado todavía, y se imaginan que pueden robar y matar impunemente. ¡Pero no lo harán! ¡Yo aniquilaré el bandorelismo, y la paz dará sus frutos, aunque sea a la fuerza…! Pero ---cambió el tono de su voz y se dirigió hacia doña Jacinta--- ¿entonces son dos los conciertos suyos que están presos?

--- Los dos. Tenían otro, llamado Pedro Tamayo, pero ese está preso en el panóptico.

--- Entonces, señora Jacinta, ha salido espléndida su visita, ¿verdad? Ha encontrado a sus dos conciertos, y se los puede llevar… Se los mandaré con una escolta.

Dirigiéndose a los exconciertos, añadió:

--- Ya saben. Ustedes se van con la señora Jacinta, y si no quieren ir tienen que pagar las cuentas que le adeudan. Se irán por las buenas o por las mala, ¿me entienden?

--- Yo no voy ---dijo Juan Cagua resueltamente.

--- No yo ---manifestó Alberto Morcú.

--- ¿Cómo? ¿Qué se han creído? ¿Acaso les estoy pidiendo su opinión? ¡Les estoy advirtiendo! ¡Después les daré la orden! ¡Irán con soga o con bala, pero irán! ¿O creen que estamos en la revolución, forajidos?

--- ¡La ley nos ampara! ---reclamó Juan Cagua---. ¡Ya no hay concertaje!

--- ¡La ley nos ampara! ---repitió sarcásticamente "El Gavilán"---. ¡Ya vas a ver cual es la ley que te ampara! La ley del plomo, pedazo de criminal. --- luego le dijo a doña Jacinta---. Ya sabe, se los voy a mandar a dejar con una escolta. Me avisa no más cuando usted vaya a subir a la finca, Morcú estaba para ser juzgado por robo y calumnia, pero lo voy a mandar, le voy a hacer este favor en aras de la paz de la república…

Doña Jacinta le agradeció, regresaron a la Intendencia y ultimaron los arreglos para el regreso de los exconciertos.

--- Quién ríe último, ríe mejor ---dijo para sí doña Jacinta cuando bajaba las gradas de la Intendencia General de Policía--- ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Cómo viera ahora al insolente del capitán que les llenó la cabeza de tonterías, cuando les dijo que eran libres! ¡Seguramente está escondiendo el muy valiente! ¡Valiente con una mujer…!

"El Gavilán", por su parte, se quedó muy contento de haber logrado que doña Jacinta terminara su visita olvidando el tema de las balsas decomisadas. Se frotó las manos jubilosamente, sonrió y dijo en voz baja:

--- Estuve a punto de caer, pero, siempre, la serenidad me salvó. Ya pasó el nubarrón… Las otras balsas serán mías… Digo, a medias con don Rodrigo. Hay que darle su parte también al "joven" Pompo… porque don Rodrigo quiere ser generoso con su futuro yerno a mis costillas… ¡Ja, ja, ja, ja, ja…! Pero no importa…

Por la noche circuló en la población el rumor de que el Gobierno había dispuesto el envío a Quito de Domitilo González, de Jacinto Montesdeoca, de comandante Balladares, y del doctor Perlaza, y de que un vapor vendría expresamente a llevarlos a Guayaquil, de donde partirían en tren hacia la capital de la república.

Al día siguiente, Carmela Campos, aunque sabía que el gobernador había sido uno de los gestores del asalto a "El Pueblo" y que era un hombre que hacía con sus enemigos lo contrario de lo que prometía, acudió a la Gobernación, en donde fue recibida con exagerada cortesía por don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada. A su pregunta sobre el rumor que circulaba, le contestó:

--- Ciertamente, el Gobierno me ha pedido que los mande a Guayaquil, en el vapor que llegara pasado mañana, pero estoy haciendo todo lo posible por evitar que llegue a consumarse semejante abuso. Tenga usted la seguridad de que si sucede esto, será pasando sobre mi voluntad. Francamente, yo soy uno de los más sorprendidos por esta orden del Gobierno.

Carmela Campos le agradeció, se despidió y bajó abatida la escalera de la Gobernación.

Mientras tanto, los presos políticos continuaban incomunicados en la planta superior del cuartel general de Policía. Las quejas elevadas al Gobierno por el asalto a los talleres de "El Pueblo" no tuvieron respuesta alguna. Por otra parte, las autoridades locales abandonaron las investigaciones acerca este atropello, pese a la oferta hecha por "El Gavilán" en la mañana del asalto.

La tarde de ese mismo día fueron llevados, custodiados por dos gendarmes, Juan Cagua y Alberto Morcú al despacho de "El Gavilán". Estaban presentes doña Jacinta y el comisario nacional de Policía. Cuando los campesinos estuvieron sentados, "El Gavilán" les dijo:

--- Los he citado para hacerles conocer mi resolución, que, como ciudadanos ecuatorianos, están en la obligación de acatar. Como ustedes mismos lo han aceptado ya, son conciertos de doña Jacinta, y el hecho de que una revuelta criminal, fratricida y sin bandera, los libertara momentáneamente, no los faculta para rehuir el cumplimiento de una obligación cuando la provincia se encauza nuevamente por los senderos de la justicia, de la legalidad y de la razón. Creo que en el fondo ustedes están verdaderamente agradecidos por el humanitarismo de esta ilustre matrona ---señaló a Doña Jacinta--- que les ha brindado pan y abrigo durante tantos años. Ahora las cosas han cambiado un poco, y las injusticias empiezan a repararse. Por lo tanto, --- levantó y con mayor solemnidad prosiguió--- administrando justicia en nombre de la República y por autoridad de la ley, los condenó a volver a la hacienda de doña Jacinta hasta el pago íntegro de la deuda que tienen para con ella. Espero que no tengamos inconvenientes de ninguna clase, y que no me obliguen a recurrir al uso de la fuerza. ¿Qué dicen lo acusados?

Se sentó. Juan Cagua se levantó y dijo:

--- No estamos negando la cuenta, y nos comprometemos a pagarla tan pronto salgamos de aquí. Pero no queremos ir de conciertos, y la ley nos favorece. La ley dice que ya no hay conciertos...

--- Y tú ---dijo "El Gavilán" dirigiéndose a Alberto Morcú--- ¿qué dices?

--- Yo digo,, ---manifestó Alberto Morcú poniéndose de pie--- lo mismo que mi compadre. No niego que le debo, paro apenas pueda le pago…

--- ¿Y cuándo crees que vas a poder pagarle? ---le preguntó "El Gavilán", riendo a carcajas---, ¿No sabes que estás acusado de robo y calumnia? ¿Crees que vas a salir pronto? ¡Si te he condenado a volver a la hacienda de la señora Jacinta es sólo por hacerte un servicio, malagradecido! Pero no lo aceptas. Está bien. ¡Te condenaremos, por lo menos, a cinco años de prisión!

Alberto Morcú vaciló un isntante. Luego dijo:

--- ¡Aceptó! Gracias, señor intendente.

El comisario tomó la palabra y dijo:

--- El señor intendente ya lo ha dispuesto sabiamente. Tienen que volver ambos y ojalá que sea por las buenas, porque no queremos valernos de la fuerza. Queremos la fraternidad de la familia esmeraldeña, pero a base de comprensión, sin imposiciones de ninguna clase. ¿Me comprendes? ---le preguntó a Juan Cagua.

--- Ya lo he dicho, ---volvió a hablar Juan Cagua--- de concierto no vuelvo. Nadie me puede obligar, porque la ley dice que ya no hay conciertos.

--- ¡Acaso se va a hacer lo que tu quieres, mulato levantisco! ---le gritó "El Gavilán", levantándose---. ¡Regresarán ambos por las buenas o por las malas, pero regresarán! ¡Tienen que regresar vivos o muertos! ---y dirigiéndose al comisario añadió:--- Tome nota, señor comisario. Hay que levantar el acta en este sentido. Y ahora ---se dirigió a los campesinos--- están desocupados. Después de estos días se van a la hacienda, o al panóptico de Quito.

Llamó a los dos gendarmes que permanecían en el corredor, y cuando estuvieron en su despacho les ordenó:

--- ¡Regrésenlos al patio! Después de dos días se van a la hacienda de la señora Jacinta, con la comisión.

Cuando estuvieron en el patio, Juan Cagua increpó así a su compañero:

--- ¡Compadre, nunca me lo imaginé...! ¿Usté que ha peleado por la libertá en la revolución, se compromete a volver de concierto? ¿Se acuerda del combate de "El Mango", cuando mató tanto serrano gritando como un loco: "Machete bolia'o"...? Y ahora...

--- Compadre, pero si no acepto eso, ¡quién sabe cuántos años me ponen! Aunque sea de concierto, la vida es más buena que metido aquí en la cárcel... Usté va a salir después de tres semanas, y yo debo seguir preso...

--- El hombre se ha hecho pa' sufrir, y la libertá se gana peleándola... Pero el que se deja dominar, no es digno de ser libre... Es digno de ser esclavo, como usté, compadre...

--- Usté puede pensar así porque pronto va a salir... Y también creía en la libertá... y en las escuelas pa' nuestros muchachos y en tantas cosas que nos ofrecieron pa' que fuéramos a pelear...

Juan Cagua no le dejó continuar:

--- Pero la revolución ---le interrumpió--- ha perdido, y por eso está pasando todo esto... Yo sigo fiel a la liberta y al coronel Concha... Porque si él mandara no pasaría nada de esto... Son los que ganaron...

--- ¿Quién me vas a hacer el reclamo, si no tengo ningún conocido aquí? ¡Y no sé quién será el gobernador...! Si estuviera aquí en el pueblo alguno de nuestros jefes, me podría valer en el pueblo alguno de nuestros jefes, me podría valer de él pero todos han desaparecido, como que la tierra se le hubiera tragado...

--- Oiga, don Juan Luis, ---dijo Alberto Morcú, llamando al carcelero--- ¿sabe cómo se llama el gobernador?

--- ¡Si! ---contestó el carcelero acercándose al enrejado---. Don Rodrigo Medrano…

--- ¿Don Rodrigo Medrano? ---preguntaron, llenos de asombro, casi simultáneamente lod dos campesinos.

--- ¡Don Rodrigo Medrano ---les confirmó el carcelero.

Los exconciertos se retiraron del enrejado.

--- Compadre, ---dijo de pronto Juan Cagua, tomando del brazo a Alberto Morcú--- estoy viendo una cosa… Nuestros enemigos no han sido los serranos, como pensamos… Nuestros enemigos son los hacendados y los que se han enriquecido con la revolución… ¿No ve usté? ¡Don Rodrigo Medrano, de gobernador…! ¡Barajo…! ¿No se acuerda que llevabamos el ganado que le mandaba el sargento Bagüí…? ¿No se acuerda que lo mandó a matar al sargento y se quedó con todo…? ¿A este yo le voy a presentar reclamo? ¡Ya se lo que me van a contestar…! ¡Son los dueños de las tierras! ¡Ellos son nuestros enemigos…! ¡Se han adueñado de las tierras, se han adueñado de los cargos, y ahora se adueñan también de los pobres…! ¡Hemos estado equivocados, compadre…!

--- Sí, compadre ---le dijo Alberto Morcú, con mucha tristeza---. Pero ya es tarde… ¿Por qué será que al pobre se le nubla la vista, y no puede ver la verdad, sino cuando ya no le sirve…? Así como usté dice, así es…

Pero en el fondo hostil de los oscuros calabozos la libertad empezaba a levantarse en tenaces y esbeltos almácigos.

El falsificador se acercó a preguntarles lo que había sucedido, y cuando le hubieron contado la resolución del intendente, les dijo:

--- No se asuste, don Juan… ¡Colombia es la tierra de la libertá…! Tenemos que irnos pa' allá… Allá la gente es mala, pero no tanto como aquí… ¡Créanmelo…! Tengo un plan… para mañana en la noche… Pero mejor vamos a mi calabozo pa' contárselo…

En el trayecto les dijo:

--- Ya está aquí la una cosa… Vean ese pedazo de guadúa… Lo he hecho traer haciéndoles creer que se llena de agua cuando llueve… Estoy esperando no más una ganzúa que la debe traer mañana un paisano… Ya verán… ---y recordando que Alberto Morcú se había comprometido a regresar de concierto a la hacienda, le dijo: ---Usté no ha de ir… Su compañero ha peleado por la libertas y no la traiciona… ¿Usté sí nos acompaña, don Juan? ---le preguntó al otro detenido.

--- Francamente no sé… Creo que mejor es volver a la hacienda, les hago creer que voy a quedarme, y alzó el vuelo después… pa' Colombia…

Entraron al calabozo y conversaron largo rato en voz baja.

Por la noche circuló entre los reclusos la noticia de que además de los presos políticos, acusados de "conspiradores", serían enviados a Guayaquil en el vapor numerosos exsoldados de la revuelta, en el afán de las autoridades locales de hacer creer al Gobierno que realmente había sido develado un levantamiento "conchista"

La mañana siguiente se confirmó la noticia. Algunos ciudadanos, muchos de los cuales no solamente no habían sido soldados de la revuelta sino que habían estado en contra de ella, fueron apresados y encerrados en los calabozos que quedaban en la planta superior del edificio. A medio día un gendarme se acercó a Alberto Morcú y le dijo que sabían que él, Juan Cagua y Pedro Pablo Mina también serían enviados a Guayaquil en el vapor.

Los dos exconciertos pusieron fin a su vacilación y resueltamente se colocaron al lado de los del "plan".

Cerca de la media noche estalló el "plan". El falsificador colombiano, utilizando la ganzúa conseguida, abrió el candado del calabozo en donde dormían él y Otoniel Valverde, en momentos en que el centinela, con su rifle terciado a la espalda, caminaba bajo el alero de las celdas. Cuando el gendarme hubo terminado de pasar por la puerta del calabozo abierto, Otoniel Valverde se abalanzó veloz hacia él por la espalda, lo tomó por la cabeza y le tapó la boca con una toalla para impedirle que gritara, mientras el falsificador ayudaba le dio dos culatazos, matándolo casi instantáneamente. Inmediatamente Otoniel Valverde se vistió con el uniforme del gendarme victimado y comenzó a pasearse bajo el alero de las celdas, imitando el recorrido del muerto. El falsificador, mirando hacia todos los lados, salió después de un momento y empezó a abrir con la ganzúa los candados de los demás calabozos, diciéndoles a los presos:

--- ¡Ya…! ¡Estense quedito…! ¡Aguarden la canción…! Dentro de los calabozos comenzaron a moverse nerviosamente los presos y uno de ellos, por precipitación, hizo caer un cajón que tenía en su celda. Al ruido acudió otro centinela, también con su rifle echado a la espalda. Se acercó Otoniel Valverde, que continuaba caminando bajo el alero de las celdas como el verdadero guardián, y le preguntó:

--- Efraín, ¿oíste ese…?

"Primo-Hermano" saltó rápido hacia él. El falsificador acudió en su ayuda y como forcejeaba mucho , tuvieron que victimarlo fuera de la celda. Una vez derribado, "Primo-Hermano" se colocó el uniforme del gendarme caído, y regresó al extremo de la muralla de concreto. El falsificador, acompañado de Juan Cagua, se deslizó sigilosamente bajo el alero, tomó el pedazo de guadúa que había conseguido el día anterior, lo colocó contra la esquina de la muralla de concreto, regresó a su calabozo, dejando al exconcierto al cuidado de la caña, y cantó, tocando desacompasadamente una guitarra:

Lucero de la mañana

Préstame tu claridá

Pa' alumbrarme los pasos

A mi amado que se va

A mi amado que se va

Pegándose de espaldas a las paredes de los calabozos los reclusos empezaron a salir al patio y a colocarse al pie de la guadúa inclinada por la cual deberían escalar la muralla. Mientras tanto, Otoniel Valverde y "Primo-Hermano" hacían en el patio los recorridos de los centinelas muertos. El primer recluso en subir por la guadúa fue el falsificador. Escalándola sostenida por algunos reclusos, llegó al tope de la muralla, se enredó momentáneamente en las filas de alambre de púas que lo coronaban, luego echó los brazos hacia arriba y se arrojó a tierra…

Durante unos pocos minutos algunos reclusos continuaron dominando la muralla y saltando hacia la libertad.

De pronto gritaron estentóreamente de una casa cercana:

--- ¡Los presos…!

--- ¡Se salen los presos…! ¡Se salen los presos…!

De otras casas gritaron también:

--- ¡Los presos…!

--- ¡Se salen los presos…!

Hombres y mujeres comenzaron a correr atropelladamente por el barrio, en dirección contraria a la de los fugitivos, que se los veía correr hacia el cerro cercano, seguidos de cerca por los perros que llevaban sus ladridos hasta las chozas distantes. En ese rato empezó el tropel en la Prevención. Un gendarme acudió e intentó abrir la puerta del patio de la puerta. Desde afuera del patio, los oficiales y gendarmes empezaron a hacer fuego. Otoniel Valverde y "Primo-Hermano" corrieron veloces y se refugiaron en sus calabozos, desde donde continuaron respondiendo las descargas- levantando su voz sobre el estruendo del tiroteo, Otoniel Valverde les gritó a los reclusos:

--- ¡Apuren…! ¡Más ligero…!

Un piquete de gendarmes, al mando de un oficio, salió precipitadamente a la calle y se situó al pie de la muralla de concreto.

Cuando el viejo Cayetano, ya en la cima de la muralla, luchaba por libertarse de las filas de alambre de puas que se le habían enredado en el pantalón, el oficial del piquete alistó su fusil y dijo a los gendarmes:

--- ¡Ese pajarito es mío…! ¡Cuidado!

Disparó, y el cuerpo del viejo quedó por un momento oscilando en la alambrada; luego cayó a tierra.

Por las calles algunas mujeres, mientras corrían hacia los barrancos del río, llevando a sus hijos cogidos del brazo, iban diciendo:

--- ¡Estalló la revolución...!

--- ¡Ha sido cierto...!

--- ¡Los "conchistas" se han tomado la policía...!

--- ¡Ya hay como cien muertos...!

Cuando se restableció el orden en el interior del Cuartel General de Policía se constató que habían fugado ocho detenidos, entre ellos el falsificador, Juan Cagua, Alberto Morcú y Pedro Pablo Mina. Los cadáveres de Otoniel Valverde y "Primo-Hermano", con uniformes de policías, yacían en sus calabozos, y su sangre empezada a mezclarse con las aguas estancadas.

Terminado el tiroteo, numerosas personas se agolparon frentes al Cuartel General de Policía a inquirir por la suerte de los presos políticos. Carmela Campos llegó acompañada de algunas amigas. Un oficial de la policía contestó así a un amigo que le preguntó lo que había sucedido:

--- ¡Los presos políticos han insubordinado a los otros presos! ¡Pero mañana nos la pagarán...! ¡Y todavía hay quienes dicen que no son conspiradores...!

Carmela Campos escuchó con indignación la respuesta del oficial.

Dijo a sus amigas:

--- ¡Algún día la pagarán, pero ellos...! ¡Los que están hundiendo a Esmeraldas...! ¡Malvados...!

Toda la madrugada las descargas continuaron estremeciendo a la población, haciendo blanco en el cerro cercano. Hasta bien entrada la mañana, patrullas de gendarmes y soldados recorrían las desiertas calles de la población que entonces, ---en grado mayor que ahora--- era como un potrero al que le faltaban solamente las cercas de alambre.

CAP. 15

OTRA VEZ LOS GUAYACANES FLORECÍAN

--- Aspirante Simisterra ---le dijo "El Gavilán" al despedir la comisión en el patio del Cuarto General de Policía---, siga el plan que le ha dicho. En mi finca se divide. Usted con dos hombres avanzan hasta Quinindé, y Deifilio con tres sigue por el cruce a Rioverde. Recuerde que la provincia necesita orden, tranquilidad y trabajo fecundo. ¡Tráigalo vivos o muertos...!

--- La orden será cumplida, señor intendente ---le dijo el aspirante.

--- ¡Entonces, buena suerte!

--- Gracias ---luego dirigiéndose a los seis gendarmes formados, les ordenó: --- ¡Atención...! ¡Fir...! ¡Al hombro... ar!

Los gendarmes obedecieron desigualmente. Después mandó:

--- ¡De frente... mar...! ---y al salir al portal ordenó:--- ¡Conversión a la de... ré...!

El miserable pelotó compuesto de seis gendarmes armados de fusiles, con machetes al cinto y con frazadas viejas echadas a la espalda, se dirigió hacia el malecón de la ciudad.

Ya en la orilla, al embarcarse en la canoa, el aspirante Simisterra ordenó:

--- Caicedo va de proero, y Tenorio, de piloto. En Teaone cambiamos el turno para que descansen.

--- Bueno ---dijo Pedro Caicedo, empuñando la palanca.

--- ¿Están oyendo? ---les preguntó Lisímaco Tenorio mientras cogía el canalete y se colocaba en la popa de la canoa.

--- ¡Claro! ---dijo Deifilio Ayoví con voz áspera---. ¡Ya oímos!

--- Es para que no vaya a haber reclamos después ---advirtió a Lisímaco Tonorio---. Ya saben que en Teaone cambiamos. No vayan a creé que van a ir todo el tiempo "entasinados" como reyes…

Colocaron los fusiles y los machetes envainados al lado de las bancos de balsa; luego pusieron las frazadas sobre los banco y se sentaron. Los equipos de Lisímaco Tenorio y Pedro Caicedo fueron colocados junto a sus dueños, en la popa y en la proa de la canoa. Partió la pequeña embarcación hacia arriba del río, con relativa velocidad, pues Pedro Caicedo y Lisímaco Tenorio eran buenos "criollos".

Casi al salir del límite de la ciudad, después de haber hablado de los pormenores del viaje, el aspirante Simisterra cambió de tema y les dijo:

--- Ciertamente, no hay peor enemigo del pobre que el pobre mismo. Por eso es que el pobre vive y vivirá siempre fregado.

--- ¿Por qué dice eso? ---le preguntó Roberto Bone.

--- Por lo que veo todos los días. ¡Siempre la misma historia! ¡Como si una maldición hubiera caído sobre los pobres! ¡Parece mentira! Pero aquí en este río que vamos subiendo, ya saben ustedes mismo que don Gervasio quiere sacar de sus terrenos a los verdaderos dueños. En el lado de allá ---y señaló hacia la ribera opuesta, en dirección a "La Cascada"--- ya han visto lo que ha hecho el gobernador. Ha sacado a los colindantes, valiéndose de nosotros mismos. ¡Barajo…! En la ciudad, ya saben que mandan en todo los "gusanos"… Más arriba saben lo que hace doña Jacinta… Parece mentira, pero es verdad… ¡Los pobres estamos como acorralados…!

--- Es la verdad ---afirmó Efraín Matamba, más conocido por su apodo "Lamboreo"--- ¡Los pobres estamos como acorralados…!

--- Sí, hombre así como digo ---prosiguió el aspirante---. Vean las cosas de ahora. Se han fugado los conciertos, cuando ya doña Jacinta había conseguido con don Gervasio que los hiciera regresar a su finca a trabajar…

--- Y a trabajar de balde ---le interrumpió Héctor Angulo.

--- Lo único de malo ---continuó el aspirante--- es que se haya mezclado con ellos el falsificador colombiano. Ese sí no debe tener perdón, porque es un

estafador. ¿No es así? ---les preguntó como para tomar el parecer a todos los gendarmes.

--- ¡Ninguno debe tener perdón! ---le contestó enfáticamente Deifilio Ayoví---. ¡El señor Intendente nos dijo que los trajeramos vivos o muertos!

--- ¿Ninguno? ---le preguntó Héctor Angulo.

--- ¡Ninguno! ---le respondió con aplomo.

--- ¿No se dan cuenta? ¿No ven que el peor enemigo del pobre es el pobre mismo? ---volvió a decirles el aspirante.

--- ¡Ciertos! Ya comprendo ---dijo Roberto Bone.

--- ¡Yo también lo comprendo! ---dijo Lisímaco Tenorio desde la popa de la canoa.

--- ¿Por quién es que lo dicen y lo repiten? ---preguntó Deifilio Ayoví, dándose una media vuelta en su asiento y colocándose frente al aspirante.

--- Por nadie ---dijo secamente Simisterra---. Es un dicho. ¿No lo ha oído?

--- ¡Ah...! ¡Sí...! Sí lo he oído ---manifestó Deifilio Ayoví, recobrando su posición anterior en el asiento de la balsa.

--- Está claro, ---volvió a hablarles el aspirante--- lo que les digo. No hay peor enemigo que el pobre mismo. Vean este caso de ahora. Se han fugado los conciertos, que son pobres, y nosotros que también somos pobres , vamos a capturarlos, con la orden de traerlos vivos o muertos. ¿No está claro lo que les vengo diciendo desde hace rato?

--- ¡Claro! ---dijo Héctor Angulo---. ¡Está patentito!

--- ¡Hasta yo lo veo! ---dijo Pedro Caicedo, desde la proa de la canoa.

--- ¡No entiendo nada! ---afirmó Deifilio Ayovía---. ¡No ven nada!

--- Usted no lo ve, ---afirmó el aspirante--- porque voluntariamente se ha tapado los ojos. Se ha puesto una venda...

--- O se la han puesto tal vez en la botica de don Lucho Toapanta ---dijo burlonamente "Lamboreo".

--- Esté ciego, por eso no ve, ---le insistió el aspirante.

--- ¡Eso dice usted! ---le replicó Deifilio---. ¡Claro! ¡Aquí el único que ve bien todo, el único inteligente, es usted! Todos los demás somos ciegos o brutos, que es lo mismo. ¡Nadie es igual a usted...!

Por un momento todos permanecieron en silencio. Solamente se oía el ruido de la palanca y el canalete y la respiración fuerte de los bogas. Todos los gendarmes sabían que Antonio Simisterra y Deifilio Ayoví eran enemigos irreconocibles, y que su enemistad habia comenzado desde aquella disputa en que el aspirante le quitó una mujer al gendarme. Desde entonces, cada vez que el aspirante estaba en un lado, por insignificante que fuera la cuestión que se considera o discutiera, Deifilio Ayoví tenía obligatoriamente

que situarse en el lado contrario. Por otra parte, Deifilio Ayoví acariciaba la esperanza de su ascenso a aspirante, según se lo había ofrecido "El Bachiller", y entonces podría tratar de igual a igual a Simisterra. La canoa, entre tanto, continuaba subiendo lentamente el río. Bajaban pedazos de matas de plátanos y caña de azúcar, que Lisímaco Tenorio evitaba que golpearan la canoa.

--- ¡Maldito oficio el nuestro! ---dijo el aspirante como volviendo en sí---. ¡Estamos ayudando a la vieja y vamos a capturar gente que tiene derecho a la libertad! ¡Por Dios que me da pena de mí mismo, mejor dicho que me da rabia de haber nacido con este destino!

--- Pero dña Jacinta, ---dijo Roberto Bone--- también tiene razón. Los conciertos se "alzaron" para la revolución, sin pagarle, y ahora ella pide que le paguen lo que les dio. Si querían irse, debía pagar primero... Me parece que esa es la justicia...

--- No, hombre ---le rebatió con calma el aspirante--- no digas esas cosas. Cuando uno no sabe, mejor no habla. ¡Tu también estás casi ciego! Tú no sabes.

--- Claro, ---dijo sarcásticamente Deifilio Ayoví--- el único que sabe todo... todo... es mi aspirante...! ¡Los demás somos brutos! ¡Nadie sabe como él...! ---escupió con desprecio en el agua turbia del río; pero Antonio Simisterra no se alteró y, con tono sereno, habló:

--- Ustedes no saben, y han vivido aquí... ¿Por qué? Sencillamente porque nunca se han puesto a pensar en estas cuestiones. ¿Sabe lo que pasa con los conciertos?

--- ¡Eso es viejo en Colombia! ---dijo Deifilio Ayoví, empleando un dicho muy común.

--- Pues aunque sea viejo, debo contárselo a los demás, porque me gusta que todos se enteren de estas cuestiones. Les voy a contar lo que pasa con los conciertos para que se den cuenta que nosotros somos malos hijos de Esmeraldas y malos ecuatorianos... Pare que comprendan que somos la afrenta del Ecuador...

--- ¡Afrenta será usted! ---le dijo Deifilio Ayoví, con voz insolente.

--- Yo tomo las palabras según de donde vengan ---continuó el aspirante, y como si hablara solamente con los otros gendarmes, prosiguió:--- Estamos luchando contra la libertad, estamos poniéndonos al lado de la esclavitud. No nos han empleado para matar la liberta, sino para ser guardianes del orden y la seguridad. Mientras hace pocos día el gobernador dijo en el discurso que dio en el parque que se ha afianzado la obra del general Alfaro, ¿qué es lo que andamos haciendo en este río? Persiguiendo a dos conciertos que, como no encuentran justicia ni libertad en su propio país, tienen que irse a Colombia, como declararon los otros presos que no pudieron escapar. ¿Esto será legal? ¡Contesten! ¡Conteste usted, Ayoví...! ¡Por eso digo y vuelvo a decir que somos la afrenta del Ecuador...!

Todos los gendarmes permanecieron callados, acaso comprendiendo que el aspirante que el aspirante tenía razón. Roberto Boone extrajo cigarros y empezó a brindarles a sus compañeros. Deifilio Ayoví rechazó el obsequio. Cuando hubieron encendido sus cigarros, el aspirante continuó:

--- Supongamos por un momento no más que el general Alfaro viviera todavía, que nos viera subiendo este río y que nos preguntara lo que andamos haciendo. Yo le contestaría: Vamos en comisión a capturar algunos presos que fugaron de la cárcel, pero principalmente vamos tras de dos conciertos que debían regresar a la hacienda de la patrona, según disposición del intendente. Son dos conciertos a quienes libertó la revolución de Concha. Dos conciertos que han peleado en los campos de batalla de la provincia, tal vez engañados por sus jefes, pero en todo caso sinceramente por vengar el arrastre de usted. Han expuesto sus vidas en hazañas gloriosas, y ahora en la paz el intendente los obliga a regresar de conciertos a la hacienda... Al decirle esto, ¿qué creen que haría el general Alfaro? Se lanzaría contra mí, y contra todos ustedes. Y nos mandaría presos y luego ordenaría que nos fusilaran, porque eso es lo que merecemos... por eso les decía que somos la afrenta del Ecuador. ¡Y todavía hay cinismo en los mentirosos, en los hipócritas y en los farsantes, para decir que se ha afianzado la obra del general Alfaro! ¡Todo eso es mentira...! Si el general Alfaro volviera, arrojaría, como Cristo a los mercaderes del templo, a todos los falsos liberales que se han apoderado del Gobierno, y dándoles látigo les gritaría: "¡Fuera de aquí! ¡Mi casa es casa de honradez y libertad, más vosotros la habéis convertido en la casa de la deshonra y de la esclavitud...! ¡Canallas! ¡Alejaos de mí...! ¡Fuera...! ¡Cínicos...! ¡Cobardes...!"

--- Yo fui a la frontera en 1910, cuando mi general Alfaro quiso pelear con el Perú, ---dijo Deifilio Ayoví con aires de superioridad.

--- ¿Por las buenas o con soga?, ---le preguntó riéndose Lisímaco Tenorio, desde la popa de la canoa.

--- ¡Como macho!, ---le contestó---. ¡No crean que soy cobarde! ¡Y cuando haya otra "chamusca" también estaré listo! ¡Yo no soy como los charlones que gritan y gritan, pero cuando oyen un tiro se meten bajo la pollera de la manta...!

--- Como les dije hace un rato, ---volvió a hablar el aspirante, sin tomar en cuenta las palabras de Deifilio---, quiero hablarles de la vida de los conciertos, aunque sea viejo en Colombia... Un concierto tiene que trabajar día y noche en la hacienda del patrón, y nunca recibe paga. El patrón anota en sus libros lo que él quiere. ¿Qué cuenta puede llevar un hombre que no sabe leer? Lo más que puede hacer es una "tarja". Pero ¿de que sirven las "tarjas" que haga? Ante el alguacil y ante los jueces, ¿de qué valen miles de "tarjas"? ¿De qué vale que el concierto diga que debe solamente cien sucres si el patrón tiene anotados en sus libros quinientos sucres? ¡Valen los quinientos sucres...!

Cuando el concierto muere, la deuda la hereda el hijo. Una nueva generación tiene que consumirse en la hacienda, y cuando muere el nuevo esclavo la deuda para al hijo del hijo. Así se irá haciendo grande la

hacienda, irán cambiando solamente los hombres y no los apellidos de los dueños y de los peones, y los pobres seguirán siendo eternos esclavos de los patrones. ¿Esto es justo? ¿Esto manda la ley? ¿No son las cosas como yo se las cuento...?

--- Así son, ---le contestó Héctor Angulo.

--- Yo también lo he visto, ---afirmó Roberto Bone.

--- Los conozco deberían ser los dueños de las haciendas, ---dijo "Lamboreo", riendo a carcajadas, tal vez asustado de lo que había dicho sin pensar.

--- El aspirante habla la verdad, y habla bien bonito ---dijo Lisímaco Tenorio---. Uno también sabe estas cosas, pero no puede hablar así... Por eso nos callamos, pero no quiere decir que no nos demos cuenta y de que no sentimos...

--- Pero, diganme ustedes, ---prosiguió el aspirante Simisterra---, ¿puede ser legal todo esto? ¿Por qué el montubio debe ser eternamente esclavo? Si el mundo se cambiara de la noche a la mañana, y los dueños de hoy de las haciendas tuvieran que ser conciertas, y los conciertos se convirtieran en patrones, ¿les gustaría a los ricos de ahora la esclavitud? Tal vez entonces, saboreando la amargura del consertaje, se darían cuenta de la maldad de todos ellos. Pero, como ustedes saben, los fuertes mandan y aplastan a los chicos en la ciudad, en los campos, en todas partes. ¿No ven lo que pasa en la ciudad? ¿No mandan los "gusanos" en todas las oficinas públicas? ¿Y qué hacen, sino robar y más robar, sin que nunca se sacien? ¿No ven no más en la Policía cuántas plazas supuestas hay? ¿Acaso es un secreto para ustedes que hay muchos hombres que figuran en las listas como policías y que están haciendo cuadras de pasto en la finca del gobernado?

--- Ni me lo diga a mí ---dijo Pedro Caicedo---, porque hace un mes no más vine de "La Cascada". Habíamos como diez haciendo cuadras...

--- ¡Todos son tunos pícaros! ---exclamó indignado Héctor Angulo.

--- ¡Toditos! ¡No hay a quién quedarse! ---dijo tristemente Lisímaco Tenorio.

Deifilio Ayoví permanecía callado, extraño a la conversación de sus compañeros. Se quitó la gorra, tomó agua en las manos y se humedeció la cabeza.

--- Los fuertes mandan en todo, ---dijo el aspirante---. ¿Por qué en vez de venir a coger a Morcú, acusado de robo y calumnia, no lo cogemos al que lo empujó al robo, mejor dicho al verdadero ladrón, que es don Lucho Toapanta, y le decimos al intendentes: ¿este es el verdadero ladrón de las mercaderías de míster Patterson...? ¿Por qué no lo cogemos al "joven" Pompo, y le decimos a Don Gervasio: ¿ese es el verdadero ladrón de la tagua de los montubios, pero los montubios no le roban a doña Jacinta...? ¿Por qué no lo cogemos a él, que es un vago, en vez de venir a coger a Juan Cagua y a Pedro Pablo Mina? ¿Por qué tenemos que perseguir al trabajador en vez de perseguir al ocioso que vive a costa del que suda? Convénzanse, no hay más justicia que la justicia de los fuertes, que están unidos día y noche, contra los pobres que se despedazan como perros...

--- ¡Ni más ni menos! Cómo perros, ---corroboró Roberto Bone.

Al llegar a Teaone el aspirante ordenó a Héctor Angulo tomar el canalete de popa y a Roberto Bone coger la palanca de proa. Se sentaron los que habían venido bogando antes y la canoa continuó subiendo el río. Después de un rato llegaron a San Mateo, pidieron hospedaje en casa de un amigo, hicieron preparar el almuerzo y después de haberse informado de que los fugitivos no habían sido vistos por el lugar, prosiguieron el viaje. "Lamboreo" tomó el canalete de popa y Deifilio Ayoví, del mal modo, cogió la palanca de proa. Casi al caer la noche llegaron frente a la casa de la finca abandonada del intendente. Pidieron hospedaje a Leovigildo Bamba, hicieron preparar la comida en su rancho y por la noche se acostaron en el piso de latones de pambil de la sala a descansar y reponer las energías que les había extraído el sol ardiente durante el trayecto. El dueño del rancho les brindó cigarros. Conversaron largamente y el aspirante le contó a Leovigildo todo lo relacionado con la fuga de los reclusos. Deifilio Ayoví permanecía asomado a la ventana, alejado de sus compañeros.

--- Pero según lo que me han dicho ---habló Leovigildo Bamba---, doña Jacinta tiene razón. Son conciertos que se le "alzaron" para la revolución, sin pagarle, y ahora deben arreglar las cuentas, si quieren quedarse libres... Además me ha dicho don Gervasio que en Esmeraldas no progresa la agricultura porque hay pocos conciertos...

--- ¿Don Gervasio? ---le preguntó Simisterra---. Pero, ¿no sabe usted quién es don Gervasio? ¿No ha visto usted mismo cómo está tratando de sacar de aquí mismo a muchos agricultores que tienen algunos años de vivir en estos terrenos? ¿No sabe usted mismo que es un hombre que no respeta ni a sus hijas? ¿No sabe que tiene algunas plazas supuestas en la Policía?

--- ¿Qué es eso de plazas supuestas? ---le preguntó Leovigildo.

--- Gente que consta en las listas de pagos como policías, pero que realmente no son policías. ¿Me comprende?

--- Ya comprendo. Pero, ¿la plata...?

--- La plata la coge el mismo don Gervasio, y se la parte a medias con el gobernador. Así lo dijo el habilitado que botaron el mes pasado...

--- Sí, es cierto lo que dice de las hijas, ---dijo Leovigildo moviendo la cabeza en señal de aprobación---. Aquí mismo tuvo una pelea antes de la revolución con el hijo de don Vespasiano Mogroviejo, que había estado enamorado a una hija, la mayor...

--- Vea, Leovigildo, ---le dijo el aspirante---, crea usted las cosas según quien se las diga. Cuando le hable un hombre honrado créalo; pero si le habla don Gervasio, ¡cómo va a creerle!

--- ¡Claro!, ---intervino "Lamboreo".--- No se les puede creer a todos.

Como sumergiendo en la negrura de la noche, Deifilio Ayoví continuaba asomado a la ventana, silencioso e imperturbable, grabando en su mente todas las palabras del aspirante.

Con el fin de poner a los gendarmes y a Leovigildo completamente a su lado, nuevamente Simisterra volvió a hablarle de la desventurada vida de los conciertos. Cuando hubo terminado, Leovigildo preguntó:

--- ¿Así que el alguacil tampoco hace justicia?

--- ¡Qué justicia va a haber!

--- ¿Y el gobernación?

--- ¡El gobernador! --exclamó riéndose Simisterra---. Él mismo tiene muchos conciertos. ¿Cree usted que él va a ser tan tonto para ponerse a luchar contra sus propios intereses?

--- Y el presidente, ¿qué hace?

--- ¡El presidente…! ¡El presidente…! El debe estar creído que no hay conciertos, porque la ley lo dice. ¡Qué sabe el presidente de la vida que pasa el montubio en los campos! Dígame, ¿usted ha oído de algún presidente que haya entrado a la montaña? Los presidente van a las grandes ciudades, comen y beben bien, se divierten bailando con las mujeres de la aristocracia y creen que con los ojos de sus esbirros pueden ver la vida del pais… ¡Pero óigalos en sus discursos! ¡Gritan como locos, y prometen hasta el discurso! Y después, cuándo están en Quito, el pueblo sigue esperando, pero no llega nada de que han ofrecido…! Además, suponiendo que el presidente supiera que existen conciertos, dígame: ¿quién pone al presidente en su silla? ¡Los ricos! Ellos son los que los escogen y lo eligen! ¿Y acaso él va a ser ingrato con quienes lo encumbran…? ¡Los ricos nos compran los votos si no estamos empleados; y si estamos empleados nos dicen:

--- Esta es la lista por la que tienen que votar! Si no votan por esta lista, los botamos de los puestos…! Así, siempre ganan ellos, pero dicen después que las elecciones han sido libres y que el pueblo ha elegido a sus dignatarios. ¡El Pueblo no puede hacer nada! El pueblo es un cero a la izquierda, es como un estropajo, tal vez peor que una estopa… El pueblo pierde siempre… ¿No votamos ---preguntó dirigiéndose a los gendarmes acostados---, hace unos meses no más por la lista que nos ordenó don Gervasio?

--- Sí ---afirmaron algunos gendarmes, mientras echaban bocanadas de humo en la sala estrecha, pero continuaban atentos a las palabras del aspirante.

--- Oiga, don Simisterra ---le dijo el dueño del rancho---, usted habla bien bonito. Ahora comprendo todo… todo…

--- Por todos notros, por lo desunidos y cobardes que somos no adelantadas el país y se cometen tantos abusos, ---dijo el aspirante.

--- ¿Por nosotros?, ---le preguntó burlescamente Deifilio Ayoví, dando la espalda al río, pero sin alejarse de la ventana de la sala---. Ja, ja, ja, ja, ja --rió---. ¡Si nosotros somos políticos, hombre!, ---dijo con aire de superioridad, creyendo haber vencido de esta vez al aspirante.

--- No somos políticos, ---le replicó Simisterra---, pero somos los instrumentos serviles ---subrayó estas dos palabras--- de los políticos, digo de los "gusanos".

Deifilio Ayoví se sintió turbado. Volvió a su puesto de antes, les dio la espalda a los compañeros acostados y continuó observando, al parecer, el río.

--- ¿No nos dijeron ---les preguntó el aspirante a los gendarmes--- que teníamos que votar por la lista de don Lucho Toapanta para salvar a la provincia? ¡Esa es la cantaleta, la mentira de siempre! Pero Esmeraldas está peor cada día. ¿Se ha salvado acaso? ¡Díganme ustedes que también votaron por don Lucho Toapanta!

--- No se ha salvado, ---dijo Roberto Bone.

--- Ni se salvará nunca, ---opinó Pedro Caicedo.

--- Entonces, ---le preguntó entusiasmado Leovigildo Bamba--- ¿qué debemos hacer? Yo estoy de acuerdo con lo que usted dice… Y no estoy de acuerdo con el despojo de don Gervasio a los que han vivido por años de años en estas tierras, ni con el concertaje, ni con las picardías… Pero, ¿cómo pueden remediarse estos males? Usted que es leído y escribido, dígamelo…

El campesino se había puesto de pie, dejando en el suelo su cachimba. Permaneció absorto un rato, contemplando, mientras esperaba la respuesta, la faz enrojecida del aspirante. Se agachó y cogiéndole las manos a Simisterra que continuaba sentado, le preguntó:

--- ¿Cuál es entonces el camino?

Temblaba como un arbusto enfermo sacudido por el ventarrón desenfrenado de la pradera. Los dos hombres se pusieron de pie, y Antonio Simisterra habló:

--- El camino es sencillo, es la unión de todos los pobres. Ese es el único camino. Cuando los pobres estemos unidos no habrá conciertos, ni injusticias, ni despojos, ni robos; pero mientras estemos como ahora seremos el bocado de los grandes. Cuando la unión de todos los pobres sea un hecho, tenemos que hacer otra revolución, y tenemos que matar mucha gente… Tenemos que acabar con todos los enemigos del pueblo, para que no puedan levantarse jamás… Tenemos que matar a "El Bachiller", a "El Gavilán", a gobernador, a doña Jacinta, al "joven" Pompo y a todos lo que se chupan la sangre del pueblo. ¡La haremos! ---repitió resueltamente, encarándose con Deifilio Ayoví que había vuelto a dar la espalda al río, pero que continuaba pegado a la ventana.

--- ¿Otra revolución como la "conchista"?, ---le preguntó Leovigildo.

--- No, porque eso no fue revolución. Eso fue una ola de criminalidad, y nada más. Una revolución tiene siempre un plan, digo un programa, y ¿qué programa tenía la llamada revolución de Concha? Lo que tenemos que hacer es algo distinto.

--- Si, comprendo. ---le contestó Leovigildo---. ¡Algo distinto…! ¡Algo distinto! Estoy de acuerdo…!

Todos los hombres que estaban en la sala, excepto Deifilio Ayoví, vibraban de gozo. Almas dormidas, que habían permanecido en la más impenetrable oscuridad durante tantos años, se sentían deslumbradas ante la llegada de los primeros resplandores de la verdad.

--- Pero todo eso no será posible sino después de algún tiempo, ---les advirtió el aspirante.

--- ¿Por qué no ahora mismo?, ---le interrogó el dueño del rancho.

--- ¡Ahora!, ---pidió Lisímaco Tenorio.

--- ¡Mañana será tarde!, ---opinó Roberto Bone.

--- ¿Y con qué armas pelearíamos?, ---les preguntó el aspirante.

--- Hay bastantes escopetas por aquí, ---dijo Leovigildo Bamba.

--- Y también hay rifles ---manifestó "Lamboreo".

--- Para lo que les digo necesitamos que estén de acuerdo no solamente los pobres, sino también todos los hombres que no están de acuerdo con la picardía y con la esclavitud, aunque no sean pobres… Necesitamos que la gente de todas partes conozca el programa , porque si no lo conocen, ¿cómo van a tener entusiasmado para pelear?

--- Y el programa, ---dijo Leovigildo Bamba---, ¿por qué no lo hace ya mismo?

--- Yo podía ir de posta a Rioverde, ---manifestó Héctor Angulo.

--- Y yo podría dar un cruce a Atacames, ---dijo "Lamboreo"---. ¡Yo domino allá!

--- El programa de la revolución, ---les dijo el aspirante, tienen que hacerlo hombres de talento, no hombres como yo. Pero ya lo están haciendo algunos hombres, según me lo contó don Domitilo González…

--- ¿El preso que embarcamos al vapor? ---le preguntó Pedro Caicedo.

--- El mismo ---le respondió Simisterra---. El está en comunicación con hombres de otras parte que piensan en lo mismo.

--- Entonces ---le preguntó Lisímaco Tenorio--- ¿los otros tres desterrados que embarcamos al vapor, también están de acuerdo?

--- ¡Claro! ---dijo gozoso el aspirante---. ¡Luchan juntos! ¡Se los han llevado, después de habernos mandado a nosotros mismos el intendente y el gobernador a destruir la imprenda de don Domitilo, para que no saliera más "El Pueblo". Se los han llevado; pero sé que volverán. ¡Volverán! Y cuando esté terminado el programa y esté escrito, lo regaremos por toda la provincia, y en el resto del país otros hombres harán lo mismo. Entonces la revolución será un levantamiento general. Empuñaremos las armas y gritaremos: "¡Viva Alfaro!". Pero será un grito sincero. Y nos lanzaremos a la verdadera revolución, y acabaremos con todos los hipócritas y canallas que

han tomado el nombre del Alfaro para comerciar con él y enriquecerse, para satisfacer sus rastreras ambiciones y para esclavizar a los hombres pobres de la República…

--- ¡Ah!, ---dijo descorazonado Leovigildo Bamba, yo creía que era ya…

--- Entonces, mejor vamos a dormir, ---sugirió Pedro Caicedo.

--- Yo creía que era ya, ---manifestó "Lamboreo"---. De aquí a cuando sea, ¿dónde estaré yo? Tal vez los acompañe desde debajo de la tierra.

Rieron todos los hombres, excepto Deifilio Ayoví, que permanecía callado y extraño a la conversación, como si estuviera meditando algún plan.

--- Tenemos que esperar, ---dijo el aspirante tratando de consolarlos---. Mientras tanto tenemos que hacer propaganda de la unión de todos los pobres contra los ricos, contra los ricos malos se entiende, y contra los pícaros. Cuando estemos unidos, el pobre ya no será el peor enemigo del pobre. Tal vez tengamos que aguardar algunos años. Pero lucharemos incansablemente haciendo la campaña por la unicón de los pobres. Y cuando llegue el día, porque tiene que llegar, que cada uno de nosotros haga lo que ha querido hacer ahora…

--- ¡Ahora mismo! ---insistió "Lamboreo"

--- Ahora mismo ---dijo tristemente el aspirante--- ¿en qué andamos? Persiguiendo a unos ecuatorianos pobres y a un falsificador colombiano. ¡Persiguiendo a nuestros paisanos que no teniendo libertad en su propia Patria tienen que ir a buscarla a Colombia…! ¡Qué desgracia! ¡Y todavía dicen que impera la libertad y gritan: "¡Viva Alfaro!" ¡Me desgarra el alma…! ¡Maldita sea!, ---dijo con suprema indignación y, acercándose a la ventana, arrojó por ella su cigarro inconcluso, sin mirar a Deifilio Ayoví.

--- Yo, ---dijo Héctor Angulo---, no quiero seguir adelante. ¡Que venga doña Jacinta y agarre ella misma a sus conciertos…!

--- ¡Yo tampoco avanzo! ---dijo "Lamboreo"

--- ¡Ni yo! --manifestó Lisímaco Tenorio.

--- Es el deber y tenemos que seguir, ---les aconsejó el aspirante---. El mundo es así, porque ha sido hecho por los fuertes. Siempre tenemos que irnos contra nuestros propios principios por dar cumplimiento al deber, que, en definitiva, no es sino una fórmula ideada por la astucia y la crueldad de los fuertes para que los pobres nos despedacemos entre nosotros mismos.

Pedro Caicedo y Roberto Bone se habían quedado ya dormidos sobre los ásperos latones de pambil del piso. El aspirante les echó encima sus frazadas. Charlaron un rato más, luego apagaron el candil y se acostaron.

Al rayar el alba desayunaron y se pusieron en marcha.

Deifilio Ayoví, al mando de Pedro Caicedo, Roberto Bone y Héctor Angulo, tomó el camino del cruce a Rioverde, y el aspirante siguió en la canoa con "Lombareo" y Lisímaco Tenorio.

--- Si hay novedad, ---le dijo el aspirante a Deifilio Ayoví al despegar la canoa de la orilla---, mándeme a avisar. Si no, siga usted hasta Rioverde y regrese por la playa a Esmeraldas.

--- Bueno, ---le dijo Deifilio.

Cada grupo tomó su camino. Pero ya la semilla había caído en la tierra generosa y fecunda. Sólo Deifilio Ayoví era la roca dura, hostil, impenetrable.

Bajaron a las cinco de la tarde, en la mismo canoa en que habían subido. El falsificador colombiano había logrado escapar arrojándose al estero cuando fueron sorprendidos en el cruce a Rioverde. Tal vez habría quedado herido, pues Deifilio Ayoví le hizo tres disparos cuando se sumergió, antes de perderse de vista en la curva del estero. Juan Cagua y Pedro Pablo Mina, echados hacia atrás los brazos amarrados con cabos, venían en medio de los gendarmes armados. Atrás, para que no molestara el mal olor a la comisión, cargados por dos móviles, en una estera ensangrentada venían los restos de Alberto Morcú, victimado por Deifilio Ayoví cuando había intentado arrojarse al estero. Los demás fugitivos no habían sido vistos.

Había sido un día despejado, hermoso, con abundante sol. Los edificios públicos y numerosas casas particularmente ostentaban al tope el emblema nacional. Había aglomeración de gentes en las calles, y algunas cantinas estaban llenas de hombres embriagados.

En los cerros, haciendo su fiesta de oro, otra vez los guayacanes florecían.

Al pasar la comisión frente a una cantina el sastre Vera, en estado de embriaguez, gritó:

--- ¡Muchachos, ¡viva Guayaquil independiente!

La comisión continuó por el malecón hasta el edificio de la Gobernación, y cuándo llegó a la bocacalle don Rodrigo Medrano de Pereira y Quezada, desde el balcón principal de su despacho y en medio de "El Gavilán", "El Bachiller", el "joven" Pompo y otros, prosiguiendo su discurso decía:

--- "...Hace cerca de un siglo aquel pueblo heroico ---¡mi pueblo!--- dio su grito de independencia. Nos libertamos del oprobioso yugo español, rompiendo para siempre las horrendas y humillantes cadenas de la esclavitud. Ahora somos libres, gracia al sacrificio de nuestros antepasados. ¡Ciudadanos...! Hermanos, ---gritó en el arrebato del entusiasmo--- ¡Viva la libertad...!"

Un estruendoso viva, dado por los "gusanos" ebrios, agolpados en la bocacalle, se alzó tras la última palabra del orador.

--- ¡Viva el señor gobernador! ---gritó "El Bachiller"

--- ¡Viva! ---coreó con ancha voz la multitud.

Y al observar que en medio de la comisión, que empezaba a romper el auditorio, marchaba amarrado Pedro Pablo Mina ---el montubio que de un puñetazo lo había arrojado al río en días pasados---, levantando los brazos al cielo, gritó alborozado el "joven" Pompo:

--- ¡Abajo los tagüeros!

Deifilio Ayoví, sonriente, volcando su inconciencia jubilosa en la voz maciza de los "gusanos" beodos, gritó con ellos:

--- ¡Abajo!

Luego midió al aspirante con sus ojos, iluminados por la venganza.

Antonio Simisterra, a la cabeza de la comisión y avanzando al lado de Juan Cagua, apresuró la marcha, abriéndose paso a codazos por entre la multitud. Dominando el escalofrío del paludismo contraído en el río, dijo:

--- ¡Pueblo maldito...! Cuando ya esté el programa...

Pero Juan Cagua no lo oyó. Abstraído, hundido en las profundas concavidades de sí mismo, empezaba a divisar, como a través de las paredes borrosas de un sueño, el perfil del siniestro cuartel general de Policía.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN 1954